MORGAN GREENE

EL GUARDIÁN DE ÁNGELES

Serie Jamie Johansson



RBA

ESTOCOLMO. ENCUENTRAN UN CUERPO EN EL BOSQUE.

Hallan el cuerpo de una adolescente en el bosque. Lo han colocado como si fuera un ángel en la nieve. Este detalle no es menor porque recuerda al Guardián de Ángeles, un asesino en serie capturado dos décadas atrás y que acaba de morir en la cárcel.

UN DETALLE QUE PUEDE CAMBIARLO TODO.

La inspectora Jamie Johansson, que se está tomando un descanso de su trabajo en la Policía Metropolitana de Londres, no puede evitar acudir a la llamada de la Policía sueca, pues su padre fue quien puso tras las rejas al Guardián de Ángeles.

JAMIE JOHANSSON TENDRÁ QUE RESOLVER ESTE CASO ANTES DE QUE EL PÁNICO SE APODERE DE LA CIUDAD.

Jamie acepta la propuesta, no solo por la existencia de otro asesino en serie, sino también porque la reputación de su padre está en juego. La pregunta que todos se hacen es: ¿estamos frente a un imitador o se encarceló al hombre equivocado?

MORGAN GREENE

EL GUARDIÁN DE ÁNGELES

Serie Jamie Johansson

Traducción de Antonio Jiménez Morato

RBA

Título original: *Angel Maker*
del texto: Morgan Greene, 2021.
de la traducción: Antonio Jiménez Morato, 2026.
RBA Libros y Publicaciones, S.L.U.

1

Su cuerpo aún estaba caliente cuando la llevó al bosque.

El aire frío de la noche hacía que su entrecortada respiración se congelara y la nieve fresca crujía a su paso. Los rayos plateados de la luz de la luna se filtraban entre los árboles.

Aminoró el paso. Se hacía cada vez más pesada, inerte en sus brazos. Sus labios ya habían comenzado a ponerse azules y su piel estaba adquiriendo ese tono pálido de los muertos.

No iba a ser fácil.

Nada de esto era fácil.

Pero era necesario hacerlo. Así eran las cosas.

La dejó en el suelo con cuidado, mientras la nieve le empapaba las rodillas a través de los pantalones y las entumecía. Se detuvo para mirarla a los ojos.

Se detuvo durante un momento. Luego, con dedos temblorosos, se llevó la mano al cinturón y sacó el hacha recién afilada.

Los números de su reloj brillaban en la oscuridad. Acababa de pasar la medianoche.

El amanecer todavía quedaba lejos, pero había mucho trabajo por hacer.

Y el tiempo se agotaba.

2

La inspectora Jamie Johansson sabía que recibir una llamada a las 3 de la madrugada solo podía significar una cosa.

Su teléfono se iluminó en la mesita de noche y comenzó a vibrar sobre la madera. De haber estado dormida le habría sobresaltado. Pero los últimos días apenas lograba conciliar el sueño.

Jamie se alejó de la ventana, donde se escuchaba el romper de las olas contra las rocas de la bahía de Machir, y atravesó veloz la habitación.

No llegó a reconocer el número, pero sabía de qué prefijo se trataba. Suecia.

—¿Hola? —musitó lo más bajo que le fue posible, sin el menor rastro de cansancio en su voz. Salió por la puerta hacia el pasillo con la intención de no molestar a Graeme.

El aire era más frío allí, fuera de la calidez del dormitorio.

—¿Hablo con la inspectora Jamie Johansson? —preguntó una voz cuyo acento la transportó a su infancia—. ¿De la Policía Metropolitana de Londres?

No desde hace seis meses, fue lo que Jamie estuvo a punto de decir.

—Sí —respondió vacilante—. ¿Quién es?

Cerró la puerta tras de sí, sin dejar de agarrar con la mano el metal frío del picaporte, a la espera de la respuesta.

—Soy el *Kriminalinspektör* Anders Wiik, *Polismyndigheten*, Estocolmo.

Servicio de Policía de Suecia.

—¿Vick? —quiso confirmar Jamie, mientras dejaba el pasillo para entrar en la cocina de Graeme. Las losas heladas le parecían aguijonazos por los pies descalzos.

—Anders *Wiik*.

Jamie tragó saliva y miró por la ventana que había sobre la encimera. La luz del faro daba vueltas a lo lejos.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Siento llamar tan tarde —dijo con tono formal—. Pero necesito su ayuda.

—¿Para qué? —preguntó Jamie, al tiempo que se giraba para apoyarse en la cocina Rayburn, cuya superficie de hierro aún conservaba el calor. Se pasó la mano por el pelo rubio, para apartarlo de la cara, y luego cruzó los brazos.

—Se trata de su padre —dijo él.

Jamie se tensó.

—Mi padre lleva muerto diecinueve años.

Un reloj de cuco tallado a mano hacía tictac ruidosamente en la pared de enfrente.

—Sí —dijo Wiik—. Lo sé.

Jamie detectó un atisbo de frustración en su voz.

—Sin embargo —dijo él—, a tenor de los acontecimientos, parece que el Guardián de Ángeles no lo está.

El avión descendió lentamente a través de la espesa capa de nubes y la tierra cubierta de nieve se hizo visible ante ella.

Suspiró y se frotó los ojos.

Había echado unas pocas cabezadas. Apenas había podido descansar.

Dios, ¿por qué había decidido volver? Sabía por qué, pero le costaba asimilarlo sin más. El Guardián de Ángeles. Había sido uno de los casos más importantes de su padre. Lo recordaba con todo detalle, ¿cómo no iba a hacerlo? Fue el último caso en el que trabajó antes de que su madre se separase de él y se la llevara a Inglaterra. Fue el último clavo en el ataúd de su matrimonio.

Y ahora la *Polismyndigheten* necesitaba usar el archivo con los antiguos expedientes de su padre. Y ella tenía que estar allí para darles permiso. Era una obligación. No podía permitir que fuera otra persona quien rebuscara entre sus pertenencias. O, al menos, lo que quedaba de ellas.

No era el miedo lo que la había mantenido alejada de aquello todos estos años. Aunque tampoco sabía a ciencia cierta qué era. ¿Culpa? ¿Pavor? ¿Lo que podría encontrar? Nunca se hubiera imaginado que en algún momento querría remover los escombros, fríos desde hacía ya mucho tiempo, de la vida de su padre.

Y, sin embargo, al final habían ido a buscarla, la habían encontrado y le habían arrebatado la posibilidad de elegir.

Jamie iba a volver al lugar que una vez había llamado hogar.

Aún no había decidido cómo debía sentirse al respecto.

O tal vez no quería hacerlo.

Jamie observó cómo la ciudad parecía hincharse, la tarde derrotaba al sol hasta hacerlo desaparecer, la oscuridad se aproximaba frente a ella. A esta parte de la tierra la noche llegaba mucho más rápido.

El avión se topó con viento cruzado al aterrizar, el piloto tuvo que dejarse la piel para controlar el aparato. Jamie desbloqueó su teléfono para desactivar el modo avión. Apareció un mensaje en la pantalla. De Graeme, decía: «Cuídate».

Era un hombre de pocas palabras, algo que Jamie apreciaba.

Lo que tenían era sencillo.

Él pescaba, volvía a casa y luego se iba a pescar otra vez. Estaba fuera durante días, semanas enteras.

Comían juntos, a menudo en silencio.

Hacían el amor. También en silencio. Cada uno confiaba en que, en caso de que fuese necesario, el otro diría algo. Era raro que alguno lo hiciera. Era estupendo. Era lo mejor que había tenido.

No sabía si eso era lo más triste de todo.

Jamie estaba de baja desde mayo. Y ya era enero. Se había mudado a su casa de campo en octubre. Y, sin embargo, a pesar de haber abandonado su pequeño oasis tan solo unas horas antes, ahora todo aquello le parecía muy lejano. Como si su vida de los últimos ocho meses no hubiera existido. Como si todo hubiera sido un sueño febril. Una fuga provisional. Un momento de respiro entre las implacables olas.

Y, mientras contemplaba los edificios de Estocolmo recortados contra el sol, tenía la impresión de que Inglaterra estaba en otro

mundo. Como si hubiera sido otra «ella» la que hubiera vivido allí.

La Policía Metropolitana de Londres. Su carrera. ¿Volvería alguna vez a todo aquello? La respuesta estaba fuera de su alcance.

¿Cómo sería volver? Volver de entre los muertos. Volver desde la oscuridad. La suya, la de su padre… Solo iba a dejarles que consultaran sus expedientes, pero el simple hecho de volver a estar tan cerca de todo eso de nuevo…

Jamie se aferró a sus piernas con las manos para dejar de temblar.

Su trabajo siempre había sido una forma de mantener a su padre lo más cerca posible. Seguir sus pasos. Hacer lo que él hacía.

Y, sin embargo, se lo habían arrebatado todo. Por dentro y por fuera.

Jamie notó un peso en el pecho y respiró hondo para expandir las costillas. Su último caso le había valido un ascenso y una mención honorífica. Pero no creía merecerlo por haber disparado a una persona. Habían autorizado su vuelta al servicio activo, le habían dicho que podía regresar cuando se sintiera preparada para ello. Todo aquello era digno de mofa, pensaba mientras escuchaba cómo se apagaban los motores y el avión se detenía al fin. ¿Preparada? No había lugar para eso en este trabajo. Pasaban cosas malas y luego el cómo digerirlo dependía de ti. Lo buscases o no de modo consciente, la oscuridad siempre encontraba cómo aflorar. Es algo que te busca, como la polilla a la luz.

Y ahí estaba ella otra vez.

Jamie se desabrochó el cinturón y dejó que toda aquella tensión desapareciera de su cuerpo.

Echó un último vistazo a la silueta de Estocolmo recortada contra el sol crepuscular.

Ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

Jamie evitaba siempre facturar equipaje, así que pasó enseguida por el control de seguridad, con la ayuda de su pasaporte rojo para facilitar todo el proceso.

—*Välkommen hem* —dijo el funcionario de aduanas con una amplia sonrisa mientras se le devolvía el pasaporte. «Bienvenida a

casa».

Jamie le saludó con un gesto de cabeza, sin corresponder la sonrisa. Se guardó el pasaporte en el bolsillo y se dirigió a la salida. Su mente regresaba al sueco como si nunca se hubiera ido.

Utgång.

Salida.

Era la primera vez que pisaba Suecia en diecinueve años. La última fue para acudir al funeral de su padre. Diecinueve años atrás. Pensó en ello mientras caminaba. Había hecho aquel viaje con su madre. Ninguna de las dos había dicho una palabra en todo el trayecto.

Esta vez Jamie ni siquiera le había dicho que viajaba a Suecia. No se lo había dicho a nadie. No había nadie a quien decírselo, la verdad.

Las puertas plateadas se abrieron para franquearle la salida, y el ruido tranquilo de la carretera se hizo eco dentro del aeropuerto.

Un hombre bien afeitado, de unos cuarenta y muchos, la esperaba junto al bordillo, con un Volvo sedán nuevo detrás de él. Se apoyaba en la aleta delantera y se fijó en Jamie apenas la vio salir. Se incorporó y caminó sobre las húmedas losas de hormigón para encontrarse con ella a mitad de camino. Asintió con un gesto cortés para no perder tiempo.

—*Kriminalinspektör* Anders Wiik —dijo, con las manos firmemente metidas en los bolsillos de su abrigo negro—. Gracias por venir.

—Es un placer —dijo Jamie, con la esperanza de que no sonara demasiado falso. Aquello no era placentero. De hecho, ni siquiera algo parecido.

—¿Prefieres que hablemos en inglés? —le preguntó sin dejar de evaluarla.

Detectó un tono condescendiente en su voz, aunque no sabía por qué.

—*Svenska går bra* —respondió secamente. «En sueco está bien».

Wiik esbozó una sonrisa, rápida y educada, y luego continuó en su lengua materna.

—Lamento no haber podido darte más información por teléfono. La naturaleza de este caso, como podrás imaginar, es bastante

delicada.

Jamie se estiró, la bolsa de viaje se hizo más evidente. Deseaba terminar cuanto antes con aquello.

Sus botas chirriaron un poco al cambiar el peso de un pie a otro. Botas ligeras de montaña. Fiables, resistentes. Listas para lo que hiciera falta.

Tal como solía estar ella.

Jamie suspiró, se sentía mucho más vieja de los treinta y siete años que tenía. Los asientos de avión siempre parecían tener la capacidad de hacerla sentir así.

—Lo entiendo. Pero me dijiste que este caso tenía que ver con los archivos personales de mi padre. Pero, lo que no entiendo, es qué podría haber en ellos que no esté también en el expediente oficial del caso.

Wiik respiró hondo, miró a izquierda y derecha. Parecía inquieto.

—Por favor —dijo, señaló al coche con un movimiento de cabeza —. Tenemos mucho trayecto que cubrir. Por el camino te explicaré todo el asunto.

Se incorporó a la carretera y aceleró con suavidad. El motor eléctrico zumbaba tenue mientras dejaban atrás el aeropuerto.

Ya era de noche y el aire era gélido, acompañado de un viento cortante. La nieve se apilaba a los lados de las carreteras. Jamie observó cómo la ciudad se deslizaba ante sus ojos desde la ventanilla, las luces encendidas en los altos y modernos edificios de oficinas. Aquel había sido su hogar durante catorce años.

Los primeros catorce años de su vida.

Una parte de ella siempre había deseado quedarse.

—El Guardián de Ángeles —dijo Jamie con calma, a medio camino entre el recuerdo y el pensar en voz alta. Giró la cabeza para observar a Anders Wiik. La piel de la cara parecía suave, completamente limpia. Un afeitado meticuloso. El cabello oscuro estaba peinado hacia atrás. Ni un solo mechón estaba fuera de lugar. Tenía la mandíbula fuerte y marcada, la nariz cuadrada. Ojos inteligentes.

—Sí —confirmó Wiik—. ¿Recuerdas el caso?

—Tenía trece años —contestó Jamie—. Fue el último caso en el que trabajó mi padre antes de que mi madre y yo nos mudáramos a Inglaterra. Siete adolescentes fueron asesinadas. Violadas. Asfixiadas. Dejaron abandonados los cuerpos en el bosque.

Hubo una época en la que a Jamie le habría resultado difícil decir eso, enfrentarse con esos recuerdos. Pero ya no parecía sentir las cosas como antes. Las palabras parecían salirle con facilidad, ya ni siquiera se le atascaban en la garganta.

—Efectivamente —dijo Wiik—. ¿Compartía contigo todos los detalles del caso?

—Lo suficiente como para enfadar a mi madre, pero lo más probable es que no lo bastante como para ayudar con todo esto —respondió Jamie—. ¿Qué es exactamente lo que ha pasado?

Wiik suspiró.

—El hombre al que detuvo tu padre, Hans Sjöberg, el hombre que fue condenado por matar a esas chicas, murió en prisión hace cuatro días.

Jamie apretó la mandíbula y fijó la vista en la carretera. La neblina teñida de rojo por los faros se desvanecía en la distancia.

—Ayer por la mañana —continuó Wiik—, se encontró un cadáver, y las circunstancias del asesinato guardan un notable parecido con las del Guardián de Ángeles.

—¿Un imitador? —preguntó Jamie, volviéndose para poder ver su rostro.

Él negó con la cabeza.

—Los detalles de sus asesinatos nunca se hicieron públicos, eran demasiado…

Espantosos. Impactantes. Perturbadores. Jamie había visto las fotos. Se podía elegir el adjetivo a voluntad.

—Alguien podría haber accedido al expediente del caso —dijo Jamie—. ¿Una filtración?

—Esa es una teoría. Pero sospechamos que en realidad es mucho peor.

—¿A qué te refieres? —preguntó Jamie, sin dejar de escrutar el perfil de Wiik. No era un tipo expresivo.

—Han desaparecido.

Entonces lo entendió todo.

—Por eso estoy aquí —dijo—. Esperas que mi padre tuviese alguna copia guardada vaya a saberse dónde.

—Sin duda sería de gran ayuda —dijo Wiik sin mostrar especial énfasis.

Jamie observó cómo con los puños apretaba con fuerza el volante y se le tensaban los nudillos mientras hablaba. No parecía que el caso hubiera comenzado con buen pie. El hecho de que su mejor pista fuera traer a Jamie desde otro país era una confirmación de esa sospecha.

—¿Quién podría habérselos llevado?

—Alguien que sabe cómo funcionan nuestros sistemas de alarma. Que sabe cómo desactivar las cámaras de vigilancia y atravesar las puertas de seguridad.

—Un agente de policía.

—Un detective. —Wiik la miró en aquel momento—. Robert Nyström. El compañero de tu padre.

Jamie reprimió su sorpresa.

—Debe de tener unos sesenta años ahora.

Jamie recordaba a aquel hombre. Alto, delgado. Las cejas más oscuras y pobladas que jamás hubiese visto. Y un buen amigo de su padre. También un buen hombre. Le caía bien.

—¿Lo habéis interrogado?

—Lo habríamos hecho, de haber podido dar con él.

—¿Lo que sospecháis es que fue él quien se los llevó?

—No podemos afirmarlo con total certeza. Pero fue su tarjeta de acceso la que se utilizó para entrar en los archivos, eso sí lo sabemos. Y parece que alguien entró a la fuerza en su apartamento la noche en que los robaron. No hay rastro de adn ni pruebas que sugieran que haya habido alguien más allí, pero no descartamos ninguna posibilidad.

—¿Alguna señal de lucha?

—No, por lo que sabemos Nyström no estaba en casa en aquel momento. Su coche está registrado en un peaje a cien kilómetros al norte de la ciudad tres días antes del allanamiento, la noche antes

de la muerte de Sjöberg. Nunca pasó en sentido contrario. Hemos enviado un aviso a todo el país y alertamos a los pasos fronterizos del norte. Si el coche se mueve, lo detectaremos. Pero hasta ahora no ha habido noticia alguna.

—¿Se llevaron algo más?

Wiik negó con la cabeza.

—No. Nyström estaba jubilado, pero aún trabajaba como consultor. Seguía teniendo sus credenciales. Quienquiera que entrase en su casa sabía, al parecer, que Nyström tenía acceso a los archivos, que no iba a estar en casa y sabían exactamente cómo encontrar lo que buscaban.

—¿Por qué él? ¿Por qué no cualquiera de los otros cientos de personas con acceso a los archivos?

Wiik accionó el intermitente, cambió de carril y tomó una salida.

Jamie se fijó en la señal, sintió que su cuerpo se tensaba al entrar en una rotonda y dirigirse al barrio residencial que durante unos años consideró su hogar.

—Sjöberg mantuvo su inocencia hasta que dictaron el veredicto —dijo Wiik—. Siempre afirmó que tu padre y Nyström se habían equivocado.

—Las pruebas eran abrumadoras —dijo Jamie, que recordaba cómo había terminado el caso—. Y al final confesó, ¿no?

Wiik asintió.

—Sí, pero Sjöberg no era el único sospechoso.

—¿Crees que condenaron al hombre equivocado? —preguntó Jamie y buscó en el rostro de Wiik algún indicio de lo que pasaba por su cabeza. Las luces de las farolas le daban un tono anaranjado, como si la dorasen al ritmo de sus latidos.

La idea era aterradora. El Guardián de Ángeles había atemorizado la ciudad durante casi un año. Los padres habían prohibido salir a sus hijos. La gente tenía miedo de caminar sola por la noche. No pasaba un solo día en que el padre de Jamie, y la ciudad entera, no amaneciese con el miedo de toparse con la próxima víctima.

Y ahora, si había regresado… La pesadilla volvería a empezar una vez más.

—No sabría decirte —respondió Wiik—. Pero Sjöberg está muerto,

han robado el expediente del caso, el detective superviviente que trabajó en el caso ha desaparecido y, ahora, ha aparecido una adolescente en el bosque, en una escenografía como las de los asesinatos de entonces. Exactamente igual.

Jamie se lo imaginó y apretó los dientes. Sin reducir la velocidad, atravesaron unas calles que Jamie conocía bien.

—¿Adónde vamos? —preguntó al ver que dejaban a su derecha el edificio donde estaban los abogados que se habían encargado de la venta de la casa de su infancia.

—A tu casa —respondió Wiik.

Jamie entrecerró los ojos con desconcierto.

—Las cosas de mi padre están guardadas en un trastero y la llave las tenemos los albaceas. Supuse que me necesitabas para que abriera…

Jamie se quedó callada cuando Wiik giró a la izquierda para entrar en la que había sido su calle.

—¿En un trastero? —preguntó Wiik—. No, las cosas de tu padre siguen en casa.

Apareció a la derecha, descuidada y maltrecha. Los paneles de madera, que en su día habían sido bonitos, se habían podrido; en algunos lugares se habían desprendido. En el tejado se veían los huecos de las tejas que habían saltado. El jardín delantero estaba abandonado y cubierto de matojos con las puntas curvadas por el peso de la nieve. Las contraventanas oscuras estaban cerradas.

Detuvo el coche con suavidad y Jamie se quedó mirándole.

—Mi madre vendió la casa después de que muriera mi padre —dijo Jamie sin comprender aquello. Su voz le sonó distante.

—No —dijo Wiik, al tiempo que apagaba el motor—. No lo hizo.

3

Wiik salió del coche y cruzó la calle para encontrarse con un hombre al que Jamie reconoció.

Vio por la ventana cómo se daban la mano.

No acababa de recordar su nombre. Osland, Oberland o algo así. Era el abogado que se había encargado de la herencia de su padre. De la supuesta venta de la casa.

En los cuatro años transcurridos entre la separación y el traslado de Jamie a Inglaterra y la muerte de su padre, su madre le había dicho que su padre había malgastado sus ahorros y se había endeudado. Juego, mujeres, drogas.

Todos sus vicios. Todo creíble.

Dijo que cuando murió no les había dejado nada. Que ya no le quedaba nada que dejarles. Que se había visto obligada a vender la casa para poder saldar las deudas.

Jamie salió del coche, se armó de valor con una fría bocanada del aire sueco y rodeó el capó para dirigirse hacia Osland.

—Señora Johansson —dijo, sonriendo con alegría. Tenía sobrepeso, la corbata se posaba sobre su barriga y los botones de la camisa parecían estrangularle el abdomen. Su rostro era amable, con la barbilla cubierta por una barba blanca y negra y los pequeños ojos ocultos tras unas gafas más pequeñas incluso—. Me alegro de volver a verla.

—Lo siento —dijo Jamie, y le dio un breve apretón de manos—. No entiendo qué está pasando. ¿Qué hacemos aquí? Mi madre me dijo que la casa se había vendido.

Wiik juntó las manos a la espalda y dejó que fuera Osland quien hablase.

—Tu padre os legó la casa junto a todo su patrimonio tanto a tu madre como a ti.

—No —dijo Jamie—. No quedaba nada que pudiera heredarse.

El hombre se subió las gafas con el dedo regordete y miró a Wiik antes de volver a mirar a Jamie.

—En términos económicos es posible que no. La pequeña cantidad que quedaba en ahorros fue a parar a manos de tu madre. La pensión de tu padre fue denegada debido a la naturaleza de su muerte.

Osland se refería a su suicidio.

—Lo entiendo —respondió Jamie, solo esperando que se diera prisa.

—Pero la casa estaba libre de hipotecas. Es tan tuya como de tu madre. Ella no habría podido venderla legalmente sin tu consentimiento por escrito. De haber sido tú todavía menor de edad, se hubiera quedado con la propiedad al completo, ya que nunca llegaron a hacer una separación legal. Pero como ya tenías dieciocho años en ese momento…

«Sí. Ya era mayor de edad. Fue justo en mi cumpleaños. Se suicidó el día que cumplí dieciocho años».

A Jamie le daba vueltas la cabeza. Notaba cómo la sangre le corría por los dedos, que estaban rígidos y no dejaban de dolerle, y sentía un peso en el pecho, como si alguien se lo pisase con una bota hasta aplastarlo.

¿Su madre no había vendido la casa? No podía hacerlo. Pero ella dijo que lo hizo. ¿Por qué? Había llegado a odiar a su padre. Con toda su alma. Pero hacer eso… Cómo…

Su mente no alcanzaba a comprenderlo.

La boca de Osland comenzó a moverse, sus mejillas hinchadas hasta parecer bolas enrojecidas unidas por una amplia sonrisa. Levantó la mano hacia Jamie.

No oía nada por el rugido de su propia sangre en los oídos.

Osland le puso una llave en la palma de la mano, asintió con la cabeza, primero a ella y luego a Wiik, con quien intercambió unas palabras en voz baja, y luego regresó a su coche. Los dejó a ambos de pie frente a la casa de su padre.

Su casa.

Los dedos de Jamie se cerraron sobre el metal frío. Al contemplar

las ruinas de su infancia, comenzó a respirar con dificultad sin saber qué hacer a continuación.

—¿Me acompañas? —preguntó Wiik, que ya se dirigía hacia la entrada.

Se giró para mirar a Jamie, que se obligaba a mover los pies, con una fuente de ira hirviendo en su interior.

—Yo… —comenzó, se aclaró la garganta—. Espera… espera un segundo.

Wiik parecía tenso.

—¿Podemos simplemente…?

Miró hacia el coche, trataba de procesar todo. Los últimos años de su vida aquí estaban volviendo. Como si la hubieran lanzado desde una gran altura, se precipitaba hacia el terreno de sus recuerdos.

No podía. No podía hacerlo. No podía enfrentarse a ello. No tenía la fuerza necesaria. Todavía no. No así.

Su cerebro se aceleró. Buscaba una salida, cualquier camino que la alejara de allí.

—Llévame —dijo al fin.

—¿Qué? ¿Dónde?

Wiik entrecerró los ojos.

—Al escenario. Donde se ha encontrado el cadáver.

Las palabras se le escaparon de la boca. Él dio un paso atrás para acercarse a ella.

—No puedo hacer eso.

—Claro que puedes —dijo Jamie, luchando por que le saliese la voz, con el puño apretado ahora con fuerza alrededor de la llave—. Me dedico a esto. —Lo necesitaba. Necesitaba centrar su ira en algo. Así mantendría la mente despejada. Era demasiado para asimilarlo todo de golpe, no podía limitarse a estar allí sin hacer nada—. Soy una buena inspectora. Puedes aprovecharlo.

—Lo tenemos atado y bajo control —respondió Wiik.

—¿Qué crees que vas a encontrar ahí dentro? —preguntó Jamie, e hizo un movimiento de cabeza hacia la casa—. Mi padre no era de los que tomaban notas. No era alguien especialmente organizado.

—Cualquier cosa será útil en este caso —dijo Wiik.

—¿Cualquier cosa? —Jamie dio un paso adelante—. Parece que no

tienes pistas, ni archivos, ni información con la que avanzar. Y si hubiera un montón de pruebas en la escena del crimen yo no estaría aquí. —Le miró a los ojos—. Y si no hay nada ahí dentro, entonces todo lo que te queda soy yo.

Wiik la examinó y mientras lo hacía no llegó a sacar las manos de los bolsillos de su grueso abrigo.

—Estuve allí —dijo Jamie—. Recuerdo el caso. Recuerdo todo lo que mi padre me contó al respecto. Puedes aprovecharte de eso. Deberías hacerlo.

—Eres una civil.

—Soy inspectora de la Policía Metropolitana de Londres. Y si tienes mi número personal es porque te lo habrá dado mi jefe, Henley Smith. Porque si mi madre me ocultó este lugar todos estos años, es evidente que no fue ella quien te lo dio cuando supo que me iba a tocar venir hasta aquí.

Leyó en las arrugas de su rostro impasible.

—La llamaste a ella primero, ¿verdad? Le pediste que viniera y te diera permiso para entrar.

Wiik bajó la mirada.

—Y te respondió diciéndote qué y por dónde podías metértelo, ¿no?

—Fueron bastantes más palabrotas, sí.

—Y si estás trabajando en este caso, el del Guardián de Ángeles, quiere decir que también debes de ser bastante bueno en lo que haces.

Wiik no dijo nada.

—Así que doy por sentado que me has investigado. Aunque hayan sido cosas superficiales. Es posible que solo le preguntaras a Smith cómo soy. Curiosidad profesional… Toda la cantinela que ya sabemos.

El labio se le crispó de forma casi imperceptible, su rostro era una amalgama caótica de sombras y tonos anaranjados por al resplandor de las farolas.

—Sabes que soy una buena inspectora —dijo Jamie sin más adornos, a un paso de suplicar—. Y soy la única en el mundo que conoce este caso. Así que, tanto si crees que se trata de alguien más

que continúa con su trabajo, como si crees que mi padre detuvo al hombre equivocado hace mil años, lo que en realidad necesitas es mi ayuda.

Por la cara que puso, Wiik sabía que tenía razón.

—Será difícil de organizar.

Jamie resopló de forma cortante y se dio la vuelta hacia el coche.

—Pareces una persona muy capaz. Estoy segura de que sabrás cómo solventarlo.

—Este caso va a ser un asunto complicado —añadió él.

La mano de Jamie se detuvo en la maneta de la puerta.

—¿De veras te sientes preparada para esto? —Wiik no se había movido, seguía con las manos en los bolsillos de su abrigo—. El inspector jefe Smith me ha explicado toda tu situación. Las circunstancias de tu baja. Lo que ocurrió en mayo.

Jamie apretó los dientes y tiró de la puerta para abrirla, al mismo tiempo que fusilaba a Wiik con una mirada fría y dura.

—Sube al puto coche y punto.

4

No tardaron en salir de la ciudad. La escena del crimen se encontraba a unos kilómetros al norte, justo al lado de un transitado camino que atravesaba el bosque, perfecto para corredores y senderistas. Muy popular, también. Serpenteaba sin fin entre abedules moteados que recordaban a la piel de una cebra.

Los asesinatos del Guardián de Ángeles nunca habían estado demasiado escondidos. Siempre pretendió que no tardasen en ser descubiertos.

Jamie revisó la evaluación inicial de la escena mientras Wiik conducía, lo que puso distancia entre ellos y la casa. Con cada farola que dejaban atrás notaba cómo disminuía su tensión. El expediente que tenía en el regazo mostraba una foto aérea de la zona acotada. A unos cientos de metros al este de donde encontraron a la víctima, una carretera se alejaba de la ciudad. Lo que parecía una vereda estaba marcada con un círculo como posible lugar donde el asesino había aparcado.

Jamie hojeó el resto de los papeles, que eran copias de las declaraciones de los testigos: una pareja había encontrado bajo la nieve a la niña cuando salieron a correr por la mañana.

No habían visto a nadie. No habían oído nada. La habían vislumbrado entre los árboles y se habían detenido. Solo cuando se acercaron se dieron cuenta de lo que tenían ante sus ojos.

Los agentes tardaron quince minutos en llegar y la zona estaba acordonada desde entonces.

El cuerpo seguía allí, y todo el escenario, acordonado. Por orden de Wiik, nadie podía entrar ni salir. Quería que la escena se mantuviera lo más intacta posible hasta que tuvieran las notas del padre de Jamie o los archivos originales del caso. Y a Robert Nyström en la sala de interrogatorios.

Jamie tenía que reconocerlo, Wiik era un hombre capaz de centrarse en lo importante. Algo que ella agradecía.

—¿Ya tenemos la identidad de la víctima? —preguntó tras llegar a la última página. No había nada en el expediente acerca de ella.

Wiik negó con la cabeza.

—Todavía nada. No hay hasta ahora personas desaparecidas que coincidan con su edad y descripción.

Jamie miró por la ventana. Gotas de humedad se habían acumulado en el cristal y se deslizaban hacia atrás mientras circulaban.

—Las adolescentes no desaparecen sin que nadie las eche de menos —dijo Jamie.

Wiik la miró en silencio, parecía no tener una respuesta, así que se concentró en la conducción.

Les hicieron señas para que se detuvieran a un lado de la carretera, una vía de dos carriles que conectaba Estocolmo con una pequeña localidad periférica llamada Vallentuna, y se pararon frente a un agente de policía. Llevaba una porra y hacía gestos a los vehículos para que siguieran circulando. Para que no aminorasen la velocidad mirando boquiabiertos la procesión de vehículos policiales que habían dejado ya profundas marcas de barro en el arcén con sus neumáticos.

Wiik apagó el motor y se frotó los ojos en el asiento del conductor. Jamie se preguntó cuántas veces habría ido hasta allí en los últimos dos días.

Habían pasado casi treinta y seis horas desde que se descubrió el cadáver. Lo normal habría sido retirar los restos del crimen mucho antes, pero el aire gélido había permitido una buena conservación.

Jamie recordó cuando, a los catorce años, entró en el estudio de su padre, con cuidado de no despertarlo, ya que estaba dormido en el sofá, aferrado a una botella de whisky vacía. Roncaba. Siempre roncó muy fuerte.

Había mirado una por una todas las fotos que había en las paredes. Las siete chicas, todas colocadas allí.

Tragó saliva al recordar lo asustada que estuvo.

Todas tenían más o menos su edad. Quizá un poco más mayores. Pero eran adolescentes. Como ella.

—¿Lista? —preguntó Wiik.

Jamie movió la cabeza para asentir, sin atreverse a hablar, y salió del coche y de sus recuerdos.

Sintió en las mejillas la bofetada del frío y entrecerró los ojos, sin dejar de mirar el cielo oscurecido, con las cargadas nubes suspendidas e inmóviles sobre ellos. A su derecha los abedules se mecían con el viento y bajo ellos la incesante nieve se amontonaba. A su izquierda la carretera se extendía, húmeda y brillante por las intermitentes luces azules de un coche patrulla que estaba en medio de los coches aparcados.

Jamie se ajustó el abrigo que tenía colocado sobre los hombros y esperó a que Wiik rodease el capó para adentrarse juntos en el bosque.

Él evaluó la pendiente con cautelosa confianza, dio pequeños pasos y luego se inclinó hacia delante para no resbalar.

Jamie le siguió, caminó sobre la nieve que habían amontonado al lado del arcén embarrado. Estaba cansada y no se fiaba de dónde ponía los pies.

El ruido de la carretera se apagó detrás de ellos a medida que se internaban en el bosque, momento en que comenzaron a resonarles sus respiraciones en los oídos. Wiik avanzaba con rapidez, seguía la delgada y retorcida línea azul y blanca de la cinta policial. Estaba atada en las puertas de los maleteros, y servía como una guía hacia el interior, hasta que las luces azules intermitentes quedaron ocultas por los árboles.

Jamie tragó saliva, mantuvo los puños en los bolsillos y los ojos fijos en los anchos hombros de Wiik. El único sonido era el crujido de sus pasos sobre la escarcha y el chapoteo en el barro que había debajo.

Le sorprendió que no se hubiera resistido más antes de tomar la decisión de traerla hasta allí. Quizá su inspector jefe le había hablado de cómo se excitaba ella cuando comenzaba a olfatear un caso. Era posible que Wiik en realidad no esperase encontrar gran

cosa en casa de su padre. O quizá simplemente fue capaz de vislumbrar lo que se escondía tras esa mirada y supo que obligarla a entrar tan solo habría retrasado la investigación.

Parecía un tipo pragmático.

En cualquier caso, Jamie se alegraba de estar allí y no en la casa. Por terrible que fuera aquella escena.

Wiik redujo la marcha, lo que permitió a Jamie colocarse a su lado. Tuvo que entrecerrar los ojos ante la repentina avalancha de luz.

Delante de ellos se encontró con las láminas de plástico grapadas en los árboles. Cubrían los huecos de forma aproximada, impedían que se amontonase la nieve y creaban un escudo en el perímetro que protegía aquel escenario de las miradas curiosas.

En el interior, Jamie podía ver los focos encendidos, las láminas translúcidas que refulgían en contraste con el fondo oscuro del bosque.

—¿Lista? —preguntó Wiik. Una hendidura vertical en la lámina situada frente a él se abría suavemente.

La espesura del bosque había frenado el viento allí, pero las copas de los árboles no cesaban su balanceo en lo alto ni su suave gemido en medio del silencio invernal.

Jamie asintió, hundió las manos más hondo en los bolsillos y atravesó la lámina.

La víctima tendría unos trece años.

Jamie apretó los dientes, recorrió con la mirada la pálida piel azulada de la niña.

Una fina capa de nieve se había posado sobre sus hombros, su cabello y sus dedos extendidos.

Los tenía delante de la cara, con las palmas juntas, las muñecas estaban atadas con una cuerda para mantenerlas en esa posición.

Estaba de rodillas, encorvada de tal modo que la espalda trazaba una ligera curva.

Las plantas de los pies descalzos apuntaban hacia arriba, con las puntas de los dedos ennegrecidas por el frío.

Un fino vestido blanco de confirmación colgaba de sus hombros desnudos. Estaba empapado de rojo en la parte delantera, donde las

ramas afiladas de los abedules atravesaban la tela, para dejarla clavada en la tierra y sostenerla en esa posición.

Los codos descansaban sobre dos ramas, lo que le permitía mantener las manos en alto frente a los ojos cerrados.

Jamie comenzó a dar vueltas, para poder asimilar toda la escena, siguió el camino en la nieve que Wiik y todos los demás que habían acudido al lugar habían marcado con sus pasos.

Respiraba lentamente, tratando de calmar su corazón tanto como pudiese.

Wiik se había quedado detrás.

Las ramas, seis en total, habían atravesado la espalda de la niña.

Los cortes en su vestido eran finos. Los cortes en la piel, delicados. Hechos con precisión y cuidado.

Cada una de las ramas tenía el mismo grosor: dos centímetros. Quizá un poco más gruesas. Lo justo para poder introducirlas entre las costillas sin llegar a romperlas.

Las ramas se proyectaban hacia arriba, se curvaban y se dividían en ramificaciones cada vez más delgadas. Se inclinaban por su propio peso, y la espesura frondosa que formaban al cruzarse en la parte superior sostenía una capa de nieve fresca.

Tres a cada lado de su columna. Estaban colocadas de tal manera que parecieran alas que trazaban un arco lejos de su espalda.

Estaba lista para emprender el vuelo.

Un ángel.

Jamie se detuvo cuando se dio cuenta de que había dado una vuelta completa a la escena, que se encontraba sumergida en su sombrío resplandor.

Le dolían los ojos.

—¿Y bien? —dijo Wiik, apenas por encima de lo que habría sido un susurro.

Las fotografías del estudio de su padre se alinearon de nuevo ante sus ojos.

—Hmmm —respondió con un nudo en la garganta.

—¿Es él? —preguntó Wiik.

No podía realmente esperar que ella lo supiera.

—No lo sé —respondió Jamie con voz débil y tranquila—. Pero está

bien.

—¿Bien?

Levantó la vista y vio sus cejas arqueadas, sus ojos inquisitivos.

—Una buena imitación, en el caso de que no sea él —dijo Jamie—. Mi padre siempre pensó que Sjöberg había matado antes de aquellos asesinatos. Estaba convencido. No se puede matar a una chica por primera vez y crear esto sin más.

No fue necesario que hiciera ningún gesto para que Wiik entendiera de qué estaba hablando.

Su silencio sirvió como invitación suficiente para que continuara hablando.

—Si detrás de esto está un imitador —dijo Jamie—, entonces lo más probable es que veamos lo mismo. Alguien que idolatra a Sjöberg, alguien que quiere emularlo. Pero alguien que ha matado ya antes. Alguien que sabe lo que es clavar una cuchilla en la carne. Tratar a un ser humano como si fuera una cosa y no una persona.

Jamie suspiró y miró el charco de sangre que rodeaba a la chica. Había derretido la nieve, formaba un círculo que despejaba la zona a su alrededor, y así dejaba visible la maleza que rodeaba su cuerpo.

—¿Han pasado por aquí los SOCO? —preguntó Jamie.[1]

—¿Hmm?

—Mierda, perdón, eh —dijo ella, devanándose los sesos—. Los forenses, los criminalistas.

—Sí —dijo Wiik con sencillez—. Aunque no tienen aún resultados concluyentes. Un único conjunto de huellas conducía desde la carretera hasta el lugar de los hechos. —Se volvió para señalar con dos dedos el camino por el que habían venido—. Y luego de vuelta hasta allí. El asesino pisó sus propias huellas al dirigirse en dirección contraria, lo que ha destruido cualquier esperanza de identificar el tamaño o el patrón de la suela del calzado.

El asesino sabía lo que hacía.

—Se tomaron huellas de las ramas, pero no pudieron sacar nada de ellas. Sospechan que el asesino llevaba guantes. Está pendiente el análisis de los residuos de polímeros y partículas una vez que el cuerpo sea trasladado al laboratorio. —Respiró hondo—. La chica —continuó—, ya estaba muerta antes de que la colocaran así, pero no

desde hacía mucho tiempo. La lavaron y la vistieron con cuidado antes de traerla aquí. Su cuerpo no muestra signos de hematomas ni traumatismos.

—Salvo las estacas de madera que le han clavado en la espalda —murmuró Jamie, dando otra vuelta. A cada paso percibía más cosas. Veía más. Sentía más.

La ira le revolvió el estómago.

Wiik siguió hablando.

—La cuerda utilizada es de lino o algodón sin blanquear, fibras naturales. De eso están seguros, pero aún estamos a la espera de confirmación. Revisaremos las imágenes de seguridad de todas las tiendas cercanas que vendan productos similares. Pero dudo que el asesino fuera tan descuidado.

—Hmmm —musitó Jamie, era su modo de asimilar aquella muerte. Se detuvo mientras se movía detrás de la chica y miró a Wiik a través de las alas. «Su cuerpo no muestra signos de traumatismos», es lo que acababa de decir Wiik.

—¿La violaron? —preguntó Jamie sin rodeos. No había otra forma de abordarlo.

—No lo sabemos —respondió él al tiempo que la miraba a los ojos por encima de la cabeza de la chica. Su cabello castaño caía en mechones perfectos a cada lado de su rostro sereno, como si lo enmarcase.

—Ese era uno de los rasgos distintivos del Guardián de Ángeles —continuó Jamie—. Violaba a sus víctimas antes de matarlas.

Wiik apretó los labios hasta convertirlos en una línea quebrada.

—Es imposible saberlo hasta que la examine el forense. El hecho de que históricamente las chicas elegidas estuvieran todas en edad púber sugiere que hay un elemento sexual en juego, que la alusión angelical está relacionada con la pureza. La virginidad. Hay una aflicción en sus asesinatos —dijo Wiik—. Como un intento de restaurar la inocencia.

Jamie exhaló con lentitud. No quería hacer más conjeturas.

—¿Y el vestido? Los vestidos originales habían sido robados de la iglesia a la que asistían Sjöberg y su esposa. Formaban parte de un grupo de estudio de la Biblia que se reunía todos los domingos.

Jamie estaba sorprendida de todo lo que era capaz de desenterrar de sus recuerdos tras haberlo reprimido durante tanto tiempo. Se preguntó qué más podría surgir de los recovecos de su mente.

Y luego decidió que, fuera lo que fuera, valía la pena con tal de atrapar a ese bastardo.

A juzgar por el gesto inexpresivo de Wiik, Jamie sospechó que la información acerca de la vestimenta de la chica no era nueva para él. Sin duda ya habían interrogado a todos los agentes y detectives de la policía que trabajaron en aquel momento y habían reunido toda la información posible para suplir los archivos desaparecidos.

—Hemos hecho fotografías. Haremos algunas averiguaciones —dijo Wiik—. Esa iglesia ahora está cerrada. En ruinas. Hubo un incendio después de la encarcelación de Sjöberg. No habrá salido de allí.

Jamie no creía que hubiera sido así.

—Necesitamos esos archivos —dijo—. Los originales.

Wiik asintió.

—Sí. También las notas de tu padre.

Jamie no tenía claro si aquello era un ataque contra ella.

Soltó aire, con fuerza. El débil sabor de la sangre permanecía en el aire helado.

—¿Cuándo va a hacerse cargo del cuerpo el laboratorio de patología?

Necesitaba saber por lo que había pasado esa chica.

—Cuando yo lo decida —respondió seco Wiik—. Quiero volver a examinar la escena a la luz del día. Una vez que haya leído las notas de tu padre.

Jamie dio unos lentos pasos para acercarse a él, el crujido de las botas en la nieve era atronador.

—De acuerdo —dijo, le bastaba con susurrar para que la oyeran en medio del silencio del bosque—. Llévame a casa.

5

Por segunda vez aquel día se detuvieron frente a la casa donde Jamie había pasado su infancia. Salió del coche.

El aire era cortante. Se acercaba el crepúsculo y la temperatura bajaba por momentos. Jamie exhaló, y al hacerlo una larga bocanada de vapor salió de sus labios. Dios, echaba de menos aquel frío. Ese aire polar y afilado que parecía cortar las fosas nasales y hacía que el pecho casi doliese. En Londres nunca, ni siquiera en los días más fríos, se podía sentir algo parecido.

Jamie miró la casa de su padre. Se corrigió a sí misma: su casa. Y sintió el peso de la llave en su bolsillo, presionándole la palma de la mano.

—¿Lista? —preguntó Wiik, de pie a su lado.

Ella asintió. Lo estaba. Ahora que tenía una razón para avanzar. Un tren con una vía que seguir. Algo que la impulsara a entrar en aquel lugar. Antes esto era poco más que un caso en un país lejano que rozaba los límites de su tierna infancia. Ahora era algo real. Había una niña, una niña inocente, que había sido vejada y luego convertida en un trofeo dentro de una escenografía en el bosque, y un asesino que se creía lo suficientemente inteligente como para salirse con la suya. Pues nada de eso iba a quedar así. No ahora que Jamie estaba allí.

Jamie se inclinó hacia delante con la confianza de que al vencer la obstinación de sus pies comenzaría su avance. Pero no podía ni siquiera levantarlos del suelo.

Las casas de alrededor estaban ahora en silencio, las entradas llenas de coches. La gente había vuelto del trabajo y se había refugiado en casa para protegerse del frío. Todo lo que les rodeaba eran tenues cuadrados de luz. Ventanas que brillaban en la oscuridad.

La llave parecía ir sola hacia la cerradura. Se deslizó pese al óxido y comenzó a girarla. Al principio opuso una mínima resistencia, pero luego cedió. Jamie escuchó cómo giraban los tambores y luego el chirrido de las bisagras.

El aire viciado la golpeó y antes de darse cuenta estaba ya dentro, empujada por Wiik. No quería perder más tiempo.

Se quedó allí, en el pasillo, las escaleras ascendían frente a ella, la casa casi completamente a oscuras.

A la izquierda, el arco que conducía a la cocina, con su vieja mesa familiar en el centro. A la derecha, otro arco daba al salón.

Miró a ambos lados, y recordó la última vez que había estado allí.

Jamie tenía catorce años. Su madre estaba en el coche, no dejaba de gritar y llorar. La voz de su madre era aguda y resonaba a través de la puerta abierta detrás de ella. «¡No subas esas escaleras! —chilló—. ¡Sube al coche! Ahora, Jamie. Me iré, te juro que lo voy a hacer. ¡Voy a contar hasta tres! No te creas que no lo voy a hacer».

Ojalá lo hubiera hecho.

Jamie gritaba el nombre de su padre. Le pedía que bajara. Para despedirse.

«¿Papá? —había gritado Jamie—. Por favor, baja. Díselo. Dile que lo sientes de veras. Dile que esta ha sido la última vez. Dime que todo irá bien. Despídete, al menos eso».

Pero no lo había hecho.

Su madre había contado hasta tres y luego había aporreado el claxon.

Y Jamie había salido, sin apartar la mirada de la puerta cerrada del dormitorio de sus padres durante todo el tiempo que pudo.

Su madre había girado las ruedas delanteras, había acelerado el coche hasta casi reventar el contador de revoluciones, y el rímel le corría mejillas abajo convertido en gruesas líneas negras. El coche dio una sacudida hacia adelante, luego crujió de modo horrible cuando ella metió segunda y se alejó a toda velocidad.

—¿Inspectora Johansson?

Jamie apartó la mirada de la puerta ubicada en lo alto de las escaleras y se secó las mejillas bruscamente con el dorso de la mano.

—Sí, lo siento. ¿Qué pasa?

Wiik estaba de pie junto a ella, apretó el interruptor de la luz, pero no sucedió nada.

—No hay corriente —dijo—. ¿Dónde están los plomos?

—La casa lleva diecinueve años vacía —respondió Jamie en voz baja—. No servirá de nada.

Él emitió un ruido que podía ser de descontento.

—¿Sabes dónde guardaba tu padre sus notas? —preguntó.

Jamie miró más allá de él, con la vista puesta en la penumbra del salón, y descubrió cartas y papeles esparcidos sobre la mesa de centro, el televisor y la estantería.

La cocina también estaba llena de trastos: sobre la mesa había lo que parecía el motor de una cortadora de césped a medio reconstruir.

—No —mintió ella—. Podrían estar en cualquier parte.

Wiik exhaló un largo suspiro.

—Tendremos que volver mañana —decidió.

Su rostro ansioso reflejaba la conciencia de que cada minuto de retraso era un minuto perdido. Un minuto más cerca de la próxima víctima del Guardián de Ángeles.

Jamie también lo sabía, pero no era esa la razón por la que se le había hecho un nudo en la garganta.

—¿En qué hotel te alojas? Puedo llevarte —dijo Wiik. Sonó más a compromiso que a ofrecimiento. Jamie no tenía ninguna duda de que no quería tocar nada del interior de la casa hasta que pudieran ver lo que estaban haciendo. No quería pasar nada por alto.

—No pasa nada —dijo Jamie—. Llamaré a un taxi.

—No me importa —repitió Wiik. Su expresión cansada no encajaba con el tono cortés de su oferta.

—De verdad —dijo Jamie—. Voy a echar un vistazo de todos modos. Si encuentro algo te lo haré saber.

Él chasqueó la lengua sin llegar a abrir la boca. Parecía valorar si quería quedarse y echarle una mano.

—Mira —continuó Jamie, deseando que se largara de una vez—. Conozco la casa. Conozco a mi padre. Pero no sirve de nada que los dos andemos a tientas en la oscuridad. Podemos cubrir más terreno

si nos separamos. Déjame revisar sus notas, investiga a Sjöberg por tu cuenta. Averigua todo lo que puedas sobre él, de qué murió, quién lo visitó, sus médicos. Revisa el juicio original, consigue las transcripciones. Los registros deben estar conservados en los archivos de tribunales. Los informes originales de la autopsia deberían estar todavía en el laboratorio de patología, probablemente archivados. Tenemos que reunir toda la información que podamos sobre los asesinatos originales. Para poder compararlos y contrastarlos con este. Si se trata de un imitador, es posible que haya alguna conexión con Sjöberg. Si lo descubrimos, será un hilo del que tirar. —Lo miró a los ojos en la oscuridad. Apenas reflejaban un poco de luz que llegaba del exterior, pero por lo demás eran agujeros negros en un rostro sumido en la penumbra—. Puede que alguien haya robado los expedientes del caso en los archivos policiales, pero aún quedan migas de pan que seguir.

Wiik la miró, como si fuera una estatua en el vestíbulo principal de su casa. Su boca se ensanchó, pero no llegó a curvarse en una sonrisa.

—El inspector jefe Smith tenía razón.

Jamie mantuvo la vista fija en él, pero no dijo nada. No estaba segura de si aquello pretendía ser un halago o no.

Wiik se giró tras sacar una tarjeta del bolsillo de su chaqueta. Se la tendió a Jamie y ella la guardó.

—Pásame los datos de dónde te alojas —dijo mientras se dirigía hacia la puerta—. Pasaré a recogerte por la mañana.

Jamie lo observó al otro lado de la puerta.

—¿Significa que me vas a dejar ayudar en el caso?

Él levantó una mano por encima del hombro a modo de despedida, pero no llegó a volverse.

—No parece que tenga otra opción.

Wiik dejó su bolsa de viaje en la acera y le dedicó un gesto con la cabeza antes de subir al coche y marcharse. Jamie metió dentro su equipaje y cerró la puerta. Echó otro vistazo al oscuro interior y respiró el aroma de la casa de su infancia. No había cambiado

mucho. Seguía apestando a whisky añejo y tabaco.

Encendió la linterna del teléfono y tragó saliva antes de comenzar a recorrer la casa con pasos lentos.

La sala de estar estaba hecha un desastre por la acumulación de libros viejos, revistas y papeles. Estaban por todas partes, por el suelo y la mesa de centro, apilados sobre el viejo televisor… Los periódicos formaban pilas junto al sofá. Del respaldo colgaba ropa vieja. Había calcetines tirados por toda la alfombra. Jamie contó cinco botellas de whisky vacías.

Todo estaba cubierto por una gruesa capa de polvo.

Intentó distanciarse de sus propios recuerdos e inclinó la cabeza para leer algunos de los sobres y cartas que había sobre la mesa. La mayoría parecían facturas. Electricidad, gas, agua… Reclamaciones por vencimiento. Pagos atrasados. Y notificaciones de fin de suministro.

Jamie respiró lentamente.

Mierda, se había rendido y ya. Siempre había sospechado que se había limitado a prepararse para el día en que tomase la decisión de suicidarse.

Jamie se inclinó y reparó en el sobre que estaba encima de los demás. Estaba fechado el 17 de septiembre de 2001. Una semana antes de su 18 cumpleaños. Decía que le cortarían la luz en cuatro días.

Lo dejó en su sitio, se puso a pensar en cómo su padre había aguantado, había vivido en la oscuridad durante cuatro días antes de quitarse la vida el día en que ella alcanzó al fin la edad suficiente para que su madre no vendiera la casa sin su consentimiento.

Sin embargo, eso no había impedido que ella mintiese al respecto.

Jamie dio la vuelta y atravesó el vestíbulo para entrar en la cocina.

La nevera seguía cubierta de fotos de su niñez, sujetas con imanes resistentes.

Se acercó y, para hacerlo, pasó por delante del motor oxidado que había sobre la mesa. La madera que lo rodeaba estaba manchada de aceite y el suelo seguía lleno de tornillos y tuercas. Muchos de ellos rodaron hacia la oscuridad cuando sus botas los pisaron.

Extendió los dedos.

Aquellas fotos.

Su padre y ella de acampada. Su padre y ella de pesca. Su padre y ella en la línea de meta de los cien metros lisos en el día del deporte de su colegio.

Ella había ganado.

Su padre y ella en la playa.

Jamie tragó saliva, con los dedos a solo unos centímetros de las fotos.

Sintió un escozor en los ojos.

Tocó una y el imán, sujeto solo por la fricción de los años, cedió.

Cayó al suelo y rebotó, la foto se desprendió en su mano.

El resto, como fichas de dominó, alteradas después de todos estos años, se desprendieron finalmente y cayeron como lluvia sobre las baldosas.

Todas las fotos cayeron también, haciendo piruetas y planeando hasta fundirse en la oscuridad que la rodeaba.

—Mierda —musitó y se puso a mirar a su alrededor para ver dónde habían ido a parar.

Suspiró y sintió en su mejilla una lágrima caliente, su aliento convertido en vaho frente a ella, y se quedó mirando la única foto que había logrado salvar.

Su padre estaba de pie en un peñasco entre dos alerces. Era en las estribaciones de Stäjan, una montaña cercana a la frontera con Noruega. Jamie estaba sobre sus hombros, con las manos alrededor de su cabeza. Debía de tener siete u ocho años. Y él aún la hacía parecer diminuta.

Su madre se había quejado a lo largo de todo el viaje. Le dolían los pies. Aquello estaba demasiado lejos. Hacía demasiado calor. Jamie estaba cansada ya y su madre insistió en que volvieran al coche en lugar de continuar para llegar hasta la cima. Su padre la había levantado como si no pesara nada y la había puesto sobre sus hombros. Le dijo que se agarrara fuerte. Dejaron allí a su madre y no volvieron hasta pasadas varias horas.

Jamie sonrió al mirar la foto, inmersa en el recuerdo de lo divertido que le había parecido.

Cuando empezó a oscurecer, se detuvieron y su padre recogió

leña, utilizó el pedernal y el acero que llevaba en su llavero para encender un fuego. Se sentaron frente a él y miraron las estrellas a través de los árboles. Le explicó todas las constelaciones.

Dios, no podía creer que recordara todo eso.

Pero debió de quedarse dormida, porque lo siguiente que recuerda es que iban a toda velocidad por la autopista dentro del coche y las luces de la calle desfilaban a toda velocidad. Sus padres discutían en el asiento delantero.

Maldita sea, su madre debió estar esperando durante horas antes de que regresaran.

Jamie tragó saliva y se guardó la fotografía en el bolsillo trasero. Pese a todo no dejaba de pensar que fue bastante divertido.

El comedor la reclamaba. Jamie salió de la cocina y se dirigió hacia allí.

Era raro que comieran allí, salvo en Navidad. Su madre siempre había mantenido aquella habitación ordenada. Había una vitrina apoyada en la pared izquierda, donde se guardaba la «vajilla buena», decantadores y copas de cristal que sus padres habían recibido como regalo de boda.

Jamie observó con atención, recordaba que había más decantadores. También que siempre estaban medio llenos de líquidos de distintos tonos ámbar.

Solo quedaban unos pocos, y todos estaban vacíos.

Jamie observó aquellas botellas vacías durante unos instantes y luego dejó que su mirada se desviara hacia las puertas de cristal al fondo de la habitación. Daban al jardín.

La luz de la luna se colaba a través de las contraventanas. Faltaba una lamina y Jamie podía ver el gris de la nieve recién caída que cubría el césped.

Ahora solo le quedaba una habitación. El estudio de su padre.

Su madre siempre había odiado que entrase allí. Y Jamie entendía bien por qué. De niña siempre le había resultado excitante la emoción de ver esas cosas oscuras y misteriosas a las que se dedicaba su padre, y disfrutar del lujo de no entenderlas. En su mente, su padre era un superhéroe. Un hombre que no le tenía miedo a nada, que golpeaba en la cara a los malos. Alguien que

llevaba un cuchillo y un revólver en el cinturón, como un pistolero del oeste, y que nunca dejaba que el villano se saliese con la suya.

Eso era lo que más le fascinaba en aquella época.

Ahora sabía que era un hombre propenso a la violencia, con más problemas de los que nadie estaba dispuesto a admitir. Por no hablar de Jamie.

Había tenido que acudir a un terapeuta. Se vio obligada a enfrentarse a lo que había hecho. A lo que le hizo a una chica. A una chica confundida que la había atacado con un cuchillo. Que había ayudado a un asesino a matar a otras cuatro personas. Que había matado a un hombre ella misma. Que no le había dejado otra opción.

Lo que se esperaba era que su padre siguiera adelante.

Jamie se tranquilizó, detuvo la mano a medio camino de la puerta y la miró. Notaba cómo se le entumecía debido al frío.

Tenía que moverse.

Dio un paso adelante, giró el picaporte y entró.

El aire era un poco más cálido allí dentro.

El haz de luz de su teléfono iluminó la habitación con intensidad y Jamie le echó un vistazo a todo.

A la derecha había un escritorio, abarrotado de papeles, y un viejo ordenador gris. La pared del fondo era un entramado donde se superponían recortes de periódico clavados con chinchetas, fotografías de escenarios de crímenes y dibujos hechos con rotulador directamente sobre la pintura de la pared.

Jamie contempló con detenimiento todo aquello, se fijó en el amarillo de los marcadores de pruebas que brillaba en la penumbra. También el brillo de la sangre iluminada por los *flashes* de las cámaras de los criminalistas. Todas eran fotos de distintas escenas delictivas. Los últimos casos de su padre. Los asesinatos eran variados y brutales.

Jamie apretó la mandíbula y se colocó frente a ellas.

No fue capaz de distinguir alas de ángel.

La alfombra crujía bajo sus pies al caminar, pues las fibras se habían endurecido con el paso del tiempo.

Debajo de las fotos y los papeles clavados en la pared había una

estantería baja y ancha. Cobró vida de nuevo a través de los recuerdos de Jamie y ella se arrodilló para pasar los dedos sobre aquellos volúmenes y acariciar sus lomos.

Todos aquellos libros estaban relacionados con la investigación criminal. Criminología, psicología, sociología. Libros escritos por otros detectives, por psicólogos, algunos incluso por criminales. Había de todo, desde *El hombre delincuente* de Cesare Lombroso hasta estudios y libros sobre la monoaminooxidasa A, relacionada con el conocido como «gen guerrero». Además de otras muchas cosas, siempre había sido un lector voraz. Insomne. Mujeriego. Propenso a las adicciones. Bebedor.

Jamie rebuscó un poco más y encontró lo que buscaba. Una pila de pequeñas libretas con tapas de cuero. Sus cuadernos de trabajo.

No había mentido cuando dijo que su padre no era de los que tomaban muchas notas. Pero siempre llevaba consigo un bloc por si era necesario. Para anotar nombres, pensamientos, cualquier cosa útil que pudiera ver o se le ocurriera.

Jamie no sabía qué esperaba encontrar, pero necesitaba echarles un vistazo.

Había tres pilas.

Levantó el que estaba encima de la pila de la izquierda, lo abrió y vio las fechas *1984-1986* escritas en él.

No, demasiado pronto.

El Guardián de Ángeles mató a las chicas entre 1995 y 1996.

Pasó a la segunda pila y echó un vistazo al primero.

1992. Un poco más cerca.

La tercera pila era algo más baja. Cogió el cuaderno de arriba y lo abrió. La fecha que figuraba en la portada era 1995.

Jamie exhaló y comenzó a hojear todas y cada una de las páginas, dejó que el susurro casi inaudible del papel se encargase de llenar la habitación. Era este.

Lo apretó contra el pecho y dejó que su mirada acariciara los demás.

Su madre se la había llevado a Inglaterra en el invierno de 1997. Justo antes de Navidad. Para que fuera más doloroso. Era la época del año favorita de su padre. Cada 23 de diciembre llevaba a Jamie

al norte y cazaban un ganso para la cena de Navidad.

A ella nunca le gustó cazar. Pero su padre siempre le recordaba que los que se compraban en los supermercados o carnicerías habían sido criados en granjas, maltratados y sacrificados solo para consumir su carne. Al menos ellos le daban al ganso la oportunidad de escapar por sus propios medios.

1997 había sido el año más duro para él. También para la madre de Jamie. Para todos ellos. El Guardián de Ángeles había dejado destrozado a su padre y aquel viaje iba a ser su primera oportunidad para escapar de aquello. Para normalizar las cosas.

Dos días entre los hielos del norte. Dos días ellos dos solos en la pequeña cabaña de caza a la que siempre iban. El ganso era algo irrelevante ya. A Jamie le daba igual si llegaban o no a cazar alguno. Pero aquel sitio donde se tumbaban, sobre una cresta de nieve helada, era uno de sus lugares favoritos. Junto a él, su viejo rifle Remington 700 descansaba sobre la manta que siempre tenía extendida en el asiento trasero de su coche…

Dios, cómo apestaba. Disparaba con él y luego envolvía el ganso en la misma manta. Jamie podía sentir en aquel instante el mismo olor, la mezcla de grasa, pólvora y plumas. Sacudió la cabeza al recordar las incontables quejas de su madre cuando olía aquello. Pero a ella le encantaba de todos modos.

Siempre mantuvo el rifle en estado de revista, lo tenía colgado encima de su…

Jamie se volvió para mirar de nuevo el escritorio y luego echó la cabeza hacia atrás.

Ahí estaba, en la estantería, como siempre. Recortado en una silueta difusa, la culata pulida reflejaba la luz residual de la linterna de su teléfono.

Demasiado alto para que ella lo alcanzara cuando era niña. Pero siempre estuvo ahí.

No pudo evitar sonreír al verlo. Para ella no significaba la muerte, ni el hecho de disparar, ni siquiera la Navidad. Para ella aquel rifle era su padre.

Y estos cuadernos, volvió la cabeza hacia la tercera y última pila, narraban los últimos años de su vida. Los años que se había perdido.

Sus últimos casos, sus últimos pensamientos. Sus últimas horas.

Exhaló un largo suspiro, incapaz de dejarlos atrás, y agarró toda la pila, tras lo cual se puso de nuevo en pie, en medio de la oscuridad del estudio de su padre, antes de darse la vuelta para salir. Pero se quedó paralizada.

En la pared del fondo había un sofá de cuero. Aquel en el que su padre solía sentarse a leer.

Y ella tenía la costumbre de sentarse allí con él mientras lo hacía.

A menudo se quedaba allí mismo, y observaba cómo redactaba sus informes en una vieja y gastada máquina de escribir Imperial 200 hasta quedarse dormida con el repiqueteo del teclado y las palancas contra el rodillo.

Tap, tap, tap. Los párpados cada vez le pesaban más.

Ahora miraba la máquina de escribir mientras se aferraba a sus cuadernos. Luego se dio la vuelta.

Jamie dejó a su espalda el sofá donde se había quedado dormida mil veces.

Junto con la caótica mancha negra que había en la pared por encima del respaldo.

La sangre ya seca de su padre.

Con la que había salpicado la pared cuando se voló la cabeza con su Smith & Wesson Special del calibre 38.

6

Jamie,

No pasa un solo día sin que piense en ti.

Había una ardilla en el jardín esta mañana, intentaba alcanzar el comedero para pájaros. Me recordó a ti, a esa vez en que intentaste trepar al pino que hay detrás de casa. Eras demasiado pequeña para alcanzar las ramas más bajas y pasaste horas intentando trepar el tronco.

Me dijiste que si fueras una ardilla la vida sería más fácil. Todavía me hace sonreír.

7

La mañana siguiente Wiik llegó unos minutos después de las ocho.

Jamie llevaba allí desde las seis y había dormido solo unas pocas horas. Se había levantado una y otra vez para leer los cuadernos de su padre.

En aquella oscuridad su mente era su peor enemigo.

Pero ahora ya se había acostumbrado y estaba insensibilizada para casi todo, excepto para lo peor.

Las botas de Wiik chirriaron mientras subía las escaleras hasta la puerta abierta de la habitación que había sido el escenario de su infancia.

Redujo el paso, miró a izquierda y derecha, y luego entró.

El sol acababa de salir, la luz era pálida y débil. La habitación estaba en silencio, el resplandor que entraba por la ventana permitía ver las motas de polvo que flotaban en el aire. Las contraventanas estaban ahora completamente abiertas.

Wiik miró a su alrededor, vio que la habitación estaba vacía y luego se dio la vuelta, momento en que se sobresaltó al encontrar a Jamie de pie en medio de la puerta.

—Fui a tu hotel —dijo al tiempo que hacía el gesto de ajustarse los puños de la camisa bajo las mangas del jersey gris. Llevaba unos vaqueros rectos, no demasiado ajustados, y unas botas negras lustradas con una suela suficientemente gruesa para mantener a raya la nieve. Tan solo eso. Y, al igual que en la anterior ocasión, estaba impecablemente afeitado y se había peinado el pelo hacia atrás con gomina.

—No estaba allí —dijo Jamie, y entró en su antigua habitación para reunirse con Wiik.

Las paredes eran de un color púrpura oscuro.

Lo había elegido ella.

Su madre quería blanco.

Su padre le había dejado escoger.

—Lo sé —dijo Wiik, sin intentar ocultar la frustración en su voz—. Podrías haber llamado.

—Te habría pillado todavía durmiendo —dijo Jamie mientras lo rodeaba para acercarse a la mesita de noche. Recogió una pulsera trenzada que estaba colgada sobre la lámpara de lectura. La habitación estaba exactamente como la había dejado. No se había tocado nada.

Miró aquella cuerda trenzada que tenía entre los dedos.

Él hizo un ruido de descontento detrás de ella.

—Podría haber venido antes.

—¿Y por qué no lo has hecho?

Jamie levantó la vista y buscó los ojos de él. Esa mañana había en ellos una extraña frialdad.

Wiik se cruzó de brazos y su chaqueta se retorció por el movimiento de sus bíceps, lo que dejó ver la pistola semiautomática SIG Sauer P226 que colgaba junto a sus costillas. Ayer no la llevaba.

—¿Dónde estabas hace un momento? —E hizo un gesto con la cabeza para señalar la puerta.

—Te oí llegar.

—¿Y te escondiste? —levantó una ceja.

Jamie se encogió de hombros.

—No sabía que eras tú.

—¿Quién más podría ser?

—Quienquiera que haya secuestrado a Nyström.

—¿Crees que alguien lo ha secuestrado?

—Quizá. Me parece extraño que se fuera de la ciudad sin llevar consigo sus credenciales. Y tú mismo dijiste que sabían que no estaría en su casa cuando la allanaron. Qué mejor manera de asegurarse de ello que comprobarlo por uno mismo.

Wiik se mostró de acuerdo con todo.

—¿Y pensaste que esa misma persona vendría aquí para intentar…? ¿Qué? ¿Secuestrarte a ti también?

—O matarme. —Jamie echó un vistazo a la habitación que los rodeaba—. Quizá el asesino se deshizo de Nyström porque sabía que

él sería el primero en descubrirlo.

Wiik también procesó esa idea y no pareció disgustado con la extrapolación. Suspiró.

—¿Encontraste alguna cosa?

—Haces mucho ruido al caminar, ¿lo sabías? —apuntó Jamie sin dejar de pasar el dedo por los lomos de los libros de su estantería. Libros de Dahl. Tolkien. Pratchett. El rastro de su maduración intelectual.

Wiik, el puño apretado por la tensión a un lado del cuerpo, dijo entre dientes:

—No estaba tratando de pasar desapercibido.

Jamie le sonrió.

—No, eso está claro.

Una vena latía en la sien de Wiik.

Ahí estaba. Lo había encontrado. Su límite. Su umbral. Se enfadaba con facilidad, era sencillo aumentar su frustración. Necesitaba saber qué tipo de hombre era. Y ahora lo sabía.

Ahora podía trabajar con él.

—Vamos —dijo sin más y salió por la puerta—. Tengo algo que enseñarte.

Jamie también solía torturar así a su antiguo compañero. Pero entonces era más que nada por diversión. Ahora no le producía ningún placer hacerlo. No cuando se veía en la obligación de poner su vida en manos de alguien. Necesitaba tener la certeza de que podía contar con Wiik.

No tenía ni idea de lo que le había pasado a Nyström, pero tenía una lista de cosas que quería comprobar ese mismo día, y las imágenes de seguridad del peaje en la que quedó registrado su coche estaban en dicha lista. Delitos como este no se cometían de forma impulsiva. Requerían una planificación meticulosa. Y esperar hasta que Sjöberg muriera, robar el expediente del caso, planificar toda la escenografía de aquel asesinato… Todo aquello requería mucho tiempo y esfuerzo. La palabra «precisión» era lo que se le venía a la mente. No se podía dejar nada al azar. Y, a ojos de Jamie, dejar que el único agente que quedaba de la investigación original merodease por ahí no era algo que hubiera querido permitir.

Nyström era un obstáculo y sacarlo del terreno de juego era un modo idóneo de facilitar las cosas. Que el coche hubiera sido localizado en un peaje significaba que *pretendían* que fuera visto. Ya fuera para desviar la investigación en la dirección equivocada, dividir los recursos existentes o, simplemente, mostrar a la policía que tampoco ellos estaban a salvo. Ni siquiera en sus propios hogares.

Jamie no sabía con quién les tocaba lidiar. Pero sí sabía una cosa. Quienquiera que fuera era alguien inteligente. Y además un maldito monstruo.

Wiik siguió a Jamie escaleras abajo hasta la cocina. Echó un vistazo a los imanes esparcidos por el suelo.

—¿Qué ha pasado aquí?

Jamie miró por encima del hombro, pero se fue camino del comedor.

—¿Cómo voy a saberlo?

Había recogido las fotografías y estaban todas cuidadosamente guardadas en la bolsa de viaje que había dejado en el hotel.

Wiik entró en el comedor detrás de ella, al apoyar las manos en las caderas se le levantó un poco el abrigo, y con los brazos en jarras se dedicó a contemplar con atención la mesa que tenía delante.

Jamie había dedicado la mañana a revisar el cuaderno de su padre y había transcrito algunas de sus páginas en un bloc de tamaño normal, luego había cortado cada una de esas hojas para colocarlas sobre la mesa de la cocina y tenerlas así todas frente a ella. La información distaba mucho de ser completa. Pero ella había hecho lo que había podido.

—Has estado muy ocupada —comentó Wiik con cierta acritud.

—Duermo poco y mal —respondió Jamie, sin siquiera levantar la vista—. Bien, este cuaderno —Jamie lo levantó— narra el caso original del Guardián de Ángeles. La primera entrada, esta de aquí, tiene fecha del 19 de noviembre de 1995, es el primer registro del caso. La primera chica.

Wiik se humedeció los labios.

—Copié las anotaciones de mi padre aquí —dijo Jamie, y señaló la hoja de la esquina superior izquierda de la mesa.

Había siete en fila sobre la mesa. Una por cada chica. Leyó en voz alta:

—Víctima, chica, adolescente. Llevaba un vestido blanco, estacas de madera clavadas en la espalda. ¿Alas de ángel? —Se quedó mirando esa hoja durante unos instantes—. Él supo, desde el principio, qué era aquello que tenía ante los ojos. Pero sin los detalles precisos de cada asesinato (fotos, informes de los criminalistas), es difícil hacer suposiciones sólidas sobre las similitudes entre ellos. El resto son las escenas del crimen posteriores. —Jamie hizo un gesto con la mano por encima de ellas —. De nuevo, no hay muchas notas al respecto. Algunos comentarios, algunas pequeñas ilustraciones. Un dibujo de líneas paralelas que forma una especie de zigzag. Creo que se supone que son las huellas de una bota. Pero no estoy segura.

Wiik extendió la mano, el gesto indicaba que quería ver ese dibujo por sí mismo.

Jamie le entregó la libreta y él la cogió, la miró por ambos lados y hojeó unas cuantas páginas.

—He marcado las páginas donde…

—Ya lo he visto —la cortó en seco Wiik, con la vena de la sien visible de nuevo.

Jamie continuó, sin miramientos. Le daba igual estar metiendose en su trabajo o que él se sintiera amenazado, solo había una cosa de veras determinante: atrapar al asesino.

—Lo pertinente —dijo Jamie, y bajó la mano una fila en la sección central—, es esto. Son todas las notas que mi padre tomó sobre los sospechosos, las pistas, los indicios… Todo lo que recopiló durante la investigación.

Wiik dejó a un lado el cuaderno y miró hacia donde Jamie le señalaba.

—Hay cuatro nombres aquí, en una de las páginas. Tomas Lindvall. Per Eriksson. Leif Lundgren. Y Hans Sjöberg. Sjöberg fue condenado por los asesinatos, así que supongo que estos son los nombres de los otros sospechosos. Tenemos que investigarlos.

Encontrarlos, interrogarlos. Trabajemos hacia atrás, desandemos sus pasos desde el final —su mano se movió en el aire— hasta llegar al principio.

Wiik levantó una ceja.

—¿Quieres que vuelva dentro de un rato? Parece que ya lo tienes todo pensado.

Jamie respiró hondo y se volvió hacia él.

—No te comportes como un niño. Seré más útil trabajando contigo.

—¿Que en mi contra?

—Que si no hago nada —dijo Jamie y entrecerró los ojos—. Este es tu caso, pero voy a hacer todo lo que pueda para ayudar a atrapar a ese tipo.

Él se volvió hacia ella, con los brazos cruzados.

—¿Y por qué es tan importante para ti?

Jamie abrió la boca con la intención de hablar, pero se quedó a medias porque no tenía una respuesta clara que ofrecer. ¿Para demostrar que su padre era un buen inspector? ¿Para conectar con él de alguna manera?

¿Para atrapar al asesino antes de que hiciera daño a alguien más?

¿Porque lo echaba de menos? ¿Porque echaba de menos todo esto, el trabajo de inspectora? Por mucho que odiara admitirlo, ese era el principal motivo.

Se aclaró la garganta.

—¿Para ti no es importante?

Él esbozó una leve sonrisa.

—Recoge todo esto. —Señaló con la cabeza los papeles—. Tenemos que irnos.

—¿Irnos adónde?

—Hay alguien que quiere conocerte.

Wiik conducía con suavidad, pero no estaba interesado en atenuar el silencio con una charla banal.

Cuando entraron en el aparcamiento subterráneo de la sede de la policía de Estocolmo, Jamie sintió un pequeño nudo en el estómago.

Cuántas horas había pasado allí de niña, sentada unas veces delante del escritorio de su padre y otras detrás de él, enfrascada también en la exploración de los pasillos para consternación de todos los demás ocupantes del edificio.

Todo el mundo conocía a la hija pequeña de Jörgen. Gritaba a los demás agentes y detectives en los pasillos. «¡Más despacio!», si corrían. O «¡volved al trabajo!», si estaban de charla en alguna esquina. Se creía la más dura.

«Lo siento, *Kriminalinspektör* Johansson», decían para seguirle el juego, y a continuación se alejaban con una sonrisa, encantados de lo mona que era: ese cabello rubio platino que le tapaba la espalda, esos enormes ojos azules.

«De mayor serás alguien que toca las narices con la misma profesionalidad con la que lo hace tu padre», le decían entre risas.

No podían evitar reír cuando la veían por allí. Tampoco preocuparse por ella.

Recordaba que le traían tazas de chocolate caliente y galletas de la sala de descanso cuando su padre desaparecía. «Volveré enseguida», anunciaba. Y luego se largaba. A veces estaba fuera durante horas.

Jamie no descubrió adónde iba hasta años más tarde.

Las mujeres, las drogas, la bebida.

Para ella, él era un superhéroe.

Pero incluso los superhéroes tienen sus debilidades.

Wiik apagó el motor y salió sin decir una palabra. Jamie lo siguió en silencio y ambos se encaminaron al ascensor.

Ella miró las escaleras, pero Wiik no parecía estar de humor para discutir nada, y mucho menos las ventajas de alcanzar la cantidad de pasos diarios recomendada.

Esa mañana ella había ido andando desde el hotel hasta su casa. 3,6 kilómetros según su reloj. Poco más que un calentamiento para sus estándares habituales.

Salieron en la séptima planta y Jamie redujo un poco el paso para poder prestar atención. La distribución le resultaba familiar y el sonido de los pasos de la gente sobre el suelo de baldosas la transportaba al pasado. Pero, por lo demás, aquella planta —y

probablemente el edificio— se había modernizado. La viciada neblina del humo del tabaco y las tenues lámparas de escritorio habían dado paso a un interior luminoso y bañado por la luz. Grandes ventanas y espacios abiertos sustituían a lo que antes eran angostos pasillos entre escritorios de madera. Ahora eran blancos… y a ella le pareció que estaban hechos de plástico. Jamie tocó con sus uñas cortas y sin pintar la superficie de uno de ellos mientras seguía a Wiik hacia el despacho acristalado del fondo.

Algunos detectives levantaron la vista de sus escritorios al verlos pasar, pero apartaron la mirada al darse cuenta de que era Wiik, sin prestarle mayor atención a Jamie. El tipo tenía autoridad aquí. No le sorprendió, teniendo en cuenta que acababan de asignarle el caso del Guardián de Ángeles.

Una mujer de unos cincuenta años estaba sentada en el despacho. Estaba detrás de un moderno escritorio de cristal colocado sobre unos soportes de acero, levemente inclinada hacia delante, concentrada en la pantalla de su ordenador.

Tenía rasgos afilados: nariz fina y barbilla puntiaguda, pelo oscuro y corto, con raya al medio y peinado hacia atrás, con las puntas visibles detrás de las orejas.

Wiik se detuvo en la puerta, levantó los nudillos y llamó una vez, con mucha suavidad.

La mujer levantó la vista, su mirada saltó de él a Jamie para volver de nuevo a él, y luego les hizo pasar con un movimiento de la mano, en la que sostenía un bolígrafo.

Wiik entró y Jamie lo siguió.

La mujer se apoyó en los codos y juntó las manos bajo la barbilla. Miró a Jamie con ojos brillantes.

—La pequeña Jamie Johansson —dijo, con una amplia sonrisa—. No sé si me recuerdas, soy…

—*Kriminalinspektör* Ingrid Falk —saludó Jamie al tiempo que asentía con la cabeza. Ella le devolvió la sonrisa—. Me acuerdo.

—*Kriminalkommissarie* —murmuró Wiik.

Falk le hizo un gesto con la mano para que se callara y luego señaló una silla frente a su escritorio.

—Por favor, siéntate —le dijo a Jamie.

Jamie obedeció.

—Nos alegra mucho tenerte aquí —dijo Falk.

Wiik se quedó de pie detrás de Jamie, con el rostro vuelto hacia la ventana, los brazos de nuevo en jarras y la chaqueta detrás de las muñecas.

—Lo que me gustaría —continuó Falk— es que las circunstancias fueran más agradables. —Bajó la vista hacia su escritorio y retiró las manos de debajo de la barbilla—. Son tiempos oscuros para la ciudad.

—Me lo imagino —dijo Jamie, y frunció los labios—. Si puedo ayudar en algo…

—Sí, bueno —dijo Falk, echó un vistazo a la espalda de Wiik y luego volvió a centrarse en Jamie—. Wiik ya me ha informado de que querías colaborar en el caso y, aunque normalmente no aceptamos ayuda externa, las circunstancias de este son… especiales. El Guardián de Ángeles fue uno de los casos más importantes de tu padre, así que cualquier información que puedas aportar será muy valiosa. ¿Hay algo que recuerdes que pueda sernos de ayuda?

Jamie se mordió el labio.

—Es complicado. No me acuerdo de nada en concreto, pero poco a poco los recuerdos están reapareciendo.

Falk asintió en silencio.

—Mi padre decía tantas cosas —prosiguió Jamie, con la mirada puesta en el suelo, sumida en sus recuerdos—, que es difícil separar unas de otras. Pero cuando veo o leo algo…

—Regresa todo a la mente. —Falk se mostró más comprensiva de lo que Jamie esperaba—. ¿Tienes que volver a Londres en una fecha concreta? —preguntó con voz suave.

Jamie intentó interpretar las líneas de su rostro, analizando el sentido en que había formulado la pregunta.

—Has hablado con mi jefe —aventuró Jamie.

A Falk parecía divertirle un poco todo aquello.

—Dijo que eras perspicaz.

—¿Qué más dijo?

—Que estabas de baja después de haberte visto obligada a

disparar a un sospechoso.

No se andaba con rodeos, eso había quedado claro.

—Vino hacia mí con un cuchillo.

—Debió de ser difícil —dijo Falk con tacto. Ya había tenido que lidiar con eso antes en su equipo. Eso quedaba bastante claro también.

—Lo fue.

—¿Por qué no has vuelto aún al trabajo? —lo preguntó con naturalidad, la vista puesta en su pantalla como si hubiera algo interesante en ella.

—He decidido esperar al momento adecuado —respondió Jamie, que trataba de mantener la calma.

—¿Y cuál es el «momento adecuado»?

—Cuando me sienta preparada.

Ella asintió.

—¿Ya te sientes preparada?

—Sí.

—Pero antes no lo estabas.

Jamie entrecerró los ojos. Una parte de ella quería borrar la sonrisa cortés del rostro de Falk. La recordaba bien de cuando era niña. Siempre tuvo aspecto de estudiosa, callada. Excelente con el papeleo. No era una inspectora como el padre de Jamie. Era de otro tipo. Era de las que siempre presentan sus informes, acostumbradas a recibir las felicitaciones entusiastas de sus superiores. Nunca se permitía salir de los cauces establecidos. Era de las que ascendían en el escalafón mientras ardía en deseos de que la destinaran a un escritorio, fuera de la línea de fuego.

Y lo había logrado.

Jamás le había gustado el padre de Jamie, y Jamie no podía evitar preguntarse si aún tenía algo de resentimiento en ella.

Jamie carraspeó.

—No, no lo estaba. Creo que había olvidado cómo era.

—¿Cómo era el qué?

—La sensación de que si te quedas de brazos cruzados habrá gente que morirá.

Falk observó a la mujer que tenía delante, le hacía sentir una

mezcla de diversión, curiosidad y ganas de burlarse de ella.

—¿No crees que nuestros detectives podrían hacerse cargo de este caso?

—No tengo motivos para dudar de su capacidad —dijo Jamie—. Pero estoy aquí. Me pedisteis que viniera, es posible que solo para ayudaros a encontrar las notas de mi padre, pero Wiik puede dar fe de que son demasiado imprecisas.

El hombre detrás de ella no hizo movimiento alguno. Falk ni siquiera se molestó en mirarlo. Mantuvo la mirada fija en Jamie.

—Así que parece más probable que sean mis recuerdos los que arrojen luz sobre el caso original. Y, francamente, si este resulta ser parecido al primero, un poco de ayuda extra no haría ningún daño.

Falk permaneció en silencio durante un segundo, para sopesar sus palabras.

—Nunca rechazaríamos esa ayuda. La *Polismyndigheten* siempre ha mantenido una buena relación de trabajo con la Policía Metropolitana de Londres, y estoy muy interesada en mantener esa buena relación.

Había pasado por entero a su faceta diplomática.

—Pero tengo el deber de cuidar —continuó— tanto de mis propios agentes como de los que están bajo mi jurisdicción, garantizar su seguridad en la medida de mis posibilidades. ¿Entiendes a lo que me refiero?

—Me estás preguntando si voy a ser un lastre —dijo Jamie, sin esforzarse lo más mínimo por ocultar el desdén en su voz—. Me han dado el alta para el servicio activo.

—Así me lo habían comunicado. Pero, aun así, debo cumplir con los protocolos exigidos. No puedo dejar que cualquiera vaya suelto por mi ciudad sin haber realizado antes las investigaciones pertinentes, lo de menos es de quién sea hija.

Jamie la observó con más atención, en busca de grietas en esa máscara de cera. No sabía si lo que Falk insinuaba era que Jamie no sería capaz de trabajar en ese caso o si trataba de averiguar si iba a comportarse como su padre.

Jörgen Johansson había sido un detective condecorado. Pero también era un bruto, un borracho y el tipo de persona que es

convocada a una oficina como esta al menos dos veces por semana por uso innecesario o excesivo de la fuerza. A menudo por ambas cosas.

—Te aseguro —dijo Jamie, y al hacerlo se colocó su propia máscara—, que no haré otra cosa que comportarme como una representante brillante tanto de la Policía Metropolitana de Londres como de la *Polismyndigheten*. Tienes mi palabra.

Falk sonrió ampliamente.

—Me alegro de oírlo. Pero tampoco es necesario que le des muchas vueltas —dijo antes de volver a prestar atención a sus papeleos—. Wiik te lo dirá si te extralimitas durante la investigación. Y luego me informará a mí. ¿No es así, Wiik?

El hombre que estaba detrás de ella soltó, a modo de confirmación, un gruñido desganado.

—Ahora, al grano —dijo Falk mientras sonreía y juntaba las manos sobre la mesa—. ¿Qué es lo que tenemos hasta el momento sobre el caso?

8

—Repíteme esos nombres —dijo Wiik en medio del trayecto hacia la antigua iglesia situada unos kilómetros al norte de la ciudad. Ahora era la casa de la viuda de Hans Sjöberg.

—Per Eriksson, Leif Lundgren, Tomas Lindvall —repitió Jamie.

Wiik asintió con la cabeza mientras los asimilaba.

—Eriksson, Lundgren, Lindvall.

—Eso es lo que pone aquí —confirmó Jamie tras repasar por enésima vez los nombres en las viejas notas de su padre.

Eran los otros tres sospechosos que su padre había anotado cuando investigaba el caso original del Guardián de Ángeles. Aquellas serían sus tres primeras paradas. Después de esta.

Wiik giró a la derecha desde la carretera principal y se adentró en una estrecha carretera de dos carriles con una hilera de abedules a la izquierda. Las ramas delgadas colgaban sobre el asfalto y dejaban caer la nieve.

El cielo estaba plomizo y gris; el aire, quieto y gélido. El invierno se cerraba sobre la ciudad como una soga. Cada año era igual.

La solitaria aguja de una iglesia apareció al final de la carretera, con unos ennegrecidos puntales que sobresalían de su base como costillas de una caja torácica. El lugar había quedado en ruinas tras un incendio, y su exterior, antes espléndido, ahora se veía desconchado y carbonizado. El terreno a su alrededor estaba cubierto de maleza y nieve. Las zarzas brotaban en arcos desde la superficie blanca y se sumergían de nuevo en ángulos extraños.

La palabra «violador» aún era visible, pintada con espray en un lateral con enormes letras rojas, a pesar de los años y las llamas. Era como si alguien hubiera vuelto después del incendio para reiterar el mensaje.

Wiik redujo la velocidad justo antes de llegar a la verja cerrada y

se detuvo en el arcén.

En el extremo de la parcela presidida por la iglesia había una casa.

Jamie y Wiik echaron un vistazo al modesto bungaló, construido mitad de ladrillo rojo y mitad de paneles blancos, con un par de escalones, y una rampa de acceso oxidada junto a ellos, que dirigían al porche delantero.

El teléfono de Wiik vibró en su soporte del salpicadero y él lo cogió para desbloquearlo, las comisuras de los labios se le curvaron hacia abajo.

—Han retirado el cuerpo —dijo.

—¿De la escena del crimen? —preguntó Jamie.

—Ha comenzado a llamar demasiado la atención. La prensa se había enterado. —Se llevó la mano a la cabeza y se alisó el pelo hacia atrás—. Ya está en el laboratorio.

Aquello no pareció alegrarlo demasiado, es más, todo apuntaba a que Falk se había saltado sus indicaciones. Pero habían pasado ya dos días y seguían sin tener señal alguna de Nyström o del paradero del expediente.

Era impensable que la dejasen allí indefinidamente.

Wiik empujó la puerta del coche con el hombro, se guardó el teléfono en el bolsillo y se encaminó hacia la casa, sin esperar a Jamie ni mirar atrás.

Quería dejar bien claro, aunque fuera con aspereza, quién mandaba allí.

Wiik recorrió rápidamente el camino hasta la entrada, subió al porche y llamó con firmeza a la puerta antes de apartarse a un lado para que Jamie no pudiera ponerse junto a él.

Ella puso los ojos en blanco y subió por la rampa, por lo que tuvo que ascender con cuidado la resbaladiza superficie hasta ponerse a la altura de Wiik.

Él ni siquiera la miró.

Esperaron un buen rato antes de que se abriera la puerta, apareció en el umbral una mujer en silla de ruedas. Tendría unos sesenta años, la cara arrugada y la papada le colgaba en flácidas bolsas. Llevaba el largo cabello gris recogido en una coleta suelta y sus ojos oscuros se veían agrandados tras los gruesos cristales de

sus gafas. Cada lente tenía una graduación diferente, por lo que un ojo parecía más grande que el otro.

Tosió con un sonido húmedo y esforzado, y luego comenzó a jadear dando profundas bocanadas. Parecía que le era muy difícil respirar.

—¿Sí? —preguntó con voz ronca.

—*Kriminalinspektör* Anders Wiik, Policía de Estocolmo —dijo Wiik mientras le mostraba su placa—. Esta es mi colega, Jamie Johansson.

Hizo un gesto con la cabeza hacia Jamie y luego sonrió a la anciana.

Jamie ignoró el hecho de que hubiera omitido su cargo y también sonrió a la mujer. Wiik continuó.

—¿Eva Sjöberg?

La anciana los miró a ambos.

—Vienen por algo relacionado con mi marido —dijo sin esconder su tono cansado. Llevó las manos delgadas a las ruedas e impulsó la silla hacia atrás con cierta dificultad—. Entren entonces —dijo con el ceño fruncido—. Con la puerta abierta se escapa el calor.

Jamie y Wiik se sentaron en el sofá de la sala de estar, Eva colocó su silla frente a ellos. En la televisión, que estaba silenciada, se veía un concurso. Los subtítulos aparecían en la parte inferior de la pantalla mientras dos concursantes apretaban furiosamente los pulsadores para llenar de líquido lo que parecía ser un medidor gigante.

Wiik carraspeó y Jamie miró a Eva Sjöberg, la viuda del infame Guardián de Ángeles.

—Siento mucho su pérdida —dijo Wiik sin rodeos, antes de asestar la puñalada—. Tengo entendido que su marido siempre mantuvo su inocencia en el caso del Guardián de Ángeles, ¿estoy en lo cierto?

Sin embargo, era a Jamie a quien Eva miraba fijamente. Ni siquiera pareció escuchar la pregunta.

—¿Nos conocemos, querida? —inquirió, con expresión ausente y sin detener el ligero temblor de su cabeza.

Jamie se había reclinado en el sofá para no agobiar a Eva. Wiik estaba echado hacia adelante y sentado en el borde, con los codos sobre las rodillas.

—No —respondió Jamie—. Creo que no.

—Me resulta usted familiar.

«Probablemente porque mi padre envió a tu marido a la cárcel por el asesinato de siete adolescentes», pensó Jamie, aunque resistió el impulso de decirlo.

—Lo siento, no creo que nos hayamos visto.

Por toda respuesta, Eva se encogió ligeramente de hombros, que eran puntiagudos como las esquinas de una tienda de campaña bajo el cárdigan que vestía.

Jamie no entendía cómo podía llevarlo puesto. Estaba sudando a chorros, al igual que Wiik. En aquella casa debían estar a unos cien grados.

—Señora Sjöberg —insistió Wiik—. Su marido.

—Hans —confirmó Eva, aunque la inflexión de su voz hizo que la palabra sonase como si fuera una pregunta.

—Sí. Él siempre mantuvo su inocencia, insistió en que él no era el Guardián de Ángeles.

—Él es inocente —respondió Eva con serenidad, y para hacerlo centró ahora su atención en Wiik.

Captó la discrepancia en el tiempo verbal. *¿Es?* Seguramente quería decir *era.* Jamie tragó saliva y se dedicó a estudiar a la frágil anciana.

No creía que fuera aquel el camino que debían seguir: discutir un caso del que ninguno de los dos sabía nada con una mujer que ya no parecía estar en plenas facultades mentales.

Aún no habían consultado los registros judiciales: no estaban digitalizados, por lo que resultaba muy laborioso revisarlos de manera manual hasta encontrar los originales. Tampoco habían ido a ver al patólogo. Ni siquiera sabían la identidad de la víctima. Pero quedaba mucho día por delante y ambos necesitaban profundizar en todos los matices del caso, y también en los del original, tanto como les fuera posible. Tan rápido como pudieran, además. Y si Eva Sjöberg podía indicarles la dirección de cualquiera de los otros

sospechosos, les serviría para darle un buen impulso a la investigación. No podía discutir la lógica de Wiik en ese aspecto. Aunque no estuviera totalmente de acuerdo con ella.

Wiik carraspeó de nuevo.

—Siento sacar todo esto a colación, pero tratamos de aclarar algunos detalles del caso original. Había otros sospechosos en la investigación —continuó Wiik—. ¿Cómo se relacionó de forma tan contundente a Hans con los crímenes?

Eva Sjöberg desvió la mirada hacia la ventana, hacia las ruinas de la iglesia.

—Hans y yo solíamos dirigir unos estudios de catequesis dominical para los niños.

El puño de Wiik se tensó entre las rodillas.

—Conocíamos a aquellas chicas. Esas pobres chicas. A cada una de ellas. A las siete. Venían a los servicios religiosos. Con sus padres. Chicas encantadoras. Chicas especiales. Chicas inocentes. Lo que les hicieron fue simplemente…

Jamie escuchó con atención. Que alguien conociera a dos de las víctimas fuera de la iglesia suponía una coincidencia. Tres o cuatro sería ya extraño. ¿Pero que alguien conociera a las siete? No era una sorpresa que su padre se hubiera centrado en Sjöberg.

Wiik no le quitaba los ojos de encima.

—¿Había alguien más que pudiera tener alguna relación con las víctimas?

Los ojos de la mujer parecieron agrandarse al oír esa palabra.

—Víctimas… —repitió—. Solo que… No lo sé. Era el jardinero de la iglesia, ¿sabe? Se llamaba Erraldsson… ¿Eriksson?

Jamie se incorporó.

—¿Per Eriksson?

Wiik la miró y ella asintió, confirmando que era uno de los tres nombres que figuraban en el cuaderno de su padre.

La mujer asintió.

—Sí, sí. Era el jardinero de la iglesia.

—Ya nos lo ha dicho —dijo Wiik, cada vez más frustrado—. ¿Él conocía a las chicas?

—Es muy posible. Venía a la iglesia con regularidad.

—¿Sabe dónde está ahora?

Eva pareció quedarse pensativa por un momento y luego negó con la cabeza.

Wiik cambió de táctica.

—¿Alguien visitaba a su marido antes de su muerte?

Los ojos de Eva se abrieron de nuevo, como si hubiera olvidado aquel detalle antes de que él se lo recordara.

—Su… —Se detuvo, y luego un rictus de comprensión se apoderó de su rostro, en el momento en que recordó lo que ya sabía—. Yo… no lo sé. —Su voz se había vuelto más grave. Miró la silla en la que estaba sentada, la manta que tenía sobre el regazo—. No pude hacerle muchas visitas. Me cuesta moverme. Especialmente en invierno. Y, ya sabe… —la tristeza se transparentó en sus ojos—, no hay mucha gente haciendo cola para empujar la silla de una mujer cuyo marido creen que es un asesino de niños.

Jamie tragó saliva, no pudo evitar preguntarse cómo habría sido la vida de aquella mujer.

—¿Tiene hijos? —preguntó Wiik.

Ella negó con la cabeza.

—Yo no… Hans quería tener hijos. Pero yo no podía. Hace años tuve un accidente que… Y por ese motivo…

Se voz se fue apagando y volvió a bajar la mirada a su silla, como si la viera ahora por primera vez y se diera cuenta de todo lo que implicaba.

Jamie se movió hacia el borde del sofá y tocó el brazo de Wiik, lanzándole la mirada que todos los detectives conocen: por ahora no iban a poder sacar nada más de aquella pobre mujer. Tendrían que comprobar los registros de visitas de la prisión y trabajar a partir de ahí. Jamie no sabía si Wiik esperaba que quizá ella defendiera la inocencia de su marido y les revelara quién era el verdadero Guardián de Ángeles. Pero, fueran cuales fueran sus razones para venir aquí antes que a otro sitio, no parecía satisfecho con el resultado.

Todo lo que tenían era una chica sin nombre congelada en la nieve, un detective retirado que había desaparecido y tres nombres garabateados en un cuaderno que tenía por lo menos veinticinco

años de antigüedad.

—Gracias por su tiempo —dijo Wiik y se puso de pie—. Es posible que volvamos para hacerle algunas preguntas más adelante.

Jamie añadió:

—Si no le importa.

Eva le dedicó una amplia sonrisa, lo que la iluminó de repente e hizo desaparecer la tristeza de su mente.

—Por supuesto, querida. —Estrechó la mano de Jamie, agarrándola con fuerza entre sus dedos huesudos—. Si hay algo más en lo que pueda ayudar…

Jamie dejó que le sostuviera la mano durante unos instantes, mientras pensaba en su padre, mientras pensaba en que Eriksson tuvo los medios y la oportunidad, mientras pensaba en Hans Sjöberg. Una sensación de frío se apoderó de ella y le recorrió la espalda.

—Señora Sjöberg, ¿le importa que le pregunte si su marido se declaró culpable de los delitos?

—No —respondió ella, negó con la cabeza y mostró una expresión contrariada—. Al principio, no. Pero al final tuvo que hacerlo.

—¿La condena se basó solo en pruebas circunstanciales? ¿Es eso lo que recuerda?

Frunció el ceño, trataba de extraer la respuesta de sus esquivos recuerdos.

—No, solo por eso no. Ese otro hombre fue el principal sospechoso durante mucho tiempo, pero luego Hans… —Parecía atragantarse con las palabras—. Le obligaron a confesar.

—¿Le obligaron? —preguntó Jamie, sin soltar las manos de la mujer—. ¿La confesión de su marido fue obtenida bajo coacción?

Los labios de la mujer comenzaron a temblar.

—Sí —confirmó en apenas un susurro—. Le pegó. Le pegó muy fuerte —dijo antes de romper a llorar—. Le sacó la confesión a golpes, le obligó a decir que había sido él.

La mujer comenzó a sacudirse, sus hombros subían y bajaban. Levantó la otra mano y agarró también la de Jamie.

Jamie tenía la boca seca.

—¿Quién era «él»? —preguntó, pese a que ya sabía que no quería

oír la respuesta—. ¿Quién golpeó a su marido para sacarle la confesión?

Eva Sjöberg levantó la vista y se hizo el silencio en la habitación. Miró a los grandes ojos azules de Jamie, con la voz llena de rencor.

—El detective —escupió—. Johansson. Jörgen Johansson.

9

Wiik y Jamie iban en silencio.

Ella miraba por la ventanilla mientras recorrían el camino de vuelta a la ciudad, contemplaba los árboles que pasaban para intentar borrar de su mente la imagen de su padre sacándole a golpes una confesión de asesinato a un hombre inocente.

Jamie apartó ese pensamiento de su cabeza. Era posible que fuera inocente. Aun así, tenía los medios y la oportunidad, y ella estaba segura de que, a pesar de la forma en que había obtenido la confesión, su padre estaba convencido de que Hans Sjöberg era el culpable.

Ella solo podía actuar bajo la misma suposición.

Al menos por ahora.

Wiik extendió la mano y tocó la pantalla del salpicadero para que el teléfono marcase el número de la sede central.

El tono de llamada sonó dos veces y luego una mujer respondió con voz alegre.

Jamie dejó escapar un breve resoplido cuando la mujer dijo: «Hola, *Polisassistent* Hallberg». Hallberg era poco más o menos una agente de patrulla y, por el modo en que hacía público ese rango, daba a entender que la escoria que camina por la tierra todavía no había comenzado a empañar sus ilusiones.

Jaimie se sorprendió a sí misma sonriendo sarcásticamente. Maldición. ¿En qué momento se había vuelto tan cínica?

Volvió a concentrarse en los árboles, en los rascacielos que se oscurecían en la distancia a medida que salían de la fría niebla invernal.

—Hallberg —dijo Wiik.

Solo esa palabra, dicha en ese tono, le indicó a Jamie que Hallberg era la mano derecha de Wiik. La que revisaba su papeleo, quien se

encargaba de la documentación y los recados. La parte aburrida. La que le traía el café y se encargaba de sus llamadas telefónicas.

La que probablemente estaría sentada en ese asiento si Jamie no estuviera allí.

¿Había echado a perder el caso más importante de la carrera de aquella pobre chica? Jamie recordó las veces que había sido ignorada mientras fue agente raso. Cuánto odiaba incluso el mero hecho de recordar aquello.

No, podía ser una buena lección para ella. Además, este caso estaba ya muy por encima de su nivel salarial.

—Estamos volviendo de la casa de Eva Sjöberg. Necesito que hagas algunas cosas. ¿Tienes un bolígrafo? —preguntó Wiik.

Se oyó un ruido en la línea cuando Hallberg colocó el teléfono sobre su hombro mientras buscaba un bloc.

—Adelante.

—Anota estos nombres. Leif Lundgren, Tomas Lindvall, Per Eriksson. ¿Los tienes?

—Ajá. ¿Quiénes son? ¿Sospechosos?

—Del caso original, por lo que creemos. Son nombres que aparecen en el cuaderno de Johansson.

Jamie reaccionó al escuchar su nombre, pero luego se dio cuenta de que Wiik se refería a su padre. Ella nunca había querido vivir a la sombra de su padre. Y, sin embargo, el calor del sol nunca le había parecido tan distante.

Wiik continuó.

—El último, el tal Eriksson, era el principal sospechoso de Johansson antes de que pasara a centrar su investigación en Sjöberg. Era el jardinero de la iglesia donde atacaron a las niñas.

—Oh —dijo Hallberg—. ¿Quieres que intente localizarlo?

—Quiero que los localices a todos. Vamos a tener que reconstruir el caso original desde cero. Hay que averiguar dónde la cagó Johansson.

Jamie le echó a Wiik una mirada gélida, pero no le importó, o al menos fingió que no le importaba.

—Búscame sus direcciones, también las antiguas. Quiero saber dónde vivían en el momento de los asesinatos originales y dónde

viven ahora, ¿de acuerdo?

—Claro. ¿Tienes más información de ellos? Fechas de nacimiento o…

—No, nada más —dijo Wiik y luego dejó escapar un suspiro—. Solo los nombres. Pero seguro que tú terminas averiguando el resto.

—Puede que lleve algún tiempo —respondió Hallberg con cautela —. Hay muchos registros que revisar.

—Ponte con ello ya. ¿Hallberg?

—¿Sí?

—Voy a necesitar copias de las transcripciones judiciales del juicio original. Y consígueme una lista de todos los visitantes que tuvo Sjöberg en prisión. También las imágenes de las cámaras de seguridad, si puedes conseguirlas.

—¿De los últimos veinte años?

—No creo que sea una lista muy larga.

Hubo un segundo de silencio en la línea mientras ella lo anotaba todo.

—¿Algo más?

—¿Se sabe algo acerca de la identidad de la chica?

Se escuchó el suspiro de Hallberg.

—No, he revisado las personas desaparecidas, pero aún no hay ninguna que coincida con su descripción. La chica solo puede llevar desaparecida tres o cuatro días. Quizá aún no se haya presentado ninguna denuncia.

—Amplía la búsqueda. También las desapariciones de fuera de la ciudad —dijo Jamie de repente, tras girar la cabeza hacia al teléfono —. La chica podría ser de cualquier lugar. No sabemos cómo la eligieron.

Hallberg no respondió durante un segundo.

—¿Con quién hablo? —preguntó y era evidente que hacía todo lo posible por ocultar lo que Jamie consideró que podrían ser celos.

Wiik apretó la mandíbula, como si ya le molestase la mera idea de que hubiera hostilidad entre ellas.

—La consultora. De la Policía Metropolitana de Londres.

—Ah.

Jamie se sentó más erguida.

—Inspectora Jamie Johansson —añadió con tono formal.

—¿Johansson? —preguntó ella, sorprendida—. ¿Como en…?

—Sí —cortó Wiik con frialdad—. La hija de Johansson.

—No sabía que ella… Quiero decir, es… Bueno, da igual —respondió Hallberg, y aclaró la garganta para recuperar la compostura—. Lo siento.

—No hacen falta tus disculpas —dijo Wiik—. Basta con que te encargues de lo que te he pedido.

Resopló y colgó antes de que ella pudiera decir nada más.

Jamie lo miró con atención, trataba de descifrar lo que acababa de pasar.

Wiik puso ambas manos en el volante y lo apretó con fuerza, sin quitar la vista de la carretera.

Cuarenta y ocho horas enfrascado en un caso de asesinato sin poder identificar a la víctima era una pesadilla para cualquier detective. Y cuando las pistas eran tan escasas —y encima de hacía dos décadas—, las cosas solo podían ponerse más complicadas. Pero había algo más. ¿Qué era eso de la consultora? Algo no cuadraba.

—¿Adónde vamos? —preguntó Jamie cuando Wiik cambió de carril para adelantar a una caravana que iba muy despacio antes de regresar de nuevo al carril derecho. Parecía haber acelerado considerablemente desde la llamada.

—Al laboratorio de patología —musitó Wiik, aparentemente descontento por tener que hacerlo—. Y, hagas lo que hagas, no le digas tu nombre.

El doctor Peter Claesson era el patólogo jefe del laboratorio de Estocolmo del Centro Nacional Forense de Suecia.

Jamie era igual de alta que él. Wiik le sacaba una cabeza.

Aunque el hombre no tenía sobrepeso, sus hombros estrechos y su postura encorvada no ayudaban a su camisa y su bata de laboratorio lucieran. Su barbilla retraída, su boca estrecha y su calva se combinaban para hacerle parecer totalmente inabordable. Y su comportamiento era exactamente ese.

—Wiik —dijo tras salir del laboratorio sellado y quitarse los

guantes de látex ensangrentados. La bata blanca le llegaba hasta las rodillas y los ojos pequeños y brillantes iban de Jamie a Wiik y viceversa—. Supongo que tendrás una buena razón para interrumpir mi examen.

La puerta se cerró con un silbido y luego emitió un clic detrás de él, de modo que se vio obligado a quedarse en el pasillo con ellos.

Si Wiik ya estaba de mal humor antes, los treinta minutos que había tenido que esperar en la recepción antes de que les permitieran acceder allí no habían servido precisamente de ayuda.

El cadáver llevaba ya varias horas en el laboratorio y Wiik parecía un perro rabioso detrás de una verja. Era evidente que su mente funcionaba con agudeza, pero su juicio se nublaba por momentos. Jamie se preguntaba si sería capaz de contenerse cuando de verdad hiciera falta.

—Mi buena razón —espetó Wiik— es que hay un maníaco ahí fuera descuartizando chicas.

—Oh, yo no diría maníaco —dijo Claesson con serenidad—. Al menos por lo que he observado, las heridas muestran un gran grado de paciencia, cuidado y concentración. Todo lo contrario, de hecho, al comportamiento de un maníaco.

Jamie observó atentamente a aquel hombrecillo: la forma en que nunca rompía el contacto visual con Wiik, el modo en que mantenía su rostro completamente impasible. Ella lo entendió enseguida: Claesson pensaba que Wiik era muy gracioso. Para él, provocar al oso iba a ser el mejor momento del día. Qué demonios, probablemente de toda la semana. Era obvio que Wiik y él se habían cruzado antes. Y, al igual que Jamie, Claesson lo había calado al primer vistazo.

Se preguntó si mucha más gente lo habría hecho. Y si eso era algo que molestase muchísimo a Wiik. Lo más probable es que así fuera.

Wiik gruñó.

—Enséñame el cuerpo —exigió.

Estaba claro que Claesson estaba en medio de la autopsia y que, por mucho que le gustara fastidiar a Wiik, sabía interpretar la mirada de rabia decidida de su rostro.

El médico acercó su tarjeta magnética al lector y empujó la puerta

del laboratorio.

Hileras de mostradores se extendían de izquierda a derecha en la amplia sala, sobre ellos había diversos instrumentos de vidrio, microscopios, centrifugadoras y todo lo que un laboratorio de patología de este calibre necesitaría para realizar pruebas.

Más allá, en la dirección hacia la que se dirigía Claesson con pasos cortos y rápidos, estaban las mesas de trabajo. Cuatro de ellas dispuestas en fila, con sus brillos plateados bajo las lámparas articuladas que colgaban del techo.

Tres estaban vacías.

La más lejana albergaba el cuerpo de una joven. La misma joven que Jamie había visto en el bosque.

El el pelo castaño y largo que le llegaba hasta el esternón ahora estaba cuidadosamente colocado bajo su espalda.

Sus ojos verdes miraban fijos a la luz, brillantes y lechosos.

Su piel había adquirido una palidez mortal, pero sus dedos, tanto los de las manos como los de los pies, se habían ennegrecido por completo. Por lo demás, estaba limpia. Impecable. Inmaculada.

Era de complexión delgada, su cuerpo aún no había adquirido las curvas de la pubertad. Le habían colocado una pudorosa sábana sobre el pubis, pero su pecho estaba al descubierto, y la piel alrededor de las heridas de salida se veía doblada para que mirase hacia el cielo. Brillaban como alquitrán.

Claesson dio vueltas a su alrededor con aspecto distraído y se apoyó sobre la mesa de operaciones.

Wiik se detuvo a cierta distancia, ni siquiera llegó a mirar a la chica. Era difícil mantener esa expresión amargada cuando te enfrentabas a un horror como ese.

—¿Y bien? —dijo.

—¿Qué es lo que quieres saber? —preguntó Claesson con una sonrisa cortés—. Aún no he comenzado a realizar la autopsia.

—Ya lo veo —soltó Wiik a través de sus dientes apretados.

Jamie dio un paso adelante, al ver que la conversación iba por mal camino y no parecía que fuera a ser muy productiva.

—¿Le importaría repasar con nosotros sus conclusiones preliminares, por favor? Tratamos de determinar si este asesinato

tiene un parecido significativo con los del caso original del Guardián de Ángeles.

Claesson no dejó de mirar a Wiik, pero giró la cabeza poco a poco y, tras un segundo, posó la vista en Jamie.

—Podrías aprender un par de cosas de ella, Wiik —dijo Claesson —. Hay una cosa llamada buena educación, ¿has oído hablar de ello?

Jamie nunca se había dado cuenta hasta entonces de que alguien podía mirarla con ira sin siquiera llegar a mirarla, pero Wiik, de alguna manera, lo estaba haciendo en ese momento.

Claesson se suavizó entonces y miró a la chica.

—Tenía la esperanza de no volver a ver nunca otro cadáver como este.

—¿Estuvo aquí durante el caso original? —preguntó Jamie, y se acercó de nuevo, de tal modo que se colocó delante de Wiik.

Claesson le dedicó una breve sonrisa, su pequeña boca se esforzaba por trazar una curva con sus comisuras hacia arriba.

—Por desgracia sí que ya estaba aquí —dijo—. En aquel momento era patólogo residente, pero ayudé durante los exámenes y las autopsias. Es difícil olvidar algo así.

Jamie asintió.

—Por supuesto. Bueno, cualquier información que pueda darnos sobre esta víctima, y también sobre las demás, nos sería de gran ayuda.

Ahora la miraba fijamente, como si intentara recordar su rostro. Jamie apretó la mandíbula cuando reconoció esa mirada.

Wiik le había dicho que no le dijera su nombre. Y, a juzgar por el modo en que se había comportado con Wiik, Claesson parecía un tipo tortuoso. Y teniendo en cuenta que llevaba toda la vida en aquel puesto, sin duda se había cruzado con su padre en el pasado. Y, si algo sabía ella de su padre, era que no respondía bien a las personas que intentaban incordiarlo de modo intencionado.

Claesson comenzó a hablar despacio, con el cerebro todavía enfrascado en la identificación de Jamie.

—Bueno, entonces parece buena idea haber desenterrado los expedientes originales del archivo en cuanto vi el cadáver.

Señaló uno de los mostradores, sobre el que había una caja de

cartón. Estaba cubierta de polvo y tenía escrito en el lateral «CX-231-07-95».

Jamie echó un vistazo. CX-231 era la referencia del caso y 07 el número de víctimas, al menos eso supuso. Siete chicas. Tenía sentido. Y 95 era el año.

Tragó saliva.

Wiik aprovechó la oportunidad para abandonar la conversación y dirigirse hacia allí, luego levantó la tapa sin pedir permiso.

—Sírvete tú mismo —dijo Claesson, aparentemente incapaz de contenerse.

Jamie carraspeó.

—¿Doctor?

Él la miró de nuevo.

—Perdón. —No perdió más tiempo—. La niña, al igual que las víctimas originales, parece haber muerto asfixiada. Le hice una endoscopia preliminar y detecté daños leves en los pulmones compatibles con la inhalación de humo. He tomado muestras de sangre para analizarlas, pero me inclino a creer que murió de la misma manera que las víctimas originales.

—¿Y cuál fue? —preguntó Jamie, sin dejar de observar cómo Claesson se callaba y volvía a mirar a la niña.

—Intoxicación por monóxido de carbono. Probablemente causada por los gases de escape de un coche que se introdujeron en un espacio cerrado.

Jamie exhaló un lento suspiro, el persistente olor a lejía y cloro de aquella habitación le quemaba el interior de las fosas nasales.

—Era el método preferido del Guardián de Ángeles —concluyó Claesson—. Y, según lo que todo parece indicar, un método relativamente humano de matar a sus víctimas.

Wiik emitió un bufido irónico apenas audible desde el mostrador donde estaba la caja, pero no llegó a levantar la vista de ella. Se dedicaba a hojear la primera de las carpetas. Claesson lo escrutó con el ceño fruncido.

—Indoloro —añadió Jamie, para captar de nuevo la atención de Claesson—. ¿Había alguna marca en las manos de la chica? —Levantó las suyas—. ¿En el exterior y también en los talones? —

preguntó al tiempo que pasaba un dedo desde la punta del meñique hasta la muñeca—. ¿O tal vez en las uñas?

Claesson negó con la cabeza.

—No, no hay hematomas ni daños que sugieran que intentara romper algo o que sufriera arañazos al intentar salir del espacio en el que estuviera encerrada. —Entornó ligeramente los ojos al mirarla —. Una observación aguda, sin duda. —Echó un vistazo a la espalda de Wiik—. ¿Tu nueva compañera? —preguntó.

Wiik soltó un gruñido por toda respuesta.

—Es inteligente —añadió Claesson.

Esta vez Wiik respondió con el silencio.

Jamie estaba ansiosa por continuar.

—La congelación, ¿se produjo…?

—*Post mortem*, sí —confirmó Claesson—. Igual que las heridas. No mucho después, pero sí una vez dejó de respirar. Estaba muerta cuando la colocaron así.

Jamie asintió.

—¿Qué me puede decir sobre los cortes?

—Los hizo alguien que sabía lo que hacía, con conocimientos prácticos de anatomía…

—O mucha práctica —dijo Wiik con tono sombrío, tras lo cual dejó caer la carpeta sobre la encimera y cogió otra de la caja.

Claesson carraspeó.

—En total se hicieron seis cortes con una cuchilla afilada y lisa. Diría que con una navaja retráctil o incluso con un pequeño cuchillo de caza como herramienta. —Señaló los seis cortes en el pecho de la chica, que comenzaban justo debajo de las clavículas y terminaban por encima de las últimas costillas. Tres a cada lado del esternón—. El asesino hizo una incisión entre las costillas dos y tres a cada lado de la columna vertebral, de aproximadamente cinco centímetros de longitud. Los cortes son profundos, por lo que solo hicieron falta unas pocas incisiones para atravesar la piel y los tejidos musculares.

—Los hizo con la seguridad del que conoce su tarea —observó Jamie.

Claesson asintió.

—Desde luego, no parecen vacilantes, eso está claro. —Suspiró y

luego señaló las otras heridas—. El asesino repitió los cortes entre las costillas cinco y seis, y ocho y nueve. Y los repitió luego en el pecho de la chica.

Jamie apretó los labios, se esforzaba en no mirar los ojos de la chica.

—Una vez realizadas las incisiones —continuó Claesson—, insertó las ramas. Habían sido afiladas con destreza y luego introducidas a la fuerza en el cuerpo… —Claesson levantó la mano izquierda y simuló empujar algo a través del espacio entre el pulgar y el índice —… Hasta encontrar el espacio intercostal correspondiente, como aquí. —Ahora señaló el pecho de la niña—. A juzgar por las fotografías, creo que primero la colocó de rodillas, le hizo todas las incisiones de una sentada, a juzgar por la sangre que conservaba el cuerpo, y luego comenzó el proceso de…

Se detuvo y negó con la cabeza.

«Empalarla» parecía la única forma de describir aquello, pero no hacía falta decirlo.

—Entendido —dijo Jamie para llenar aquel silencio, aunque en realidad no lo comprendiese. ¿Cómo podría entender alguien todo esto?

—A continuación, se clavaron los extremos de cada rama en la tierra, para mantener a la chica en la posición deseada. La primera debió ser la más complicada. El resto… —Claesson tragó saliva, momento en que Jamie pudo ver el primer signo de emoción en él. Aunque, con una carrera tan larga como la suya, ella tenía serias dudas de que quedasen muchas cosas capaces de alterarlo—. Las marcas de ligaduras en las muñecas son más tenues de lo que habrían sido con una atadura *perimortem*. Los tejidos dañados no llegan a evidenciar un hematoma, solo daño tisular a nivel superficial, lo que me lleva a concluir que le ató las muñecas como parte final del proceso, después de que se desangrara.

Se aclaró la garganta de nuevo, a continuación, se llevó la mano al cuello y se lo pellizcó, como si tuviera algo en él.

Jamie tuvo que hacer la pregunta que no quería hacer. Salió mucho más murmurada de lo que pretendía.

—¿La…? ¿Hay signos de violación?

Claesson pareció necesitar un momento antes de responder y apretó los dientes para hacerlo.

—He realizado un examen superficial —apenas murmuró, y levantó la vista por encima de la cabeza de Jamie—. Para establecer la congruencia con los asesinatos originales…

Wiik se acercó de repente a la mesa.

—Basta con que respondas a la pregunta —dijo fríamente, sus nudillos tensos se veían más blancos incluso mientras agarraba la carpeta marcada con el número 03. Tres de siete.

Jamie se corrigió.

Tres de ocho.

—Sí —dijo Claesson—. Los indicios sugieren que fue violada. Aunque no parece que el asesino la agrediera y luego la matara de modo automático. Se aprecian indicios de una curación inicial del tejido dañado antes de…

Wiik le hizo callar con un gesto de la mano y regresó a la caja.

Jamie se armó de valor ante esta nueva información.

—Gracias, doctor. Sé que es difícil de determinar, pero ¿cree usted que…?

Él asintió con gravedad.

—Este método de asesinato, seguido de todo el ritual de la escenografía, me lleva a creer que este crimen fue llevado a cabo por el mismo autor.

Luego posó su mirada en las carpetas del expediente que estaban sobre el mostrador, junto a Wiik.

Jamie posó también la mirada en él. Tenía una de las carpetas abierta delante de él, pero estaba encorvado sobre el mostrador, con los brazos extendidos en forma de triángulo y la cabeza agachada. No sabía a ciencia cierta si leía o buscaba algún modo de afrontar la gravedad de lo que Claesson acababa de decir.

Ella dejó escapar un largo suspiro, con la mandíbula temblorosa.

Su padre se había equivocado.

Había sacado a golpes una confesión al hombre equivocado y luego lo había dejado encerrado en la cárcel durante veinte malditos años.

Claesson miraba ahora a Jamie, con el ceño fruncido y los labios

apretados.

Ella le devolvió la mirada por encima de la mesa de autopsia.

—Lo siento —dijo él, apenas lo murmuró—. De veras que me resulta usted muy familiar, pero no sabría decir dónde nos hemos visto antes.

—No nos conocemos —dijo Jamie con voz entrecortada.

Wiik levantó la cabeza y se giró para mirar por encima del hombro.

—Pero, eh… —comenzó Jamie. No iba a ocultar quién era—. Creo que sí conoció a mi padre.

La cara de Claesson se descompuso y sus ojos se agrandaron al darse cuenta.

—Dios mío —dijo.

—Sí —suspiró Jamie, y extendió la mano sobre el pálido cadáver de la chica—. Inspectora Jamie Johansson, encantada de conocerle.

10

—Te dije que no le dijeras quién eras —gruñó Wiik mientras caminaban rápidamente por los pasillos del laboratorio.

Jamie casi tenía que correr para seguirle el ritmo. Las piernas largas de Wiik le daban una clara ventaja.

—Creo que se lo ha tomado bastante bien —dijo Jamie sin entender por qué era tan importante.

Wiik se mofó.

—Estaba en estado de shock.

Jamie le agarró del brazo para detenerlo. Él se miró el brazo, aparentemente muy ofendido por que le tocara. Ella retiró los dedos de la tela.

—¿Cuál es el problema? ¿Qué pasó entre ellos dos?

Wiik respiró hondo, contuvo el aire y luego exhaló con fuerza, mirando a izquierda y derecha.

—Claesson tiene la habilidad de irritar a la gente.

—Me he dado cuenta —dijo Jamie.

Wiik la miró durante un segundo con el ceño fruncido.

—Y tu padre era fácil de irritar.

Jamie no dijo nada.

—A Claesson le gusta tentar a la suerte…

—¿Y un día se pasó de la raya?

Wiik la miró de nuevo por unos instantes, como si no estuviera seguro de querer contárselo.

—Unas seis semanas antes de que él, eh…

—Sí —dijo Jamie e hizo un gesto con la mano para que Wiik continuara. No sabía por qué a la gente le costaba tanto decir las palabras «se suicidó».

—Había venido a ver a Claesson por un caso. Algo pasó, discutieron, los detalles no están claros. Pero lo que sí está claro es

que tu padre le rompió la nariz, luego lo puso sobre una de esas mesas de laboratorio y lo lanzó contra unos vasos Beaker por valor de veinte mil coronas. De cara.

Jamie apretó la mandíbula y sintió en los oídos su corazón latiendo con fuerza mientras buscaba en el rostro de Wiik algún indicio de que todo aquello no era más que una broma cruel. No encontró ninguno.

—Estuvo dos semanas en el hospital. Necesitó cirugía reconstructiva —dijo Wiik antes de echarse el pelo hacia atrás de nuevo—. Quería conseguir el máximo castigo para tu padre. Estaba suspendido debido al incidente, cuando…

—Vale, vale —dijo Jamie, para adelantarse a él.

—Claesson se dedicó a reunir pruebas para presentar cargos. Y entonces…

Jamie dio un paso atrás y se desplomó contra la pared, momento en que cerró los ojos.

—Dios. ¿Seis semanas antes de su muerte? —preguntó, abriendo los ojos de nuevo.

Wiik asintió.

—Sí. Un caso complicado. Supongo que tu padre no estaba de humor para bromas. Al final tuvo una serie de casos malos. Uno tras otro. Cosas espantosas. Le pasaron factura. Este fue quizá… la gota que colmó el vaso. —La miró, con algo parecido a la compasión en su mirada—. Lo siento, Johansson.

Jamie sintió un nudo en la garganta al oír su apellido.

—No pasa nada —dijo, sin querer entrar en detalles. Una cosa más que añadir al hecho de que se suicidase el día que Jamie cumplió dieciocho años. De que antes de hacerlo llamara docenas de veces. Algo que Jamie ni siquiera sabía. De que su madre le hubiera dicho que no quería hablar con él. De que no pudo hablar con ella después de saber que había hecho aquello. A ella. A ellos.

Había llamado la mañana de su cumpleaños.

Ella estaba dormida.

Su madre no se lo había dicho.

Tres horas más tarde recibieron una llamada telefónica en la que les informaban de que la policía había acudido a su domicilio tras oír

un disparo: lo habían encontrado muerto por una herida de bala autoinfligida.

Los ojos de Jamie ardieron allí, en ese pasillo, mientras se lo imaginaba marchitándose en la casa, solo. Ahogándose en alcohol, hundido en la tristeza.

Ojalá hubiera podido hablar con él.

Ojalá hubiera sabido todo aquello.

—Oye —dijo Wiik con voz suave—. Vamos, salgamos a tomar un poco de aire fresco.

Hizo un gesto con la cabeza hacia el pasillo y Jamie asintió sin decir nada.

Mientras caminaban, su mano izquierda temblaba un poco, como si fuera a extenderla para consolarla.

Una mano en el hombro, un apretón en el brazo. Algo. Cualquier cosa.

Pero no lo hizo.

No hizo nada en todo el camino hasta que llegaron a la puerta principal y salieron.

El frío aire de la ciudad golpeó a Jamie como un muro y la dejó sin respiración.

Casi le congeló las lágrimas de las mejillas.

11

Wiik, de pie y con las manos en los bolsillos, contemplaba los árboles situados frente al laboratorio. Sus hojas, húmedas, susurraban, y alrededor de sus troncos se acumulaba la nieve.

Parecía estar esperando a que ella le dijera que estaba lista.

—¿Cuál es la siguiente parada? —preguntó Jamie cuando recuperó la compostura.

Wiik sacó su teléfono. No habían tenido noticias de Hallberg. Lo sostuvo entre su índice y la yema del pulgar, y lo golpeó contra la palma de su otra mano, sin dejar de mirar los árboles.

Jamie lo observó.

Después de un momento, suspiró y negó con la cabeza.

—¿Todavía tienes el cuaderno?

Jamie lo sacó del bolsillo y se lo ofreció.

Él lo abrió por la página que Jamie había marcado como el inicio del caso y comenzó a hojearlo. Se detuvo cuando llegó a una en la que ponía «Sjöberg» en letras grandes. Estaba rodeada por varios círculos y tenía unos puntos de tinta alrededor, allí donde el padre de Jamie había golpeado el papel con la punta del bolígrafo.

—Tu padre —dijo Wiik—, estaba muy seguro de que era culpable.

—Se equivocó —respondió Jamie, sorprendida por la seguridad de su propia voz. Y más aún por la bilis que destilaba.

Wiik inspeccionó las otras notas de la página.

M. M.

Fuerte.

Annika Liljedahl.

Wiik las repasó, estaban escritas alrededor del nombre de Sjöberg.

Jamie también las miró con atención.

—¿Tienes alguna idea de lo que puede significar «M. M.»?

Él se mordió el labio inferior.

—No lo sé. ¿Quién es Annika Liljedahl?

Jamie negó con la cabeza.

—Al menos «fuerte» lo dice todo sin rodeos.

—Hmmm.

—¿Llegaste a conocer a Sjöberg? —preguntó Jamie mientras Wiik dejaba de mirar el bloc de notas. Volvió a concentrarse en los árboles.

—No —respondió—. Pero vi fotografías suyas. Era alto, con buena planta.

—Fuerte.

La comisura de los labios de Wiik se curvó ligeramente hacia la mejilla, pero no llegó a decir nada.

Transcurrió un minuto en el que solo se oyó el rugido lejano de los neumáticos sobre el frío asfalto más allá de los árboles. Fue entonces cuando sonó el teléfono de Wiik.

—Wiik —dijo, llevándoselo a la oreja—. Sí, un segundo. —Separó el teléfono de su cara y lo puso en altavoz—. Vale, adelante.

Era Hallberg.

—Tengo algo. —Respiró aceleradamente—. Tenemos muchos resultados para Per Eriksson y Leif Lundgren en los registros públicos. Llevará algún tiempo reducir la búsqueda. Pero he encontrado algo interesante sobre Tomas Lindvall. Tiene un expediente propio.

—Oh —dijo Wiik para llenar el silencio que había dejado Hallberg. Jamie se dio cuenta de que él hubiera preferido que siguiera hablando.

—Tiene una serie de antecedentes penales por agresión sexual, agresión sexual a un menor, posesión de pornografía infantil, intento de secuestro, detención ilegal…

Wiik apretó el teléfono con más fuerza.

—Y su expediente lo incluye como posible sospechoso en el caso del Guardián de Ángeles de 1996.

Wiik asintió lentamente.

—Recibido.

Jamie contuvo la respiración.

Hallberg continuó.

—No se llegó a elevar ninguna acusación contra él durante el caso, pero parece que Johansson lo investigó como sospechoso durante un tiempo. La nota de su expediente dice que vivía cerca de uno de los lugares donde se encontró a las víctimas.

—¿Sigue viviendo allí? —preguntó Wiik al tiempo que miraba a Johansson y le hacía un gesto para que lo siguiera.

—No, ha cambiado de dirección varias veces. Por lo que parece también ha entrado y salido más de una vez de un par de unidades de seguridad.

—¿Unidades de seguridad? —repitió Wiik, y miró a Jamie para evaluar su reacción.

—Residencias psiquiátricas —dijo Hallberg, y luego chasqueó la lengua como si buscase la información en su escritorio—. Parece que le diagnosticaron esquizofrenia paranoide en 19… 1999.

—Dios —murmuró Wiik y dobló la esquina para comenzar a descender por la rampa hacia el aparcamiento subterráneo.

—Recibió tratamiento en tres ocasiones. En dos centros diferentes. De 1999 a 2000, luego de nuevo en el mismo centro de 2005 a 2006. Más tarde, en otro centro de la ciudad, de 2011 a 2012. El último cambio de domicilio y delito que tenemos registrado es de 2016. Parece que ha estado tranquilo durante unos años. Quizá haya enderezado su vida.

Wiik mostró su placa al encargado del aparcamiento y pasó por debajo de la barrera.

—O quizá se haya preparado para algo más contundente.

—Te enviaré la dirección ahora mismo. ¿Quieres que nos veamos allí?

Wiik miró a Jamie, que lo seguía de cerca.

—No —respondió—. Nosotros nos encargamos.

—Por supuesto. —La decepción fue evidente en su voz—. Supongo que me toca quedarme aquí investigando a Lundgren y Eriksson, ¿no?

Wiik se detuvo junto al coche y sacó de su bolsillo las hojas que reproducían el cuaderno del padre de Jamie. Apoyó el teléfono en el techo del coche y hojeó las páginas.

—Tengo otro nombre para ti. Annika Liljedahl.

—¿Has dicho Liljedahl?

—Ajá.

—¿Algo en concreto?

—No, solo busca por el nombre y a ver qué encuentras. El nombre estaba escrito en el cuaderno de Johansson, junto al de Sjöberg. Debe de haber alguna conexión.

—Entendido. Y, una cosa más.

—Sí, Hallberg.

—Ten cuidado.

Él sonrió con aire burlón y luego miró a Jamie.

—Estaré bien. Tengo a Johansson cubriéndome las espaldas, ¿recuerdas?

Circulaban veloces por la ciudad, se dirigían a un conjunto de húmedas torres de apartamentos de vivienda social.

La ciudad se tornaba más oscura y sucia a medida que se adentraban en las peores zonas. El día daba paso a la tarde y el sol comenzaba a ponerse a sus espaldas.

Wiik aparcó en la avenida principal, sin querer entrar en los aparcamientos situados frente a las torres. Probablemente porque no quería alertar a nadie de su presencia. Pero también porque seguramente no quería dejar su Volvo nuevo cerca de esos residentes que escapaban a cualquier tipo de control.

Ella no lo culpaba.

Jamie no estaba segura de si se trataba de su propio coche o un vehículo policial camuflado, pero el interior de cuero color crema le indicaba que, en cualquier caso, era caro.

Lo observó y vio el brillo de un pesado reloj de plata que asomaba por debajo de la manga del abrigo. La manga de fina lana negra de su abrigo. Sus botas también eran de cuero de mucha calidad.

Wiik se sentía orgulloso de sí mismo. Le gustaban los objetos de calidad. Pero no tenía intención de presumir de ellos.

Antes de que Jamie pudiera hacer más observaciones en torno a su vestimenta, la puerta del conductor se abrió y él salió del coche y se alejó a zancadas. Tuvo que correr para alcanzarlo.

Wiik era un hombre de pocas palabras. Jamie tenía que reconocerle eso.

Y a ella no le importaba en absoluto. Quizá era por su ascendencia sueca, o quizá simplemente ya estaba harta de oír hablar a la gente. En cualquier caso, al igual que con Graeme, agradecía esos silencios entre ambos.

Había tres bloques en fila, y Wiik se dirigió al del medio.

Una serie de jardines elevados salpicados de árboles cubría la parte delantera de los edificios. Los muros bajos que los rodeaban, salpicados de bancos, intentaban mejorar el aspecto general del lugar. Pero no lo conseguían.

La piedra, que en su día había sido brillante, estaba ahora llena de pintadas y orina seca, y los bancos, diseñados para que la gente pudiera disfrutar de aquel oasis de verdor, o bien, estaban rotos o servían de refugio a personas sin hogar que dormían en ellos.

Jamie miró hacia abajo al no poder evitar una mueca de asco cuando aquel hedor la golpeó. Un hombre que podía tener entre treinta y sesenta años yacía tendido con una gruesa chaqueta acolchada, empapado en su propia orina. Estaba tumbado de espaldas en el banco, con las piernas abiertas, la barbilla sobre el pecho y una mancha oscura que se extendía desde la entrepierna hasta los tobillos le había empapado los pantalones de chándal azul marino.

Wiik le indicó que se diera prisa.

—Vamos. Verás muchos más antes de que terminemos aquí.

Jamie exhaló, decidió dejar a un lado los recuerdos de casos pasados y aceleró el paso. Estaban allí por Tomas Lindvall. Y era a él a por quien iban.

Tomas Lindvall vivía en un apartamento en la undécima planta. El apartamento 1117, para ser exactos.

La planta baja del bloque era de construcción abierta, como si todo el edificio estuviera levantado sobre pilotes. El espacio bajo la estructura de hormigón se había dispuesto como aparcamiento. Pero solo había unos pocos coches aparcados allí, uno de los cuales era

una chatarra quemada, otro estaba abandonado; habían pintado con espray en su carrocería enormes falos y palabrotas aún peores.

Los adolescentes y los residentes daban vueltas en bicicleta, fumaban porros y se empujaban los unos a los otros, riendo como hienas.

Wiik se dirigió hacia los ascensores sin abrir la boca, sin dedicarles ni siquiera una mirada a los chicos, que parecieron callarse al percibir su olor en el aire, como si supieran quiénes eran, y se giraron y aguantaron el humo en los pulmones hasta que Wiik hubo pasado.

Tenía aspecto de policía. De todos los que Jamie había conocido acaso fuera el que delataba su profesión de modo más evidente. La máscara permanente de inexpresividad. Los ojos desconfiados. Los hombros tensos.

Él atravesó el terreno veloz, a largas zancadas, y sacó un guante de látex azul de su bolsillo, que le sirvió de barrera entre el botón de llamada del ascensor y su piel. No se trataba de evitar la contaminación de posibles pruebas, sino que aquel lugar era infecto.

Jamie miró a los chavales, que no habían dejado de observarlos con cautela, y luego evaluó lo que había alrededor: la escalera de incendios al otro lado del edificio, los árboles que no dejaban de susurrar en el jardín, la red de senderos que tenían ante ellos. Se imaginó toda la distribución, las rutas. Las posibles vías de escape.

Suspiró y se concentró en las puertas plateadas que tenían delante. Había otras exactamente iguales al lado. Joder, aquel ascensor tardaba una eternidad.

El panel iluminado que había encima estaba cubierto de porquería, como lo estaba todo allí, y el ruido de los cables chirriantes no ayudaba a disipar la inquietud de Jamie.

Las puertas finalmente se abrieron ante ellos y Wiik entró, no pudo evitar fruncir el ceño ante el hedor a orina reseca.

Jamie no entendía por qué todo el mundo sentía esa necesidad de mear en todas partes.

Dio por última vez una bocanada de aire fresco y entró tras él.

Wiik, aún con el guante en la mano, pulsó el botón de la undécima planta y el ascensor comenzó a subir con una lentitud insoportable,

envuelto de nuevo en el chirrido de los cables.

El ascensor se abrió a un pasillo abierto al exterior y, una vez salieron, aparecieron cuadrados de cielo gris a ambos lados. Wiik buscó en la parte alta de la pared, donde un letrero metálico deslustrado indicaba que los apartamentos del 1101 al 1120 estaban a la derecha y los del 1121 al 1140, a la izquierda.

Giró a la derecha, sus botas resonaban sobre el hormigón.

A esa altura, el viento era más frío y golpeaba con mayor brutalidad. Azotaba la galería y arrastraba las hojas por el pasillo que tenían delante, cuya anchura apenas era suficiente para que caminaran uno al lado del otro. Aunque el ritmo de Wiik le indicaba a Jamie que, en todo caso, no estaba muy interesado en hacerlo así. Ni en charlar. Ni en ninguna otra cosa, en realidad. Jamie no sabía si se debía a lo confuso del caso o porque él era un tipo antipático en general, sin más. Pero no creía que le fuera a apetecer pasar ocho horas al día con él en un futuro próximo. Aunque, por otro lado, puede que Hallberg supiera manejarlo.

O tal vez estaba luchando con el peso de este caso, la carga de las vidas de las chicas que ya se había cobrado, o de las que se cobraría, sobre sus hombros.

O tal vez eran solo imaginaciones suyas.

Wiik se detuvo en el 1117 y se volvió hacia ella por primera vez para asegurarse de que estaba allí. Junto a la puerta había una estrecha ventana vertical que, presumiblemente, proporcionaba algo de luz natural al interior del piso. Sin embargo, estaba cubierta por una gruesa cortina y no se escuchaba ningún ruido en el interior.

Jamie sintió un estremecimiento, se ajustó el abrigo alrededor de los hombros y el corazón se le aceleró un tanto cuando Wiik levantó los nudillos hacia la puerta de aglomerado. Llamó clara y uniformemente: cuatro golpes fuertes y distintivos. El ruido sonó sordo, y el viento se lo llevó al instante.

Se oyó un arrastrar de pies en el interior y, tras unos segundos, los cerrojos comenzaron a deslizarse.

Wiik acercó el pie izquierdo a la esquina de la puerta, listo para bloquear la abertura si fuera necesario.

La puerta se abrió unos pocos centímetros hacia dentro, con una

cadena tensa que estaba fijada en el marco, y un pálido rostro apareció por encima de ella. El hombre tenía los ojos muy abiertos y las pupilas dilatadas. Tenía ojeras y la piel demacrada, el pelo revuelto y sin lavar, de un color entre rubio y castaño.

Sus ojos se movían nerviosamente, pasando de Jamie a Wiik y viceversa. Los dos detectives se miraron, y Wiik llegó sin duda a la misma conclusión que Jamie.

Tomas Lindvall estaba completamente colocado.

—¿Sí? —preguntó con la intención de mantener su escuálido cuerpo lo más protegido que le fuera posible detrás de la puerta.

Jamie miró los nudillos que se aferraban a la madera y se fijó en las uñas mordidas.

Wiik levantó su placa.

—*Kriminalinspektör* Anders Wiik, *Polismyndigheten* —dijo con tono seco.

Lindvall tragó saliva y volvió a mirar a Jamie.

—Inspectora Jamie Johansson —dijo ella, mientras captaba la extraña mirada de curiosidad que apareció en su rostro y le mostraba la acreditación del cuerpo de policía que Falk le había dado. El tipo estaba fuera de sí.

—¿Podemos entrar? —preguntó Wiik.

Jamie lo vio olfatear el aire, olía a sudor rancio y marihuana.

—¿O tal vez prefiere salir para que podamos hablar? —añadió.

Se encogió más incluso detrás de la puerta.

—¿De qué se trata?

—Nos gustaría preguntarle acerca de su paradero hace tres noches —dijo Wiik con sencillez, sin exagerar.

—Mi paradero… —Lindvall se detuvo a mitad de la frase, como si una palabra de tres sílabas fuera demasiado para su mente confusa.

Jamie recordó que Hallberg había dicho que a este tipo le habían diagnosticado esquizofrenia. Lo observó con atención.

—¿Dónde estaba —insistió Wiik, acercándose un poco más— hace tres noches? ¿Tiene una coartada?

—¿Una coartada? —repitió él y entrecerró los ojos como si intentase comprender aquella palabra.

—Basta ya de tonterías —dijo Wiik con voz fría.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Lindvall de nuevo.

Jamie se dio cuenta de que no estaba del todo en sus cabales. Difícil estarlo si se había metido todo lo que aparentaba. Había una demora después de cada pregunta mientras su cerebro hacía todo lo posible por procesarla.

—Un caso —dijo Wiik, tras lo cual apretó los dientes y comenzó a verse cómo la vena de su sien se hinchaba—. Una investigación por asesinato.

—¿Asesinato?

Wiik extendió el brazo y golpeó la madera.

—Sí, pedazo de mierda. —Las salpicaduras de saliva quedaron cristalizadas en la superficie a causa del viento helado—. Una chica. Joven, pelo castaño, asfixiada, violada, asesinada, abandonada en el maldito bosque. ¿Sabes algo de eso?

Jamie apretó la mandíbula. Wiik estaba yendo demasiado lejos.

El labio inferior de Lindvall comenzó a temblar.

—Abre la puerta, ahora —exigió Wiik.

Por un segundo, se vio miedo en los ojos de Lindvall, pero luego desapareció.

Jamie se tensó.

Miró alternativamente a Jamie y a Wiik, varias veces, y luego asintió lentamente, con las fosas nasales dilatadas.

—De acuerdo. —Era poco más que un murmullo—. Solo déjenme…

Dio un paso atrás, y su delgado tronco y sus hombros redondeados aparecieron en el hueco durante un segundo antes de empujar la puerta para cerrarla, a lo que siguió el sonido de la cadena deslizándose detrás de ella.

Wiik exhaló con fuerza y se alisó el pelo con la mano. Jamie dio un paso atrás, notaba cómo cambiaba el aire.

Y entonces sucedió.

La puerta se abrió de golpe y Lindvall salió disparado, cargando con el hombro contra el pecho de Wiik.

Wiik gruñó, trastabilló hacia atrás y chocó con la barandilla de la galería.

Las largas barras rojas de madera se estremecieron y todo tembló

debido al impacto.

Los puños de Wiik se cerraron alrededor de la barandilla y su cuerpo se inclinó hacia atrás, su cabeza se balanceó en el aire mientras luchaba por mantener el equilibrio.

Jamie ya se había apartado y se había pegado a la barandilla. Alargó el brazo, agarró el abrigo de Wiik y lo enderezó.

Lindvall corría por la galería, con los codos huesudos y los puños moviéndose como las bielas de un tren a cada lado de su cuerpo, camino del ascensor por el que habían subido.

Wiik recuperó el equilibrio, apartó el brazo de Jamie de un manotazo y la empujó a un lado. Le lanzó una mirada áspera, como si ella debiera haber agarrado a Lindvall y no a él, y luego salió corriendo tras el hombre.

Jamie los vio alejarse por un segundo, luego miró a la derecha, para asomarse por la puerta principal de Lindvall.

El olor era más fuerte en el interior, el apartamento no era más que un estudio.

Pudo ver un pequeño montón de polvo blanco en una bandeja colocada sobre una mesa de café, un cenicero lleno de colillas de porros y cigarrillos. Había un ordenador portátil abierto, con la pantalla hacia la pared.

Jamie dio un paso atrás, echó un vistazo a Wiik, que estaba a mitad de camino de los ascensores y no conseguía alcanzar a Lindvall, y luego suspiró.

Cerró la puerta principal con firmeza y luego giró en dirección opuesta, hizo crujir su cuello mientras caminaba, ganando velocidad a cada paso.

El ascensor llegó a la planta baja y Lindvall se escabulló por el hueco, entre tropezones, con los cordones de los zapatos desatados, y luego corrió hacia los árboles que había frente a los bloques.

Wiik, cinco segundos después, se arrastró como pudo por el hueco de las puertas del segundo ascensor y se lanzó tras él, con las mejillas rojas y el pelo convertido en una maraña de mechones oscuros alrededor de la coronilla.

Jadeaba, pues el abrigo largo y pesado y los vaqueros rígidos le impedían alcanzar una mayor velocidad.

Wiik se cuidaba, pero no era un corredor.

Lindvall, por el contrario, era delgado, como un galgo, y solo llevaba unos pantalones de chándal y una camiseta holgada salpicada de agujeros de quemaduras. Llegó a la primera pasarela, pasó a toda velocidad junto al vagabundo con los pantalones empapados de orina, y echó una mirada por encima del hombro, una sonrisa llena de dientes amarillos mientras Wiik empezaba a quedarse atrás y se llevaba la mano a las costillas, allí donde comenzó a sentir un dolor punzante.

Lindvall volvió la cabeza, abrió mucho los ojos, y un chillido de sorpresa escapó de sus labios. Iba demasiado rápido para esquivar a Jamie, que se interpuso limpiamente en su camino, extendió la pierna y giró para que su pie se enganchara bajo su pantorrilla.

Ella le empujó con el hombro, para dejar que la física hiciera el resto, y vio cómo Lindvall salió volando por los aires y aterrizó con un fuerte golpe de costado. Rebotó en el suelo, maldijo y rodó hasta detenerse, tras lo cual giró la cabeza para mirarla. Lo que fuera que tuviera en su organismo le embotaba los sentidos. Anfetaminas, cocaína. Podría ser cualquier cosa.

Jamie se aproximó, tras sacudirse el dolor sordo de la pierna derecha, donde le había golpeado la espinilla de Lindvall.

—*Stanna nere* —le ordenó al tiempo que extendía la palma de la mano. «Quédate ahí».

Wiik avanzaba ahora con dificultad, luchaba por recuperar el aliento y estaba todavía a unos veinte metros de distancia.

Lindvall le echó un vistazo y luego evaluó a Jamie, pensaba que podría con ella.

Tras agitar sus brazos como un torbellino, se puso en pie y cargó contra ella.

Cerró el puño y lo levantó por detrás de la cabeza, lo que no hizo sino telegrafiar su intención de dar un puñetazo como si lo anunciase a un kilómetro.

Jamie lo observó, se afianzó sobre sus pies y luego se deslizó sobre su pie derecho, meciéndose como el baile provocador de un boxeador, preparada para su siguiente movimiento.

Lindvall se puso a su alcance y extendió el brazo.

Jamie rotó hacia atrás sobre su pie izquierdo, fuera de su trayectoria, y su mano voló frente a ella, sin ni siquiera rozarla.

En el medio segundo que tardó el cerebro de Lindvall en reaccionar, Jamie ya había flexionado la rodilla y había lanzado la punta de su bota derecha hacia arriba en un pronunciado arco.

Lindvall se dobló sobre sus pies, el aguijonazo bien colocado de la punta de su bota fue suficiente para dejarlo sin aliento.

Se tambaleó, gimió y luego se derrumbó, abrazando su estómago.

Jamie volvió a apoyar el talón y se apartó de los ojos los mechones del flequillo, sin haber llegado siquiera a sudar. Su larga trenza se posó entre los omóplatos y quedó inmóvil.

Lindvall comenzó a arañar el suelo para escapar a rastras, pero no podía ir a ninguna parte porque estaba sin respiración.

Wiik llegó al fin y se inclinó hacia delante, con las manos en las rodillas, entre jadeos. Miró a Jamie, con una mezcla de disgusto y agotamiento en el rostro.

—¿Cómo has…? —Carraspeó y escupió al suelo la flema que tenía en la garganta—. ¿Cómo has bajado tan rápido?

Ella se encogió de hombros.

—Por las escaleras. El ascensor era demasiado lento.

—¿Once pisos?

—Estoy en forma.

Él entrecerró los ojos y señaló con la cabeza a Lindvall, que yacía postrado.

—¿Y esto?

Ella exhaló lentamente.

—Taekwondo y punteras de Kevlar.

Levantó un poco la pierna para mostrar la bota.

Él no pareció demasiado convencido y, tras dejar pasar un segundo, exhaló otro largo suspiro y luego se arrodilló, tras lo cual empujó a Lindvall para ponerlo boca abajo. Le dobló las manos detrás de la espalda y sacó una brida de su bolsillo que apretó con fuerza alrededor de las muñecas del hombre, luego, se secó con la manga las gotas de sudor que empapaban su frente.

—¿Tienes algún otro talento oculto que yo deba conocer? —preguntó con amargura, y apoyó la rodilla en la espalda de Lindvall,

mientras sacaba su teléfono del bolsillo interior.

—Supongo que tendrás que esperar para averiguarlo.

12

La puerta de la sala de interrogatorios 5 se abrió entre chirridos y entraron Wiik y Jamie.

Lindvall llevaba tres horas sentado allí y lo que fuera que había circulado por su cuerpo para ponerlo por las nubes ya había empezado a desaparecer. Tenía la cara magullada después de que Jamie le hubiera hecho tropezar y se había mordido las uñas hasta dejarse las yemas de los dedos en carne viva.

Había pequeños fragmentos de ellas sobre la mesa.

Se removió en su asiento y se deslizó hacia atrás, lo que hizo que las esposas tintinearan suavemente sobre la superficie metálica.

—¿Cómodo? —preguntó Wiik, con la mirada fija en Lindvall. Se sentó en una de las sillas situadas frente a él y Jamie lo imitó.

Lindvall tragó saliva y miró a uno y a otro. Sus pupilas ya se habían normalizado y parecía que los párpados le pesaran. Había rechazado el agua y se había quedado sentado en silencio desde que lo habían metido allí.

Wiik dejó caer un expediente en la mesa y apoyó en él los dos dedos índices, los demás se cerraban dentro de sus puños.

—Tomas Lindvall, cuarenta y cuatro años. Nacido y criado en Estocolmo —dijo Wiik con una sonrisa de disgusto en el rostro—. Menudo motivo de orgullo eres para la ciudad.

Lindvall apartó la mirada, había dejado caer las manos sin fuerza y tiraba de las cadenas con leves tirones mientras se encogía todo lo que los grilletes le permitían.

—Hemos registrado tu apartamento —continuó Wiik—. Encontramos algunas cosas interesantes. Anfetaminas, cannabis, tu alijo de pornografía infantil.

Lindvall se enderezó y los miró.

—No es…

—Es más que suficiente para volver a encerrarte bajo llave durante mucho tiempo. Y no en una de esas celdas acolchadas a las que estás acostumbrado, sino una con barrotes y sin un puto asiento en el retrete. Una en la que sencillamente adoran a los tíos que se follan a niños. —La sonrisa de Wiik se ensanchó—. ¿Qué me dices? ¿Te parece un plan divertido?

—No he hecho nada malo —dijo Lindvall y acompañó sus palabras con un gesto de dolor como si Wiik fuera a estirarse sobre la mesa y darle un puñetazo en la cabeza.

—¡Y una mierda! —Wiik dio un puñetazo sobre el expediente—. ¡No has hecho nada desde que eras un puto niño! Y solo con tus antecedentes esto será pan comido. Así que, si no quieres pasar el resto de tu mísera vida entre rejas, más te vale empezar a hablar.

Jamie miró a Wiik con cautela. Tenía el gatillo muy fácil. Eso estaba claro. Pasaba en un santiamén de estar tranquilo y sereno a ser una bomba a punto de explotar. Y con tipos como Lindvall, que en cualquier caso habían vivido siempre pendiendo de un hilo, era mejor tener cuidado. Presionar demasiado a un tipo diagnosticado con esquizofrenia paranoide solo serviría para perderlo como sospechoso y descarrilar aún más el caso. Y, encadenado o no, nunca se podía anticipar lo que tipos como Lindvall podían llegar a hacer.

Habían echado un vistazo a su expediente. Un historial incompleto. La mayor parte de él estaba marcada como confidencial y no era accesible de inmediato. Pese a ello, ya se habían formado una idea de su trayectoria. Tenía delirios, vivía atormentado por voces y alucinaciones que lo aterrorizaban desde niño, durante toda su adolescencia y también ya adulto. Demonios, monstruos. El tipo de cosas que te empujan a hacer locuras. Que te dicen —te obligan a hacer— las peores cosas, a ti mismo y a los demás. Cosas como morderte la lengua para ahogarte en tu propia sangre.

Eso había sucedido. Jamie lo había visto con sus propios ojos. Y desde luego no quería volver a ver algo así.

Lindvall se quedó mirando a los ojos de Wiik.

—Yo no… —comenzó.

—1996 —dijo Wiik con total frialdad—. Siete niñas. Violadas.

Asfixiadas. Abandonadas en el bosque. ¿Te suena de algo?

Sus ojos parecían ahora dos rendijas.

A Lindvall le empezó a temblar la mandíbula.

—¿1996?

—El Guardián de Ángeles —escupió Wiik—. Un bonito nombre, ¿no crees? Aunque esperaba a alguien un poco más… imponente.

—Yo… Yo no soy… —comenzó a decir Lindvall.

—Y ahora, sencillamente, no has podido resistirte a volver a hacerlo, ¿verdad? Estás ahí, sentado en tu acogedor apartamento proporcionado por el Estado, colocándote y masturbándote con fotos de niños, y empiezas a pensar que no es suficiente. Que podrías, ya sabes, probar a hacerlo de veras, ¿eh?

—¿Qué? ¡No! —protestó Lindvall.

—Y entonces lo lees, ¿verdad? En algún periódico o en Internet, que Sjöberg ha muerto. Ese hombre que fue quien pagó por tus delitos. Y eso te recuerda aquellos buenos tiempos de antaño. Empiezas a recordarlo, a planear cómo volver a hacerlo y, antes de que te des cuenta…

—¡No! ¡No lo hice! ¡Nunca lo haría! —Lindvall había comenzado a alterarse.

—Admítelo —dijo Wiik tras alzar la voz, que retumbó por toda la habitación—. Saliste a buscar a una chica, la secuestraste, la metiste en la parte trasera de tu coche, la drogaste con los gases del tubo de escape, luego la llevaste al bosque y la dejaste allí dispuesta como si fuera un puto ciervo. —Wiik estaba a punto de levantarse de la silla—. Le hiciste cortes como si fuera tan solo un trozo de carne. Todo eso no era más que una lamentable manera de pedir perdón, ¿no? La convertiste en un ángel para compensar el hecho de que la profanaste y…

—¡Ni siquiera tengo coche! —gritó Lindvall. Aullaba y se retorcía violentamente. Las lágrimas brotaron de sus ojos.

Jamie apretó la mandíbula. Wiik había ido demasiado lejos. Había activado el resorte. Bajó la cabeza y respiró hondo.

—¡Y una mierda! —continuó entre gritos Wiik, por inútil que resultase ya—. Lo pediste prestado, lo robaste. Admítelo. ¡Las mataste entonces y ahora también la has matado tú!

Lindvall no paraba de temblar, agitado, forcejeaba con las ataduras, se retorcía en la silla, pretendía llevar las rodillas al pecho como un niño. Había emprendido ya el camino al pasado, de vuelta a sus psicosis anteriores. Jamie observó cómo su mente comenzaba a disociarse de la realidad en la que había logrado arraigarse. Tenía los suficientes conocimientos de psicología como para saber que Wiik había deshecho veinte años de terapia y apoyo en unos pocos minutos.

Extendió la mano y agarró el brazo de Wiik.

Él se giró para mirarla y ella negó con la cabeza tan sutilmente como fue capaz de hacerlo.

La mandíbula de Wiik comenzó a temblar, pero Jamie apretó más fuerte aún.

Volvió a negar con la cabeza, sus miradas se cruzaron de nuevo y entonces sintió que la tensión en su brazo comenzaba a relajarse.

Él soltó aire y se dejó caer hacia atrás, golpeó el asiento al hacerlo e hizo que la silla se deslizara un centímetro hacia atrás.

Wiik estaba a punto de empezar de nuevo, quizá esta vez con un poco más de precaución, cuando escucharon que se abría la puerta que había detrás de ellos.

Una mujer de unos treinta años, con el pelo oscuro recogido en una coleta y rasgos finos y afilados, llamó dos veces con los nudillos y asomó la cabeza por la rendija.

—Wiik —dijo, sus pálidos ojos grises brillaban bajo la intensa luz de la sala de interrogatorios.

—¿Qué pasa? —preguntó Wiik mientras se giraba sobre sí mismo sin levantarse de la silla. Lindvall no había dejado de sollozar.

La mujer mostró una carpeta que llevaba en la mano.

—Deberías echarle un vistazo a esto.

Wiik se mordió el labio, miró a Lindvall y luego se puso de pie.

—Volveremos —le advirtió Wiik, como si hubiera alguna duda al respecto, y se dirigió hacia la puerta.

Jamie se levantó junto a él, dejó que sus ojos contemplaran al hombre esposado, para evaluarlo. Trataba de determinar si era capaz de hacer algo así. Huir de la policía, golpear a un detective… Sin duda, no era un buen comienzo para su defensa, pero

¿secuestro múltiple, asesinato…? Algo así requería planificación. Una mente centrada. Algo que ella no creía que estuviera al alcance de ese hombre. Pero, de nuevo, si estaba bajo la influencia de una de sus voces. Si fue una orden…

Jamie respiró hondo y lentamente, luego siguió a Wiik fuera de la sala.

Las alucinaciones eran poderosas. A veces se sobreponían a la vida y a la muerte. Puede que Lindvall no fuera capaz de planear los crímenes de modo consciente. Pero eso no significaba que su mente no fuera capaz de hacerlo. Quizá solo la parte que no le pertenecía.

Fuera, en el pasillo, Wiik leía el expediente que ahora tenía en sus manos.

La mujer le ofreció sin demora su mano a Jamie.

—*Polisassistent* Hallberg —dijo con tono formal, que acompañó con una sonrisa repleta de dientes perfectos.

Jamie la estrechó.

—Inspectora detective Jamie Johansson.

—Oh, ya lo sé —dijo Hallberg sin dejar de sonreír—. Es un placer.

—¿De veras lo es? —preguntó Jamie y subrayó la ironía con una ceja levantada. No sabía si estaba preparada para escuchar nada más sobre la carrera de su padre hoy. La revelación de Wiik en el laboratorio de patología había sido suficiente para toda la semana.

—Me he informado acerca de tus casos —dijo sin perder tiempo—. El tipo que cazaba a los músicos, la red de tráfico que desmantelaste… El traficante de órganos… —Sacudió la cabeza—. Y todo como sargento detective. —No podía dejar de sonreír.

Eso hizo que Jamie se sintiera incómoda.

Wiik levantó la vista por un momento, observó a Jamie de una manera que ella no le había visto hacer hasta ahora, y luego volvió a centrarse en el expediente.

Hallberg se puso las manos en las caderas.

—Debe de ser algo hereditario…

Wiik carraspeó y Hallberg se calló a mitad de la frase.

—Ya basta —dijo, luego soltó un suspiro y le entregó el expediente

a Jamie—. Lindvall dice la verdad. Realmente no tiene coche. Al menos, ninguno que esté registrado.

Jamie frunció los labios y echó un vistazo al informe.

—Tampoco lo necesitaría si robó el de Nyström —dijo Jamie sin levantar la vista del expediente.

Este contenía toda la información que Hallberg había recopilado sobre Lindvall. Los expedientes confidenciales que detallaban su tratamiento y su historial clínico. Todo lo que criminalística había incautado en su apartamento. Jamie y Wiik solo habían entrado a la sala de interrogatorio armados con los preliminares. Pero ahora tenían más detalles. Y no parecían prometedores.

Jamie echó un vistazo a su reloj.

No había pasado mucho tiempo desde la detención de Lindvall, y ya era una hora bastante tardía. Hallberg era eficiente. Eso tenía que reconocerlo. Y el informe estaba impecablemente compilado y lleno de minuciosos detalles, más si se tenía en cuenta el poco tiempo del que había dispuesto para hacerlo.

—¿Tienes que ir a algún sitio, Johansson? —preguntó Wiik al ver que ella miraba su reloj.

—No —respondió Jamie antes de volver a mirar el informe—. Parece que el material pornográfico recuperado del ordenador de Lindvall era todo legal. Fetichista, pero legal.

—Loli —añadió Hallberg.

—¿Perdón?

—Es la abreviatura de «Lolita» —explicó—. Es un libro escrito por Vladimir Nabokov donde…

—Conozco el libro —dijo Jamie con un tono un poco más cortante de lo que pretendía.

—Por supuesto, lo siento.

Hallberg se sonrojó levemente.

Jamie se sintió mal. Le supo peor porque aquella chica parecía ponerla en una especie de pedestal. Y era incluso peor porque esa admiración se debía a tres casos de los que no se sentía especialmente orgullosa.

Suspiró y empezó a hojear las otras páginas.

Hallberg se mordió el labio, cruzó los brazos y luego extendió la

mano, con la intención de señalarle una página en concreto a Jamie.

—Esta era la parte confidencial del expediente —dijo con celeridad, al tiempo que retiraba la mano—. El psiquiatra de Lindvall lo envió hace unos minutos.

Jamie lo ojeó por encima.

—Dios, ¿cuando tenía diecisiete años?

—¿Qué pasa? —preguntó Wiik y se hizo con el expediente sin pedir permiso.

Hallberg intervino.

—El informe dice que Lindvall agredió a su hermana de doce años, intentó…

Wiik asintió con la cabeza para que parase, ya que podía leer lo que tenía ante sus ojos.

—Lo arrestaron, lo incluyeron en el registro de agresores, pero no se llegó a presentar una acusación formal —murmuró, con los ojos fijos en cada palabra que leía—. Aparentes problemas psicológicos… Lo enviaron a vivir con sus abuelos tras el ataque de 1993, lo que lo sitúa cerca de uno de los lugares donde se encontró a víctimas del Guardián de Ángeles.

Aunque era una afirmación, lo dijo con la entonación de una pregunta, tras lo cual miró a Hallberg en busca de confirmación.

Ella asintió.

Wiik regresó a la lectura.

—Los padres lo llevaron a terapia mientras estuvo allí. Abandonó y volvió a terapia durante unos años. —Wiik chasqueó la lengua—. Luego, tras un brote en público en 1999, fue arrestado de nuevo a los veintitrés años: se resistió al arresto, mostró claros signos de psicosis y, finalmente, fue diagnosticado con esquizofrenia paranoide…

Jamie observó con atención a Wiik.

—¿Qué hay de los delitos anteriores que mencionó Hallberg? Abuso sexual, agresión a un menor, posesión de imágenes pornográficas, intento de secuestro, encarcelamiento ilegal…

Wiik continuó con la lectura, pero se quedó en silencio durante unos segundos antes de hablar.

—El abuso sexual fue el delito por el que lo arrestaron y

diagnosticaron: manoseó a alguien en un tren, fue reducido por el personal y alegó que la mujer era su madre… —Wiik negó con la cabeza, un claro gesto de que le costaba comprender aquello—. El abuso de un menor, el intento de secuestro, la posesión de imágenes pornográficas… Todo en 2005, justo antes de que lo volvieran a internar en el psiquiátrico. Aquí dice que le dio la mano a una niña de once años e intentó alejarla de su madre, y luego se asustó cuando ella empezó a gritar e intentó reducirla. Estaba convencido de que era su hermana, que por entonces habría tenido unos veinte años… —Wiik resopló—. Lo arrestaron y registraron su teléfono. Parece que el historial de búsquedas del navegador era bastante condenatorio. —Recorrió con el dedo la lista—. Nada demasiado inmundo, pero cualquier búsqueda que empiece con las palabras *niña pequeña* no va a ser agradable. —Hizo una nueva mueca y pasó a la siguiente página—. La denuncia contra él por confinamiento ilegal, ¿la presentó su novia? —Aquello sorprendió a Wiik—. En 2013. Se había mudado con ella. Luego, según dice, se volvió paranoico y pensaba que ella iba a dejarlo, que lo engañaba, que hablaba de él a sus espaldas. No la dejó salir de casa durante tres días, luego se puso nervioso y ella se encerró en el baño, temía por su vida… Los vecinos llamaron a la policía tras escuchar gritos y golpes en la pared… Lo detuvieron y lo internaron. Los cargos formales fueron retirados tras declararse su incapacidad mental, y fue condenado a tratamiento ambulatorio y servicios comunitarios.

Wiik cerró la carpeta del expediente, parecía abatido.

—Tenemos que hablar con ella, a ver si así podemos hacernos una idea más clara de lo que este tipo es capaz —dijo Jamie como si de ese modo quedase todo archivado en su mente.

—Creo que está bastante claro de lo que es capaz —gruñó Wiik. Parecía que ya se había formado su opinión sobre el tipo.

—Admito que tiene un historial impresionante —dijo Jamie—, pero no es concluyente. Ni mucho menos.

Wiik la miró con especial intensidad, había abierto de nuevo el expediente para repasarlo y se hizo el silencio entre ellos mientras se evaluaban mutuamente.

Hallberg cambió el peso de un pie a otro.

—Entonces, ¿crees que es él?

—Quizá —respondió Wiik, esta vez la miró—. Sin duda es capaz de hacerlo.

Levantó el expediente para subrayar su opinión.

Hallberg los miró a ambos.

—Pero pasar de eso a… esto —dijo y dejó que su mirada se perdiese en el vacío, como si se imaginara la escena del crimen—. Es un salto enorme.

Jamie se dio cuenta de que Hallberg estaba de acuerdo con ella: el expediente solo ofrecía indicios de que Lindvall tenía graves problemas. Tenía toda la razón cuando decía que una cosa era encerrar a tu novia en una casa y otra secuestrar, asfixiar y luego montar una escenografía macabra con la víctima en medio del bosque.

Wiik miró fijamente a Hallberg, no le gustaba aquella insubordinación.

—No podemos hacer suposiciones firmes, en eso tienes razón. Pero estaba relacionado con el caso original y, si la conversación que acabamos de tener con él me ha servido de algo, es para corroborar que no hace falta mucho para llevarlo al límite.

Jamie observó a Wiik con detenimiento, ahora entendía el ángulo desde el que enfocaba el asunto.

Ella pensaba que él no era consciente de los límites de Lindvall, pero era todo lo contrario. Lo que intentaba calibrar era dónde estaba su punto de ruptura.

Quizá, después de todo, había subestimado a Wiik.

—Cierto —dijo Jamie—. Y apenas aparecimos en su puerta huyó a la carrera.

Wiik asintió y cruzó los brazos.

—Tenemos que dejar que se calme durante unas horas, que reflexione y se dé cuenta de dónde está.

Suspiró y le devolvió el expediente a Jamie para poder frotarse los ojos.

Parecía tan cansado como agotada se sentía Jamie.

—¿Cómo vamos con las transcripciones del tribunal? —le preguntó a Hallberg.

—Aún no están digitalizadas —respondió Hallberg—. Pero he solicitado una orden formal a los archivos de tribunales. Nos enviarán las copias en cuanto las tengan. Esperaba que ya estuvieran aquí, así que no deberían tardar mucho, creo.

—Si no llegan esta noche te enviaré yo mismo al juzgado a por ellas —dijo Wiik y no había ni una pizca de humor en sus palabras.

—Espero que no sea necesario llegar a eso —respondió Hallberg, con la misma falta de ironía.

—Una vez lleguen quiero que hagas las transcripciones lo más rápido que te sea posible, y que las guardes en un lugar seguro, ¿de acuerdo?

—¿Todas? —preguntó Hallberg mientras fruncía el ceño.

Wiik asintió.

—¿Algún problema?

Ella abrió la boca —para decir que sí, supuso Jamie—, aunque la cerró enseguida y sonrió.

—Por supuesto que no.

—¿Y la información de prisiones? ¿La causa de la muerte de Sjöberg, la lista de visitas?

—Conseguí hablar con el médico de la prisión. Sjöberg había recibido tratamiento para un cáncer de páncreas. Avanzaba muy rápido y, tras la primera ronda de quimioterapia, rechazó continuar el tratamiento.

—¿Por qué haría eso? —preguntó Wiik.

Hallberg negó con la cabeza.

—No lo sé, puede ser muy duro. Quizá no quería pasar por ello. La enfermedad, el dolor. Encerrado en la cárcel, sería incluso más…

—Buscaba una respuesta sólida, no conjeturas —la cortó Wiik.

—Claro, por supuesto —dijo Hallberg—. Lo siento.

Jamie la miró pasmada. Dios, parecía un perro apaleado. Sabía que Wiik era un tipo duro, pero no le daba respiro alguno a la pobre chica.

Él no se daba cuenta de lo buena que era. Carajo, si tuviera que trabajar con cualquiera de los informes chapuceros que redactaba su antiguo compañero…

Wiik continuó con sus exigencias.

—¿Y la lista de visitantes?

—Están revisando el asunto —respondió Hallberg—. Cambiaron su sistema de seguridad en 2013, por lo que no es tan fácil acceder a todo lo anterior. Deberíamos tenerla por la mañana.

Wiik no estaba contento.

—Vuelve a llamarles. Prefiero tenerla por partes antes que esperar otras doce horas. Consigue la lista desde 2013 en adelante, y también cualquier grabación de seguridad que tengan de los visitantes.

—De acuerdo —dijo Hallberg. Trataba de parecer animada.

—¿Y qué hay de la víctima? ¿Se sabe ya algo sobre su identidad?

—Nada. Aún estoy con ello, pero hasta ahora no ha aparecido ninguna persona desaparecida que coincida con su descripción.

—Dios —murmuró Wiik, tras lo cual se pasó la mano por la cabeza para alisarse el pelo.

Jamie se preguntó cuántas veces al día tendría que reponer la gomina para mantener el peinado tan perfecto.

—¿Hay algo que sí tengamos?

—Eh —dijo Hallberg, haciendo un repaso mental—. Sí, han llegado las imágenes de la cabina de peaje que registró el coche de Nyström.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—¿Hará una hora? —dijo Hallberg.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —gruñó Wiik.

Hallberg hizo todo lo posible para que no sonase irónica, pero aun así señaló el informe que Jamie tenía en las manos.

—He estado un poco ocupada. Además, no se ve nada. Estaba muy oscuro y, de todos modos, no se puede distinguir quién conducía…

Dejó de hablar al ver que Wiik se alejaba de ella, camino de la planta principal.

Hallberg cerró la boca, miró al suelo durante un segundo y luego miró a Jamie, sus pálidos ojos brillaban bajo las luces halógenas del pasillo.

—Qué se le va a hacer, ¿eh?

Jamie cerró el expediente y sonrió. Conocía muy bien esa

sensación.

—Es un trabajo estupendo, de verdad —dijo levantando le expediente.

Hallberg sabía qué responder.

—Wiik no es mala gente. Sencillamente es así. Al final te acostumbras, ya sabes.

Jamie lo vio desaparecer tras una esquina del pasillo, con el balanceo de su abrigo. Suspiró.

—Sinceramente, espero no estar aquí tanto tiempo.

13

Cuando Jamie llegó, Wiik ya estaba en su escritorio, con la cara apoyada en la V que formaban su pulgar y su índice, lo que hacía que la piel de sus mejillas quedase arrugada alrededor de los nudillos.

Ella lo rodeó y miró por encima de su hombro lo que había en la pantalla.

Mostraba una imagen grande, con mucho grano. Un viejo Mercedes destartalado aparecía en el centro, los faros encendidos resaltaban en la oscuridad. El anticuado modo de visión nocturna de la cámara le daba a la foto un tono verde submarino. «Detallada» no era el adjetivo que ella hubiera utilizado. La imagen también estaba salpicada de grandes manchas blancas: nieve. Una intensa nevada.

La foto estaba tomada de frente al coche, pero el conductor era poco más que una mancha oscura. Imposible de distinguir.

—Menuda mierda —murmuraba Wiik mientras sacudía la cabeza.

Lo único que se veía claro era la matrícula.

Jamie entrecerró los ojos para analizar la fotografía del coche de Nyström y luego señaló los faros.

—Parece que encendió las largas y las antiniebla para cegar la cámara.

Wiik se echó hacia atrás.

—Está oscuro, nieva… Todo el mundo conduce con las largas y las antiniebla puestas. Si valoran su vida al menos.

Jamie lo miró fijamente. Parecía agotado.

Afuera, el cielo se había oscurecido y, en el interior, la luz se había convertido en un resplandor sin sombras gracias a las tiras de LED que colgaban del techo.

—Resumiendo —dijo mientras extendía los brazos hacia la pantalla —, no es más que una mierda. No nos sirve para nada.

Jamie esperaba que, tras decirlo, barriera de un manotazo el teclado y la taza llena de bolígrafos del escritorio. En esta última podían leerse las palabras «*Min pappa är en superhjälte*».

Mi padre es un superhéroe.

Era incapaz de imaginarse a Wiik comportándose como un padre afectuoso. De todos modos, los interrumpieron antes de que pudiera ni siquiera intentarlo.

Hallberg apareció ante ellos y colgó su teléfono.

—Estado de la cuestión —continuó mientras lo guardaba en el bolsillo de sus ajustados vaqueros negros—. Hablaba con la prisión: enviarán los registros de visitas del nuevo sistema por correo electrónico cuando puedan.

—¿Cuándo será eso? —preguntó Wiik sin quitarle ojo a su subordinada.

Ella se atrevió a encogerse de hombros.

—No lo sé. Tan pronto como puedan. Pero el tipo con el que hablé, el jefe de los oficiales de enlace, dijo que Sjöberg solo había tenido dos visitas desde que él trabajaba allí. No era un tipo muy popular, como puedes imaginar.

—Ya —dijo Wiik—. ¿Quiénes eran?

—No se acordaba muy bien, pero dijo que una era sin duda su esposa. Lo visitaba una o dos veces al año.

Wiik frunció los labios.

—No parecen muchas visitas para una esposa cariñosa que cree en la inocencia de su marido.

Jamie se cruzó de brazos.

—La prisión no está lo que se dice cerca y la mujer va en silla de ruedas —argumentó—. Y mencionó que la gente no hace precisamente cola para llevarla.

Wiik respiró con lentitud y luego hizo un gesto a Hallberg para que continuara.

—El otro visitante fue solo una vez, una semana antes de que Sjöberg muriera.

Wiik se enderezó en la silla.

—No recuerda el nombre —dijo Hallberg, para responder a la pregunta antes de que se la hicieran—. Pero escanean el documento

de identidad de todos los visitantes cuando llegan y queda archivado.

A Wiik casi se le cayó la baba al escuchar aquello.

—También va a enviarlo por correo electrónico —concluyó Hallberg.

Wiik asintió con un lento movimiento de cabeza.

—De acuerdo. Avísame en cuanto llegue.

Hallberg asintió, hizo una especie de extraña media reverencia y luego retrocedió como lo haría un sirviente antes de darse la vuelta para dirigirse a su escritorio.

A Jamie le pareció extraño que tuviera su puesto de trabajo tan lejos del de Wiik, pero, por otra parte, dudaba que pudiera concentrarse con él respirándole en la nuca.

Wiik estaba ahora recostado en su silla, con las manos sobre el estómago y los dedos entrelazados. Tamborileaba con los pulgares.

Su abrigo colgaba del respaldo de la silla y él vestía una camisa blanca con un jersey gris encima. Tenía la mirada perdida en el vacío.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

Jamie seguía de pie junto a su escritorio, con su abrigo en la mano.

—Sí —respondió, y comenzó a pensar en su estómago vacío. Solo había comido un sándwich de la máquina expendedora después de que trajeran a Lindvall para interrogarlo y ahora ya tenía el depósito vacío—. ¿Qué hay por aquí?

—¿Pizza? —preguntó Wiik.

Jamie torció la boca.

—¿Hay algo más?

Él levantó una ceja.

—¿No te gusta la pizza?

Echó un vistazo al amplio suéter de punto que Jamie llevaba arremangado hasta los codos y que le colgaba por la espalda hasta cubrirle el trasero. También se fijó en sus torneadas piernas. Sus ojos se detuvieron un instante en la curva de los cuádriceps, que se estrechaban al llegar a las rodillas, y en la forma triangular y definida de sus pantorrillas antes de sumergirse en sus botas. Sin

embargo, su mirada no era lasciva. Se parecía más a la forma en que un preparador evalúa un caballo de carreras antes de decidirse a comprarlo.

Jamie no paraba de cambiar el peso de un pie al otro, lo que hacía más evidente su incomodidad. Tenía ganas de decirle que sí, que cuidaba su cuerpo. Mucho. ¿Y qué? Las once plantas del bloque de apartamentos de Lindvall, la carrera para interceptarlo. Tenía el físico y la velocidad de un antílope.

Jamie siempre detestó esa comparación, pero su antiguo compañero le había dicho que no era lo suficientemente delgada para ser una gacela. Luego añadía que lo decía como un cumplido.

Wiik dirigió entonces su poder de observación a la parte superior de su cuerpo, como si intentara encajarla en un molde conocido.

Encajaba. Pero él no tenía por qué saberlo.

Jamie apretó los dientes y sacó su teléfono, iba a buscar algún establecimiento cercano de comida para llevar.

—No serás una de esas fanáticas de lo saludable, ¿verdad? —preguntó Wiik con aspereza—. Una «vegana». —Incluso hizo comillas con los dedos al decir la palabra.

Jamie lo miró tras detener el movimiento del pulgar en la pantalla.

—No, no lo soy —respondió, aunque pensó que se habría ofendido por su comentario de haberlo sido.

—Bueno, algo es algo —dijo Wiik con seriedad.

Sinceramente, no sabía si estaba de broma o no, así que sin darle más vueltas volvió a buscar un sitio decente para comer.

—¿Casada? —preguntó Wiik, sin dejar de dar golpecitos con los pulgares en el estómago.

—No —respondió Jamie, sin siquiera levantar la vista de su móvil.

—¿Novio?

—No. ¿Y tú?

Esta vez ella lo miró de reojo.

Él le devolvió la mirada con el ceño fruncido.

—Qué graciosa.

Jamie volvió a mirar su teléfono, con la mente puesta en la pequeña cabaña en las islas escocesas de donde había partido hacía tan solo un par de días. En su cama. En el cálido espacio junto a

Graeme. No le había respondido al mensaje desde que había aterrizado y él tampoco había vuelto a escribir. Diablos, ni siquiera sabía si él estaría todavía en el mar o de vuelta en casa. Y, de todos modos, ¿qué eran ellos? Nunca lo habían hablado… ¿Acaso eso importaba?

—Divorciado —añadió Wiik, señalándose a sí mismo y asintiendo con lentitud—. Aunque eso no sea ninguna sorpresa.

Suspiró.

Jamie se concentró en su teléfono. No le apetecía comentar su vida personal con él. Lo único que quería hacer en ese viaje era terminar lo que su padre había empezado, permitir de una vez por todas que su memoria descansase y seguir adelante con su vida.

—Tenemos un hijo. —Parecía empeñado en llenar el silencio—. Ahora tiene nueve años.

Jamie tenía aún menos ganas de hablar de los hijos de Wiik que de su propia vida amorosa.

—El trabajo, ya sabes.

Jamie suspiró y bajó el teléfono para mirar a Wiik, que ahora la observaba fijamente.

—¿Por qué no me has preguntado todavía si conocía a tu padre? —dijo él.

Jamie negó con la cabeza, un movimiento lento, sin saber qué responder. Ni a la pregunta ni al motivo por el que él había decidido llevar la conversación a ese asunto.

—No lo sé. —Debería haberle dejado pedir la pizza—. ¿Lo conocías?

Él asintió.

—Sí. No personalmente. Pero sabía quién era. Todo el mundo lo sabía.

—Estupendo.

—Yo era joven, veintipico. Era tan solo un patrullero en aquella época.

Jamie sintió cómo su mano apretaba el teléfono con más fuerza, el número de un restaurante tailandés ocupaba la pantalla, listo para marcar.

—Era un buen hombre —dijo Wiik.

Jamie sintió que la tensión de sus manos se extendía hacia sus hombros, como si alguien se los apretara contra la columna vertebral. Respiró hondo, pero eso no hizo que se relajaran.

—Aunque era problemático.

Parecía decidido a continuar, a pesar de la resistencia de Jamie.

—Ah, ¿sí? —preguntó Jamie sin parecer interesada, tras lo cual retiró el pulgar de la pantalla.

—Aquello lo destrozó, ¿sabes? —Wiik la miró con gesto melancólico—. Lo recuerdo bien, hubo un cambio notable. —Miró hacia la oficina de Falk, ahora a oscuras—. Falk me advirtió para que me mantuviera alejado de él. De todos modos, tenía muy mal genio, pero después de…

—¿Después de qué?

—Después de que te fueras.

Jamie se tensó más incluso y guardó el teléfono en el bolsillo.

—Te recuerdo, de cuando eras una niña.

Jamie lo estudió: aquel tipo sentado allí en la silla y que no dejaba de soltar tonterías sobre su familia.

—Siempre estabas llena de energía. No me recuerdas, por supuesto. ¿Por qué ibas a hacerlo?

Ella inhaló aire de modo ostensible y apartó la mirada de él.

—¿A dónde quieres llegar con todo esto?

—Tu padre cambió cuando te fuiste. Todos pudimos ver su deterioro, sabíamos que era solo cuestión de tiempo hasta que…

—¿Hasta qué? —preguntó Jamie, su voz estaba llena de rencor.

—Hasta que pasara algo como lo que le ocurrió con Claesson…

Ella tragó saliva con dificultad.

—Eso fue lo peor de todo, que todo el mundo lo sabía. —Wiik negó con la cabeza—. Una bomba de relojería. Y todos a la espera de que explotase, rezando para no ser ellos quienes la detonaran.

Resopló tras decir aquello y bajó la mirada hacia sus pulgares. Ahora estaban quietos.

Los dientes de Jamie estaban a punto de romperse debido a la fuerza con la que los apretaba.

—Todo el mundo lo evitaba, no querían ser los que acabaran bajo sus ruedas, ya puedes imaginarlo. Cuando en realidad era justo lo

contrario que…

—¿Sabes qué? —interrumpió Jamie—. En realidad no tengo hambre. —Dejó que su abrigo se deslizase hasta su mano y se lo echó sobre los hombros—. Me voy al hotel —dijo, tras lo cual se sacó la larga trenza que había quedado atrapada en el cuello y se encaminó hacia la puerta—. Avísame si necesitas cualquier cosa…

—¡Detective! —gritó Hallberg desde el otro lado de la sala y apresuró el paso para acercarse a ellos.

Jamie se detuvo en seco y cerró los ojos. Soltó aire y se giró lentamente para ver a Hallberg, jadeante, de pie junto al escritorio de Wiik.

—Quizá quieras ver esto —dijo.

Jamie regresó y miró el trozo de papel que Wiik tenía en las manos. Era una copia en blanco y negro de un carné de conducir.

Cuando se acercó, Wiik se lo pasó, con aire burlón, y luego sonrió con aire de suficiencia.

—El misterioso visitante que acudió al lecho de muerte de Sjöberg.

Jamie se hizo con el papel y se quedó mirando la cara que aparecía en la página.

Un hombre de unos cincuenta años la miraba con expresión cercana a la estupidez. Era delgado, tenía la mandíbula estrecha y un largo pescuezo que encajaba perfectamente en su alzacuellos.

—Dios santo —murmuró Jamie al verlo—. Es un sacerdote.

—Sí —dijo Wiik. Agarró el papel y se giró en la silla para mirarla de frente—. Per Eriksson es un condenado sacerdote.

14

Jamie,

Me pregunto cómo reaccionará tu madre. Qué es lo que dirá. Eso es lo que más me preocupa. No sé cómo llegar a ti. Y no sé si podré hacerlo.

Pero quizá leas esto.

Basta con que leas esto y te esfuerces por entenderlo. Comprende que nunca fue mi intención…

Lo siento.

Por todo. Por todo lo que no pude darte.

Hay cosas que quiero que tengas. Que es posible que te quitasen. Cosas que solo tú puedes encontrar. Sé que lo harás. Algún día.

15

Jamie abrió los ojos poco a poco hasta despertar de una noche sin sueños.

Dejó caer las piernas al borde de la cama y miró su teléfono. Eran poco más de las seis.

Wiik había quedado en recogerla a las ocho.

Encendió la lámpara de la mesita de noche, luego echó un vistazo a la tarjeta con los datos del hotel que había junto a ella. Desayuno a las siete. Apertura de instalaciones a las ocho. Piscina. Sauna. Gimnasio. Se preguntó si harían una excepción y descolgó el teléfono que estaba junto a la lámpara. Necesitaba despejarse y hacer desaparecer las telarañas del sueño, y también deshacerse de las palabras que había dicho Wiik la noche anterior.

Su padre había necesitado a alguien. A cualquiera.

Pero todos habían estado demasiado atemorizados.

Y Jamie ni siquiera lo había sabido.

Wiik aparcó junto a la acera dos minutos antes de las ocho, el Volvo eléctrico zumbaba con suavidad.

Jamie subió al coche y se topó con el intenso aroma del café que impregnaba el interior.

Él parecía estar irascible, con el rostro fruncido en silencio.

—Toma —gruñó y le ofreció una taza que había en el posavasos del salpicadero—. No sabía cómo te gustaba.

Jamie probó un sorbo.

—Solo, el mejor modo de acertar.

Lo sostuvo entre las manos para dejar que el calor llegara a sus dedos.

Wiik arrancó sin más preámbulos.

—¿Todo bien? —preguntó Jamie, que no podía dejar de notar la tensión que emanaba de él.

—No —respondió cortante—. Lindvall tuvo un brote en su celda sobre las tres de la mañana, empezó a gritar y a amenazar con estrellarse la cabeza contra la pared si no le dejaban salir. Montó un buen lío: untó sus excrementos por todas partes, se meó encima, vomitó por todos lados, luego se desmayó y empezó a tener convulsiones.

Wiik remató la narración con una mueca y negó con la cabeza.

—Dios —murmuró Jamie y luego dio un gran trago al café. Iba a necesitar la cafeína.

—¿Está bien?

—Lo han trasladado al hospital. Recuperó la conciencia al llegar e intentó atacar a la enfermera que lo atendía. Ahora lo tienen sedado. Creen que fue un brote psicótico debido al estrés del interrogatorio.

—¿Quién lo cree?

—El psicólogo designado por el Estado para ocuparse de su bienestar mental —Wiik casi escupió aquello—. Si fuera por mí, dejaría que ese pedazo de mierda se pudriera.

Jamie levantó una ceja y miró por la ventanilla. Ya había pensado que presionar a Lindvall así podía producir esos resultados. A veces odiaba tener razón.

—Lo último que necesito es una investigación sobre mis métodos que no hará más que entorpecer las cosas. —Dio un profundo suspiro—. Hablé con el médico que lo atendió justo antes de irme —continuó—. Parece que Lindvall también ha entrado en abstinencia aguda y, por lo visto, está deshidratado, lleva días sin comer, de hecho. Se ha corrido una buena juerga. Su sistema está sobrecargado de anfetaminas. Ha entrado en modo autodestructivo.

Jamie lo escuchó sabiendo adónde quería llegar.

—¿Crees que tiene la conciencia tranquila?

Él se encogió de hombros.

—No lo sabremos hasta que salga de allí. Podrían pasar días.

—Mierda —musitó Jamie.

No pensaba que Lindvall hubiera asesinado a la chica, pero tampoco podía descartarse. Suspiró, se concentró en su café y dejó

que Wiik condujera.

La iglesia se hizo más grande en el horizonte hasta convertirse en una aguja blanca recortada sobre el cielo gris que se cernía sobre ellos.

Aparcaron en una calle compuesta por una hilera de casas de una sola planta que compartían entre ellas su tejado de tejas rojas y la iglesia de Per Eriksson.

Wiik observó con atención el edificio a través del parabrisas, sin dejar de masajearse la barbilla.

Durante el trayecto le había entregado a Jamie el resumen que había redactado Hallberg sobre los asesinatos, tanto los originales como el nuevo. Incluía el informe de la autopsia de Claesson y las siete de los crímenes del pasado.

En la escenografía de cada una de las víctimas se habían utilizado ramas de abedul, recién cortadas de troncos cercanos con un hacha afilada. A continuación, limpiaba las hojas y los brotes y las cortaba para que tuvieran unos 140 centímetros de largo. Los extremos gruesos habían sido cortados en punta con un único y contundente golpe, antes de clavarlos en la espalda de la víctima y luego en el suelo helado.

Si Eriksson era jardinero tendría acceso a un hacha y experiencia en su uso. Conocería los árboles y sabría cómo manejar la madera. Y lo de que el sacerdocio ocupase su futuro hacía que el elemento religioso fuera difícil de ignorar. ¿Y qué mejor manera de desviar las hipotéticas sospechas que ordenarse sacerdote?

Ahora, con Sjöberg muerto, las únicas dos personas que lo habían visto con vida en los últimos meses eran su esposa enferma y uno de los únicos sospechosos del caso original. El virtuoso Per Eriksson.

Jamie recordó la masa verde e informe en el asiento delantero de Nyström y se preguntó si podría haber sido Eriksson. Puede que estuviera atado y amordazado en el maletero.

—¿Lista? —preguntó Wiik tras mirarla a los ojos.

Ella asintió y salieron, el expediente quedó en el asiento.

La iglesia de Eriksson era modesta, con un campanario que se elevaba apenas unos metros por encima del tejado a dos aguas.

El edificio era de piedra pintada de blanco, con una amplia escalera para acceder al interior. Un cementerio lo rodeaba por tres de sus lados y las paredes estaban cubiertas de musgo verde que trepaba desde el terreno húmedo. La puerta de madera marrón en lo alto de los escalones estaba abierta, pero no parecía haber ningún servicio en curso.

Jamie y Wiik subieron hasta la iglesia y entraron, ambos callados. Todo estaba en silencio.

No había viento. Los árboles de los alrededores permanecían inmóviles, como si estuvieran a la espera de algo.

Wiik se adelantó, sin molestarse en limpiarse los pies, y empujó la puerta interior, que dejó salir un intenso calor.

El aire era sofocante allí dentro. Jamie contó al menos ocho radiadores eléctricos en aquel espacio, todos viejos con sus insistentes crujidos mientras aventaban aire caliente hacia las vigas.

El techo inclinado exhibía un artesonado de madera y las filas de bancos se prolongaban hacia el púlpito, con un crucifijo de madera moteada en el altar y una ventana circular encima que parecía el halo que envolvía a la cruz.

Wiik fue quien tomó la iniciativa y avanzó.

—¿Per Eriksson? —gritó y su voz resonó en toda la iglesia.

Se mantuvo durante unos segundos y luego se apagó.

Wiik respiró hondo para repetirlo, pero se abrió una puerta en la parte trasera izquierda de la sala y salió un hombre vestido con vaqueros y una camisa negra, con un collarín blanco alrededor del cuello. Se secó las manos con un paño de cocina que luego se colocó encima del hombro. Tenía las manos rojas y en carne viva, como si acabara de lavárselas con agua hirviendo.

—¿Puedo ayudarles? —dijo.

Jamie tomó las medidas a Per Eriksson. Debía rondar el 1,88 m de altura, y una espesa cabellera blanca rodeaba su rostro anguloso. Sus ojos parecían amables y su sonrisa cautivadora.

Wiik se adelantó.

—*Kriminalinspektör* Anders Wiik —sonó seco y mostró su placa—.

Esta es mi colega, la inspectora Jamie Johansson —añadió mientras señalaba a Jamie.

Ella asintió con la cabeza.

Él la miró.

—¿Johansson? —se dijo a sí mismo y dejó que su mirada se posase en ella durante unos instantes, con expresión de familiaridad. A continuación, dejó escapar un veloz carraspeo y se volvió hacia Wiik—. ¿En qué puedo ayudarles, inspector? —preguntó con inocencia.

—Estamos investigando un caso que podría estar relacionado con Hans Sjöberg —dijo Wiik con tono diplomático—. Un asesinato.

Eriksson frunció los labios.

—Lamento tener que informarle de esto, inspector, pero Hans Sjöberg está muerto.

—Estamos al tanto —dijo Wiik rápidamente—. Pero parece que usted fue una de las últimas personas que lo vio con vida, y una de las dos únicas personas que lo visitaron en prisión en los últimos años. Y nos resulta curioso que, después de todo este tiempo en que cumplía condena por el asesinato de siete niñas, usted lo visitara justo antes de que otra chica desapareciera y haya aparecido asesinada de la misma manera. Solo Sjöberg y un puñado de personas más conocían todos los detalles de los crímenes.

Eriksson permaneció inmóvil ante ellos, con las manos entrelazadas delante de él.

Wiik continuó, tras morderse el labio inferior.

—Y, si se tiene en cuenta cómo tratan a los hombres como él en la cárcel, dudo que estuviera dispuesto a compartir sus batallitas. Pasó la mayor parte de su condena en una celda privada, aislado de los demás reclusos por su propia seguridad. ¿Sabía eso?

—No, no lo sabía —respondió Eriksson en voz baja.

—¿Entiende a dónde quiero llegar? —preguntó Wiik.

Eriksson no dijo nada.

—Usted fue uno de los sospechosos originales en este caso, ¿estoy en lo cierto?

—Así fue —respondió Eriksson con cautela.

—Entonces, dígame, ¿por qué alguien que no es más que un

conocido aparece después de veinte años para visitar a un asesino de niños en su lecho de muerte?

—¿Un conocido? —Eriksson pareció desconcertado al escuchar dicha palabra—. Porque él me lo pidió —concluyó.

—¿Él se lo pidió? —insistió Wiik.

—Sí, Hans y yo éramos amigos íntimos.

Wiik la miró. Ella no había dejado de estudiar los rasgos del sacerdote.

Eriksson se explicó.

—Al menos antes de que lo condenaran. Yo era el jardinero de la iglesia. Todos conocíamos lo de las desapariciones de las niñas, Hans y yo hablábamos a menudo de ello. Pensábamos que debía de ser alguien de la congregación. Habíamos oído que luego las asesinaban, pero nunca pensamos que… —Tosió antes de continuar —. Cuando arrestaron a Hans, a mí me impactó más que a nadie. Como he dicho, éramos amigos íntimos. Era un hombre amable, un hombre cariñoso. Pero después me sentí traicionado… Aquello me repugnaba. — Tragó saliva y apretó las manos temblorosas frente a él—. No volví a hablar con él, no lo visité nunca. Ni una sola vez.

Bajó la cabeza y miró al suelo

—Hasta hace unas semanas —le corrigió Wiik—. ¿Por qué?

—Me escribió una carta —dijo Eriksson con franqueza.

—Tenemos que ver esa carta —dijo Wiik antes de intercambiar miradas con Jamie.

Era la segunda vez que lo hacía en pocos segundos. ¿Buscaba que ella confirmase lo que intuía? Había presionado demasiado a Lindvall el día anterior. ¿Esperaba que Jamie lo controlara esta vez?

—Por supuesto —dijo Eriksson—. ¿Quieren que la traiga? Está en el cajón de mi escritorio.

—Iremos con usted —respondió Wiik, que no quería dejar al hombre solo con lo que podría ser su primera prueba crucial.

Aunque Jamie no creía que se comportase de modo tan comunicativo en el caso de que fuera culpable. Y no le parecía que encajara en el perfil que buscaban. Pero, por otra parte, los asesinos capaces de hacer cosas así rara vez mostraban su lado monstruoso. Jamie lo sabía por experiencia. De hecho, solían ser gente de lo más

encantadora. Los más sonrientes. Los más tranquilos. Invisibles a simple vista. Disfrazados bajo una superficie de gente colaboradora, como si fueran pastores de la humanidad. Médicos. Abogados. Policías. Sacerdotes.

Jamie asintió para mostrarse de acuerdo con la intención de Wiik de seguir al hombre y los tres atravesaron la puerta por la que había salido.

Accedieron a una modesta cocina que tenía los muebles a la izquierda, debajo de una ventana, y una mesa desgastada a la derecha. En el escurridor había unos cuantos platos, de los que goteaba lentamente la espuma.

Eriksson los condujo hacia un pequeño pasillo. Al fondo estaba su dormitorio y a la derecha un cuarto de baño.

No parecía dar muestras de timidez o vergüenza mientras los guiaba hacia la habitación en la que dormía. Jamie había comprobado que la gente se ponía nerviosa cuando la policía entraba en su espacio más privado. Pero Eriksson no. ¿Era porque realmente no tenía motivos? ¿O se debía tan solo a que su habitación era espartana, como cabría esperar de un sacerdote? Una cama individual pulcramente hecha con un crucifijo colgado sobre el cabecero. Una estantería que contenía nada menos que seis biblias diferentes. Una mesita de noche con un vaso de agua sobre ella. Un escritorio con una lámpara y un ordenador, cuya pantalla mostraba una página web que ayudaba a localizar extractos de las Escrituras mediante la búsqueda de palabras clave. Delante había un cuaderno abierto con algunas citas escritas.

Eriksson no dilató la espera para abrir el cajón de su escritorio.

Wiik retrocedió y levantó una mano para indicar a Jamie que se apartara, con la otra junto a la cadera, lista para sacar su pistola.

Eriksson podía sacar cualquier cosa de ese cajón.

La madera crujió al abrirse y la tensión de Wiik se hizo visible, pero entonces Eriksson se giró con un papel en las manos.

—Aquí tiene —dijo con naturalidad y le entregó la carta.

Wiik se hizo con ella y empezó a leer.

Eriksson se recostó contra el escritorio sin prisa, se permitió apenas un pequeño gesto de dolor al hacerlo. Al parecer, el hombre

ya no era tan ágil como antes. Se sentaba como si le doliera la espalda. ¿Era aquello un espectáculo montado para ellos? ¿Para despistarlos? ¿Cómo podía un clérigo con problemas de espalda llevar un cadáver al interior del bosque y talar árboles? Lo más seguro es que no pudiera.

—Sjöberg se puso en contacto conmigo —dijo Eriksson sin que nadie le preguntara, sin quitar la vista de la carta—. Sabía que su pronóstico no era optimista y dijo que quería reparar el daño causado. —Eriksson suspiró—. Quería pedirme perdón por haberme mentido hace tantos años.

Wiik resopló.

—Qué majo.

—¿Perdón? —dijo Eriksson.

—Por lo de querer reparar el daño que le hizo a usted —murmuró y para hacerlo levantó la vista de la carta—. En lugar de dirigirse a las familias de las chicas que había asesinado.

Eriksson volvió a fruncir los labios y le dirigió una mirada que pretendía ser una disculpa.

—Le respondí para decirle que le había perdonado hacía años, que después de perder la fe en él, en Dios, había vuelto a encontrar el camino hacia la iglesia. Que ahora tenía mi propia congregación. Y que, si realmente estaba arrepentido, por haber mentido y por todo lo demás, podía ofrecerle la absolución.

—Qué montón de mierda —dijo Wiik, incapaz de contener sus propias opiniones.

Eriksson hizo lo que haría un cristiano y sonrió educadamente a pesar de la descarada grosería de Wiik.

Jamie tenía otra cosa en la cabeza.

—¿Cómo le encontró, padre?

Eriksson dirigió su atención hacia ella.

—¿A qué se refiere?

—Si no había mantenido el contacto con él, si no lo había visto a lo largo de estos veinte años, ¿cómo le localizó?

La mirada de Wiik se desvió de la carta hacia Jamie y luego hacia Eriksson, donde se detuvo y comenzó a perforarle el lado de la cabeza que tenía a la vista.

Eriksson volvió a negar con la cabeza.

—No lo sé… Supongo que él me encontró…

—¿Lo encontró? —interrumpió Wiik—. Somos la policía y nos costó mucho «encontrarlo». Además, ¿cómo iba a hacerlo desde la cárcel?

Eriksson miró a Wiik sin mostrar vacilación alguna en su rostro.

—Según todos los indicios, era un preso modélico, y los presos tienen acceso a internet… Bajo supervisión, por supuesto. Mis datos no están ocultos, mi nombre, fecha de nacimiento, dirección, todo aparece en el Registro Nacional Luterano como datos abiertos y públicos, junto con la fecha de mi nombramiento aquí. Y, por supuesto, mis datos de contacto. Supongo que con solo buscar mi nombre y mi fecha de nacimiento en internet aparecerán resultados precisos.

Jamie miró por encima del hombro de Eriksson para contemplar su ordenador y se preguntó si una búsqueda en el historial de navegación mostraría que él se había encargado de confirmar esa supuesta accesibilidad en fecha reciente.

Wiik no parecía muy convencido.

—O bien —sugirió Eriksson con aire indiferente— obtuvo esa información de su esposa.

Jamie se inquietó e intercambió una mirada con Wiik.

—¿Su esposa?

Wiik intervino.

—¿Por qué iba a tener su esposa esa información sobre usted?

—No mi información actual —dijo Eriksson mirando alternativamente a cada uno de ellos—, sino la información del seminario al que asistí. Se la di a Eva antes de irme, por si necesitaba algo. Ellos habrían facilitado sin problema todos los detalles acerca de mi nombramiento.

Jamie se mordió el labio.

—Ya hemos interrogado a la esposa de Sjöberg. Apenas atinó a recordar su nombre. ¿Cuándo fue la última vez que se comunicó con ella?

—Hablé con ella hace apenas unos días. —El ceño de Eriksson se frunció con gesto de sorpresa—. La llamé para darle el pésame por la muerte de Hans. Nunca llegaron a separarse, creían en la santidad

del matrimonio. Me sentía en la obligación de enaltecer esa determinación. Y tenía la sospecha de que pocos más llamarían para hacer lo mismo.

Wiik emitió un murmullo que no por eso sonó menos severo.

—Ella no mencionó nada de eso.

—No me sorprende —respondió Eriksson al mismo tiempo que exhalaba pausadamente—. Estaba bastante desconectada cuando hablé con ella.

—¿Desconectada?

—Distante. Incoherente. Desconectada de la realidad. —Su boca volvió a formar una línea, lo que resaltaba las abultadas mejillas a cada lado—. No sé si está o no diagnosticada, pero me temo que esa mujer padece Alzheimer o algo similar. No es infrecuente a su edad. Lo verdaderamente triste es que tenga tan poco apoyo.

Wiik parecía enfadarse cada vez más, aunque Jamie no sabía exactamente qué era lo que le molestaba tanto. En cualquier caso, decidió hacerse cargo del interrogatorio.

—Lo siento, padre, todo esto que nos dice nos deja muy sorprendidos. Cuando hablamos con Eva Sjöberg ella no hizo mención alguna sobre usted. Pero usted dice que recientemente estuvo en contacto con ella y con su marido. Que usted y su marido eran amigos íntimos. ¿Lo que ustedes discutían estaba relacionado con la fe?

Él asintió.

—Sí, hablamos largo y tendido sobre…

—¿Los asesinatos? —dejó escapar Wiik entre dientes.

—No —dijo Eriksson sin ponerse nervioso, aunque miró a Jamie para asegurarse de que Wiik no se abalanzara sobre él—. Sobre la Biblia, sobre Dios. La naturaleza de la vida y la muerte. El cielo y el infierno. La absolución.

Jamie dio un paso adelante para que Wiik quedara detrás de ella.

—¿Le dijo por qué lo hizo?

—¿Por qué asesinó a esas pobres chicas? —O Eriksson era muy bueno fingiendo o aquello realmente parecía afectarle—. No, no lo hizo. Y yo tampoco pregunté. Lo hecho, hecho está, y las razones dejan de ser relevantes siempre y cuando haya un arrepentimiento

verdadero.

—A mí no me parecen irrelevantes —gruñó Wiik.

Jamie carraspeó y dio un paso más hacia delante.

—¿Y lo estaba? Me refiero a si lo notó arrepentido.

Eriksson asintió.

—Sí. Creo que estaba sinceramente arrepentido.

Se escuchó un sonido de burla detrás de ella, y Jamie se giró y lanzó a Wiik una gélida mirada que significaba «Vete antes de que tenga que echarte yo».

Él apretó la mandíbula, dobló la carta que tenía en la mano y la levantó.

—Nos quedamos con esto —le dijo a Eriksson.

El sacerdote hizo un gesto con la mano para dar su visto bueno.

—Por supuesto —dijo—. Cuanto sea necesario para ser de ayuda.

Wiik salió del dormitorio y atravesó la cocina. Jamie esperaba encontrarlo fuera más tarde, con suerte, algo más tranquilo. Sus hombros se relajaron un poco, pero no pudo evitar pensar que, tal vez, él la había dejado sola con un asesino en serie.

Dio un paso atrás, sacudió ese pensamiento de su mente y reanudó el interrogatorio.

—Le pido disculpas por la actitud de mi compañero, no creo que sea muy comprensivo en lo que se refiere a la fe.

—Estoy acostumbrado.

—No me cabe duda.

—¿Y tú? —Eriksson le sonrió.

—¿Si soy comprensiva con respecto a la fe? —Jamie levantó las cejas—. De la misma manera en que lo soy con respecto a la física cuántica. No espero llegar a comprenderla nunca, sé que no lo haré, de hecho, pero acepto que hay gente que sí lo hace y eso no me molesta.

Eriksson dejó escapar una tímida risa, encontró divertida aquella respuesta.

—Muy bien. ¿Tienes más preguntas?

—¿Recuerda con exactitud cuándo habló con Eva Sjöberg?

—Debió de ser el sábado. Sí, después del servicio. Alrededor de las once de la mañana, creo. Quizá fuera un poco más tarde.

Jamie asintió con la cabeza, buscó de modo instintivo su libreta de policía y ahí se dio cuenta de que no la tenía encima, pero notó el bulto de otra en su bolsillo. La sacó, reconoció la cubierta roja y tragó saliva, luego le dio la vuelta para poder abrirla por la parte del final.

—¿Tiene —comenzó, con voz entrecortada— un bolígrafo?

Eriksson se giró para buscar uno en el escritorio y se lo ofreció.

—Gracias. Supongo que los registros telefónicos mostrarán que la llamó, ¿no?

Jamie lo miró a la espera de su respuesta.

Él no dejaba de mirarla a los ojos.

—Efectivamente.

—¿Cuál es su número?

Él se lo dio, sin quitarle los ojos de encima.

Ella lo anotó.

—¿De qué hablaron?

—Le ofrecí consuelo, le dije dónde podía encontrarme si quería venir a algún servicio. Incluso le ofrecí transporte: tenemos un autobús de la iglesia adaptado para sillas de ruedas que utilizamos para recoger a algunos de nuestros miembros más veteranos.

—¿Llegó a venir?

—Todavía no, pero conservo la esperanza de que lo haga.

—¿Cómo consiguió su número?

—Hans me lo dio en nuestra reunión y me pidió que la llamara.

Jamie asintió, no dejaba de anotarlo todo.

—¿Cuántas cartas intercambiaron?

—Él envió la primera, yo le respondí. Luego me llamó para organizarlo todo.

Jamie no preguntó cuándo. Podría confirmar ese detalle con la prisión.

—¿El mismo número desde el que llamó a Eva?

—Sí, el teléfono fijo de la iglesia —respondió.

—Bien. Muchas gracias.

Jamie apoyó el bolígrafo sobre el bloc de notas y dio unos leves golpes con él.

—¿Alguna cosa más?

—¿Las letras «M. M.» significan algo para usted?

—¿Tal vez algo referido a *meridiem*?

Jamie negó con la cabeza.

—No creo que sea eso.

—Quizá por el contexto sea más sencillo entenderlo.

—Estaba escrito junto al nombre de Hans Sjöberg en un viejo cuaderno, el del detective que investigó los asesinatos originales.

—Jörgen Johansson —dijo Eriksson y al hacerlo miró sin disimulo el gastado cuaderno que ella tenía en la mano—. Tu padre.

Jamie se quedó helada.

Él sonrió, parecía divertirle todo aquello.

—Te pareces mucho a él, el mismo apellido, y yo nunca olvidaría ese cuaderno. Lo sacaba y no dejaba de darle golpes con el bolígrafo mientras hablaba. —Eriksson esbozó una tímida sonrisa—. Como tú estás haciendo ahora, en realidad. Aunque nunca le vi escribir nada en él.

—¿Lo recuerda? ¿Y eso? —de pronto Jamie bajó la voz.

—Es un hombre difícil de olvidar. Y vino a interrogarme varias veces. Era muy enérgico.

Jamie no supo qué responder.

—¿Cómo está? ¿Sigue en la brecha?

—Está muerto —dijo Jamie, sintió el nudo apretarse en la garganta.

—Siento mucho escuchar eso.

Ella asintió con la cabeza una vez, sin quitar los ojos del cuaderno.

—¿Es este el cuaderno? ¿El del caso? —preguntó Eriksson, lo señalaba con la cabeza.

—No —dijo Jamie, apretándolo contra sí—. Es otro.

—¿Pero era uno de los suyos?

Ella tragó saliva.

—¿Podemos volver al asunto?

—Lo siento.

—«M. M.» Estaba escrito junto a un nombre: Annika Liljedahl. ¿Le dice algo?

Eriksson se quedó pensativo un momento.

—Conozco ese nombre. —Entonces pareció darse cuenta—. «M.

M.» ¿Médico militar? —Levantó la mano, con el dedo extendido como si hubiera tenido una iluminación—. Hans fue médico en el ejército durante varios años. Sospecho que «M. M.» puede referirse a eso.

Jamie reflexionó. Tenía sentido que tuviera algunos conocimientos anatómicos, a tenor de lo que evidenciaban los asesinatos; eso era lo que había dicho Claesson. Un médico del ejército tendría esos conocimientos.

—¿Y Annika Liljedahl?

—Fue la primera novia de Hans, si no recuerdo mal.

Jamie esperó a que continuase antes de que apuntar nada.

—Nunca entró en detalles, pero creo que hubo algún tipo de altercado, algo relacionado con los padres de ella. Eso le causó algunos problemas a Hans y poco después se alistó en el ejército.

—¿Qué tipo de problemas?

—Como he dicho, nunca entró en detalles, y todo esto lo recuerdo de una conversación de hace treinta años.

Jamie respiró hondo.

—Sí, claro, por supuesto. Gracias. ¿Puede decirme algo más sobre ella?

—No, me temo que no. Fue un tema que surgió en una de nuestras muchas charlas como amigos cuando yo todavía era jardinero en la iglesia. En aquella época vivía al lado de Hans y Eva. Pasé muchas tardes allí. Eran muy buena gente. Cálidos, amables…

—Gracias —le interrumpió Jamie—. Si necesito algo más me pondré en contacto con usted.

—Por descontado. Ya sabes dónde encontrarme. —Se puso de pie con gesto de dolor. Su voz se volvió grave—. Espero que encuentres al hombre que buscas. Si este asesino se dedica a imitar a Hans Sjöberg, parece que tienes mucho trabajo por delante.

—Sí —dijo Jamie, y luego cerró el cuaderno y lo guardó lentamente en el bolsillo—. Es lo que parece.

—Déjame acompañarte a la salida —dijo Eriksson.

—Encontraré el camino —respondió Jamie—. Ha sido de gran ayuda.

Aun así, él la siguió hasta la cocina.

—Ah, otra cosa, inspectora…

—¿Sí? —preguntó Jamie, parada en el umbral de la iglesia.

—Si alguna vez necesitas ayuda para entender la física cuántica, siempre encontrarás abierta mi puerta.

Jamie dejó escapar una risa.

—Lo tendré en cuenta.

Solo entonces cerró la puerta tras de sí.

16

Wiik estaba apoyado en la barandilla que había al pie de las escaleras de acceso a la iglesia. Se apartó cuando Jamie salió y empezó a hablar de inmediato.

—Hice que Hallberg investigara la historia del seminario. Al parecer, le facilitaron hace unas semanas la información sobre Eriksson a alguien.

—Qué celeridad —dijo Jamie, sorprendida. Solo habían pasado unos cinco minutos, diez como mucho, desde que Wiik había salido de la habitación.

Él asintió.

—Sí, Hallberg es muy buena en eso. Los informes forenses de los asesinatos originales también han llegado esta mañana. Hallberg va a revisarlos y nos dirá lo que encuentre.

—Tienes suerte de contar con ella.

Él sonó burlón.

—Sí, claro. «Señor, por supuesto, señor» —repitió como un loro mientras agitaba las manos alrededor de la cabeza—. Escucho lo mismo cien veces al día. «¿Cómo hago esto? ¿Qué opinas sobre esto otro? ¿Qué harías tú en esta situación?». —Resopló con desdén.

Jamie apretó los dientes.

—Está ansiosa por aprender, no hay que castigarla por eso. Algún día será una gran detective y está claro que solo quiere algo de orientación.

Suspiró y, fue sin esperar más hacia el coche. Se pasó la mano por la cabeza y se alisó el pelo.

—Preferiría que se centrara en los casos y no tanto en su propia carrera. Como si yo no tuviera ya suficientes preocupaciones sin tener que sobreprotegerla todo el tiempo.

Jamie lo dejó pasar. No le apetecía entrar y decir: «Bueno, si le

dieras un respiro a la chica de vez en cuando. Si, por ejemplo, le dieras las gracias alguna vez, se daría cuenta de que en realidad hace un trabajo estupendo». Solo provocaría una pelea, y bien gorda.

Wiik se subió al coche y se sentó con ímpetu, el mismo con el que cerró la puerta.

Suspiró y soltó aire de modo ostentoso.

—¿Quieres desayunar algo? —preguntó de repente tras echar un vistazo por la ventana.

—Ya he desayunado —dijo Jamie y lo miró a los ojos—. ¿Qué ha pasado ahí dentro?

—No me gustan las iglesias.

—Ya me he dado cuenta.

—Mis padres me obligaban a ir. Siempre me pareció ridículo.

Jamie se mordió el labio durante un segundo.

—Aun así, deberías haber ido con más cuidado. Eriksson es una fuente de información valiosa.

Sintió ganas de añadir en voz alta que era valiosa siempre y cuando no fuera todo una invención. Pero no hacía falta alimentar más la desconfianza de Wiik.

—¿Sí? ¿Como qué?

Wiik se apoyó el rostro en la mano, con el codo en la ventanilla.

—Información sobre Sjöberg, por ejemplo, sobre el nombre que aparece en el cuaderno de mi padre, Annika Liljedahl. Qué puede significar «M. M.».

—¿Y quién es ella exactamente? —preguntó Wiik, aparentemente aburrido por todo aquello.

—La primera novia de Sjöberg, según Eriksson. —Jamie observó cómo reaccionaba, pero no pareció impresionado—. Al parecer tuvieron algún tipo de desacuerdo, y entonces Sjöberg se alistó en el ejército, donde fue médico militar durante un par de años.

—«M. M.» —dijo Wiik en voz baja, y asintió con la cabeza—. Genial. Pero ¿en qué nos ayuda eso?

Jamie hizo cuanto estaba en su mano por mantener la calma.

—Cualquier pista es buena en este momento. Y rellenar los huecos del caso original solo puede sernos de ayuda.

—Lo que tú digas.

Wiik la ignoró, arrancó y se alejó a toda velocidad de la iglesia.

—¿Adónde vamos?

—Ya lo he dicho: desayuno.

Jamie ya se había hartado de embutidos, muesli, fruta y café en el bufé de desayuno del hotel. Le había entrado hambre después de nadar. Pero, a juzgar cómo se atiborraba de bocadillos, Wiik se había saltado por completo la comida más importante del día. Aunque el olor inundaba el habitáculo del coche, se negó debido al frío a que Jamie bajara la ventanilla.

La pantalla del salpicadero se iluminó y apareció la palabra «Hallberg», y Jamie pulsó rápidamente el botón de respuesta para ahogar los ruidos que Wiik hacía al masticar y sorber.

—Hallberg —dijo Jamie alegremente.

—Oh, inspectora Johansson —respondió ella, un poco sorprendida —. ¿Está ahí el *Kriminalinspektör* Wiik?

—*Ají eftoy* —dijo él, con la boca tan llena que no pudo evitar que quedaran migas esparcidas por todo el volante. Tragó saliva casi con dolor, tosió y al fin logró hablar—. ¿Qué pasa?

—Al revisar los expedientes originales de la oficina del forense he visto que una de las chicas, la víctima número siete, se llamaba Hanna Lundgren.

Hizo una pausa después de decirlo.

Wiik miró a Jamie y luego dio otro bocado a su sándwich.

—¿Lundgren? —dijo, y bajó un poco el sándwich.

—¿Como Leif Lundgren? —intervino Jamie y echó un vistazo a Wiik—. ¿El tercer nombre del cuaderno?

—Aún no lo he confirmado —respondió Hallberg—. Pero tengo aquí su información. Voy a probar a ponerme en contacto con el familiar cercano que aparece en la lista, pero dudo que el número siga en uso después de tantos años. Si no consigo nada probaré a ver si saco algo del hospital, intentaré conseguir una copia del certificado de nacimiento y veré si puedo encontrar una coincidencia. Apenas descubra algo llamo.

—De acuerdo —dijo Wiik y colgó el teléfono. Se volvió hacia Jamie y le dio otro mordisco a su bocadillo—. ¿Ves lo que quiero decir?

—Sí, claro —dijo Jamie, sacudiendo la cabeza—. Lo de esta chica no tiene nombre…

Hallberg volvió a llamar pasados veinte minutos.

Wiik ya había terminado con su comida y su café, y la cafeína parecía haber mejorado su estado de ánimo. Pero la iglesia le había tocado alguna fibra sensible, y Jamie no estaba dispuesta a abrir esa caja de Pandora, sobre todo en medio de una investigación por asesinato.

—Veamos —dijo Hallberg y respiró hondo antes de comenzar—. Leif Lundgren. He encontrado el certificado de nacimiento de Hanna, pero Leif no figura como su padre. Parece que la madre de Hanna murió cuando ella tenía cuatro años y su padre no pudo hacerse cargo de ella. Los registros públicos muestran que fue primero acogida y luego adoptada por Helena y Leif Lundgren en 1987. En 1996, cuando fue asesinada, solo tenía catorce años.

—¿Por qué Lundgren era sospechoso? —preguntó Wiik con voz cortante.

—El informe forense de Hanna reveló que se encontraron células epiteliales bajo sus uñas, cuyo ADN coincidió con el de Leif Lundgren.

Wiik adelantó su labio inferior.

—El informe dice que esa acumulación de restos era consistente con arañazos defensivos.

—¿Por qué nunca se detuvo a Leif?

—Eh —dijo Hallberg, sonaba evasiva—. No sé si lo detuvieron o no. Los expedientes del caso han desaparecido.

Ella hizo todo lo posible por no sonar condescendiente, pero era obvio que Wiik lo había interpretado así de todos modos.

—¿Tienes la dirección actual de Lundgren?

—Por supuesto.

Sabía que no debía llamar por segunda vez sin tenerlo todo preparado.

—Envíamela. Iremos para allá ahora mismo…

Jamie intervino.

—De hecho, me gustaría seguir la pista de Annika Liljedahl.

Wiik le lanzó una mirada extraña, como si le hubiera clavado un puñal en las costillas.

—¿Por qué?

Jamie meditó durante un segundo cuál era la mejor manera de decirlo.

—Me gustaría saber más sobre Sjöberg. Si mi padre se equivocó con él, necesito saber en qué se equivocó. Lindvall, Eriksson y ahora Lundgren… Todos son sospechosos sólidos. Tenían los medios y la oportunidad. Pero si se salieron con la suya hace veinte años, entonces fue porque mi padre hizo algo mal. Y necesito saber qué fue. Si necesitas refuerzos, llévate a Hallberg contigo.

Wiik apretó la mandíbula.

—Estás aquí para ayudar a atrapar a un asesino, no para demostrar la competencia de tu padre.

Jamie podría haberlo destrozado y quería hacerlo. Actuaba como un niño. Un niño mimado, además. La forma en que trataba a Hallberg, el caso, ahora esto… No le gustaba mucho volver a poner a Hallberg en la línea de fuego, pero, como la chica había dicho, uno se acostumbra a Wiik. Ella sabía cómo manejarlo. Y, obviamente, Jamie aún no.

—Eres más que capaz de manejar a Lundgren sin necesidad de ayuda —respondió Jamie al fin—. En primer lugar, ni siquiera querías que yo participara en el caso, ¿recuerdas? Divide y vencerás. Si mi padre estaba en lo cierto con Sjöberg, esto ayudará a demostrar que se trata de un imitador. Si se equivocaba…

Wiik resopló.

—Lo que tú quieras. Hallberg, consíguele a Johansson la dirección de Annika Liljedahl. No puede haber mucha gente nacida en la misma época que Sjöberg, en la misma ciudad y con ese nombre.

—Puedo encontrarla yo misma —protestó Jamie.

—No —dijo Wiik—. Hallberg es buena en este tipo de cosas y no le importa.

Hallberg se quedó en silencio al otro lado de la línea, pero Jamie

podía imaginar cómo apretaba el auricular con fuerza, lista para aplastarlo cuando colgase.

Sabía cómo se sentía.

Ella también había cerrado el puño. Los nudillos blancos por la tensión.

Pero no sentía ganas de aplastar un teléfono con él.

Se le ocurría algo mucho mejor.

17

Jamie alquiló un pequeño y económico coche y se dirigió a Rättvik, una ciudad a orillas del lago Siljan, a tres horas de la ciudad.

La tarde llegaba a su fin y el sol se acercaba al horizonte cuando llegó.

Hallberg le había enviado una dirección junto con el resto de los datos acerca de Annika Liljedahl. La mujer tenía cincuenta y nueve años. Era profesora de escuela. No tenía antecedentes penales. Y la casa en la que se había criado estaba a menos de un kilómetro de aquella en la que vivía.

Jamie se detuvo frente a ella y suspiró. ¿Qué hacía allí? ¿Qué iba a encontrar? ¿Estaba decidida a demostrar que su padre era un buen detective o aterrorizada de descubrir todo lo contrario? En cualquier caso, ya estaba allí y no tenía sentido volver con las manos vacías. No quería enfrentarse al «te lo dije» de Wiik.

Jamie salió del coche y cruzó la calle hacia la casa, una vivienda con paneles de madera rojos y blancos rodeada de árboles. Tanto los árboles como el tejado estaban cubiertos de nieve.

Se acercó a la verja y, temblando, la abrió. Se detuvo para echar un vistazo hacia atrás.

Era una típica carretera rural donde las casas estaban muy separadas entre sí. No había otros coches, ni aparcados ni circulando. Y la mayoría de las entradas estaban vacías, sus habitantes debían estar todavía trabajando.

Sin embargo, Jamie no podía quitarse de la cabeza la sensación de que estaba siendo observada.

Escrutó las casas una por una, en ambas direcciones, pero nada se movía. Forzó la vista debido a la penumbra del crepúsculo.

El día se iba apagando poco a poco y el aire mordía las mejillas de Jamie mientras permanecía allí de pie.

Una luz se encendió y Jamie se volvió de nuevo, vio a una mujer mayor salir a su porche y ajustarse un largo cárdigan al cuerpo.

Entrecerró los ojos para mirar a Jamie, una desconocida solitaria a medio camino de su puerta principal.

—*Kan jag hjälpa dig*? —preguntó. «¿Puedo ayudarla en algo?».

—*Ja* —respondió Jamie con una sonrisa—. Soy la inspectora detective Jamie Johansson. ¿Es usted Annika Liljedahl?

Como respuesta, la mujer la miró confundida.

—Sí —dijo con cautela.

—Esperaba poder hacerle algunas preguntas.

—¿Sobre qué? —No estaba a la defensiva, pero era comprensible que se mostrara cautelosa—. ¿Puedo ver su identificación?

Jamie se palpó los bolsillos del abrigo y tiró del cordón con la acreditación que le había dado Falk. Se acercó y se la mostró.

Annika recibió el cordón y miró la acreditación a contraluz. Su rostro era estrecho, surcado por las arrugas labradas por el paso de los años, y su cabello tenía un corte bob a la altura de la nuca. Era de color carbón.

—*Konsult*? —preguntó leyendo en voz alta. «Consultora».

Jamie asintió.

—Trabajo en la Policía Metropolitana de Londres. Estoy aquí para ayudar en un caso.

—¿Un caso?

—Un asesinato —dijo Jamie y se guardó la acreditación que le había devuelto.

Los trozos de hielo del camino que llevaba a la casa crujían bajo sus tacones. La nieve había sido apartada con una pala a ambos lados del camino, pero este era estrecho. Jamie supuso que lo había hecho ella misma. La mujer era menuda y retirar nieve no es tarea fácil.

—No sé cómo podría serle de ayuda —continuó Annika, sin comprender aún la conexión.

Jamie tragó saliva, sabía que era más fácil poner de una vez el asunto sobre la mesa.

—He venido por su relación con Hans Sjöberg —dijo Jamie.

La mujer comprendió.

—Ah, yo no he visto a Hans desde 1975 —respondió enseguida—. Y, por lo que sé, sigue en la cárcel. —Las comisuras de sus labios se curvaron hacia abajo—. Y si va a decirme que ha salido y…

—Hans Sjöberg ha muerto —dijo Jamie.

Annika dejó de hablar y se quedó con la boca entreabierta mientras se recomponía.

—Entonces no sé cómo puedo ayudarla.

A Jamie se le entumecían los dedos por el frío.

—Ha muerto otra chica —dijo sin más rodeos—. Y buscamos al hombre que la mató. No sé si puede ayudarme, pero, si no lo atrapamos, volverá a matar.

Annika relajó sus manos, miró hacia la calle y luego miró a Jamie a los ojos.

—De acuerdo. Entra. Prepararé una infusión —dijo y con un gesto invitó a Jamie a que se acercara.

Cuando entró en el porche, Annika la miró de nuevo.

—Sabes, me recuerdas a alguien, pero no termino de ubicar a quién.

—¿Sabes qué? —dijo Jamie, con una ligera risa. Apenas como una nota tranquila y sarcástica—. Últimamente no paran de repetírmelo.

18

—Hans tenía diecinueve años y yo catorce —dijo Annika sin dejar de mirar hacia su taza. Estaba encaramada en el sofá, con las piernas cruzadas y apoyada en el reposabrazos. Sus hombros trazaban ángulos extraños y una expresión ausente reinaba en su cara mientras rebuscaba en lo más profundo de su mente—. Por eso se armó tanto revuelo.

Jamie asintió lentamente, sin dejar de observar a la mujer desde la silla de enfrente. Había en ella una elegancia, cierta belleza contenida, que no había notado antes. No era despampanante, no llamaba la atención, pero sus movimientos estaban llenos de gracia. Jamie pensó que seguramente había madurado pronto. Era delgada pero bien proporcionada, femenina en todos los sentidos.

—Rättvik era entonces una ciudad pequeña, más pequeña que hoy, quiero decir. —Bebió un sorbo de su infusión. Era manzanilla. A Jamie no le gustaba especialmente, pero le agradaba sentir el calor en las manos. Annika continuó—: Vivíamos a solo una calle de distancia, allí —señaló con la cabeza hacia la ventana—, al otro lado del lago. Eran apenas unas pocas casas y nosotros éramos los únicos dos niños. Mis padres se mudaron a la casa a principios de la primavera de 1974. Yo tenía solo doce años en aquel momento, Hans tenía diecisiete. Lo último que él quería, por descontado, era tener algo que ver conmigo. —Sacudió la cabeza como si negase y esbozo una tímida sonrisa—. Sin embargo, yo me enamoré de él desde el momento en que lo vi.

Jamie la miró mientras sus ojos se llenaban de dulzura al recordar a aquel joven. Al recordar a un asesino en serie. A un asesino de niños convicto. Jamie tragó saliva y bajó la vista hacia su infusión.

—La casa que compraron mis padres se caía a pedazos y Hans era un manitas, un experto carpintero.

Aquello le recordó a Jamie las ramas de abedul cortadas con maestría que se habían utilizado en el asesinato, pero no dijo nada.

—Vino a preguntar si necesitábamos ayuda con el jardín o con alguna reparación, ese tipo de cosas, a cambio de algo de dinero. Ese verano estuvo allí a menudo. Pero nunca se fijó en mí. —Ella se rio de nuevo—. Pero entonces, aquel invierno, cumplí trece años y empecé a crecer.

Jamie asintió con la cabeza para indicar que la escuchaba y quería que Annika continuase.

—Hans no trabajaba tanto en invierno, debido a la nieve, la lluvia. Y ya sabes, hay que llevar chaquetas gruesas, bufandas para cubrirse… Pero luego, cuando llegó la primavera, regresó, los abrigos habían desaparecido…

—Y empezó a fijarse en ti.

—Sí —Annika volvió a negar con la cabeza, incapaz de evitar una sonrisa. A Jamie le resultó desconcertante. Pero se reservó su opinión hasta que terminase la historia—. Sí. Él tenía dieciocho años y yo trece. Todavía era solo una niña, pero empezaba a conocerme a mí misma. Y mis amigas en el colegio… Todas estábamos en esa edad, ya sabes. Cuando las muñecas se sustituían por chicos, los zapatos comenzaban a ser de tacón y la pintura de cara dejaba su espacio al maquillaje.

—Una edad difícil —añadió Jamie en voz baja, sin querer interrumpirla.

Annika asintió, tragó saliva y un destello parecido al remordimiento brilló en sus ojos. Se acomodó en el sofá y apretó un poco contra sí su taza.

—Mi padre estaba impresionado con la habilidad de Hans y quería que hiciera algunos trabajos en nuestro tejado: sustituir listones y tejas. Para entonces ya era verano y habíamos intercambiado miradas, pero nada más. Era un chico encantador y algunas de las chicas mayores de mi colegio me habían hablado de él. Era guapo y cautivador. Todas comentaban la suerte que tenía de que trabajara en mi casa. —Suspiró largamente—. Aquel segundo verano dio paso al otoño y el tiempo empezaba a cambiar de nuevo. Acababa de cumplir catorce años y la casa estaba casi terminada. Temía no

volver a verlo más por allí, y eso suponía perder mi oportunidad.

Jamie apretó los dientes y escuchó con atención.

—Estaba cortando leña en el jardín trasero, para terminar el techo del porche de la parte de atrás, y le llevé un refresco de cola. La tenía en la mano y la sostuve frente a mí. Él se acercó y extendió la mano hacia la botella. Agarré su mano antes de que alcanzara la botella y la sostuve. Me miró a los ojos, ahora eran los ojos de un hombre de diecinueve años, y me miró por primera vez. Y eso fue todo.

Annika dejó de hablar y respiró lentamente.

—¿Qué pasó después? —preguntó Jamie.

—Él era cauteloso, por supuesto: yo solo era una niña y él era un hombre en todos los sentidos. Parecía reservado con respecto a sus sentimientos, no sabía por qué. A mí me parecía bien, para mí el amor no era más que amor. Accedí a reunirme con él aquella noche, en el bosque que había junto a nuestras dos calles. Había un sendero que atravesaba los árboles. Quedamos a medianoche. Así que, después de que mis padres se hubieran dormido, salí con el mayor de los sigilos, crucé la calle y me adentré en el bosque…

Jamie notó cómo se le enderezaba la columna y se le tensaban los hombros. Imaginó a su padre sentado frente a aquella mujer dos décadas atrás, él había escuchado exactamente la misma historia.

—No sabía qué esperar ni lo que estaba haciendo. Pero Hans estaba allí, eso era lo que a mí me importaba. Había traído una manta y la había extendido a un lado del camino, entre los abedules. Su aliento olía a cerveza, recuerdo que me pareció un aroma demasiado ácido. Se suponía que yo no debía poner cara de asco, que era algo que con el tiempo también me gustaría, como el sabor del vino o los cigarrillos que tanto parecían disfrutar mis padres. —Dejó escapar de nuevo una risita—. Nos tumbamos y hablamos un rato, entre susurros. Hans me dijo que sus padres pensaban que debía alistarse en el ejército, que no se ganaba dinero con la carpintería. Pero él no quería. Le dije que se quedara, por supuesto. Eso era lo que yo quería. Y entonces me besó, en su labio superior había una pelusa que se erizó… —Annika se llevó la mano a los labios y se quedó mirando al vacío—. Fue muy delicado, me

preguntó si estaba bien, si me sentía bien, si me dolía. Mentí y le dije que no. —Dio un sorbo a su manzanilla—. Pero era mi primera vez, y él lo sabía. —Se mordió el labio y paró de hablar durante unos segundos. Luego tragó saliva y dejó la taza sobre la mesa, entre ambas—. Una vez terminamos nos quedamos allí mucho tiempo y él no dejó de abrazarme. —Su voz había perdido la calidez que tenía antes—. Nuestros ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, nuestra piel al frío del otoño que se avecinaba. Pero entonces, al mirarlo con atención, vi su rostro con más claridad, y un destello se reflejaba en sus ojos. Estaban fijos en algo que había detrás de mí, y entonces pareció asustarse. Rodó para apartarse de mí, me empujó y se puso de pie, se enfundó los vaqueros y las botas lo más rápido que pudo. Yo seguía llamándolo: «¿Hans? ¿Hans? ¿Hans?». Pero él no respondía. Miré hacia atrás y vi que las luces de mi casa estaban encendidas, la luz de mi dormitorio también. Mis padres estaban despiertos y sabían que yo no estaba allí. La luz del vestíbulo estaba encendida y la puerta principal abierta. Un haz de luz atravesó los árboles que nos rodeaban e iluminó su corteza plateada. Una figura se acercaba con una linterna en la mano. Y entonces oí mi nombre, la voz de mi padre resonaba en la oscuridad. «¿Annika?». Hans estaba aterrorizado, pero yo no sabía por qué. ¿Cómo era posible que mis padres no entendieran el amor? Me cubrí con la manta mientras mi padre se acercaba. Y entonces Hans echó a correr, con la luz de la linterna de mi padre en su espalda. La voz de mi madre rompió entonces el silencio y más luces se encendieron a nuestro alrededor, a medida que en otras casas se despertaban con el sonido de los gritos. Mi padre le gritó a Hans que se detuviera, pero él no lo hizo. Llegaron hasta mí y se arrodillaron. Mi madre me abrazó con fuerza, entre sollozos. Mi padre maldecía, preguntando si estaba bien, ¿qué me había hecho? ¿Quién lo había hecho?

Jamie sentía un nudo de hierro candente en la garganta, pero no dijo nada.

—Me llevaron a casa —continuó Annika, sin dejar de asentir con la cabeza, la voz ahora sonaba tensa—, y me mandaron a la cama. Hicieron una llamada telefónica, discutieron sobre algo en la cocina. Entonces yo comencé a tener miedo también. —Se secó una lágrima

de la mejilla—. Una hora más tarde llegó un coche de policía, mi padre habló con el agente en el porche y luego se marcharon. Lo vi desde lo alto de las escaleras, al asomarme por la esquina, sin saber aún qué había hecho mal. Cuál era el problema.

—¿Y luego qué pasó?

—Nunca volví a ver a Hans.

Jamie trató de procesar todo aquello.

—Lo siento.

Ella asintió.

—Yo era joven, por supuesto. Demasiado joven y Hans ya tenía diecinueve años. Él era un hombre, yo todavía una niña. Sucede muy a menudo. Pasaba entonces como pasa ahora. Chicos mayores y chicas adolescentes. Pero mis padres eran muy conservadores. Los de Hans también. Más tarde descubrí que sus padres y los míos hablaron mientras Hans estaba detenido, arrestado ante la sospecha de… —Se aclaró la garganta, sin querer usar la palabra—. Nunca fue eso, nunca. Pero la diferencia de edad… Los padres de Hans suplicaron, ofrecieron enviarlo lejos si mis padres no seguían adelante con la denuncia. Ellos aceptaron, a regañadientes. Así que enviaron a Hans al ejército y la vida continuó.

Jamie reflexionó en torno a aquella historia durante un momento.

—Así que mi pa… —Se interrumpió al ver que Annika la miraba—. El detective que vino a hablar con usted hace veinte años. ¿A él le contó todo esto?

Annika miró a Jamie con gesto divertido.

—A tu padre, sí.

Jamie se maldijo a sí misma.

—Te llamas Johansson, él se llamaba Johansson. Os parecéis… Y el hecho de que estés aquí haciendo exactamente las mismas preguntas que él hizo… No hace falta ser detective para darse cuenta.

—No estaba segura de que lo recordaras tan bien —dijo Jamie y volvió a mirarla a los ojos. Annika sonrió con calidez.

—Sí, lo recuerdo. Y sí, también a él le conté esta historia.

—¿Sabes cómo te encontró?

—Sospecho que profundizó al investigar a Hans, vino a Rättvik,

descubrió que lo habían arrestado y por qué, y luego me localizó…

Jamie no pudo evitar sentirse impresionada. A pesar de todos sus defectos era un gran detective.

—A medida que le contaba todo pude ver cómo cambiaba su expresión —dijo Annika—. Pude ver que en ese momento tomaba la decisión de que Hans era culpable. —Suspiró—. No me dijo de qué trataba la investigación, pero habíamos oído historias de chicas desaparecidas en Estocolmo. De trece, catorce años… Cuando confirmó la edad que tenía yo cuando todo ocurrió…

Jamie asintió.

—La misma edad.

—¿Me equivoco al asumir que había un elemento sexual en esos delitos?

Jamie volvió a asentir.

—Lo había.

Annika entendió entonces el razonamiento.

—Detuvieron a Hans poco después de que tu padre viniera a verme. Recuerdo haberlo leído en el periódico. «Detenido al fin un sospechoso de ser el Guardián de Ángeles». Ese era el titular.

Jamie podía ver la culpa en su rostro.

—Puede que hayas ayudado a encerrar a un asesino en serie. Lo que hiciste fue algo bueno.

—Puede. —Se rio.

Jamie la miró con curiosidad.

—Has dicho «puede». *Puede* que ayudara a encerrar a un asesino en serie. No estás segura de que fuera él, ¿verdad?

Jamie no dijo nada.

—Esta chica que ha muerto, ¿crees que es el mismo asesino? ¿El de los anteriores?

—No lo sé.

—¿Crees que Hans podría haber sido inocente? —indagó Annika. Era lista. No paraba de atar cabos a medida que avanzaba.

—Exploramos todas las vías de la investigación.

Annika llenó sus pulmones de aire sin dejar de estudiar a Jamie.

—¿Qué esperabas conseguir viniendo aquí?

—Quería saber lo que sabía mi padre.

—Y ahora lo sabes.
—Y ahora lo sé.
Annika esbozo una suave sonrisa.
—¿Te ha servido de ayuda?
Jamie lo meditó durante unos instantes.
—No —dijo con un suspiro—. No me ha ayudado.

19

Jamie salió al aire frío de la tarde, sintió el peso de la oscuridad sobre los hombros.

Miró a derecha e izquierda de la calle, pero solo vio una tranquila carretera. Luego, envuelta en el cálido vaho de su propio aliento, bajó los escalones.

Annika la siguió hasta el porche, en medio del silencio sepulcral del invierno sueco que flotaba en el aire.

—Siento no haber podido ser de más ayuda —dijo mientras Jamie se detenía y se giraba.

—Al contrario, me has sido de gran ayuda —dijo Jamie y era honesta al decirlo—. No sé si Hans Sjöberg era culpable, pero al menos sé por qué mi padre pensaba que lo era. Y eso ayuda, mucho.

Annika sonrió con tristeza.

—No puedo decirte si Hans asesinó a esas chicas o no. Pero el chico que yo conocí era dulce y amable.

—La gente cambia —dijo Jamie con tono cínico.

—A veces —respondió una optimista Annika—. Pero no siempre.

Jamie se mordió el labio, no dejaba de preguntarse qué camino tomar ahora. Tenía las manos en los bolsillos y le daba vueltas al teléfono una y otra vez. Debería llamar a Wiik. Ponerse al día. Escuchar lo que Leif Lundgren tenía que decir. Contarle lo que Annika le había dicho. Y luego avanzar desde ahí. Dios, le costaba mucho mantener el orden de todo aquello en su cabeza.

Annika se quedó en el porche.

—¿Algo más? —preguntó.

—No —respondió Jamie y se despidió con un gesto de la cabeza —. Si se me ocurre algo, me pondré en contacto contigo. Pero no creo que vaya a ser necesario. Siento haberte hecho recordar todo

esto otra vez.

—No te preocupes —respondió Annika. A medida que Jamie se alejaba la despidió con un movimiento de la mano—. Conduce con cuidado.

Jamie la vio estremecerse por el frío y volver a entrar en la casa. Cerró la puerta tras de sí.

Jamie entrecerró los ojos ante el viento gélido que parecía haber arreciado mientras estaba dentro. Azotaba la calle desierta y levantaba las faldas de su abrigo. «Dios», murmuró al percibir que el viento le calaba hasta los huesos a través de las cuatro capas de ropa que llevaba puestas.

Jamie se quedó paralizada en medio de la calle, a menos de cinco pasos de su coche.

Parecía haberse hundido sobre sus neumáticos, con las llantas aplastadas contra la superficie de la carretera.

Algo blanco no dejaba de agitarse contra el cristal, atrapado bajo el limpiaparabrisas.

Entrecerró los ojos para ver en la distancia, aguzó el oído y se llevó de modo instintivo la mano derecha al cinturón. No encontró nada allí y entonces su cerebro se puso en marcha. Mierda, hacía ya casi un año que no llevaba pistola.

Jamie escudriñó la calle sumida en la noche —nada parecía moverse— y empezó a avanzar.

El viento silbaba en sus oídos y los árboles susurraban a su alrededor.

Al acercarse, vio que los neumáticos estaban rajados.

Las nubes se movían rápidamente sobre su cabeza, se deshilachaban y creaban ondas de luz lunar que iluminaban los bordes afilados del caucho mojado y rajado.

Jamie se agachó y pasó los dedos por encima: una cuchilla afilada. Pequeña. De un único filo. Sin sierra. Pensó en lo que Claesson había dicho sobre los cortes en la espalda de la chica. Una navaja retráctil o un pequeño cuchillo de caza.

Jamie tragó saliva.

Las incisiones eran precisas, los bordes de la salida se ensanchaban como labios fruncidos. Alguien había apuñalado y

luego sacado el cuchillo para dejar salir el aire. Con fuerza. Cuatro veces. Una en cada rueda.

Se puso de pie y volvió a mirar a su alrededor, pero no había ni rastro de nadie.

Sin embargo, Jamie no dejaba de sentir que la observaban, tenía los pelos de punta y el corazón le latía veloz contra las costillas.

Ya no tenía frío, sentía a flor de piel el hormigueo de la conciencia extrema ante el peligro.

Sus dedos tocaron el parabrisas y bajaron mientras seguía inspeccionando hasta la más inapreciable sombra o grieta de la calle.

Se detuvieron cuando el papel le rozó los nudillos y echó un vistazo, sacando la hoja rectangular.

Tenía tres bordes lisos y uno irregular, como si lo hubieran arrancado de un cuaderno o un libro. Jamie abrió mucho los ojos al reconocer la forma. Era inconfundible: el mismo tamaño y textura de las hojas del cuaderno de su padre.

Sacó el que llevaba en el bolsillo para confirmarlo y lo comparó para asegurarse.

Coincidían a la perfección.

Pero eso significaría… Jamie sintió cómo su cuerpo se tensaba y se le hacía un nudo en el estómago. Dios, ¿habían estado en su casa? La idea le daba náuseas.

Aunque lo único más inquietante que esa idea eran tal vez las palabras garabateadas en el reverso:

NO LO ENTIENDES. PARA.

20

Wiik estaba enfadado, lo cual no era lo que Jamie esperaba.

—¿Ves? —dijo secamente—. Por eso no tenías que haber ido.

Jamie no lo entendía.

—¿Qué? ¿Crees que es culpa mía? —le espetó mientras veía cómo una grúa arrastraba el coche para subirlo a la plataforma desde el otro lado de la calle. Una luz naranja e intermitente daba perezosos giros en el techo.

—Sí —dijo Wiik, con un tono de evidente condescendencia—. Si no hubieras ido esto no habría pasado. Los dos deberíamos haber ido a ver a Lundgren.

—Pero si no hubiera venido el asesino no habría intentado asustarme.

—Exacto.

Jamie cerró los ojos y negó con la cabeza ante la obstinación de Wiik.

—Esto es bueno.

Wiik se quedó en silencio.

—Al menos ahora sabemos que vamos por buen camino: el asesino no quiere que investiguemos el caso original —continuó Jamie—. Estamos cerca.

—Hasta ahora no hemos hecho *otra cosa* que investigar el caso original —respondió Wiik—. Y esta es la primera pista de que hemos cruzado algún tipo de línea.

—El asesino es…

—No sabemos quién dejó esa nota. Podría haber sido cualquiera.

No estaba segura de si Wiik solo intentaba castigarla por actuar por su cuenta, pero desde luego eso parecía.

—Mira, alguien me ha seguido hasta aquí —dijo Jamie con aspereza, al mismo tiempo que miraba su reloj. Eran más de las

siete y tenía las manos completamente entumecidas. Annika había salido para traerle otra infusión, pero, por lo demás, había estado esperando al camión en la hacera, a la intemperie. —Y, mientras interrogaba a Annika, me pincharon las ruedas y me dejaron una nota con la palabra «para». Si eso no te sirve como indicador de que vamos por buen camino, no sé qué más quieres.

—No me hago ilusiones sobre si estamos o no en la pista correcta, Johansson, pero esto es serio. Hay un asesino suelto y está bastante claro que no tiene ningún escrúpulo a la hora de matar. Nyström ha desaparecido, y si tienes razón en que el asesino lo ha eliminado, entonces sabemos que no le asusta una placa.

Jamie respiró hondo y miró la nota que había debajo del limpiaparabrisas.

—No es que no me preocupe lo que ha pasado, al contrario —continuó Wiik—. Es solo que sacamos conclusiones diferentes. Tú crees que este es el camino que debemos seguir, continuar con la presión a este tipo hasta que, ¿dímelo tú? ¿Intente matarte? ¿Y he de suponer que esperas verlo venir y darle un puñetazo en la cara como le hiciste a Lindvall?

Jamie apretó los dientes.

—Por Dios, Johansson, si te siguió desde la ciudad, eso significa que te siguió durante horas y ni siquiera te diste cuenta. Alguien te siguió hasta allí, esperó a que entraras en esa casa y luego te pinchó las ruedas. ¿Y todo eso mientras tú estabas sentada, a qué, veinte metros de distancia, tomando una tacita de té?

Jamie miró hacia la casa de Annika. Eran más bien quince metros, como mucho. Tragó saliva y no dijo nada.

—Si este tipo quiere atraparte, puede hacerlo. Todo esto era para demostrártelo. Y piénsalo: si ya ha eliminado a Nyström, si ahora te amenaza a ti, y es porque estás en la pista correcta, porque le has dado la vuelta a las piedras adecuadas, ¿qué significa eso para Annika Liljedahl?

Jamie apretó la mandíbula, con la mirada aún fija en la casa de la mujer.

—¿Quién dice que el asesino no se dedica todavía a vigilar la casa? Puede que tan solo espere a que te vayas. ¿Quién nos dice

que no entrará esta noche y le cortará el cuello mientras duerme?

Jamie bajó la mirada.

—Vale. Vale. —Suspiró—. Lo entiendo.

—He hablado con la policía de Rättvik. Van de camino para hablar con Annika, le aconsejarán que se quede con su familia en caso de que exista esa posibilidad, y van a hacer un recorrido por el barrio. Además, aumentarán su presencia en la zona esta noche y peinarán regularmente el área en busca de cualquier cosa inusual.

—¿Será suficiente? —preguntó Jamie. Era una pregunta tanto para Wiik como para sí misma.

—No lo sé. Pero es todo lo que pueden hacer. —Se quedó callado por un momento—. Hay mucho que hacer, muchas pistas que seguir. Y tienes que recordar que no eres policía. Aquí no. Eres una consultora civil que colabora en un caso.

—Lo sé.

—¿De verdad? Me alegro de que nos prestes tu ayuda, de verdad, me alegra… —Jamie no sabía si estaba siendo sarcástico o no—. Pero no voy a arriesgar tu vida ni la de nadie más. Estás bajo mi supervisión y yo soy responsable de cualquier cosa que hagas. ¿Ha quedado claro?

—Sí —dijo Jamie, incapaz de ocultar el desánimo en su voz. Por mucho que odiara todo aquello, sabía que tenía razón.

—¿Vas a volver a la ciudad esta noche?

Jamie miró con desánimo el coche averiado. Lo habían subido ya al camión grúa y el conductor terminaba de asegurar las ruedas con correas de trinquete.

—No lo sé, lo dudo. El mecánico dijo que su taller no abrirá hasta mañana por la mañana. Probablemente no podré cambiar los neumáticos hasta entonces.

—De acuerdo. Guarda bien esa nota. Mañana se la entregaremos a los forenses y ellos la analizarán. Iremos a ver a la esposa de Sjöberg para que nos autorice a llevarnos los efectos personales que su marido tenía en la cárcel y conseguiremos la carta de Eriksson. Contrastaremos las tres pruebas. Quién sabe, tal vez encontremos una coincidencia en la escritura.

—¿Qué incrimine a Eriksson? —preguntó Jamie y una de sus cejas

se arqueó—. No creerás realmente que es él, ¿verdad?

Wiik hizo un ruido que daba a entender que no tenía una respuesta.

—Por ahora no descarto a nadie.

El mecánico se dirigía a Jamie.

—Tengo que dejarte —dijo ella al tiempo que abandonaba el arcén.

—Claro. Cuídate, Jamie.

Colgó y esa última palabra no paró de resonar en sus oídos. Era la primera vez que la llamaba por su nombre.

Se acercó a la grúa y se guardó el teléfono en el bolsillo. Con la otra mano rebuscó en el otro bolsillo y tocó la parte superior de la nota que había guardado allí. No le había dicho a Wiik que la hoja coincidía con los cuadernos de su padre. Había visto los de Wiik: los más nuevos eran negros y con bordes en ángulo. Esta hoja pertenecía sin duda a uno más antiguo. Y si la intención del asesino era asustarla, ¿qué mejor manera de hacerlo que utilizar uno de los blocs de su padre?

El asesino se estaba burlando de ella.

El mecánico decía algo, pero Jamie no lo oía. Su voz era solo un eco apagado en algún lugar fuera de su mente.

Tenía que volver para poder comprobarlo. Tan rápido como pudiera.

Pero ahora mismo debía centrarse en pensar acerca de ese detalle. ¿Quién sabría algo sobre los cuadernos? ¿A quién se le ocurriría usar uno? ¿Por qué no cualquier trozo de papel al azar?

Pensó en la escritura y en lo que había dicho Wiik: el sacerdote. Eriksson.

Aquella misma mañana había sacado su libreta delante de él para tomar notas. Él había mencionado que su padre siempre llevaba la suya, pero nunca escribía nada en ella. Le había preguntado si aquel cuaderno era uno de los suyos.

Jamie exhaló con fuerza. Maldito Eriksson. Tenía que ser él. Necesitaban la carta que había recibido Hans. Necesitaban analizarla. Necesitaban los registros telefónicos. Necesitaban saber dónde estaba la noche en que mataron a la chica, la noche en que

Nyström desapareció. Necesitaban su ordenador. Lo necesitaban todo. Y, lo más importante, necesitaban llevarlo a la sala de interrogatorios. Y rápido.

—… ¿Le parece bien?

Jamie levantó la vista y se dio cuenta de que el mecánico, un hombre de unos cuarenta años con barba descuidada, había terminado de hablar.

—Eh —dijo Jamie y sacudió la cabeza, sin haber oído ni una palabra—. Lo siento, ¿qué has dicho?

Él pareció confundido.

—He dicho que la dejaré en el centro, en la parada de taxis, y luego llevaré el coche al taller. Podrá pasar a recogerlo por la mañana. ¿Le parece bien?

Jamie soltó aire, con el estómago aún revuelto.

—Claro —dijo—. Me parece perfecto.

Sacudió la cabeza, sin prestar mucha atención, con la mente en un torbellino.

Él se encaramó a la cabina y Jamie dio la vuelta para subir por el otro lado. El mecánico puso el camión en marcha, se apartó del arcén y comenzó a circular por la carretera. Jamie echó un nuevo vistazo por la ventanilla, con la atención puesta en el cuadrado amarillo recortado en la oscuridad, la ventana delantera de Annika Liljedahl, y se preguntó, atemorizada, si era la única que lo miraba en ese momento.

Y entonces, oculta por los árboles, la casa desapareció.

El camión avanzó pesadamente hacia la oscuridad y Jamie se recostó y cerró los ojos. Eran ya varios días muy largos y no parecía que fueran a acortarse.

21

Eran más de las once cuando Jamie se detuvo frente a la casa de su infancia en Estocolmo.

Había tenido que sobornar al mecánico para que reabriera su taller y le cambiara los neumáticos fuera del horario laboral.

No fue barato, pero valió la pena.

Cuando Jamie se incorporó a la autopista, pisó a fondo el acelerador y llevó al límite el utilitario tanto como su motor híbrido le permitía. Aceleró por el carril exterior y adelantó a un coche tras otro. Y entonces, cuando estuvo segura de que nadie la seguía, cruzó los tres carriles y salió por una salida aleatoria hacia un pueblo a las afueras de la ciudad.

Encontró una calle tranquila para aparcar, con buena visibilidad en ambas direcciones, y esperó.

Pasaron treinta minutos antes de que estuviera segura de que nadie la seguía, y solo entonces se puso en marcha de nuevo.

No cometería el mismo error dos veces y no tenía intención de dejar que un asesino la siguiera hasta la ciudad. Si ese era el juego enfermizo al que él quería jugar, ella no iba a dejar pasar su turno.

Jamie apagó el motor, regresó al presente y se quedó mirando la oscura casa que tenía delante.

Salió del coche y se ajustó el abrigo.

El silencio de la calle era denso y le oprimía los tímpanos.

Jamie se movió con rapidez para acercarse a la puerta principal y allí se detuvo. El camino que conducía a ella estaba cubierto por una fina capa de hielo, rota por múltiples pisadas. Las suyas y las de Wiik.

Pero ahora distinguió unas huellas frescas que se alejaban por el lateral de la casa. Atravesaban el jardín y la nieve que se había conservado allí. No había nevado en varios días y las huellas eran

claras. Alguien había recorrido el camino y luego se había desviado.

Jamie se asomó y vio cómo desaparecían tras la esquina. Una valla baja separaba su casa de la de al lado. Quienquiera que hubiera caminado por allí no habría podido pasar desapercibido.

Apretó la mandíbula y entrecerró los ojos bajo la tenue luz de las farolas, tratando de establecer una cronología de los hechos. ¿Cuándo había estado allí por última vez? Ayer por la mañana. Y Wiik la había recogido directamente en el hotel aquella misma mañana.

Miró su reloj, temblaba por el frío aire nocturno. 11:19 p. m. Casi cuarenta horas. Mierda, era un periodo demasiado amplio.

Jamie sabía que no debía seguir las huellas y alterar ninguna prueba potencial. Entraría, registraría la casa, averiguaría qué faltaba, por dónde había entrado y luego decidiría qué hacer. Necesitaba hablar con Wiik, informarle acerca de Sjöberg, averiguar qué había pasado con Lundgren. Pero no iba a llamarlo. No le apetecía explicar por qué había mentido. Ni ella misma lo sabía muy bien. Hasta que no hubo atado cabos tenía toda la intención de quedarse en Rättvik. Pero ahora… no había tiempo que perder.

Jamie entró en su casa y se movió rápidamente, en silencio, para atravesar la cocina y llegar al comedor. Redujo la velocidad, respiró hondo y echó un vistazo rápido. No parecía haber nada fuera de lugar.

La luz de la luna entraba por la rendija de las contraventanas rotas y se reflejaba en la mesa. Podía ver entre el polvo las huellas de sus dedos del día anterior, allí donde había dejado las hojas de papel que eran las transcripciones del cuaderno de su padre.

El bloc de notas que detallaba el caso del Guardián de Ángeles estaba a salvo en el hotel, guardado en su bolsa de viaje, y Wiik, o quizá sería mejor decir Hallberg, tenía las notas transcritas, ellos no necesitaban el original. Los últimos cuadernos de su padre, que detallaban los años posteriores a la marcha de Jamie, también estaban en el hotel, dentro de un sobre acolchado, junto con las fotos de la nevera, las dos medallas que su padre había ganado, la pulsera trenzada de su dormitorio que él le había hecho cuando era una niña y algunas otras de sus pertenencias. Su último cuaderno, el

que había estado usando en las semanas previas a su muerte, era el que llevaba ahora en su bolsillo.

Pero aún quedaban otras dos pilas de cuadernos allí. Mierda. Tendría que llevárselos todos, revisarlos, ver si faltaba alguno o si había páginas arrancadas.

Jamie apretó los dientes sin apartar la mirada de la mesa. No, no podía. Wiik tenía razón: este no era su caso. Y ella no era policía. Estaba allí para echar una mano. Tendría que avisarles y, por mucho que aquella idea le resultase odiosa, a la mañana siguiente habría equipos de criminalística por todas partes. Tendrían que llevarse los cuadernos para analizarlos, tomar moldes de las huellas de las botas en la nieve, sacar las huellas de…

Los ojos de Jamie se desviaron hacia arriba, hacia el listón que faltaba.

La puerta trasera.

Caminó hacia ella, el corazón le latía con fuerza en el pecho.

Eran unas viejas puertas correderas con marco de madera. Las contraventanas exteriores no se cerraban con llave, solo con un simple pestillo que encajaba en el hueco y se apoyaba en una muesca. Si alguien metía una cuchilla entre ambas puertas podía empujar fácilmente hacia arriba y abrirlas.

Jamie tragó saliva y estudió todo el conjunto.

La cerradura era una simple cerradura de tambor, fácil de abrir para quienes sabían cómo hacerlo.

Respiraba agitadamente. Entrecerró los ojos para mirar a través del listón que faltaba.

Huellas.

En la nieve.

Afuera.

Alguien había entrado por esta puerta.

Pudo ver muchas huellas: habían pasado un buen rato moviéndose ante la puerta.

Se veía el hueco que habían dejado al intentar forzarla, pero Jamie no podía afirmar con seguridad que la hubieran abierto.

El pestillo estaba de nuevo en las contraventanas y la puerta estaba…

Llevó la mano al pomo para comprobar si estaba cerrada con llave y se quedó paralizada. Mierda, no quería borrar ninguna huella.

No podía arriesgarse a contaminar ninguna prueba.

Jamie retrocedió y se volvió hacia el despacho, trataba de decidir qué iba a hacer. Lo comunicaría por la mañana: le diría a Wiik que había salido de Rättvik a primera hora, había venido aquí y descubierto las huellas. Sí, siempre y cuando a él no le diera por comprobar su historia con los hoteles de allí, todo iría bien.

Jamie soltó aire, miraba a su alrededor en medio de la casa a oscuras. Se sentía diferente, contaminada. De alguna manera diría que envenenada.

Miró a sus pies y se preguntó si el asesino había estado en ese mismo lugar. Si cuando lo hizo habría esbozado una maldita sonrisa de satisfacción. Dentro de la casa de Jörgen Johansson, el detective que casi lo había atrapado. Y ahora también se permitía jugar con su hija. Con un enorme dedo corazón bien levantado.

Jamie sintió que se le tensaba la mandíbula de nuevo y sus fosas nasales se dilataban.

Que le den. Si este tipo quería jugar a este juego, ella iba a seguirle la corriente.

Pero la broma iba a salirle cara al tipo.

Porque no tenía ni idea de quién era ella. Ni de lo que era capaz de hacer.

Jamie se puso en movimiento y entró en el despacho de su padre. Si la casa estaba a punto de llenarse de policías y técnicos de criminalística, había algunas cosas de las que quería ocuparse antes de que llegaran.

22

Jamie,

Hoy ha pasado algo. Algo de lo que no me siento orgulloso.

Estoy seguro de que dirán que al fin he perdido la cabeza, pero si hubieras estado allí habrías podido oír lo que dijo.

Lo siento. Por ser quien soy. Por el hombre que no he podido evitar ser.

Me gustaría haber sido diferente, eso tienes que saberlo. Pero no tuve la fuerza necesaria.

Tan solo… no creas todo lo que ella dice de mí, ¿de acuerdo? Te ha utilizado en mi contra desde el momento en que te fuiste. Y me da miedo irme y que pases el resto de tu vida pensando que no te quería.

Es que no sé qué más puedo hacer ahora. Ya nada parece importar.

Mi único consuelo es que ahora no siento que te esté dejando. Eso lo hice hace mucho tiempo. Pero me merezco sentirme así, porque no luché tanto como debería haber hecho. Al menos, no luché lo suficiente por ti.

No volveremos a vernos. Eso es algo que ya he aceptado. Ya solo me queda esperar.

23

Eran las 7:26 de la mañana y la oscuridad aún cubría la ciudad cuando Jamie rodeó las puertas y se dirigió al *Norra Begravningsplatsen*. El cementerio del Norte.

Sus pies golpeaban el asfalto de la extensa red de caminos, tenía la frente cubierta de sudor. Brotaba de su piel y se evaporaba en una espesa niebla que se extendía detrás de ella.

Se movía rápido y ya había recorrido casi diez kilómetros.

El terapeuta al que tuvo que acudir después de que la suspendieran de empleo y sueldo le dijo que no podía escapar de sus problemas.

Pero él nunca la había visto correr.

Casi esprintando, Jamie atravesó el cementerio a toda velocidad y dejó que sus piernas le dijeran adónde dirigirse. El hotel se había negado a abrir la piscina temprano dos mañanas seguidas, por lo que se había visto obligada a comprar unas zapatillas de correr muy cuestionables en un supermercado abierto las veinticuatro horas.

Pero cumplían su función, ella se movía y eso era lo único que importaba.

Jamie estaba fuera de sí, aunque por fortuna solo durante unos breves segundos cada vez. Se concentraba en el corazón, la respiración, los pies y dejaba que el camino la guiara.

Y entonces se dio cuenta de en qué lugar estaba y redujo la velocidad hasta detenerse.

Sus manos encontraron sus caderas, sus hombros subían y bajaban con fuerza mientras salía del camino y pisaba la hierba. Estaba cubierta de nieve, pero había senderos entre las lápidas.

Sentía un cosquilleo en la piel, los hombros resbaladizos por el sudor, expuestos por la camiseta sin mangas que llevaba.

A Jamie le dolía la garganta a medida que caminaba y recuperaba

el aliento, se acercaba al lugar al que no se había propuesto ir, pero en el que, por mucho que intentara evitarlo, sabía que terminaría.

A su alrededor, en el cementerio reinaba el silencio. Los árboles se inclinaban ligeramente, sosteniendo la nieve en sus ramas como una ofrenda al cielo. Todo estaba en silencio, todo era sombrío. Tan solo había sombras y oscuridad.

Cuando llegó, se apartó un poco para contemplar la pétrea losa y el recipiente de metal vacío que no habría contenido ni una sola flor en diecinueve años.

El nombre grabado en la lápida: jörgen johansson.

Jamie lo miró fijamente en la oscuridad, aunque había suficiente luz en el cielo para distinguir las letras, y apretó la mandíbula. La inscripción decía: «Padre amoroso, esposo devoto, nos dejó demasiado pronto».

Quería patear aquella maldita sepultura, escupir sobre ella.

No porque fuera la tumba de su padre, sino por las palabras de su madre.

Esa zorra culpable había llorado a lágrima viva en el funeral, consolada por los compañeros de trabajo de su padre. Había sollozado y sollozado, hasta ahogar la voz del sacerdote que ofrecía el responso. Se había asegurado de que todo girara en torno a ella, de que la vieran como la viuda afligida que añoraba a su amor perdido. Cuando en realidad había sido su rencor despiadado lo que había colocado aquel cañón en su boca.

Fue una semana después del decimoctavo cumpleaños de Jamie.

Su padre había llamado por la mañana. Había pedido hablar con Jamie.

Su madre se había negado. Le había dicho que Jamie no quería saber nada de él.

Una hora más tarde tenía el cañón del arma en la boca.

Jamie tragó saliva con dificultad, con los labios temblorosos de rabia.

—Lo siento, papá —susurró, las palabras apenas lograban salir de su garganta encogida—. Las cosas deberían haber sido diferentes.

Jamie bajó la cabeza y sintió el aguijonazo del frío en la espalda. Se pasó el dorso de la mano por la cara para limpiarse lo que, se

dijo a sí misma, eran gotas de sudor.

Entonces levantó la cabeza y miró a su alrededor. El cementerio estaba desierto, pero no se sentía sola. No podía evitar preguntarse si esos ojos invisibles la habían seguido desde Rättvik hasta su casa.

Jamie miró su reloj: eran y media pasadas. ¿Por qué había tenido que mentirle a Wiik? Aunque hubiera sacado al mecánico de la cama prontísimo no habría llegado a la ciudad antes de las diez, eso como muy pronto. Sacudió la cabeza, molesta consigo misma por ser tan estúpida. No podía llamarlo hasta aquella hora para hablarle de la casa o él sospecharía que le ocultaba algo. Debería haberlo llamado la noche anterior. Y, definitivamente, no debería haber entrado en su casa. Era posible que hubiera contaminado el escenario del crimen y destruido pruebas. «Eso es lo que pasa cuando te dejas llevar por las emociones», pensó. Y no dejaba de sentir la ira bullendo en su interior.

Exhaló y se maldijo a sí misma, y cambió el peso de un pie al otro, sin quitar la mirada de la tumba de su padre. La última vez que había estado allí tenía dieciocho años. Una extraña pesadez se apoderó de su pecho y le oprimió los pulmones.

Jamie tenía que seguir adelante o sabía que se derrumbaría.

Sentía los pies clavados al suelo, no querían moverse. Pero los obligó a hacerlo. Aún quedaba un largo camino por recorrer y todavía no podía derrumbarse.

Comenzó a correr de nuevo, con el único objetivo de entrar en calor, y se alejó del cementerio para dar un amplio rodeo que le condujera hasta el hotel.

Luego comería, descansaría y recargaría energías.

Y después atraparía al asesino.

Eran las once de la mañana cuando las primeras e intermitentes luces azules doblaron la esquina de su calle y se dirigieron directamente hacia ella.

Jamie estaba de pie en la acera, frente al coche de alquiler, frente a su casa.

Un coche patrulla y dos furgonetas de los servicios forenses se

detuvieron detrás de ella, y el primero de los criminalistas se bajó del vehículo.

Una mujer ataviada con un mono blanco se aproximó veloz a ella, llevaba la capucha caída sobre los hombros y una mascarilla le colgaba suelta bajo la barbilla.

—¿Inspectora Johansson? —preguntó con una sonrisa.

—Sí —respondió Jamie.

—Me han dicho que tiene algo que queremos examinar.

Sostenía una bolsa transparente para pruebas entre los dedos y la levantó para enseñársela.

Jamie metió la mano en el abrigo y sacó la carta que le habían dejado bajo el limpiaparabrisas.

La técnica se puso un guante de vinilo azul para hacerse con el papel y lo metió en la bolsa.

Jamie le estaba dando las gracias cuando el ruido de unos neumáticos se sobrepuso el estruendo de los motores al ralentí que estaban a su alrededor.

El coche de Wiik silbó hacia ellos en el frío aire de la mañana, el cielo gris y turbulento colgando sobre sus cabezas, y se detuvo en medio de todo.

Salió de la cabina en segundos y cruzó la carretera hacia ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, sin perder un segundo.

Por encima del hombro de Wiik, Jamie miró a Hallberg, que, en su ausencia, parecía haber sido ascendida de nuevo a copiloto. Parecía cansada. Estaría abatida por el insaciable buen humor y las bromas alegres de su jefe, no cabía duda.

Volvió a mirarlo a él. Tenía su historia preparada.

—Anoche volví a mirar la nota —mintió Jamie—. Y me di cuenta de que el papel tiene el mismo tamaño y forma que el viejo cuaderno de mi padre. —Respiró lentamente y esperó el efecto de sus palabras—. Así que esta mañana vine directamente aquí y me di cuenta de que había huellas en la nieve que rodeaban la casa hasta la parte trasera.

Jamie señaló hacia la puerta, donde un grupo de técnicos forenses con monos blancos se apresuraban a revisar el sendero. Todos se habían detenido en el umbral para ponerse unos cubrezapatos

azules antes de desaparecer en la oscuridad con maletines rígidos y cámaras en mano.

Jamie observó cómo el último se detenía para tomar fotos de las huellas.

—Entré —dijo— fue cuando descubrí que las huellas llegaban hasta la puerta trasera. Fue entonces cuando llamé.

Wiik apretó la mandíbula.

—¿Llegaste a tocar algo?

—No —mintió ella.

Él asintió.

—Bien, perfecto. Dejemos que hagan su trabajo. ¿De verdad crees que alguien entró y se llevó uno de los cuadernos de tu padre?

Jamie se encogió lentamente de hombros, sin dejar de mirar al técnico que tomaba fotos de las huellas en la nieve. Otro se había unido a él y tecleaba algo en una tableta que sostenía en las manos.

—No lo sé seguro —dijo ella—. Pero creo que, si el asesino tuvo la previsión de eliminar a Nyström antes de cometer el asesinato, entonces que yo viniera aquí probablemente le haya molestado. ¿Y qué mejor manera de enviar un mensaje claro que hacerme saber que no estoy a salvo ni siquiera en mi propia casa?

Se volvió hacia él y vio que Wiik la miraba fijamente.

—Esto no es bueno —dijo y bajó la voz cuando Hallberg se acercó a ellos. Ella retrocedió un poco, probablemente para no agobiar a Wiik y darle otra excusa para regañarla—. Falk quiere verte —añadió Wiik—. Lo antes posible.

Jamie suspiró. Fuera o no su jefa, que te llevaran al despacho de un oficial superior nunca era divertido.

—De acuerdo —respondió—. ¿Al menos tú sacaste algo en limpio de Lundgren?

Wiik soltó un gruñido.

—Solo te digo que el tipo era un auténtico asqueroso.

Jamie arqueó una ceja.

—¿Cómo es eso?

Wiik negó con la cabeza, puso las manos en jarras y miró a los técnicos como si desaprobara sus métodos. Un tercer criminalista se había unido a ellos en el estudio de los rastros en la nieve y

mezclaba lo que parecía yeso en un vaso de plástico, listo para verterlo en la primera huella.

—Para empezar, no quería dejarnos entrar —dijo Wiik, sin dejar de mirar a los forenses—. Tuvimos que insistir bastante, le dijimos que solo necesitábamos revisar algunos detalles y antecedentes del caso, tachar su nombre de la lista, ¿sabes?

—¿Y eso no le gustó?

—Ya te digo. —Wiik se rascó la frente—. Hallberg había obtenido información sobre él de los archivos: su esposa y él estaban registrados como cuidadores de acogida hasta 2012. Trabajaba como consultor de riesgos para una empresa petrolera que operaba en Noruega, por lo que viajaba mucho de un lado a otro, e intentó convencernos de que ni siquiera estaba en el país cuando mataron a Hanna.

—¿Y estaba? —preguntó Jamie.

—No, no estaba —intervino Hallberg—. Lo comprobé con la empresa y sus registros muestran que voló a uno de los pozos de perforación el día anterior a la muerte de Hanna. Y después de que se descubriera el cuerpo volvió de inmediato.

Jamie procesó todo eso.

—Entonces no pudo haber sido él, ¿no?

Wiik movió la cabeza adelante y atrás.

—Es difícil darlo por sentado. Depende de cuánto tiempo estuviera el cuerpo en la nieve. Podría haberla matado, dejar su cuerpo allí y subir a un vuelo ese mismo día, con la certeza de que el cuerpo no se encontraría hasta el día siguiente.

Hallberg se atrevió a disentir.

—Aunque eso no deja de ser muy poco probable: el informe original del laboratorio de patología afirma que el cuerpo de Hanna Lundgren no había estado allí más de doce horas, como máximo, y que la hora de la muerte debió ser poco antes de eso. Su vuelo salió de Gotemburgo a las dos de la tarde del día anterior.

La boca de Wiik se torció de modo evidente, por lo que Jamie pensó que no le gustaba la información de Hallberg, a pesar de que tenía toda la razón.

—No por eso deja de ser un tipo asqueroso.

Jamie recordó algo en ese preciso instante.

—¿Qué hay de las células de piel encontradas bajo sus uñas?

Hallberg asintió.

—El chequeo con Lundgren dio positivo, pero él dijo que Hanna solía rascarle la espalda, ya que es un tipo bastante grande y decía que no era capaz de alcanzar por sí mismo ciertos rincones. Y ella tenía las uñas largas.

Wiik se burló.

—Tonterías.

Jamie se mordió el labio.

—No parece una historia muy verosímil, pero nos resulta imposible refutarla.

Hallberg asintió.

—Sí, supongo que nunca sabremos a ciencia cierta lo que pasó. Pero sin duda hay algo raro en todo el asunto.

—¿A qué te refieres?

Jamie la observó. Parecía preocupada por lo sucedido con Lundgren.

Wiik intervino.

—Como ya he dicho, el tipo es un asqueroso. Se mostró muy evasivo y cuando le preguntamos por la cicatriz…

Wiik giró la cabeza hacia un lado e inhaló aire por la comisura de los labios.

—¿Cicatriz? —preguntó Jamie.

Hallberg fue quien respondió:

—Tenía una cicatriz en el cuello —con el dedo, hizo un gesto bajo la mandíbula de un lado al otro—, antigua, descolorida, pero claramente visible. Parecía como si lo hubieran estrangulado.

—Asfixiado —corrigió Wiik, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar la condescendencia en su voz—. Estrangulado es cuando se hace con las manos. Por lo que parece al tipo lo habían asfixiado con algo rígido.

—Dios —dijo Jamie—. ¿Cuándo? ¿Quién lo hizo?

Wiik soltó un largo suspiro y Jamie llegó a percibir el olor a café agrio de su aliento.

—No lo sabía. Dijo que le habían atracado unas semanas después

de la muerte de Hanna, cuando volvía a casa de la tienda, ya de noche. Alguien se le acercó por detrás, le pasó un alambre o algo similar por encima de la cabeza, tiró hacia atrás y lo arrastró hasta el suelo.

—A mí no me parece que eso fuera un atraco. —Jamie frunció el ceño.

—Yo tampoco lo creo —añadió Hallberg.

Wiik le lanzó una mirada severa por interrumpir y ella se encogió como disculpa.

Él carraspeó y continuó.

—Dijo que se defendió del tipo y consiguió escapar.

—¿Lo denunció? —preguntó Jamie.

Wiik negó con la cabeza.

—No, y Hallberg lo ha comprobado dos veces. Tampoco hay nada en los registros. Dijo que no llegó a ver al tipo, que no oyó su voz, nada. Su mujer lo llevó al hospital para que le cosieran la herida, pero por suerte para él solo fue algo superficial.

Jamie guardó silencio para asimilar toda esa información.

—Dios mío, eso es…

—Sí —dijo Wiik, y se pasó la mano por el pelo para alisarlo.

—Es demasiado extraño como para que sea una coincidencia.

—Quizá —dijo Wiik.

Jamie volvió a darle vueltas a la historia en su cabeza.

—¿Dos semanas después de la muerte de su hija lo atacan? Y, además, de forma brutal. No intentas asfixiar a alguien a menos que quieras matarlo. Y desde luego no haces algo así solo para robar una cartera.

Wiik la miraba ahora a ella, observando cómo trabajaba.

—¿Y dijiste que él dijo: «cuando volvía a casa de la tienda ya de noche»?

Wiik asintió con la cabeza para confirmarlo.

—La tienda —repitió Jamie.

—Sí, ¿por qué?

—Cuando dices «la tienda» es porque es la que está cerca de tu casa. De lo contrario, dirías «de vuelta a casa después de hacer la compra» o «de *una* tienda».

Wiik permaneció impasible, esperando a que ella terminara.

—El asesino tenía como objetivo a Lundgren, sabía dónde vivía. —Levantó la cabeza, miró hacia su casa y pensó en el asesino que había estado husmeando en el despacho de su padre. Que la había seguido hasta Rättvik para pincharle las ruedas—. Lo acosó. Lo cazó.

Wiik apretó los dientes.

—Por eso tenías que haber ido tú.

Las palabras salieron de su boca con frialdad y, detrás de él, Hallberg se encogió de forma ostensible. Si hubiera llegado a decir una palabra más se habría echado a llorar.

Jamie resistió el impulso de darle una patada en los testículos y, en su lugar, carraspeó. Aunque no sabía qué decir.

—Eh —comenzó, incapaz de apartar la mirada de Hallberg. Tenía que echarle un cable a la chica—. Hallberg. —Levantó la vista hacia Jamie, pero no se atrevió a decir nada—. ¿Puedes investigar a los padres de las otras víctimas del caso original? Indaga acerca de ellos, a ver qué encuentras, comprueba si alguien más tuvo algún altercado después de los asesinatos.

Wiik miró a Jamie con cautela.

—¿Crees que habrá un patrón detrás de todo esto?

Jamie pensó en las siete chicas muertas. Catorce padres. Y tenían a otra chica tendida en una mesa de autopsias en ese momento, aún sin identificar. Aunque Jamie sabía que lo más probable era que también tuviera dos padres.

—Espero que no —respondió, mirándolo a los ojos—. Pero suelo acertar en estas cosas más a menudo de lo que me gustaría.

Wiik se la quedó mirando mientras reflexionaba y luego se volvió hacia Hallberg.

—Ponte con ello —le ordenó.

Ella asintió diligente.

Wiik se volvió hacia Jamie.

—¿Necesitas algo más de la casa? Falk te espera.

—No —dijo Jamie y negó con la cabeza—. Estoy bien. Los dejaré trabajar.

Wiik ya había comenzado a darse la vuelta.

—Hallberg —la llamó y le hizo una seña como si fuera un perro—.

Tú vienes conmigo.

—Espera —Jamie había levantado la mano como si pidiera turno para hablar—. ¿Te importa si Hallberg se viene conmigo?

Wiik se detuvo y miró hacia atrás, con las manos en los bolsillos de su abrigo. Parecía confundido.

—¿Por qué?

Jamie pensó algo rápido.

—Tengo que investigar un poco a las familias de Annika Liljedahl y Hans Sjöberg, y tú mismo lo has dicho: «Ella es buena en esas cosas». —Cruzó miradas con Hallberg. La chica no parecía capaz de soportar otro golpe—. Y a ella no creo que le importe.

Jamie esbozó una leve sonrisa, Hallberg entonces lo entendió.

Wiik suspiró y les hizo un gesto para que se marcharan.

—Está bien, pero id directas a la central. —Reemprendió su marcha—. Falk está esperando.

Wiik se metió en su coche, cerró la puerta con fuerza, y Hallberg se acercó a Jamie.

—¿De verdad necesitas que investigue a Liljedahl y Sjöberg? —preguntó ella, en su voz despuntaba una menguante esperanza.

—No —respondió Jamie—. Solo pensé que te vendría bien un respiro.

Hallberg se rio con cierta tristeza.

—Más de lo que te imaginas.

24

Wiik había llegado a la central antes que ellas, y parecía entregado a una acalorada discusión con Falk cuando Jamie y Hallberg llegaron a la planta y se dirigieron hacia su despacho.

Falk las vio, levantó una mano para hacer callar a Wiik y luego les hizo una seña para que entraran.

Ella estaba sentada, Wiik permanecía de pie, con los brazos cruzados, hablándole. No pudo evitar preguntarse si Falk sería de las que echaban mano del látigo si era necesario. Aún no conseguía calibrar a Wiik: parecía oscilar entre comportarse de modo sensato y competente o bien ser petulante e impetuoso. Tampoco es que ella fuera la perfección personificada, pero el estado de ánimo de Wiik era algo imprevisible.

Hallberg avanzó con confianza, con mucha más confianza de lo que Jamie había visto hasta entonces, y miró a Falk directamente a los ojos.

Ah. Estaba tratando de impresionarla. Sin duda buscaba un ascenso para librarse de la autoridad de Wiik. Jamie no podía culparla.

La puerta se cerró lentamente detrás de ellos y todos quedaron dentro del despacho. Wiik no quiso apartarse, por lo que Hallberg tuvo que hablar con Falk por encima de la pantalla de su ordenador, lo que casi la obligaba a ponerse de puntillas.

Jamie se colocó detrás de Wiik y le dio un codazo en el costado. Él la miró y ella aprovechó para indicarle con un leve movimiento de cabeza que se echase a un lado para dejarle hueco.

Él frunció el ceño y luego dio unos pasos hacia ella, lo que dejó a Hallberg el espacio que necesitaba.

—¿Qué? —preguntó en voz baja, como si Jamie quisiera susurrarle algo.

Jamie decidió hacerse la desentendida.

—¿Qué?

Él frunció aún más el ceño.

—Me acabas de… —Se calló al ver la mirada de confusión en el rostro de ella—. No importa.

Se giró de nuevo hacia la mesa y vio que Hallberg ahora ocupaba el lugar donde estaba él antes. Probablemente habría sido ya demasiado descarado por su parte apartarla de un empujón, así que se quedó donde estaba y volvió a mirar a Falk con el ceño fruncido.

¿De qué hablaban antes de que Jamie entrara?

—Bien —dijo Falk, y miró a cada uno de ellos. Sus ojos se posaron en Jamie—. Por lo que he podido deducir, las cosas no pintan bien —dijo con franqueza—. Acabo de hablar con el jefe de criminalística que todavía está en la casa de Johansson. —Las palabras salieron de su boca con tono de indiferencia—. Me ha dicho que las huellas conducen desde el camino hasta la puerta trasera, pero que es difícil determinar si alguien entró, ya que la puerta trasera estaba cerrada con llave cuando la inspeccionaron. Así que quienquiera que haya entrado o bien la cerró tras de sí o acaso no llegó a abrirla porque solo quería espiar desde las ventanas.

Había estado allí dentro, Jamie sintió la necesidad de decirlo. Pero se quedó callada.

—Esto —continuó Falk, gesticulando y golpeando con las manos la mesa para enfatizar sus palabras—, se suma al hecho de que la detective Johansson ha estado en el objetivo de quien solo podemos suponer que es el asesino.

Esta vez Jamie sí habló.

—Yo no diría «estar en el objetivo»…

—¿Qué dirías entonces? —respondió Falk secamente—. ¿Qué fuiste acosada? ¿Perseguida?

Jamie apretó los dientes. Ninguna de las alternativas sonaba mejor.

Falk respiró hondo.

—Wiik, ¿en qué punto estamos con el caso?

—Hemos interrogado a tres sospechosos. Per Eriksson, Tomas Lindvall y ahora Leif Lundgren.

—¿Tienes algo que los vincule con alguno de los asesinatos, pasados o presentes?

Wiik frunció los labios antes de lanzarse a hablar, pero a sus palabras les faltó decisión.

—Tenemos una carta de Hans Sjöberg dirigida a Per Eriksson pendiente de ser analizada y esta tarde vamos a ver a Eva Sjöberg para recoger las pertenencias de Hans Sjöberg, junto con la carta que envió originalmente a Eriksson.

Falk no parecía impresionada.

—Y ahora que tenemos la nota de Rättvik compararemos las dos y veremos qué encontramos.

Falk parecía aún menos impresionada.

—A ver, ¿confías en avanzar con qué, análisis criptográfico?

—No —dijo Wiik, con tono casi malhumorado—. Por supuesto que no.

Falk negó con la cabeza y se volvió hacia Hallberg, para gran consternación de Wiik.

—Ayer interrogasteis a Lundgren. ¿Qué descubristeis?

—Eh… —dijo Hallberg, sorprendida por haber sido interpelada. Caramba, Wiik debía de haber puesto realmente de mal humor a Falk. Se aclaró la garganta y reunió un poco de valor—. Lo hicimos, sí. Lundgren sostiene que no tuvo nada que ver con los asesinatos originales, pero nos dimos cuenta de que tenía una llamativa cicatriz en la garganta y nos contó que lo habían atacado unas semanas después de que mataran a su hija.

—¿Atacado?

—Asfixiado —gruñó Wiik.

Falk mantuvo la mirada fija en Hallberg.

—¿Por el asesino?

—No lo sabemos —respondió Hallberg con sinceridad—. No denunció el incidente, pero vamos a investigar a los familiares de las otras víctimas para ver si puede establecerse un patrón.

Falk levantó una ceja.

—¿Cree que las familias también pudieron haber pasado a ser objetivos?

Jamie se dio cuenta de que Hallberg estaba en terreno pantanoso,

y encima con una teoría que en todo caso era suya.

—Es demasiado pronto para saberlo —dijo Jamie sin que nadie le preguntara—. Pero si hay otra vertiente del caso original que pasó desapercibida, entonces debemos investigarla.

Falk fijó ahora la mirada en Jamie.

—Sí —dijo—. Mis detectives tienen que investigarlo.

Aquello fue directo contra ella. Ninguna duda al respecto. Jamie no respondió nada.

—¿Y ahora cómo piensas seguir? —le preguntó Falk a Wiik.

Él tragó saliva e intentó esbozar una sonrisa. Esta desapareció al cabo de un segundo.

—Esperaremos a ver qué puede sacar criminalística de la casa de Johansson y contrastaremos las cartas. Hallberg se quedará aquí para investigar a las familias de las víctimas originales y Johansson y yo iremos a casa de Eva Sjöberg para ver si podemos recoger las pertenencias de su marido.

Falk no parecía aún satisfecha.

—¿Y qué hay de la víctima actual? ¿Ya tenemos su identidad?

—No.

—¿Tienes alguna idea de quién pueda ser?

Respiró lentamente.

—No.

—Por el amor de Dios —murmuró Falk agitando cabeza—. Cuatro días, Wiik, ¿y me dices que no tienes ni idea de quién es la chica?

—Tenemos una alerta por personas desaparecidas que puedan coincidir con su…

—No me importa. Averigua quién es. Y hazlo ya. Si este se parece en algo al caso del pasado, ella no será la última. Las víctimas originales estaban todas relacionadas y es probable que estas víctimas también lo estén. Así que obtener una identificación positiva es nuestra prioridad número uno.

Wiik asintió con la cabeza en señal de confirmación.

—Por supuesto.

—¿He de suponer que has averiguado algo sobre nuestro detective desaparecido? —se atrevió a preguntar Falk.

Wiik bajó la mirada.

—No. En este caso también tenemos una alerta activa sobre su coche, pero…

Ella levantó la mano y lo silenció una vez más.

—Por Dios, Wiik. Me dijiste que podías encargarte de esto.

—Claro que puedo —dijo con firmeza y luego miró a Jamie—. Podemos.

Ella le respondió con una mirada interrogativa y luego miró a Falk, que ahora la observaba fijamente.

—Bien —dijo Falk y luego se tomó un momento para apartarse un mechón de pelo que colocó detrás de la oreja—. Quiero informes actualizados al minuto.

Wiik asintió, miró a Hallberg como si hubiera levantado la pata para mearse encima de él y luego salió de la oficina.

—Espera un momento, Johansson —dijo Falk cuando Jamie se disponía a salir tras él.

La puerta se cerró lentamente detrás de Wiik, que miró por encima del hombro a través del cristal y se detuvo para ver por qué Jamie no lo seguía.

Jamie apartó la mirada de Wiik y se concentró en la mujer que tenía delante.

—Siéntate —dijo Falk.

Jamie, tras sacar una de las sillas de cuero y acero que había delante de su escritorio, se sentó.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Falk con la clara intención de hablar en voz baja.

—Estoy bien —dijo Jamie, pero no pudo evitar que su voz sonase vacilante.

Falk evaluó su reacción.

—Bien. No estaba segura de que este caso fuera demasiado para ti.

—Estoy bien —reiteró Jamie, ahora con un poco más de determinación.

Falk le dedicó lo que pretendía ser una sonrisa cálida.

—Entendería perfectamente que no lo estuvieras. Este caso sería complicado para cualquier detective. Y si se tiene en cuenta su naturaleza, lo cerca que está de tu casa y tu pasado…

—Estoy bien —dijo Jamie por tercera vez—. De verdad.

—Bien. Porque si no lo estuvieras, no dudaría en apartarte de este caso y enviarte de vuelta a Londres.

Jamie no respondió.

—Aquí has causado mucho revuelo —continuó Falk y se apoyó en el codo. Echó un rápido vistazo a Wiik, que parecía haber encontrado algo interesante que inspeccionar en uno de los escritorios que estaban más cercanos al despacho—. Pero tu aportación al caso ha sido inestimable hasta el momento —dijo Falk —. Así me lo ha dicho Wiik.

—Ah, ¿sí? —preguntó Jamie—. No parece el tipo de persona que prodigue elogios.

Eso pareció divertir a Falk.

—Wiik puede ser… arduo. Pero es un buen detective.

—Me he dado cuenta —dijo Jamie.

—Aunque no sea irreprochable.

Ahora era Jamie quien se divertía con todo aquello.

—También de eso me he dado cuenta.

—Es testarudo, necesita que le tiren de las riendas a menudo.

—Así parece.

—Ha estado pasando una mala época desde que perdió a su compañera. Trabajaban bien juntos.

—¿Está…? —preguntó Jamie, sin estar segura de querer oír la respuesta.

—¿Muerta? —Falk se recostó en la silla—. No, su marido y ella decidieron tener un hijo. Ella pidió la baja por maternidad y a Wiik se le asignó a Hallberg como compañera provisional.

Jamie vio por dónde iba el asunto.

—¿Nunca volvió?

—Solicitó el traslado a ciberdelitos. No es lo más emocionante, pero la mantiene detrás de un escritorio. Sus prioridades cambiaron, no puedo culparla. Al fin y al cabo, no todos son como nosotros.

Falk dejó escapar un par de carcajadas y miró a Jamie a los ojos.

¿Qué demonios significaba eso? Jamie no creía que se parecieran en nada.

Sin embargo, Falk no le dio mucho tiempo para darle vueltas al

asunto.

—Wiik no ha dejado de estar resentido desde entonces. Cree que ella lo traicionó.

—Los compañeros pueden ser relaciones demasiado cercanas —dijo Jamie—. Perder a uno duele. —Respiró hondo y le vinieron a la cabeza las miradas necesitadas de confirmación que Wiik le había lanzado—. ¿Cómo era ella, su anterior compañera?

—Muy parecida a ti —dijo Falk y echó de nuevo un vistazo al hombre que aguardaba fuera del despacho—. De carácter fuerte, pragmática, dura. Lo mantenía a raya. Eran los mejores que he tenido.

Ahora Jamie lo entendía todo.

—Y él cree que seré yo quien la sustituya.

—No lo sé —dijo Falk—. En su mente, tal vez. Hallberg y él… No parecen caracteres compatibles. Los primeros meses que trabajaron juntos, ella venía aquí una o dos veces por semana para quejarse de él.

—Hay mucho de lo que quejarse.

—Él le hace la vida imposible a propósito, lo que intenta es quebrarla.

—Cuánta madurez.

Falk se encogió de hombros.

—Wiik puede ser muy frágil y nunca acepta muy bien las críticas.

—¿Quién las acepta bien?

Falk volvió a sonreír.

—Olsen era una buena investigadora. Su pérdida fue un duro golpe para el departamento, pero más para Wiik. Este es su primer caso importante desde que Hallberg y él son compañeros. Me resistí a asignárselo y estoy empezando a arrepentirme —dijo Falk con sinceridad—. Pero parece que tú tienes un efecto positivo en él.

—¿Lo tengo? —preguntó Jamie sorprendida.

Falk asintió.

—Sí. Pero mi prioridad es asegurarme de que tú estés bien. Wiik ya es mayorcito, él puede lidiar con sus propios problemas. Tú, por otro lado…

—Estoy bien.

Jamie intentó no apretar los dientes. Era evidente que Falk repetía la pregunta para provocarla.

—De acuerdo, entonces —dijo Falk dando por terminada la conversación.

Jamie se levantó de la silla.

—Una cosa más —dijo Falk cuando Jamie estaba a medio salir por la puerta.

—¿Sí?

—¿Qué planes tienes una vez haya terminado el caso? —preguntó Falk con expresión neutra. Casi desinteresada.

—Apenas lo he pensado —respondió Jamie con sinceridad, un poco desconcertada por la pregunta.

—Bueno, asegúrate entonces de que Wiik no se haga una idea equivocada si no tienes intención de quedarte por aquí.

¿Quedarme? Jamie apretó la mandíbula.

Falk la observó durante unos segundos, le regaló una breve sonrisa y luego comenzó a prestar atención a su pantalla.

Jamie consideró aquello como una señal de que podía marcharse y salió del despacho sin añadir nada más.

Ni siquiera había pensado en lo que pudiera venir después. En si regresaría a Escocia o volvería a la Policía de Londres… O si haría algo completamente diferente.

Wiik se apartó del escritorio en el que había estado y se interpuso en el camino de Jamie.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, se lamía el labio inferior con nerviosismo.

Jamie lo estudió: su pelo peinado hacia atrás, su reloj caro, esa mirada que le decía que todo tenía que ser exactamente como él quería. Aquel que, cuando su vida no encajaba en las cajitas bonitas y ordenadas con las que se sentía cómodo, sentía como si le clavaran alfileres en los ojos.

—Nada —respondió ella—. Solo quería asegurarse de que podía seguir con el caso.

—¿Puedes? —preguntó él expectante.

—Sí —respondió ella, le puso una mano en el hombro y apretó—. Estoy bien.

—Bien. —Pareció aliviado—. Ahora vamos. Salgamos de aquí antes de que Hallberg nos vea.

Dio media vuelta y se alejó veloz.

Jamie lo siguió, pero echó un vistazo hacia el despacho de Falk.

La mujer estaba recostada en su silla, se masajeaba los labios con el pulgar, sin quitarle ojo a Jamie a través del cristal.

Jamie se dio la vuelta y se encaminó a los ascensores. Aunque no volvió a mirar atrás, sabía que los ojos de Falk no la perdían de vista.

25

Wiik conducía en silencio, como si tuviera miedo de hablar.

Jamie miraba por la ventana, se preguntaba si era allí donde quería estar. Si había algún lugar en el que quisiera estar.

De todos modos, ¿había algo que la empujase a regresar? Volver a su trabajo, a su… «vida». Estaba hecha trizas. Su antiguo compañero había pasado página, ya estaba jubilado, y su relación no era más que cenizas. Había sido por su culpa. Pero la verdad es que eso era lo de menos.

No tenía hogar en Londres y las pocas pertenencias que conservaba estaban en un trastero de larga duración.

Lo único a lo que podía volver era a su trabajo, pero ¿podría enfrentarse a todo eso de nuevo? ¿Podría volver a meterse en ese desastre que era la Policía Metropolitana? La corrupción, las mentiras… Se había llevado consigo secretos, secretos que suponían una enorme carga. No estaba orgullosa de las cosas que había hecho, de lo que se había visto obligada a hacer para cumplir con su trabajo. Pero seguramente su padre tampoco estaba orgulloso de las decisiones que él había tomado.

Existe el bien y el mal, y el coste es irrelevante. Se podían ir a paseo él y toda su mierda del bien y el mal. Estaba insertado en sus huesos, en su alma, grabado a fuego en su mente y en su pecho. Podía perfectamente haber sido una marca visible en su piel.

Wiik redujo la velocidad y tomó la salida que llevaba hacia la carretera por la que se llegaba a la iglesia de Hans y Eva Sjöberg. Su estructura se alzaba en el horizonte, como si los contemplara fijamente, con la casa de Sjöberg a la derecha.

Jamie respiró hondo y se sacudió todo aquel nerviosismo. Ya tendría tiempo más tarde para preocuparse por el desastre en que se había convertido su vida. Ahora tenían trabajo que hacer.

Echó un rápido vistazo a Wiik. Parecía pensativo y también concentrado, decidido.

La tarde avanzaba y Jamie comenzaba a estar cansada. Habían vuelto a saltarse la comida, ansiosos por avanzar. El caso había comenzado a tornarse confuso, los hilos se enredaban cada vez más y, aunque ninguno de los dos lo decía, ambos sentían que no avanzaban porque tropezaban con sus propios pies. Eso era evidente en la mirada de Wiik. Parecía un lobo enjaulado.

Detuvo el coche en el arcén, en lo que a Jamie le pareció el mismo lugar que habían ocupado antes, y giró la llave para apagar el motor.

Wiik giró lentamente la cabeza para mirarla.

—¿Todo bien? —preguntó sin especificar demasiado.

Jamie asintió.

—Por supuesto.

—¿Lista?

—Después de ti.

Él esbozó una breve sonrisa, una de las primeras que Jamie había visto, que revelaba una vulnerabilidad que hasta entonces no había sido capaz de ver. Wiik le había parecido brusco, testarudo, quizá un poco engreído. Sin duda vanidoso.

Pero ahora ella era capaz de ver más allá. El exterior no era más que una coraza. Y por dentro estaba angustiado, era frágil… Estaba solo.

Jamie tragó saliva y observó su reflejo al salir del coche. Eran diferentes por fuera, pero más parecidos de lo que ella quería admitir.

Salió del coche y siguió a Wiik hasta el porche de Eva Sjöberg. Esta vez, él le dejó suficiente espacio para que se colocara detrás de él. Llamó con firmeza y se metió las manos en los bolsillos para protegerse del frío.

Su aliento se condensaba en una espesa neblina alrededor de sus cabezas cuando la puerta se abrió frente a ellos. Eva Sjöberg los miró desde su silla de ruedas.

—¿Sí? —preguntó y los miró alternativamente, moviendo la cabeza de un lado a otro.

Wiik frunció el ceño mientras miraba fijamente sus ojos vacíos.

—*Kriminalinspektör* Anders Wiik, *Stockholm Polis* —dijo con tono dubitativo—. ¿Nos recuerda?

Ella miró a lo lejos, buscando tal vez un recuerdo en su mente.

—Están aquí por mi marido —dijo, como si se le hubiera encendido una bombilla—. Me temo que ahora mismo no está.

Wiik abrió la boca para hablar, pero se detuvo, desconcertado.

Jamie intervino.

—Lo sabemos, señora Sjöberg. Esperábamos poder hablar con usted en su lugar.

—Solo puedo decirles lo mismo que le dije al otro detective —dijo ella con intención de disculparse—. No sé dónde está esa pobre chica.

—¿Chica? —preguntó Wiik y se adelantó un poco.

Jamie le tocó el brazo, era una señal para que se calmase.

—¿Qué otro detective? —preguntó Jamie, sin dejar de mirar a la mujer a los ojos.

—Eh… —dijo ella, enfrascada de nuevo en sus pensamientos—. No lo sé… Un hombre alto, rubio, muy serio…

Jamie lo entendió en ese momento.

—El detective Johansson —sugirió.

Los ojos de Eva Sjöberg se iluminaron.

—Sí, ese.

Jamie esbozó una sonrisa triste y miró a Wiik, que pareció comprenderlo en ese instante. La mujer pensaba que aquel momento sucedía veinticinco años atrás.

Wiik exhaló, se rascó la nuca nervioso.

Tenían que mantener la presión, con la esperanza de que Eva recuperara la lucidez.

Jamie carraspeó.

—Nos gustaría hacerle algunas preguntas más, si le parece bien, y quizá echar un vistazo a algunas de las pertenencias de Hans. Solo para completar el informe, lo habitual —dijo con tono amable y, para reafirmarlo, sacó su identificación del bolsillo y se la mostró a Eva. Wiik hizo lo mismo por reflejo.

Eva Sjöberg se inclinó hacia delante y entrecerró los ojos para mirar la tarjeta de Jamie.

—Johansson —leyó en voz alta—. ¿El otro detective y usted son parientes? —preguntó, la idea parecía divertirle.

Jamie le devolvió la sonrisa.

—No —respondió—. Es solo una coincidencia.

Jamie y Wiik estaban sentados en el mismo sofá, por segunda vez, y Eva Sjöberg los miraba con una sonrisa, sin tener ni idea de lo que estaba pasando.

Intercambiaron miradas y luego se concentraron en la mujer que tenían delante. Jamie esperaba que comenzara Wiik, pero como no lo hizo tomó ella la iniciativa.

—Señora Sjöberg —dijo Jamie, sin dejar de sonreír en todo momento. Tenía que andar con cuidado, intentar no angustiarla más de la cuenta—. ¿Sabe dónde está Hans en este momento?

Ella se quedó pensativa por un momento.

—No, yo, eh, la verdad es que no… —comenzó, sin poder aclararse ella misma—. Pero estoy segura de que estará… —Se volvió para mirar por la ventana y luego su rostro se entristeció—. Oh, Dios mío. Es cierto… —dijo distante y luego volvió a centrar su atención en los dos detectives. Ahora sonreía de nuevo, con los ojos brillantes. Su mirada se desvió de Jamie y Wiik hacia el crucifijo que colgaba de la pared de detrás del sofá. Se santiguó, y mientras lo hacía apretaba un pañuelo en su mano huesuda—. Lo siento, ¿cómo puedo? Eh… ¿Cómo puedo ayudarles?

Su voz apenas sonaba más alta que un susurro.

Jamie suspiró con alivio. Volvía a estar lúcida.

—Cuando Hans falleció, desde la prisión debieron enviar una caja con sus pertenencias, junto con sus cenizas.

Observó a la mujer atentamente, trataba de ser lo más directa posible sin resultar brusca. Hans había sido incinerado dos días después de su muerte. El día antes de que se encontrara el primer cadáver.

—Sí —confirmó Eva Sjöberg y levantó la mano. Con esa misma mano apuntó a un pasillo que salía a su derecha—. Él está en el dormitorio y la caja también.

Wiik se tensó a su lado, se inclinó hacia delante. Ahora ambos estaban al borde del sofá, con los codos sobre las rodillas.

—¿Le importaría si revisamos sus pertenencias? —preguntó Jamie, procuraba que su voz sonase amable—. No sé si nos recuerda, vinimos hace unos días para preguntar por el caso original en el que Hans estaba…

—Lo recuerdo —dijo Eva y lo enfatizó con un asentimiento de cabeza—. ¿Por qué necesitan ver sus pertenencias? —Su voz era ahora aguda—. Está muerto.

—Lo sé, señora Sjöberg…

—Incluso ahora, dos décadas después, siguen sin dejarnos en paz. —Frunció los labios y negó con la cabeza, disgustada.

—Si tan solo me permite…

—¡Ese detective encarceló a Hans por nada! Le sacó la confesión a golpes, le echó la culpa del asesinato y…

Jamie apretó los dientes. Exhaló con fuerza antes de interrumpir a la anciana.

—Creo que su marido era inocente.

Eva Sjöberg dejó de hablar y miró a Jamie con cautela.

—¿Qué ha dicho?

Jamie la miró a los ojos. Wiik permanecía inmóvil a su lado.

—Han salido a la luz nuevas pruebas —dijo con mucho, muchísimo tacto—. Y permiten poner en duda la investigación original.

Wiik apenas respiraba, tenía la mirada fija en un lateral de la cabeza de Jamie. Ella podía sentir su mirada sobre la piel, pero no se detuvo.

—Estamos reconstruyendo el caso y necesitamos acceder a las pertenencias de Hans para seguir una pista que podría exonerar a su marido. —Habló con claridad, se aseguró de que cada palabra transmitiera un aire de verdad a ojos de la viuda—. Entre sus efectos personales esperamos encontrar una carta y creemos que serviría para vincular a uno de los sospechosos originales con un nuevo crimen.

Eva Sjöberg parecía agotada.

—¿Un nuevo crimen? —preguntó con la mirada fija de nuevo en la cruz que había sobre el sofá.

Jamie asintió lentamente.

—Sí. Otro asesinato, el de una joven. Como los demás.

La mandíbula de Eva comenzó a temblar.

—*Min Gud* —murmuró. «Dios mío».

—¿Le importaría si…?

La mujer asintió, tragó saliva y volvió a señalar el pasillo.

—Por supuesto, por favor. En el dormitorio, dentro del armario. Debería haber una caja de cartón.

Wiik se puso en pie antes incluso de que ella terminara de hablar y Jamie lo siguió.

Atravesó el pasillo y entró en el dormitorio, abrió la puerta de par en par.

La habitación era modesta. En el centro había una cama de matrimonio estrecha y anticuada, con un cabecero de latón deslustrado como colofón. Una barandilla de seguridad discurría por toda la pared junto a la almohada del lado izquierdo, sin duda para ayudar a Eva a tumbarse y levantarse. Junto a esta había una pequeña cómoda con una lámpara de lectura y al lado la urna plateada. Hans Sjöberg. O lo que quedaba de él. Sobre la cama colgaba una cruz de madera. La pared derecha estaba ocupada en su totalidad por puertas correderas con espejos.

Jamie y Wiik se vieron envueltos por una ola de aire helado y ambos se sorprendieron. El resto de la casa estaba muy caliente.

Wiik se volvió hacia la ventana que estaba frente a los armarios y se dirigió directamente hacia ella. Estaba abierta, apenas unos pocos centímetros. Pero todo el calor se escapaba por allí y el aire frío convertía aquello en un frigorífico.

A medio camino, cuando estaba a punto de cerrarla, Jamie reaccionó.

—Espera —ordenó y extendió la mano para dar énfasis a sus palabras.

Wiik se detuvo en seco y miró hacia atrás.

Jamie miraba por encima del hombro hacia el pasillo, atenta al sonido de la televisión que llegaba como un eco. Eva Sjöberg había reanudado su sesión diaria de televisión.

Jamie cerró la puerta con el talón y luego miró a su alrededor por

toda la habitación.

—¿Qué pasa? —preguntó Wiik, volviéndose de nuevo hacia ella.

Jamie se mordió el labio, sin querer decirlo en voz alta por miedo a que se hiciera realidad. Se acercó con cautela al armario y se detuvo frente a él.

—¿Tienes guantes? —preguntó cuando Wiik estuvo junto a su hombro.

Él se sacó del bolsillo un par de guantes azules de nitrilo y se los entregó sin decir nada, observó cómo se los ponía y abría la puerta derecha del armario.

El olor a polvo se elevó desde el interior. Delante de ellos había una barra llena de camisas viejas colgadas. Debajo, un mueble con compartimentos cuadrados estaba lleno de zapatos y calcetines de hombre. Nadie parecía haber tocado aquello desde hacía años.

Jamie empujó las puertas, que se superpusieron, lo que dejó al descubierto más partes del armario.

La ropa de hombre se convirtió en prendas de mujer a medida que se acercaban al lado del armario de Eva. Jamie revisó el espacio vacío debajo de la barra y se topó con cajas de zapatos, viejas bolsas de papel de regalo, bolsas de basura llenas de ropa y un hueco de aproximadamente un metro de ancho.

Todo estaba cubierto de polvo, pero aquel cuadrado estaba limpio. Un cuadrado donde, hasta hacía muy poco, había una caja.

Jamie tragó saliva y miró a Wiik. Tenía la mandíbula apretada y las fosas nasales dilatadas, y ambos llegaron a la misma conclusión.

Los efectos personales de Hans Sjöberg habían desaparecido.

Ambos se volvieron para mirar la ventana y luego volvieron a mirar la puerta.

Jamie se adelantó, la abrió y ambos volvieron al salón.

Eva Sjöberg comenzó a mirar a su alrededor, sorprendida, y luego pareció recordar quiénes eran.

—¿Han encontrado lo que buscaban? —preguntó.

—¿Ha venido alguien más a verla últimamente? —preguntó Jamie sin dilación—. ¿Después de que le entregasen las pertenencias de Hans?

Ella bajó la mirada un momento, luego miró a los ojos de Jamie y

negó con la cabeza.

—No, no creo.

Jamie respiró hondo.

—¿Ha habido alguien merodeando cerca de la casa? ¿Ha visto a alguien? ¿A través de las ventanas? ¿Ha oído algo extraño? ¿Ha salido de la casa en algún momento o…?

—No, no —dijo la mujer, al notar un tono de alarma en la voz de Jamie—. No he visto ni oído nada. ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? —Se enderezó como pudo en la silla, con la intención de mirar por encima de Jamie y Wiik—. ¿Hans está bien?

Jamie podía distinguir ahora el miedo en su voz.

Wiik no pudo contenerse más.

—¿La ha llamado alguien en los últimos días?

La mujer se detuvo, pensativa.

—No recuerdo, eh…

Wiik empujó a Jamie para ocupar todo el campo de visión de la mujer.

—¿Per Eriksson ha llamado?

Dios. Eriksson. Jamie comprendió entonces a dónde quería llegar. Cuando hablaron con él, admitió haber hablado con Hans, admitió haberle enviado una carta, entregó su propia carta… Pero entonces lo sabría. Sabría que iban a venir a buscarla. También que debía actuar con rapidez. Conocía bien la distribución de la casa, ya que había admitido haber estado allí docenas de veces cuando él y Hans eran amigos. Sabría dónde estaba el dormitorio, sabría dónde estaba la ventana… Y por supuesto estaba al tanto de que para hacer cualquier tipo de comparación reveladora entre la nota del coche de Jamie y la letra de Eriksson necesitarían su carta a Hans Sjöberg.

Ambos se miraron el uno al otro y él sacó su teléfono del bolsillo, marcó un número y se dirigió a la puerta.

Jamie lo siguió, pero antes se detuvo un momento.

—Gracias, señora Sjöberg. En breve vendrán unos agentes para realizar una inspección, ¿le parece bien?

Eva Sjöberg no pareció entenderlo.

—No entre en el dormitorio, ¿de acuerdo? —dijo Jamie—. Basta con que espere a que lleguen los agentes.

Ella asintió con lentitud, había un tono de miedo y confusión en su voz cuando habló.

—No entiendo lo que he hecho…

Jamie le sonrió y dio un paso para acercarse a ella, extendió la mano y la posó sobre el brazo de la mujer.

—No pasa nada —le dijo con cariño—. No ha hecho nada malo. Solo necesitan echar un vistazo, ayudará a probar la inocencia de Hans.

—¿De verdad? —Entonces se le llenaron los ojos de lágrimas y puso su otra mano sobre la de Jamie—. Que Dios la bendiga —dijo con una débil sonrisa—. Que Dios la bendiga.

26

Cuando Jamie salió, Wiik ya estaba dando órdenes a gritos a Hallberg por teléfono en medio de la calle.

—Quiero que los forenses vengan ya mismo para registrar este lugar de arriba abajo. —No se tomaba ni un respiro—. Y necesito una orden de arresto para Per Eriksson desde hace una hora… ¿Por qué cargos? ¿Qué tal allanamiento de morada, eliminación de pruebas de la escena del crimen, secuestro, abuso grave de un cadáver, violación, asesinato? ¡Elige lo que mejor te parezca, joder!

Vio llegar a Jamie y chasqueó los dedos para llamarla, haciéndole señas para que se acercara.

A ella no le gustó el gesto, pero lo pasó por alto dadas las circunstancias.

Wiik no dejaba de hablar.

—Envíala en cuanto la tengas y manda unos agentes a la iglesia para que lo detengan, junto con un par de técnicos para recoger sus pertenencias… Quiero su teléfono, su ordenador portátil, todo. Luego envía también a los de criminalística… No me importa… Los mismos u otros, ¡pero hazlo, hostia! Quiero a Eriksson en una sala de interrogatorios en menos de una hora y que le saquen hasta la mierda que todavía tiene en los intestinos. Ya dejamos escapar a este hijo de puta una vez, no vamos a volver a hacerlo.

Jamie lo miró de nuevo, era mejor dejarlo pasar. No pretendía ser un ataque a su padre. Aunque unos días antes lo habría interpretado así.

Wiik colgó bruscamente, exhaló un largo suspiro de espeso vapor y luego se alisó el pelo con la mano. Remató la secuencia con una mirada a los ojos de Jamie.

Él no dijo nada y ella tampoco. Pero ambos sabían que habían cometido un error y que eso podría costarles la investigación.

Eriksson era inteligente. Más inteligente de lo que ellos creían.

Era encantador, muy astuto y se había metido en sus cabezas en un abrir y cerrar de ojos. Los había manipulado a ambos: presionó a Wiik hasta que Jamie lo quitó de en medio y luego se ganó a Jamie con historias sobre su padre. Los había sabido manejar como si fueran marionetas. Y ella estaba casi segura de que en unos minutos recibirían una llamada donde les informarían de que Eriksson no estaba en la iglesia. Que estaba en paradero desconocido.

Que se les había escapado entre los dedos.

Un nudo se le formó en el estómago y, a juzgar por la expresión de Wiik, a él le pasaba exactamente lo mismo.

Él soltó un quejido, hizo crujir su cuello y luego se humedeció el labio inferior.

—Tengo que llamar a Falk.

Jamie asintió, su propio teléfono le vibraba ahora en el bolsillo.

—Probablemente sea una buena idea —dijo Jamie mientras sacaba su móvil del bolsillo. Bajó la vista y leyó el mensaje en la pantalla.

—¿Todo bien? —preguntó Wiik.

—Sí —respondió ella—. Es algo personal, ¿me das un segundo?

Él se apartó para darle espacio en la carretera que tenían delante y se alejó para marcar el número de Falk. El mensaje era de un número que ella no tenía guardado y decía:

Soy Hallberg, necesito hablar contigo. Sin Wiik.

Jamie decidió hacerlo y devolvió la llamada al número una vez que estuvo fuera del alcance de oídos ajenos. Podía oír a Wiik en la distancia mientras ponía al corriente a Falk.

El teléfono que tenía en la oreja sonó una vez y luego Hallberg respondió.

—Detective Johansson —dijo sin perder tiempo.

—¿Qué pasa? —preguntó Jamie y se volvió para vigilar a Wiik en la distancia. No quería que la pillara hablando con su compañera a sus espaldas, pero sabía que tenía que darle una oportunidad a la chica. No habría pedido ponerse en contacto sin motivo.

—¿Estás con Wiik? —preguntó rápidamente.

—Sí —dijo Jamie—. Pero no puede oírnos. ¿De qué se trata?

—Me cortó antes de que pudiera decir nada y no quería volver a llamarlo, así que pensé que si…

—Suéltalo —la instó Jamie, que no quería que Wiik terminara la llamada antes que ella. Él asentía enérgico mientras Falk le hablaba al oído.

—Son los padres.

—¿Los padres?

—De las víctimas originales.

Jamie contuvo la respiración y se mordió el labio inferior.

—En cinco de las siete víctimas, uno de los padres está desaparecido o muerto.

Las palabras resonaron en los oídos de Jamie y tardó unos segundos en asimilar lo que Hallberg le acababa de decir.

—¿Estás segura?

Hallberg suspiró.

—Sí, estoy segura. Lo he comprobado dos y tres veces. La primera víctima, Christina Bergner: su padre murió en un accidente de coche tres meses después de su muerte. Lo sacaron de la carretera y cayó a un lago. Nunca se encontró al otro conductor. La segunda, Britta Engdahl: su madre desapareció solo dos semanas después de su muerte. Se interrogó al padre, pero la investigación nunca siguió adelante; la conclusión fue que se había marchado debido a la muerte de Britta, sin más. La tercera, Hilda Nordell: poco menos de un mes después su padre fue encontrado en el garaje. Se había ahorcado. La cuarta, Agnes Floden: su padre desapareció unas seis semanas después de su muerte. La madre creía que tenía una aventura y se había fugado. Pero nunca se encontró ningún rastro y él nunca volvió a ponerse en contacto con ella. La quinta, Elin Wickstrom: su padre fue apuñalado durante un atraco. Nunca se encontró al asesino. ¿Te suena?

Jamie tragó saliva con dificultad. De repente se le había secado la boca. Pero su mente no dejaba de dar vueltas.

—¿Cuál fue el…? —comenzó, con la voz más bien ronca—. ¿Cuál fue el intervalo entre los asesinatos de la quinta y la sexta víctima?

—Alrededor de tres meses —dijo Hallberg, con toda la información delante de ella—. Elin Wickstrom fue asesinada en marzo de 1996 y Tilde Gunnarson a principios de junio del mismo año.

—Y al padre de Elin Wickstrom, ¿cuándo le atacaron?

—En mayo.

Jamie cerró los ojos, trazaba una cronología de los hechos en su mente.

—¿Todas las muertes y desapariciones de los padres ocurrieron antes de que mataran a la siguiente chica?

—Eh… —titubeó Hallberg—. Parece que sí. Sí.

Jamie soltó aire con fuerza, la mano junto a la oreja le temblaba.

—Hanna Lundgren fue la séptima víctima, ¿verdad? Y sabemos que a su padre le atacaron. Pero ¿qué hay de la sexta víctima? ¿Tilde Gunnarson?

Hallberg tardó unos segundos en revisar sus notas.

—No parece que se haya denunciado nada, pero puedo investigar un poco más, a ver qué encuentro.

—Hazlo —ordenó Jamie.

—Sin embargo, hubo un intervalo mucho más corto entre las dos últimas víctimas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jamie y ahora miraba a Wiik. Su llamada parecía estar a punto de concluir y él la miraba de reojo, sin duda ansioso por saber con quién hablaba Jamie y de qué.

—Tilde Gunnarson y Hanna Lundgren fueron asesinadas con solo diez días de diferencia.

—Dios —murmuró Jamie y comenzó a darle vueltas. ¿Sabía el asesino que la red se cerraba sobre él? ¿Sabía que su padre estaba cada vez más cerca? ¿Aceleró su calendario? Tragó saliva de nuevo —. ¿Qué fechas?

—Tilde Gunnarson fue el seis de junio y luego… Hanna Lundgren fue encontrada el dieciséis.

Jamie apretó la mandíbula.

—¿Y cuándo fue arrestado Sjöberg?

—Saqué los registros del bufete de abogados que lo representaba. La información era confidencial, pero confirmaron que comenzaron a representarlo el 6 de julio de 1996. Así que, ¿lo arrestarían uno o

dos días antes de esa fecha?

—Dios mío. Tenemos que asumir que no es una coincidencia. No puede serlo. —Jamie negó con la cabeza, lo que enfatizó sin más su razonamiento—. ¿Así que el asesino secuestra a Tilde Gunnarson, pasa a seguir a su padre o a su madre, o a quien sea, pero luego se pone nervioso? Sabe que la red se cierne sobre él, así que actúa rápido y secuestra primero a Hanna Lundgren. Pero ¿por qué?

Hallberg estaba callada, sin saber si aquella era o no una pregunta retórica.

—¿Puedes investigar a los padres de Tilde Gunnarson? Deben de haberlos interrogado, pero todo eso se perdió con el expediente del caso. —Jamie pensaba en voz alta—. A ver si encuentras algún dato de contacto. Quiero hablar con ellos.

—Así lo haré. De acuerdo.

Wiik se acercaba.

—Tengo que dejarte —dijo Jamie—. No dejes de informarme de lo que encuentres y no te preocupes —interpretó el silencio de Hallberg —. Yo me encargo de Wiik. —Se apartó el teléfono de la oreja y colgó.

Wiik entrecerró los ojos, quizá por haber oído su nombre antes de que Jamie terminara la llamada.

—¿Quién era? —preguntó.

—Hallberg —respondió ella con sinceridad—. Quería consultarme algo.

—¿Qué? —insistió Wiik.

—Una posible conexión entre el caso original y algunas desapariciones inexplicables.

—¿Por qué no me ha llamado a mí? —preguntó él con tono cortante, parecía ofendido.

—Quería mi opinión antes de molestarte a ti.

Él no supo cómo tomárselo.

—¿Y?

Jamie respiró lentamente y luego miró hacia el cielo frío y gris. Todavía era primera hora de la tarde y ya había una densa capa de nubes que lo cubría todo con una luz plana y lúgubre.

—Creo que tenemos un problema —dijo Jamie.

Wiik esperó a que se explicara.

—En cinco de las siete víctimas se da la coincidencia de que alguno de sus padres murió, fue asesinado o desapareció sin dejar rastro.

Wiik apretó los dientes al escuchar aquello.

—Debería haberme llamado para contármelo.

—Sabía que tenías que hablar con Falk, quería que yo confirmara que merecía la pena tenerlo en cuenta. No quería hacerte perder el tiempo. —Miró a Wiik a los ojos, recordaba lo que Falk había dicho sobre él, que sacaba conclusiones precipitadas y era propenso a las reacciones emocionales. Que necesitaba a alguien que lo mantuviera a raya—. La chica lo ha hecho bien, Wiik. Y descubrió otra pista potencial en el caso. Una muy importante. No la regañes por eso.

Los músculos de su barbilla bien afeitada se tensaron y crisparon.

—Ahora bien —continuó Jamie, quería centrarlo de nuevo en el caso—, Hallberg va a recopilar más información, pero, mientras tanto, podríamos estar ante un descuido en el caso original: doce víctimas, no siete.

Wiik parpadeó lentamente, asimilando la información, y luego pareció relajarse, sabía que la importancia de aquello superaba cualquier resentimiento que pudiera sentir porque Hallberg hubiera llamado primero a Jamie.

—De acuerdo. ¿Qué hacemos entonces?

Jamie bajó la mirada y pensó por un momento.

—Los padres de cada una de las cinco primeras víctimas fueron atacados, así que tenemos que averiguar por qué. Lundgren fue atacado, pero logró escapar. Los padres de la sexta víctima no sufrieron ningún ataque. Pero creo que quizá Sjöberg fue arrestado antes de que se produjera ningún intento.

Wiik estaba de acuerdo con ella.

—Pero ¿por qué importaría eso si no fue Sjöberg? Eriksson podría haber acabado con ellos de todos modos.

—¿Y arriesgarse a alertar a mi padre de la inocencia de Sjöberg? —Jamie negó con la cabeza—. Es demasiado inteligente para eso. No, logró que no le acusaran. Y simplemente los dejó en paz.

—Entonces, ¿por qué vuelve ahora a las andadas?

Wiik sabía hacer su trabajo: ponía a prueba la teoría de Jamie. Su argumentación.

Ella se dio cuenta de lo concentrado que estaba: era un buen detective. Y, muy a su pesar, comenzaba a caerle bien. Tenía tanto encanto como un cactus, pero respetaba su inteligencia y su voluntad de hacer bien el trabajo, aunque no siempre estuviera de acuerdo con sus métodos.

—Creo que Sjöberg se puso en contacto con él, despertó una parte de él que había enterrado o de la que había prescindido… Fue a hablar con Sjöberg, ¿no? Y dijo que no hablaron de los asesinatos. Dijo que nunca le preguntó y que Hans tampoco le contó nada.

Wiik asintió.

—¿Y por qué iba a preguntarle si sabía que Sjöberg no lo había hecho?

—Exacto. No lo haría.

Wiik enseñó los dientes.

—Hijo de puta —gruñó.

—Eriksson, sentado allí, escuchando a Sjöberg hablar de cómo había sido condenado injustamente por esos asesinatos, de cómo era inocente, y luego diciéndole a Sjöberg que podía arrepentirse, que podía entrar en el cielo, que todo estaba perdonado… Diablos, probablemente eso hizo que salivara de nuevo. Sentado allí, cara a cara con el hombre que se había comido la condena por sus propios crímenes y empieza a pensar que tal vez pueda volver a hacerlo. Salirse con la suya por segunda vez.

—Mierda —dijo Wiik, poniendo los brazos en jarras—. Ojalá pudiéramos conseguir una copia de esa conversación.

—Si hubiera sido una conversación con un visitante tendríamos una oportunidad. Pero ¿una confesión en el lecho de muerte con un sacerdote? Ni hablar. A nadie se le ocurriría registrar algo así y mucho menos ordenar a alguien que lo hiciese.

Wiik asintió con aire hosco.

—Así que Eriksson se lleva a las chicas, las mata, utiliza el argumento religioso para inculpar a Sjöberg y…

—Quizá no solo para inculparlo. Trabajaba en una iglesia como jardinero y luego fue a un seminario. Debe de estar genuinamente

interesado en ello, quizá solo en la iconografía o la historia o…

—¿La forma en que se utiliza la religión para adoctrinar y controlar a la gente?

Jamie se sorprendió al escuchar aquello y reparó en la mueca de asco que puso Wiik. Realmente odiaba todo lo que estuviera asociado con esa idea.

—Coincide con el perfil clásico del psicópata. Les atraen las profesiones que les permiten controlar a la gente. Y, si le interesaba la teología, el sacerdocio le daría la oportunidad no solo de entregarse a dicha obsesión, sino también de saciar esa necesidad de control.

Wiik miró por encima de la cabeza de Jamie, pensativo.

—¿Así que regresa a casa tras visitar a Sjöberg y empieza a tramar cómo volver a hacerlo? Se centra en Nyström, sabe que tiene que deshacerse de él para despejar el terreno.

—Lo secuestra, le hace hablar para que le cuente cómo robar los expedientes del caso —añadió Jamie.

—Luego busca una víctima y se pone manos a la obra.

—No lo entiendes —dijo Jamie, arrugando los labios.

Wiik frunció el ceño.

—¿Qué es lo que no entiendo?

—No, no me refiero a ti, sino lo que decía la nota. En mi coche. Decía: «No lo entiendes. Para».

—De acuerdo. Pero ¿qué es lo que no entendemos? —preguntó Wiik.

Jamie negó con la cabeza.

—No lo sé, pero tenemos que volver. Si la pista de Hallberg es correcta y Eriksson también tiene como objetivo a los padres, entonces tenemos que identificar lo antes posible a nuestra víctima o en breve tendremos otro asesinato entre manos.

Wiik asintió y dejó caer las manos a ambos lados del cuerpo. Luego levantó una y se la pasó por la cabeza para alisarse el pelo.

—Si Eriksson sigue el mismo método que antes podemos difundir la foto de la chica y hacer una declaración a los medios. Ya ha comenzado el frenesí ante la falta de noticias. No saben lidiar bien con el silencio informativo y necesitamos avanzar con el caso. Vamos

a darles algo antes de que nos crucifiquen, a ver qué obtenemos. No me gusta hacerlo, pero no tenemos muchas más opciones.

—Sí, es verdad.

Jamie y Wiik intercambiaron miradas durante un segundo y luego Wiik se dirigió al coche.

—Vamos —dijo y aceleró el paso—. Pongámonos en marcha antes de que pase algo más.

Jamie lo alcanzó.

—No digas eso.

—¿Por qué no?

Ella rodeó el coche y lo miró por encima del techo.

—Porque cada vez que alguien lo dice, pasa alguna cosa.

Wiik esbozó una sonrisa.

—Nunca pensé que fueras supersticiosa, Johansson.

—No lo soy —respondió Jamie mientras se subía al coche—. Pero tengo suficiente experiencia como para saber que no hay que tentar al destino.

27

Jamie y Wiik habían recorrido unos quinientos metros cuando su teléfono empezó a sonar.

La pantalla parpadeó en la consola del salpicadero e inundó el habitáculo de luz. Wiik alargó el brazo y pulsó el botón.

—Anders Wiik —dijo y buscó con la mirada a Jamie.

—¿*Kriminalinspektör* Wiik? —dijo una voz entrecortada. Era una mujer.

—Sí, ¿con quién hablo? —preguntó.

—Me llamo Sanna Eliasson, soy enfermera en el hospital Södersjukhuset —dijo con enorme celeridad—. Hay una nota en el expediente donde se indica que debemos informarle de cualquier novedad relacionada con Tomas Lindvall.

—¿Está despierto? —preguntó Wiik y se inclinó un poco hacia delante debido a la expectación.

—No sé cómo… Él ha… —se interrumpió, tosió lejos del teléfono y luego volvió al auricular—. Se ha escapado.

Wiik pisó el freno con tanta violencia que Jamie casi se dio un cabezazo contra el salpicadero. Su cuello hizo un ruido desagradable y ella maldijo entre dientes mientras Wiik luchaba por llevar el Volvo al arcén hasta que, serpenteando, el coche se detuvo sobre el asfalto helado—. ¿Qué acaba de decir?

—Tomas Lindvall recuperó la conciencia y, mientras lo examinaban, agredió a una enfermera, la tomó como rehén y luego se escapó.

Wiik golpeó el volante con la palma de la mano tan violentamente que todo el coche se sacudió.

—¡Maldita sea! ¿Cuándo ha sido eso?

—¿Hace unos cuarenta minutos?

—¿Cuarenta minutos? —casi gritó—. ¿Por qué no me llamó nadie?

La voz de Sanna Eliasson sonó irónica.

—¡Lindvall agredió a una enfermera! La amenazó y aterrorizó a la mitad de los pacientes. Hemos estado ocupados.

Wiik bajó la cabeza entre sus tensos hombros y murmuró algo entre dientes.

—¿Consiguieron sacarle algo antes de que se escapara?

—No entiendo la pregunta —respondió la enfermera con franqueza.

—Información… ¿Dijo algo? ¿Mencionó a alguien? ¿Amigos, familiares, adónde podría haber ido?

—No, *inspektör* —dijo Eliasson con un tono de voz frío y despectivo—. Nos preocupamos por el bienestar de nuestros pacientes, no los interrogamos.

Y, tras decir eso, colgó.

Las fosas nasales de Wiik se dilataron violentamente, rebosaba de ira.

Jamie se frotaba el cuello.

—Lo encontraremos. Si hay antecedentes clínicos por su enfermedad mental toda su información estará archivada. Parientes más cercanos, contactos familiares, direcciones anteriores. Todo.

Wiik no dijo nada, se limitó a alzar la cabeza muy despacio y miró por el parabrisas. Los coches pasaban a toda velocidad y hacían que el coche se balanceara ligeramente a su paso. La ciudad se extendía ante ellos, difuminada en el aire frío. Jamie recordaba bien aquel clima. Ahora reinaba una inquietante calma, con las nubes colgando muy bajas sobre los edificios. Comenzarían a deshacerse al caer la noche, descenderían hasta el nivel de la calle en forma de niebla helada y luego darían paso a una llovizna helada. Por la mañana el suelo estaría cubierto de nieve fresca.

De pronto, Wiik habló.

—¿Lindvall encaja en todo esto? —preguntó en voz baja.

—¿En el caso? —Jamie se aseguró de que entendía la pregunta, luego echó la cabeza hacia atrás—. No lo sé, huyó cuando lo acorralamos. Y tiene antecedentes. Estaba cerca de uno de los asesinatos, pero ¿cuenta con el valor, la habilidad y la inteligencia para llevar a cabo algo de esta magnitud? No sabría decirlo.

—«No lo entiendes» —repitió Wiik—. ¿Qué es lo que no entendemos?

Esa pregunta era como una lima que no dejaba de desgastar los dientes de Jamie. Le inquietaba pensar en ello.

—No lo sé.

—Apuesto a que hay muchas cosas que un esquizofrénico paranoico pensaría que no entenderíamos.

—Quizá. Aunque estaba inconsciente cuando fui a Rättvik y me pusieron la nota en el coche —dijo Jamie con intención diplomática —. Pero, esté o no involucrado, necesitamos encontrarlo.

Wiik asintió lentamente.

—Haré que Hallberg revise sus registros y luego enviaremos a unos agentes a ver a su familia, a ver si aparece. Pero, por ahora, creo que debemos centrarnos en Eriksson. Lindvall es solo… —Parecía que le dolía decirlo—. Daños colaterales. Esto es culpa mía. —Miró a Jamie, reprimía la culpa y la responsabilidad que sentía e intentaba guardarlas en su interior. —Pero no podemos dejar que enturbie la investigación. Seguiremos enfocados en Eriksson y en hacerle hablar.

Jamie asintió para confirmarle que era la mejor opción, y entonces Wiik puso el coche en marcha y se incorporó veloz a la carretera, con el motor eléctrico lanzándolos a toda velocidad de vuelta a la ciudad.

Una hora más tarde estaban en el despacho de Ingrid Falk, atareados en pulir la declaración que iban a hacer a los medios. Ya se había informado del asunto al responsable de prensa, que había conseguido un espacio en los informativos de la noche de los tres canales locales además de enviar una fotografía de la víctima a los periódicos.

Difundir la foto de esta manera era el último recurso. ¿Alertar a los padres de la muerte de su hija mediante una foto en las noticias de la noche? Era la típica cosa que podía estallar en la cara del departamento y ponerlos bajo el microscopio por mala praxis.

Pero era todo lo que tenían. Nadie había denunciado su

desaparición. No había coincidencias de ADN en la base de datos. No había nada. El más absoluto de los silencios.

Pero el asesino sabía quién era ella. Y, lo que era aún más aterrador, también conocía a sus padres, si la hipótesis que manejaban era correcta.

Tenían que averiguar quién era. Rápido.

Falk repasaba el último borrador de la declaración, una exposición objetiva de la información que se esforzaba por sonar pesarosa, consoladora, humilde, concisa y honesta sobre el potencial peligro al que se enfrentaba la familia de la víctima, pero sin resultar demasiado alarmante. Y era muy difícil cuadrar algo así.

Jamie y Wiik, en silencio, observaban sentados a Falk mientras revisaba la página, cada palabra reflejada en las lentes de sus gafas de lectura, un bolígrafo que no dejaba de moverse de un lado a otro entre sus dedos levantados.

Un ligero golpe en la puerta ubicada detrás de Wiik y Jamie les hizo volverse.

Hallberg se asomó y Falk levantó la vista.

—Los agentes están ahora en la iglesia con los forenses —dijo Hallberg.

—¿Y? —preguntó Wiik, que no terminaba de interpretar su tono.

Hallberg se mordió el labio y apartó la mirada para dirigirla hacia Falk.

—No hay rastro de Eriksson. Y el minibús de la iglesia ha desaparecido.

Wiik bajó la cabeza, se masajeó las sienes con el pulgar y el dedo corazón de la mano derecha, tenía la cara escondida entre las palmas.

—Se ha fugado.

Jamie maldijo en silencio, pero prefirió concentrarse en lo que tenían.

—Busca sus registros, a ver si tiene otras propiedades, otra casa, un apartamento o…

—Ya lo he hecho —interrumpió Hallberg—. Y no tiene nada a su nombre. Si quieres, puedo solicitar que un equipo táctico esté en la iglesia en quince minutos.

No había dejado de mirar a Falk.

—Hazlo —dijo ella con severidad—. Quiero que registren ese lugar de arriba a abajo. Que no dejen nada sin revisar.

Hallberg asintió.

—Encuéntralo, Hallberg —ordenó Falk—. Si conduce una furgoneta de iglesia con un rótulo lateral no podrá ir muy lejos.

—¿Quiere que establezca puestos de control? ¿Que emita un aviso?

Falk lo pensó un segundo y Wiik levantó la vista, a la espera de su respuesta.

—No —dijo Falk con tono mesurado—. No, es demasiado pronto.

—Falk —dijo Wiik, su voz sonó cargada de insubordinación—. ¿No lo dirás en serio?

Ella lo miró con tanta severidad como sus finos rasgos le permitieron.

—Es un sospechoso, Wiik, y no tenemos pruebas para…

—¿Que no hay pruebas? —se burló Wiik.

—Sí, ninguna prueba —concluyó Falk—. Tenemos tres palabras escritas en un trozo de papel metido bajo el parabrisas de Johansson y una carta de Hans Sjöberg que, francamente, no prueba nada en absoluto.

—La carta es clave —dijo Wiik, que se inclinó hacia delante para poner la mano sobre el escritorio de Falk.

Falk la miró y esperó a que él la retirara antes de continuar, se negaba a elevar la voz o igualar su tono.

—La carta es una petición a un viejo amigo para que visite a un hombre moribundo. No menciona para nada el caso original, tampoco hace mención alguna a la participación de Sjöberg o Eriksson, y por lo tanto, carece de relevancia alguna en un juicio.

Wiik estaba furioso. Pero Jamie sabía que Falk tenía razón. Ella había leído la carta. Lo único por lo que Sjöberg se disculpaba era por no haber sido un mejor amigo: «Siento lo que pasó, todavía no entiendo muy bien cómo se desarrollaron los acontecimientos. Siento no haberte contactado antes. Espero que estés bien. He decidido dejar el tratamiento. Significaría mucho para mí poder verte antes de que llegue el final. Espero que puedas encontrar en tu

interior la fuerza para escucharme. Bla, bla, bla».

En términos legales, no valía nada. Y tanto si Wiik sabía cómo convertirla mediante origami en una pistola como si no, nunca iba a ser la prueba irrefutable que necesitaba.

Falk continuó, se recostó para adoptar una postura relajada, que le sirvió para calmar a Wiik en pocos segundos.

—No podemos adelantarnos a nosotros mismos, Wiik. Lo sabes, ¿verdad?

Él se enfurruñó.

—Eriksson podría estar haciendo mil cosas en este momento y solo una de ellas es huir porque es el Guardián de Ángeles. Ya estamos asumiendo muchos riesgos publicando la fotografía de una víctima no identificada que además es menor de edad. Esto nos coloca en una posición muy vulnerable, como seguro ya sabes. No voy a agravar la situación con controles de carretera o dedicando todos los agentes que tenemos a peinar la ciudad en busca de un sacerdote casi anciano que puede que esté involucrado en este crimen o puede que no.

Las manos de Wiik se habían convertido en puños que se aferraban a los reposabrazos de la silla.

Hallberg no había dejado de rondar cerca de la puerta, pero sabía que no debía entrometerse.

—Y —continuó Falk, para someter por completo la resistencia de Wiik— eso sin tener en cuenta que interrogaste a un esquizofrénico paranoico hasta provocarle un brote y luego lo dejaste suelto por la ciudad. —Bajó la cabeza para poder encontrar la mirada de su subordinado—. Lo último que quiero es que la prensa se entere de eso también. Ya puedo ver los titulares: «Sospechoso de antiguo caso es ahora el principal sospechoso de nuevos asesinatos: la Policía de Estocolmo metió la pata en la investigación original del Guardián de Ángeles»… «Esquizofrénico paranoico torturado por la Policía de Estocolmo ataca a una enfermera y escapa de la custodia»… «*Kriminalinspektör* sin paciencia causa pánico generalizado en la ciudad al actuar de forma precipitada»… —Hizo una pausa con la intención de reforzar el efecto de sus palabras—. Tú decides.

Wiik se había callado por completo y, a juzgar por el cambio de su postura corporal, había entendido el mensaje.

Falk respiró hondo y miró a Hallberg.

—Que los de criminalística revisen la iglesia en profundidad. Quiero todo empaquetado y etiquetado. Y lo mismo con la casa de Eva Sjöberg.

—Ya están allí y trabajan en ello —añadió Hallberg.

Falk siguió sonriendo educadamente, pero Jamie se dio cuenta, por su tic en el rabillo del ojo, de que no le gustaba ser interrumpida.

—Bien. Puedes enviar un aviso sobre el minibús de la iglesia: cualquier agente que lo vea debe informar, pero sin acercarse, solo seguirlo a una distancia segura. Lo mismo con los peajes. No quiero que lo arresten en público. Todavía no. Pero quiero estar informada en el mismo momento en que se localice.

Hallberg se atrevió a echar un vistazo a Wiik, aunque rápidamente volvió a centrar su atención en Falk.

—Entendido.

—¿Hay algo más? —preguntó Falk.

—Sí —dijo Hallberg, ahora miraba a Jamie—. Tengo la información que querías sobre los padres de Tilde Gunnarson.

Jamie se enderezó en su silla.

—La sexta víctima.

Hallberg asintió.

—Parece que los padres de Tilde son dos destacados empresarios, ambos todavía en activo. Su madre, Åsa Gunnarson, es abogada y se encarga del derecho fiscal internacional para una gran empresa de la ciudad. Su padre, Mikael, es propietario de una empresa dedicada a las energías renovables, es uno de los socios fundadores de Grön Framtida Industria, especializada en energía eólica y solar.

—Industrias para un Futuro Verde —repitió Jamie para así memorizarlo—. ¿Y ambos están vivos?

Hallberg asintió.

—Vivitos y coleando, por lo que parece. Tilde era hija única y se mudaron tras su muerte. Pero ambos aún trabajan en la ciudad y siguen juntos.

Wiik miraba a Jamie, al igual que Falk.

—De acuerdo, bien —dijo Jamie—. ¿Puedes enviarme sus datos? Me gustaría hablar con ellos.

Wiik tomó la palabra.

—¿Para qué?

—Quiero saberlo.

—¿Quieres saber qué? —Wiik se enderezó en la silla.

—Quiero saber por qué siguen vivos cuando todos los demás padres no lo están. Si hay algo que no terminamos de entender, entonces apostaría que podemos descubrirlo al conocer a los Gunnarson.

Falk se llevó las manos a la barbilla. Parecía satisfecha ante esa respuesta. O tal vez solo estaba aprovechando la oportunidad para sacar a Wiik de su despacho.

—Hacedles una visita —ordenó—. Hablad con ellos a ver qué podéis averiguar.

Wiik no parecía muy entusiasmado con la idea.

—Tenemos que concentrarnos en Eriksson —dijo—. Tenemos que estar aquí por si lo encuentran, para interrogarlo, para…

—Está bien —dijo Falk—. Hallberg, acompaña tú a Johansson. Te vendrá bien.

Wiik abrió la boca, pero sabía que se había metido en un callejón sin salida.

Hallberg echó un vistazo a Jamie, trataba de contener una sonrisa.

Ella entendía por qué Hallberg estaba contenta, pero no podía corresponderle. Había un asesino suelto y Jamie empezaba a tener la sensación de que no hacía otra cosa que jugar con ellos.

Y eso la asustaba.

Demasiado asustada para sonreír.

Demasiado asustada para hacer otra cosa que no fuera insistir en el caso. Y no apartar la vista del objetivo ni un segundo.

Jamie se levantó de la silla sin decir nada y recogió su abrigo del respaldo.

Wiik había encontrado algo interesante que mirar en su teléfono y no se molestó en despedirse. Eso no la sorprendió. Las cosas no habían salido como él quería y este era el resultado. Un silencio

mezquino.

En todo caso era mejor que la alternativa, al menos eso supuso.

Jamie no sabía qué pensar de Hallberg como compañera. Si la chica era como ella a su edad, la cosa no pintaba tan mal.

Al menos era mejor que ir sola.

Y Falk lo sabía. El instinto de Jamie la había llevado a Rättvik y eso había sacado de quicio a alguien.

Quizá Falk esperaba que enviarla a ver a los Gunnarson tuviera el mismo efecto: sacar a Eriksson, o a quien estuviera detrás de todo aquello, de las sombras.

Jamie no sabía si eso la convertía o no en un cebo, pero, mientras caminaba junto a Hallberg, que avanzaba con brío entusiasta a su lado, apretó los puños. No por ira, ni siquiera por determinación. Simplemente para evitar que temblaran.

28

Jamie observó con divertida curiosidad cómo Hallberg marcaba el número de los Gunnarson y ponía la voz más formal que podía.

—Hola —dijo cuando contestaron—. ¿Hablo con Mikael Gunnarson? Me llamo Julia Hallberg, soy *polisassistent* de la Policía de Estocolmo.

Estaban sentadas en el coche de Hallberg, un Mercedes compacto con un pequeño y potente motor de gasolina. No era tan lujoso como el Volvo de Wiik, pero estaba bien. Jamie nunca había perdido la cabeza por el lujo. Prefería la funcionalidad a la forma y, a juzgar por el olor —Jamie olfateó el aire del habitáculo y detectó un ligero aroma a coche usado recién comprado—, Hallberg también lo había preferido hasta hacía poco. Jamie echó un vistazo por encima del hombro y vio que las alfombrillas de los asientos traseros estaban cubiertas con papel. Pasó el dedo por el salpicadero y notó la textura grasienta del cuero de imitación. Sí, no hacía mucho que lo tenía.

Jamie la analizó ahora, sin atender a sus palabras, mientras les explicaba a los Gunnarson que les gustaría hacerles una visita, hablar con ellos sobre el asesinato de su hija.

Hallberg era delgada y tenía la cintura y los hombros estrechos. Sus rasgos eran afilados, llevaba el pelo oscuro recogido en una coleta que, aunque sencilla, dejaba ver que se cuidaba el cabello. Su ropa era profesional, aunque mantenía un toque informal. Llevaba unos vaqueros ajustados negros y unas botas planas estilo Chelsea con la punta ligeramente afilada y una coqueta hebilla. Jamie no creía que fueran muy adecuadas para correr. Especialmente en pleno invierno sueco. De cintura para arriba Hallberg vestía una chaqueta gris y una camisa blanca con el botón superior desabrochado. Jamie no sabía si había visto alguna vez un atuendo que delatase tan claramente a un policía.

Levantó la vista y vio que la chica le sonreía. Entonces se corrigió. Jamie tenía que dejar de llamarla «chica», incluso en su cabeza. Le llevaba menos de diez años a Hallberg, serían más bien siete, y sin embargo parecían separadas por toda una vida. Hallberg era enérgica, positiva, optimista… incluso juvenil. Jamie estaba… cansada. Cínica. Y rota. Si se fijaba bien notaba que el codo le dolía justo donde un traficante se lo había roto con un bate de béisbol. El hombro le latía levemente allí donde la habían apuñalado. Y las muelas traseras de la parte izquierda aún le dolían y estaban un poco flojas después de que un cabrón al que perseguía le diera varios golpes.

Todavía no podía beber cosas frías sin hacer una mueca de dolor.

—¿Estás bien? —preguntó Hallberg.

Jamie salió de su ensimismamiento y se dio cuenta de lo agotada que se sentía.

—Lo siento, sí. Solo me he distraído un segundo. —Bajó la mirada y se dio cuenta de que se estaba frotando el codo dolorido, rápidamente retiró las manos y las dejó en el regazo—. ¿Todo en orden?

—Sí, Mikael llegará a casa en media hora y Åsa ya está allí. Ha dicho que podíamos ir ahora.

—¿A qué distancia está?

—Un poco más allá de las afueras, tardaremos menos de una hora.

—De acuerdo —Jamie suspiró y se frotó los ojos—. ¿Quieres tomar un café para el camino?

—Claro —dijo Hallberg con alegría—. Conozco un sitio estupendo.

—Faltaría más…

Jamie odiaba que la positividad de Hallberg le fastidiase tanto.

Salieron del aparcamiento subterráneo de la sede central y se adentraron en los últimos minutos de luz solar. La niebla descendía sobre las calles, tal y como Jamie había previsto, y pronto sería de noche.

Tragó saliva y miró por la ventana, intentaba conservar la poca energía que le quedaba.

Con un poco de suerte, Hallberg no sería de las que hablan

mucho. Sin embargo, al echar un vistazo a la joven y decidida *polisassistent*, cuyo pulgar tamborileaba alegremente sobre el volante y que tarareaba una melodía que solo ella podía oír mientras se armaba de valor para hacer la apremiante pregunta que tuviera en la punta de la lengua, Jamie supo que sí lo era.

Y, lo que era peor, mucho peor, era que empezaba a echar de menos a Wiik.

Y ni siquiera habían llegado a la cafetería.

Los faros del automóvil de Hallberg atravesaban la niebla mientras avanzaban por una estrecha carretera a unos cien kilómetros de la ciudad.

La niebla se había espesado hasta convertirse en algo parecido a una sopa y el termómetro en el salpicadero marcaba unos agradables seis grados bajo cero.

El último resto de calor había desaparecido del vaso que Jamie sostenía entre las manos, pero no dejaba de aferrarse a él, con el deseo de que el triple expreso se le filtrara en el cuerpo y le encendiera la mente.

Los árboles, como blancas franjas verticales, pasaban rápidamente ante los faros. Un bosque de abedules plateados se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Los Gunnarson habían prosperado y vivían en una gran propiedad, situada en una ladera con vistas a un estrecho valle y un pequeño lago. Aquella carretera solo daba servicio a su casa y terminaba en su misma puerta. Hacía más o menos un kilómetro habían pasado una bifurcación, que sin duda conducía a otra gran propiedad, pero ahora ya no había nada más.

Jamie soltó aire, el constante vaivén de la carretera le había provocado nauseas.

Hallberg conducía con suavidad, con ambas manos en el volante y, por fortuna, se había quedado en silencio.

Sin embargo, Jamie no se encontraba bien de todos modos.

Los Gunnarson tenían la clave, la respuesta a la pregunta: ¿qué es lo que no entendemos? Pero ella no se sentía bien. Algo no iba bien.

Un imponente portón negro emergió de la penumbra, con dos grandes pilares de piedra a cada lado, de los que surgían sendos muros de piedra que se adentraban en el bosque en ambas direcciones. Tenían tres metros de altura y estaban coronados por rocas puntiagudas. Debía de haber millones de ellas. Y probablemente había costado mucho ponerlas allí.

La puerta de la finca parecía pesada e inamovible. Al fin y al cabo, supuso Jamie, la seguridad era importante cuando se vivía a treinta minutos en coche del pueblo más cercano. Y de cualquier posible rescate.

Hallberg redujo la velocidad y bajó la ventanilla para hablar al interfono que sobresalía del suelo a unos seis metros de la puerta.

Jamie miró hacia delante y vio una rendija de luz amarilla en la unión de las dos puertas. Se enderezó e intentó ver por encima de ella, lo que le permitió vislumbrar el tejado plano de la mansión de los Gunnarson.

Estaban en la ladera de una colina: a la derecha, el terreno descendía hasta el fondo del valle y, a la izquierda, subía hasta la cima de la colina, unos cientos de metros más arriba. Jamie se preguntó cuánto de todo aquello sería de su propiedad.

La casa parecía encaramada en la ladera y, desde allí, Jamie podía ver que estaba rodeada de árboles por detrás, pero abierta por delante. Esperaba ver un césped bien cuidado que se extendiera desde la parte delantera de la casa hasta donde alcanzase la vista, y que ofreciera una vista despejada del valle. Se lo imaginó: incluso desde detrás de aquellas puertas impenetrables era capaz de visualizar la fachada de cristal. Si hubiera sido su casa, habría dejado todo el lateral de vidrio. Mucha luz natural, un entorno espacioso y ningún vecino en kilómetros a la redonda. ¿Qué podría ser mejor?

Una ráfaga de aire frío golpeó a Jamie, que buscó a Hallberg con la mirada.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Hallberg se recostó en el asiento y se volvió hacia Jamie.

—No responden.

—Inténtalo de nuevo —dijo Jamie, tratando de controlar su respiración.

Hallberg se asomó pulsó el botón de llamada una segunda vez y luego una tercera.

La temperatura en el coche había descendido de modo considerable y su aliento se condensaba frente a sus caras, mientras las salidas de aire del salpicadero luchaban por evitar que se empañara el parabrisas.

Hallberg retiró la mano y miró a Jamie.

—Sabían que veníamos.

Jamie se encogió de hombros.

—Gente rica —dijo, con la intención de restarle importancia. Y, sin embargo, algo no terminaba de cuadrar.

¿Cuánto tiempo podían quedarse allí esperando?

—¿Los llamo? —preguntó Hallberg.

Jamie echó la cabeza hacia atrás, sin dejar de tamborilear con los dedos sobre el vaso que tenía entre las rodillas, y atenta al delgado hilo de luz que se colaba entre las verjas. Se le había puesto la piel de gallina y no era por el frío.

—Sí —dijo tras un segundo—. Llámalos.

Hallberg subió la ventanilla y sacó el teléfono del soporte del salpicadero para buscar el número en la agenda.

Jamie comprobó su reloj. Eran casi las seis y media. Las nubes habían ocultado la luz de la luna y el bosque que los rodeaba estaba ya sumido en una negra quietud.

La niebla se arremolinaba delante de los faros.

Hallberg llamó y el débil sonido del tono resonó a su alrededor.

Oyeron un golpe sordo en la distancia y Jamie se incorporó de golpe. Una bandada de pájaros voló de entre los árboles, levantó una nube de nieve y llenó el aire de frenéticos graznidos.

Hallberg se irguió como una suricata, sin dejar de mirar en todas direcciones.

—¿Qué demonios ha sido eso?

Jamie tragó saliva con dificultad, su corazón se había acelerado. Conocía bien ese sonido, incluso amortiguado por el cristal de las ventanas, incluso atenuado por el bosque, la niebla y la distancia.

—Ha sido un disparo —dijo.

Para ser más precisos, era el disparo de un rifle de caza. Tenía un

sonido característico que ella había llegado a conocer bien gracias a los viajes con su padre. Era de calibre medio. Una bala de 6,5 mm. Diseñado para cazar presas más grandes que unos simples gansos. De eso estaba segura.

La voz de Hallberg sonaba ahora tensa y tenía los ojos muy abiertos.

—¿De dónde ha venido? ¿Ha sido cerca? ¿Inspectora Johansson?

Miraba a su alrededor nerviosa, pero cuando pronunció su nombre Jamie ya había salido del coche.

La verja estaba cerrada y, desde dentro del coche, Jamie no podía ver al otro lado. Hallberg estuvo a punto de gritar al ver a Jamie subirse primero al capó y luego al techo para ver mejor la casa.

Era como ella pensaba: extensa, con fachada acristalada. Abierta a los elementos, a la naturaleza y a cualquiera con un rifle de precisión con el alcance suficiente, y las agallas para disparar desde el otro lado del valle.

No estaba muy lejos, tal vez doscientos o trescientos metros como mucho. No hacía falta ser un tirador de competición para acertar desde esa distancia.

Jamie volvió la cabeza hacia la casa, la escudriñó en busca de alguna señal de que algo anduviera mal. Había una pequeña parte de ella que todavía esperaba que simplemente sus vecinos fueran aficionados a la caza.

Pero entonces lo vio.

Una de las ventanas que daban al valle estaba destrozada. La parte superior aún se aferraba al marco, pero una red de grietas atravesaba el cristal, y la parte inferior yacía hecha pedazos sobre el pulido suelo de roble de la casa de los Gunnarson.

Se le encogió el corazón y se le heló la sangre.

Hallberg había salido del coche y le gritaba, pero ella no la oía. Lo único que Jamie oía era el rugido de la sangre en sus oídos.

Se escuchó otro disparo, Jamie se estremeció y se agachó en un acto reflejo.

Los árboles la protegían del tirador, pero la casa no contaba con ese parapeto.

Una segunda ventana explotó en una lluvia de cristales. Cayeron

al suelo y se esparcieron por todas partes, llovieron incluso sobre el césped cubierto de nieve.

Jamie estaba paralizada, no podía apartar los ojos de la casa.

—¡Inspectora!

Jamie no podía moverse.

—¡Jamie!

Hallberg tiraba de su pierna, trataba de que bajase del techo, sin duda temía que le volaran la cabeza.

El pie de Jamie resbaló debido a las gotas heladas que se habían ido cristalizando en el techo del coche y sus piernas se abrieron. Cayó sobre la cadera y se deslizó por el parabrisas hasta acabar en el capó.

La humedad hacía que le escociera la piel, fría y dolorida, y el limpiaparabrisas se le clavó en el muslo.

Jamie gruñó, rodó hasta el suelo y luego se levantó. Entonces se puso en movimiento, guiada tan solo por el instinto.

Hallberg no había dejado de gritar, pero Jamie no la escuchaba: los Gunnarson estaban en peligro, si es que no estaban ya muertos. ¿Estaría Eriksson al otro lado del valle en ese momento? ¿Estaba terminando lo que había empezado veinticinco años atrás? ¿Sería Leif Lundgren el siguiente? ¿O tal vez los padres de su última víctima?

Jamie corrió hacia la verja y saltó sobre el portón, las punteras de Kevlar de sus botas golpearon el resbaladizo acero y sus manos se toparon con la parte superior.

Trepó, las suelas de sus botas dejaron rastros húmedos en la pintura negra, los hombros le crujían y se tensaban a medida que se impulsaba hacia arriba y pasaba la pierna por encima.

Miró hacia atrás, con la respiración entrecortada, y vio a Hallberg clavada en el sitio detrás de la puerta abierta de su coche, con la boca abierta por la sorpresa y los ojos muy abiertos por el miedo.

Y entonces desapareció.

Los tacones de Jamie chocaron con el asfalto de la entrada de los Gunnarson. Ya estaba al otro lado. Avanzó veloz por el amplio camino de entrada.

Sentía los aguijonazos de la gélida niebla en las mejillas y las

cuchilladas del aire en los pulmones. Se le cerró la garganta y quiso toser. Pero Jamie reprimió aquel reflejo y aceleró sin dejar de oír el ralentí del motor del Mercedes ahogado por la niebla.

Los árboles habían desaparecido a su derecha, sustituidos por un césped en pendiente. Descendía unos diez o quince metros y terminaba en el mismo muro alto de piedra que mantenía a raya los árboles.

Jamie solo veía una densa pared de niebla gris, pero sabía que el tirador estaba en algún lugar desde el que disfrutaba de una despejada línea de visión hasta la casa, por encima de las ramas más altas.

Levantó la vista hacia la construcción: un edificio cuadrado con techo plano que se adentraba en la ladera.

A Jamie le ardían las piernas cuando llegó al final del camino, ya que se había agachado mientras avanzaba, con las rodillas pegadas al pecho. El asfalto se ensanchaba al llegar al enorme garaje doble ubicado junto a la puerta principal, y Jamie se escondió entre los dos coches aparcados allí: un BMW cupé de gama alta y un Porsche sedán extremadamente caro con unos tubos de escape, cuatro en total, tan grandes que Jamie podía meter el puño en ellos.

Recuperó el aliento con rapidez y, aunque no dejaba de sentir el hormigueo en los dedos y los fuertes latidos del corazón, se asomó a través de la ventanilla del conductor. Nada se movía en el océano de niebla.

Jamie miró hacia atrás, hacia la verja, y maldijo. Todavía no había señales de Hallberg y tampoco se oía ningún ruido en el interior.

Algo brilló en el rabillo del ojo de Jamie: una rosa resplandeciente en medio de la oscuridad. Refulgió apenas un instante y luego se apagó, y el estruendo llegó justo un segundo después. El cristal sobre su cabeza explotó y la bala, tras dejar una gran hendidura plateada en la brillante pintura negra, atravesó el capó del BMW. Algunas chispas bailaron cuando la bala rebotó hacia los árboles situados detrás de la casa y el BMW se bamboleó debido al impacto. Sus luces comenzaron a parpadear y la alarma atronó con fuerza.

Jamie se echó al suelo junto a la puerta del Porsche y se protegió la cabeza, los oídos le zumbaban y sintió cómo le llovían fragmentos

de cristal sobre la cabeza y hombros. Maldijo para sí misma, casi incapaz de oír su propia voz.

No sabía a qué distancia estaba el tirador, pero no era ningún novato y había demostrado que no tenía miedo de dispararle.

Sin embargo, no estaba allí por Jamie, su objetivo era la casa. Disparaba contra los Gunnarson. Ellos eran el objetivo. Jamie era tan solo una testigo.

Respiró hondo, rodó y se arrastró como un oso hasta el parachoques delantero, en línea con la puerta principal. Estaba oculta tras un muro de piedra, sin duda diseñado para bloquear el gélido viento que soplaba desde el lago. Pero ahora a ella le serviría de refugio. O eso esperaba.

Tenía que moverse rápido: entrar y encontrar a Mikael y Åsa Gunnarson. Llevarlos a un lugar seguro y esperar a que llegaran los refuerzos.

Jamie estuvo al descubierto solo un instante.

Vio otro destello, se lanzó hacia delante y, con un estruendo, chocó con los codos contra la puerta de entrada de madera.

Las piedras de la esquina del muro protector se convirtieron en polvo y se desmoronaron, lo que dejó un agujero del tamaño de una naranja. No sabía qué rifle usaba el tirador, pero no eran balas de caza, tampoco blindadas ni con punta hueca. Jamie observó el agujero en el muro y la amplia hendidura en el capó del BMW, cuya alarma no dejaba de sonar: iba en serio. Debían ser de punta balística. Balas con punta de plástico que se desintegraba con el impacto, lo que permitía que la cabeza plana de la bala se expandiera y se abriera una vez alcanzado el objetivo. Diseñadas para causar el máximo daño. Fabricadas para obtener la máxima potencia. El tipo de bala que convertiría un disparo impreciso en un acierto mortal. Las balas blindadas perforaban, podían cortar, atravesar a la víctima sin más y no llegar a causar daños importantes. Una punta balística propiciaba una explosión al impactar, lo que garantizaba daños graves.

Jamie analizó el agujero en el BMW, sin dejar de preguntarse cómo sería recibir un impacto de una de aquellas balas.

No quería ni pensarlo.

Había dos personas allí dentro que estaban en la lista de objetivos del tirador. Dos personas que podían ser la respuesta a sus preguntas. Dos hipotéticas piezas clave en la investigación. Que podían marcar la diferencia entre un caso resuelto o un interminable reguero de víctimas.

Jamie apretó la mandíbula tan solo para controlar sus temblores, respiró tan hondo como pudo y luego se volvió hacia la puerta, giró el picaporte y entró.

El interior era luminoso, con suelos de tarima oscura y lujosa. Nogal o cerezo. No había tiempo para pensar en cuál.

A la izquierda de Jamie había una puerta. Tenía que ser el garaje. La abrió, asomó la cabeza y se topó con un interior oscuro. Un todoterreno estaba tranquilamente aparcado al fondo, con una baca abierta de la que asomaban unos esquís. Los Gunarasson acababan de regresar de un viaje o lo estaban planeando.

—¿Hola? —llamó.

No hubo respuesta.

Jamie maldijo. Cómo iba a ser tan fácil.

Dejó la puerta abierta y volvió al pasillo para seguir avanzando. Más adelante, el espacio se abría en una gran cocina y sala de estar que compartían espacio.

Vio otra puerta abierta a su izquierda que conducía a un pequeño cuarto de baño. Vacío también. Mierda.

Jamie llegó a la esquina de la cocina y redujo el paso antes de pegarse a la pared.

Aún olía intensamente a comida, quizá italiana o mediterránea. Pero había también otro aroma con un toque metálico.

Jamie echó un vistazo a la pared a la que se había pegado. Blanca.

La de enfrente, blanca también.

Todas las paredes eran blancas.

Dejó que su mirada se deslizara por la pared del fondo, desde la puerta abierta del cuarto de baño hasta la sala de estar.

Recorrió un tercio del panorama y se detuvo, sintió náuseas. En la pared del fondo, entre una fotografía de los Gunnarson sentados, abrazados en un barco, bañados por la luz dorada del sol, y una

vieja fotografía en blanco y negro de una joven que Jamie supuso que sería Tilde Gunnarson, había una mancha escarlata.

Se acercó a la esquina y miró hacia fuera, recorrió con la mirada la amplia habitación: la brillante encimera blanca de la isla de la cocina, los sofás de cuero blanco, la chimenea, la mesa de comedor de madera llena de velas y platos medio llenos… y una mujer desplomada sobre su cena, de espaldas a la ventana destrozada, con la mejilla apoyada en la superficie, los ojos muy abiertos y vacíos, y un agujero de color rojo sangre entre los hombros.

Los brazos de Åsa Gunnarson habían quedado extendidos sobre la madera, su copa de vino volcada había rodado fuera de los dedos de su mano derecha, la izquierda todavía agarraba el cuchillo que había usado para comer.

El cabello castaño rojizo yacía alrededor de la cabeza en una maraña enredada y un fino hilo de sangre le brotaba de la boca abierta.

A través de los huecos de los listones de madera de la mesa caían gotas de sangre que se acumulaban bajo ella. El vestido blanco y ajustado estaba empapado, los pies formaban extraños ángulos con los tobillos doblados sobre los talones, como si hubiera intentado moverse, acaso los últimos restos de vida abandonando el cuerpo.

A juzgar por las salpicaduras en la mesa y la pared, la primera ráfaga la había alcanzado de lleno en la espalda y le había destrozado el pecho antes de dejar rastros de sangre por toda la sala.

Jamie se agachó. Se forzó a respirar, aunque no pudiera quitarse el hedor de la nariz. Sangre. Demasiada sangre. El cuerpo humano contiene unos cinco litros. Y la de Åsa Gunnarson no dejaba de empapar su carísimo suelo de nogal.

Jamie tragó la bilis que le subía por la garganta y se obligó a concentrarse. Åsa estaba muerta. Pero la mesa tenía dos platos: el de Åsa y otro enfrente de ella. Estaba todavía sobre la mesa, con el borde ancho del cuenco salpicado de sangre. Jamie pudo ver un cuchillo y un tenedor en el suelo, junto a la silla que había sido empujada hacia atrás desde la mesa en un ángulo extraño.

Jamie entrecerró los ojos, debía ignorar a la mujer muerta e

intentar llamar al marido.

—Mik… —Su voz sonó como un graznido. Se aclaró la garganta y se obligó a hablar más alto—. ¿Mikael Gunnarson? —gritó para que se escuchase por toda la sala, en busca de cualquier señal del marido desaparecido, tratando de no perderse ni un solo detalle de la sala.

¿Cuántos disparos había oído desde el coche? ¿Dos, tres?

Uno había acabado con Åsa, la bala había hecho pedazos su cavidad torácica. La segúnda había reventado otra ventana.

Jamie se asomó y miró las ventanas. Era una fila de ocho. La tercera ventana se había hecho añicos con el primer disparo, justo detrás de Åsa. La quinta y la sexta también estaban rotas. Dos disparos más.

Se volvió hacia la pared salpicada de sangre y buscó más allá de la foto de Tilde Gunnarson.

Un pasillo conducía a la parte trasera de la casa, donde, supuso Jamie, estarían los dormitorios, y junto a él había una marca en la pared que dejaba ver el hormigón bajo la pintura. Ese era el segundo.

Avanzó más y vio otra marca, esta vez más arriba: el tercer disparo. Debajo de la marca, en el suelo, había otra fotografía hecha pedazos, destrozada, con el cristal quebrado en afilados fragmentos.

Al fondo del salón, Jamie distinguió otra pared que dividía la zona de los sofás y la chimenea de un pasillo que giraba a la izquierda y se perdía de vista. ¿Dormitorios, lavadero? No lo sabía, pero las balas habían perseguido a Mikael Gunnarson en aquella dirección. Y hacia allí debía ir.

Mierda.

Eran diez metros sin protección.

Y el tirador no quería que nadie saliera vivo de aquella casa.

Suicidio.

Esa fue la palabra que le vino a la mente.

Jamie miró su reloj y pensó en el trayecto que habían hecho hasta allí. Los veinte minutos de espera, como mínimo, antes de que llegaran las luces azules intermitentes.

El tirador lo tendría en cuenta y no querría dejar escapar a los

Gunnarson. Si no lo había hecho ya, ahora estaría acercándose a la casa, quizá en busca de un nuevo punto estratégico. Jamie tenía que darse prisa, encontrar a Mikael y luego aguantar hasta que llegaran los refuerzos o ponerse a salvo hasta que el tirador fuera a por ellos.

No tenía tiempo para pensar en quién podría haber sido.

Tenía que moverse.

Jamie retrocedió hacia la puerta principal para tomar impulso, apoyó los talones en ella y luego apretó los puños, lista para saltar y cruzar el hueco.

Contó hasta tres en su cabeza y luego se detuvo en el dos antes de que perdiese el valor.

Salió corriendo al centro de la sala, donde el viento helado que entraba por las ventanas rotas la golpeó como una pared y la dejó sin respiración.

No se detuvo pese a los jadeos, los cristales rotos crujían bajo sus botas mientras se dirigía hacia la pared opuesta.

Otro destello iluminó su campo de visión y la pared ubicada en frente estalló convertida en una lluvia de hormigón y pintura.

El estruendo resonó en toda la casa, la ensordeció mientras levantaba las manos para protegerse la cara, los gránulos del hormigón le golpearon los brazos formando una nube.

Jamie cerró con fuerza los ojos al notar el polvo, sintió cómo le golpeaba los dientes al avanzar, y apenas alcanzó a ver la pared divisoria cuando se había abalanzado ya sobre ella.

Intentó equilibrarse, pero iba demasiado rápido. Se golpeó en el hombro, giró sobre sí misma y cayó al suelo, donde aterrizó con fuerza antes de deslizarse por el estrecho pasillo.

Jamie, tumbada de espaldas, apenas podía respirar. Miró hacia la sala de estar, donde una espesa nube de pintura blanca y yeso aún flotaba en el aire cargado con el olor de la sangre.

El tirador la había guiado a través del espacio, había apretado el gatillo una fracción de segundo antes de lo debido, sin llegar a calcular bien el tiempo de vuelo del disparo y la velocidad de su movimiento. Pero de haber disparado desde más cerca la bala le habría atravesado los brazos, quizá el cuerpo entero.

Jamie necesitaba darse la vuelta y vomitar.

Pero aquello no había terminado.

Todavía respirando con dificultad se puso en pie y extendió la mano para equilibrarse con la pared.

El pasillo se extendía hacia la parte trasera de la casa: vio dos puertas a la izquierda y, al final, una puerta a la derecha que daba al exterior. Jamie avanzó con cuidado, aguzando el oído para detectar cualquier movimiento. No oía nada y rezó para que Mikael Gunnarson no hubiera sido tan estúpido como para intentar escapar por la puerta trasera.

Jamie se detuvo ante una ventana que encontró a su derecha y miró hacia fuera. Daba al valle; era imposible que el tirador pudiera verla desde donde estaba. Vio un camino de losas que se alejaba de la casa y se dirigía hacia una verja en la línea de árboles, a unos quince metros del jardín.

¿Estaría yendo el tirador hacia allí en aquel momento?

Apretó la mandíbula y continuó. No había tiempo que perder.

La primera puerta a su izquierda estaba abierta. Echó un vistazo al interior y vio un amplio cuarto de baño con una ducha a ras de suelo. Pero ni rastro de Mikael.

Respiró hondo tratando de calmarse, pero su corazón no se calmaba. No paraba de latir frenéticamente contra sus costillas.

—¿Mikael? —Intentó de nuevo—. ¿Mikael Gunnarson? Soy de la policía —dijo Jamie—. Si se encuentra bien, hágamelo saber.

Pero solo hubo silencio.

Ya solo quedaba una puerta.

Jamie se dirigió hacia ella con convicción y descubrió que estaba cerrada.

Hizo una pausa de un segundo, puso la mano sobre la madera, respiró hondo, luego giró el picaporte y entró.

La puerta se abrió con un crujido y sus botas se hundieron en una mullida alfombra. El interior estaba oscuro y solo alcanzó a distinguir el contorno de una cama gracias a la luz natural que entraba por una gran ventana situada en el lado derecho de la habitación.

—¿Mikael? —preguntó a la oscuridad.

No sabía si era el susurro de la alfombra, el crujido de un tendón tenso o simplemente la parte primitiva de su cerebro lo que la

alertaba del peligro. Pero, un instante antes de que sucediera, se giró por instinto hacia la izquierda y tensó los músculos.

Algo duro la golpeó en el estómago y la tiró al suelo, lo que la empujó a un lado, hacia el interior de la habitación, y la estrelló contra la pared de la ventana.

Se quedó sin aliento y gritó. Las estrellas bailaron ante sus ojos.

La luz que ahora entraba por la puerta le permitió ver la figura de un hombre que se echaba hacia atrás y se preparaba para darle un puñetazo. Su codo se elevó en la oscuridad, recortado contra la luz del pasillo, y se detuvo antes de lanzar su mano cerrada hacia la cara de Jamie.

Ella levantó las manos para defenderse, rodó hacia la derecha y sintió cómo el puño rebotaba en sus antebrazos y golpeaba la pared justo al lado de su oreja izquierda.

El agresor gruñó y maldijo antes de, en estado de shock, retirar la mano, lo que le dio a Jamie el espacio suficiente para reaccionar. Su entrenamiento se puso en acción, la memoria muscular hizo su trabajo y ella se colocó dentro del alcance del hombre, se inclinó hacia su pie izquierdo y levantó la rodilla derecha con toda la fuerza que pudo describiendo un pronunciado arco.

Impactó en la parte inferior del abdomen del atacante, justo encima del pubis, que soltó un gemido sordo y se dobló por la mitad.

Sin perder tiempo, Jamie pivotó sobre su pie derecho y lanzó una patada baja con la izquierda en la parte posterior de la pantorrilla del hombre.

El pie de él crujió y la vibración le llegó hasta la cadera.

Pero el hombre se hincó de rodillas, en mitad de la oscuridad, con los ojos muy abiertos por el miedo y sin dejar de mirar a Jamie.

—*Nnälla, döda mig inte* —susurró, entre jadeos entrecortados. «Por favor, no me mates».

Jamie bajó el puño armado, que tenía ya dirigido a la mandíbula del hombre, y miró hacia la puerta, mientras con la otra mano se masajeaba el esternón.

—¿Mikael Gunnarson? —preguntó, sin bajar del todo la guardia.

Él asintió con miedo y levantó las manos hasta colocarlas a la

altura de los hombros.

—*Snälla, jag betalar vad du vill* —dijo sin dejar de mirarla. «Por favor, pagaré lo que quieras».

Ella tragó saliva y bajó las manos al fin.

—Soy la inspectora detective Jamie Johansson —dijo antes de tenderle la mano al hombre—. Vengo de parte de la Policía de Estocolmo.

—¿No ha venido a matarme? —musitó él sin llegar a estrecharle la mano.

—No —dijo Jamie, esforzándose por controlar un gesto provocado por el dolor en el pecho mientras se concentraba en la puerta todavía abierta—. He venido a salvarle la vida.

29

Jamie estaba sentada en la parte trasera de una ambulancia con una linterna apuntándole a los ojos, cuando Wiik detuvo su coche en el camino de entrada tras derrapar sobre el asfalto pulido.

El jardín delantero de los Gunnarson era un mar de luces intermitentes. Había dos ambulancias, cuatro coches patrulla, dos unidades caninas, el coche de Hallberg y ahora el de Wiik.

Abrió la puerta de una patada, salió del coche y apartó las faldas de su largo abrigo con los brazos mientras se abalanzaba hacia Jamie.

Ella suspiró, apartó la linterna de su cara y dio las gracias al paramédico que la examinaba. Este miró a Wiik, se dio cuenta de que quedarse allí probablemente no era una buena idea y se esfumó en la neblina azul.

—Hey —dijo Jamie con un suspiro y se frotó el antebrazo. Mikael Gunnarson no era para nada un boxeador, pero la había golpeado con los nudillos y todavía le dolía con horror.

—¿Hey? —preguntó Wiik incrédulo de pie junto a ella y con las manos en las caderas—. ¿En qué estabas pensando?

Jamie lo miró con los ojos entrecerrados.

—Estoy bien, gracias por preguntar —dijo.

Las fosas nasales de Wiik se dilataron y luego exhaló con fuerza, al tiempo que se alisaba el pelo.

—Podrían haberte matado.

—También a Mikael. —Jamie apretó la mandíbula—. A Åsa la han matado.

Se giró y señaló con la cabeza hacia la casa. Dos paramédicos salían de ella y se quitaban los guantes. Mikael estaba ileso, pero Åsa no había sobrevivido. A Jamie le había bastado echar un vistazo a los agujeros en las paredes para saber que no había vuelta atrás

tras un impacto directo como aquel.

El tirador había disparado a matar y lo había conseguido.

Wiik se quedó estoicamente callado, con la vista perdida en la oscuridad, la niebla aún espesa en torno a la casa.

Los haces de luz de las linternas se movían intermitentemente en la distancia, entre los árboles, mientras las unidades caninas peinaban el bosque en busca del tirador. Jamie sabía que a esas alturas ya estaría lejos de allí. Pero bastaría con encontrar su nido, tal vez algunos casquillos, cualquier cosa, para tener un hilo del que tirar. No estaba tan segura de la identidad del tirador, pero sabía que Wiik ya había decidido quién era su sospechoso, por lo que esperaba que las unidades caninas acorralaran a Eriksson allí fuera.

—No deberías haberte precipitado así —murmuró Wiik, que intentaba dirigir su ira hacia otro objetivo. ¿Estaba preocupado?

Jamie miró más allá de él para ver a Hallberg, que estaba cerca de la parte delantera de su coche. Hablaba por teléfono, pero los iba mirando. ¿Cuánto le había contado a Wiik de lo sucedido?

—¿Y qué otra cosa podía hacer? —preguntó Jamie, sin saber de verdad cuál era la respuesta.

—Esperar, pedir refuerzos —respondió él sencillamente.

—Los agentes más cercanos habrían tardado veinte minutos en llegar, lo sabes tan bien como yo —dijo Jamie y se esforzó por que su voz no sonase fría—, y además serían unos torpes inexpertos, policías de una unidad campestre que serían tan útiles como… como…

Jamie se calló y sacudió la cabeza. No se le ocurría nada que no fuera una broma, y no le apetecía mucho reírse.

—Eso da igual —dijo Wiik.

—Si no hubiera entrado, Mikael también podría haber muerto.

—Åsa ha muerto de todos modos, ¿y tenías tú alguna forma de saber que Mikael no lo hubiese hecho también antes de que estuvieran a punto de volarte la cabeza? Hallberg me dijo que esquivaste balas hasta llegar a la puerta principal y que el tirador no tenía intención de dejarte llegar hasta él.

Jamie se inclinó sobre Wiik y miró a Hallberg con el ceño fruncido. Esta apartó la mirada avergonzada. El razonamiento de Wiik era

irrefutable.

—Mira —dijo con evidente cansancio—. Estoy bien. Mikael Gunnarson está bien. —Jamie señaló con la cabeza uno de los coches patrulla, donde apenas se distinguía en la oscuridad del asiento trasero, encorvada y con la cabeza gacha, la silueta de la que podría haber sido la segunda víctima—. El tirador no le alcanzó y tampoco me dio a mí. Entré porque es muy probable que el caso recaiga ahora en lo que nos diga Gunnarson y no estaba dispuesta a dejar que nuestra mejor pista recibiera una bala.

La boca de Wiik se había convertido en una línea inexpresiva.

—El tirador conocía esta propiedad y los objetivos. Lo había planeado y lo ejecutó con precisión. Que llegáramos en ese momento fue una suerte increíble. Y que yo entrara en la casa puede que haya sido lo único que impidió que el tirador avanzara y terminara el trabajo. No tengo ninguna duda de que, si no hubiéramos estado aquí, habría dos cadáveres ahí dentro, y además no estaríamos más cerca de averiguar qué narices está pasando aquí.

Wiik se negaba a mirarla. No le quitaba ojo a la casa.

—No encaja —dijo después de unos segundos.

—¿Qué no encaja? —preguntó Jamie y sacudió la cabeza. No le quedaba energía para averiguar acertijos.

—Esto —dijo Wiik, sin apartar la mirada de la casa—. Que el asesino vaya tras Mikael y Åsa Gunnarson.

—Creo que no te entiendo —dijo Jamie mirando a Wiik a los ojos.

—En cada caso, las otras cinco víctimas —dijo Wiik, que ahora le devolvía la mirada y extendía los cinco dedos—. Christina Bergner: su padre fue atropellado y murió. —Bajó uno de sus dedos—. Britta Engdahl, su madre desapareció sin dejar rastro. —Otro dedo—. Hilda Nordell, su padre se ahorcó. El padre de Agnes Floden, desaparecido. El padre de Elin Wickstrom, apuñalado. —Bajó un dedo tras cada uno de los asesinatos—. Hay un patrón ahí.

—No se trata de una cuestión de género —dijo Jamie, tratando de ocultar lo impresionada que estaba por el hecho de que él lo recordara todo. Apenas parecía interesado en lo que Hallberg le decía y, desde luego, no tanto como para convencerse de que

debían venir aquí tras los Gunnarson. Y, sin embargo, había recibido esa información y la había memorizado desde el principio. Jamie estaba impresionada. Pero no dejó que se le notase—. Eso ya lo sabemos —continuó—. La madre de Britta Engdahl fue el objetivo, al igual que ahora lo ha sido Åsa Gunnarson. El resto son padres.

—Pero ¿por qué?

—No lo sé —respondió Jamie con sinceridad.

—¿Por qué el asesino iría tras las chicas? Específicamente chicas. De trece o catorce años. Del mismo grupo de la iglesia. Todas relacionadas. Todas parecidas. Jóvenes, cristianas, listas para su confirmación. Todas asesinadas de la misma manera. Secuestradas, asfixiadas y expuestas. Pero luego los padres… Esos asesinatos fueron oportunistas, adaptados a la víctima, no proyecciones del asesino. —Wiik volvió a fruncir los labios—. También fueron cuidadosos. Ocultos. Plausibles. Aparentemente accidentales. Un atropello con fuga, desapariciones, supuestos suicidios. Pasaron desapercibidos.

Jamie suspiró, estaba de acuerdo.

—Disparar a dos empresarios de perfil alto con un rifle de caza no es lo que se dice discreto. No encaja —sentenció con tono cansado.

—No, no encaja. —Wiik volvió a mirar el bosque—. Así que, ¿qué es lo que ha cambiado entre entonces? ¿Qué le ha llevado a atacar así a los Gunnarson? ¿Por qué a los dos?

—Si el asesino era veinticinco años más joven entonces —reflexionó Jamie—, probablemente era lo suficientemente joven y fuerte como para acabar con ellos de esa manera. Tenía la suficiente confianza en sí mismo para acercarse. Ahora, ya mayor… Un rifle es una apuesta más segura. Quizá no quería acabar con los dos. Es posible que decidiera acabar con ambos para que el otro no pudiera pedir ayuda.

A Wiik no parecía convencerle aquella teoría. Pero, en cualquier caso, en ese momento Jamie tan solo soltaba palabras. La cabeza le daba vueltas. Estaba agotada, la adrenalina ya había desaparecido. Apenas podía pensar.

—No lo sé —dijo con la sensación de haberlo repetido cien veces —. Pero lo averiguaremos. —Se volvió para mirar a Gunnarson—. El

asesino ha ido primero a por las chicas y luego a por sus padres. Tenemos que interrogar a los padres supervivientes y también a Gunnarson. Si alguien sabe por qué los han convertido en objetivo, es él.

—¿Y si no lo sabe? —preguntó Wiik, sus ojos ahora fijos en los de Jamie.

Jamie cerró los ojos y se los frotó con las palmas de las manos.

—Entonces no habremos conseguido acercarnos a la resolución del caso.

30

Era tarde cuando Jamie volvió al hotel. Uno de los agentes la había llevado en coche. Tanto Wiik como Hallberg se habían ofrecido, el primero de modo más que insistente, pero Jamie les había dicho que quería volver ya, mientras que ambos debían quedarse a supervisar el trabajo de criminalística en el lugar de los hechos y esperar la llegada de los forenses.

Llegó a su habitación y echó un vistazo. El hotel estaba limpio, pero era muy básico. Al fin y al cabo, nadie le pagaba los gastos de aquel viaje. Jamie estaba allí porque quería. Se le había permitido colaborar en el caso gracias a la buena voluntad de la *Polismyndigheten*. No le pagaban. No tenían por qué.

Y, sin embargo, había irrumpido en una casa. Había rondado las fauces de la muerte. ¿Y para qué? Para resolver un caso que tenía veinticinco años de antigüedad y que, sin duda, habría sido bien gestionado por el adusto Anders Wiik y la osada Julia Hallberg.

Jamie se sentó en la cama y apoyó los codos en las rodillas, dejando que la cabeza colgase entre ellos. Su bolsa de viaje estaba abierta sobre la silla en la esquina de la habitación, con las dos mudas de ropa que había traído ya sucias. Llevaba puestos sus vaqueros de repuesto, que ahora también necesitaban un buen lavado. ¿Cuánto tiempo pensaba quedarse allí? Y cuando terminase, significara eso lo que significase, ¿adónde pensaba ir? ¿De vuelta a la Policía de Londres? ¿Regresar a Escocia con Graeme? Fue entonces cuando miró su teléfono. Aún no le había enviado ningún mensaje ni la había llamado. Pero, por otra parte, ni siquiera había pensado en él. No terminaba de tener claro qué mostraba eso de ella.

Podría haber muerto aquella noche y la persona a la que más parecía importarle era un hombre al que había conocido hacía solo

tres días. Un tipo que ni siquiera le caía especialmente bien.

Jamie se irguió y luego se dejó caer hacia atrás en la cama, lo que le permitió introducir la mano en el bolsillo de su abrigo.

Los dedos se le cerraron alrededor del delgado cuaderno rojo. Lo sacó y luego pasó las páginas hasta llegar a las últimas que estaban escritas.

Cuando llegó al espacio en blanco que marcaba la muerte de su padre se detuvo y a continuación volvió atrás hasta dar con las entradas dirigidas a ella.

Lo último que su padre había escrito, en el último cuaderno en el que escribió.

Jamie apretó la mandíbula para evitar los temblores, pasó las páginas hasta llegar a la siguiente entrada y luego leyó.

31

Jamie,

Hoy he recibido una carta en la que me informan de que el hombre al que golpeé va a presentar una denuncia contra mí.

Supongo que esta noticia debería hacerme sentir algo, pero no es así.

Ya no siento nada.

Anoche me pareció oírte llegar a casa.

Me desperté, corrí hacia las escaleras y me caí por ellas.

Me quedé en la planta de abajo, sin saber si estaba herido o no, sin tener ni idea de si vendría alguien. Y me di cuenta entonces de que nunca volverías.

Lo único que me mantiene en pie es asegurarme de que te dejo algo más que los recuerdos de lo terrible que fui como padre. Y un hombre incluso peor.

No espero que me perdones nunca, Jamie. Y tampoco creo que me lo merezca.

32

Jamie salió del hotel y se encontró con el aire fresco y claro de la madrugada, con ese tono rojizo que el cielo adquiere justo antes de que amanezca. Un espeso manto de nieve había caído durante la noche y los equipos de limpieza ya habían salido a retirarla con sus quitanieves. Allí yacía, gris y espesa, derritiéndose poco a poco sobre las rejillas bajo su propio peso.

Wiik le había enviado un mensaje de texto donde le decía que quería empezar cuanto antes el interrogatorio de Mikael Gunnarson. Jamie también estaba ansiosa por comenzar. El hombre había exigido que su abogado estuviera presente en todas las conversaciones, así que pasó toda la noche en la sede central de la policía hasta que llegó su letrado. Tanto Jamie como Wiik querían sacarle algunas respuestas lo antes posible, pero, si no iba a hablar sin un representante legal presente, perder el tiempo a las tres de la madrugada no serviría de nada.

Había salido a la calle antes que los trabajadores más madrugadores. Antes que el sol incluso.

La ciudad aún estaba sumida en la oscuridad, las farolas seguían encendidas y proyectaban un tenue resplandor sobre el brillante asfalto.

Jamie cambió el peso de un pie a otro, buscaba que la sangre le llegara a todos los dedos y notó cómo la sal del pavimento crujía bajo sus tacones. Entonces se detuvo y miró al otro lado de la calle.

Entrecerró los ojos para fijarse en un estrecho callejón ubicado entre dos edificios de la acera de enfrente e intentó concentrarse. ¿Eran imaginaciones suyas o había alguien allí?

Notó que su mandíbula se tensaba y dio un paso a la derecha para alinear su vista con la entrada del pasaje.

La farola de la esquina se apagó y la oscuridad envolvió el

callejón. Jamie maldijo en silencio y se obligó a respirar.

Su aliento se condensaba en una nube de vapor que rodeaba su cabeza y oscurecía su visión. Pero entonces eso dejó de importar.

La persona que se escondía en las sombras avanzó para entrar en el terreno iluminado por las farolas.

Jamie no podía distinguir sus rasgos: llevaba una gruesa parka, una sudadera con capucha negra sobre la cabeza y las manos en los bolsillos.

La figura se quedó allí parada, sin moverse; quería ser vista. Quería que Jamie la viera.

Tragó saliva con dificultad y cerró los puños. Su mente se aceleró. ¿El francotirador? ¿El autor de la nota? ¿El secuestrador de Nyström? ¿Eriksson? Maldita sea. ¿Lindvall? Tenía miedo de moverse, miedo de asustarlo. Contaba con una gran ventaja sobre ella.

Pero ¿qué quería?

Jamie levantó la cabeza, miró a izquierda y derecha, vio que la calle estaba desierta y luego levantó las manos para mostrar que no tenía malas intenciones.

La figura se giró un cuarto de vuelta, como si estuviera lista para salir corriendo.

Jamie exhaló y dio un paso adelante.

La figura se quedó quieta.

¿Para qué estaba allí? ¿Para asustarla? ¿Para darle a conocer que sabía dónde se alojaba? O se trataba de otra cosa… ¿Acaso para establecer contacto? ¿Para aproximarse a ella?

«No lo entiendes».

«¿Qué es lo que no entiendo?», fue lo que Jamie tuvo ganas de gritar. Pero se contuvo y dio otro paso con mucha cautela.

La figura no se decidía entre huir o enfrentarse a Jamie.

Ahora ella estaba al borde de la acera y miró hacia abajo, para comprobar dónde pisaba.

La figura se enderezó un poco y se acercó a la calzada.

El corazón de Jamie le latía con fuerza en el pecho.

Dio otro paso, y para hacerlo levantó el pie por encima del montículo de nieve derretida que estaba acumulado delante de ella, y luego dejó caer su talón sobre la calzada.

En el instante en que tocó el suelo, percibió un brillo por el rabillo del ojo y se giró, momento en que vio el Volvo de Wiik detenerse con un derrape.

Jamie se tambaleó hacia atrás, su talón tropezó en el montículo de nieve y resbaló, con un pie a cada lado del montículo. Recuperó el equilibrio y sus manos golpearon el capó del coche.

Se encontró con la mirada de Wiik detrás del parabrisas, con una expresión de sorpresa en el rostro. Abrió la puerta de un empellón y salió.

—¿Qué demonios haces?

Pero Jamie no le escuchaba. Había continuado su camino hacia el otro lado de la calzada.

Él la vio subir al bordillo y entrar en el callejón. Pero la figura ya había desaparecido.

—Mierda —murmuró Jamie y luego retrocedió para volver junto al coche—. ¿Los has visto? —preguntó.

Wiik estaba de pie detrás de la puerta del coche y sacudía la cabeza.

—¿Ver a quién? ¿A la loca que se mete en medio de la calle sin mirar? Casi te atropello.

Jamie refunfuñó y señaló con la mano el Volvo.

—Es tu maldito coche eléctrico. No se le oye llegar.

Volvió a mirar por encima del hombro hacia el callejón, pero no había nadie.

—Se supone que debes mirar a ambos lados, no escuchar —dijo Wiik con tono seco—. Ahora entra.

Jamie suspiró, se frotó los ojos, rodeó el coche y se subió. Wiik le ofreció una taza de café que había sobre el salpicadero.

Ella la aceptó y dio un sorbo.

—Leche desnatada, ¿verdad? —preguntó Wiik, aunque ya sabía la respuesta. No miró atrás antes de arrancar.

—Así es —dijo Jamie, que lo miraba con cautela.

—Hallberg me dijo que parasteis a tomar un café —añadió, mientras accionaba el intermitente antes de girar hacia una calle lateral—. La puse a investigar a Eriksson para ver si había algo que lo relacionara con nuestro francotirador. No tiene armas ni licencia

de caza. A juzgar por todos los indicios, el hombre está tan limpio como un…

—¿Un sacerdote? —sugirió Jamie, tras lo cual arqueó una ceja y dio otro sorbo de café. Por un momento se preguntó si había sido Hallberg quien le había dicho sin más lo del café o si Wiik la había sonsacado.

—Como debería ser un sacerdote —dijo Wiik—. Pero eso no significa nada. Seguimos sin saber dónde está, no hay ni rastro de él. Es como si se hubiera esfumado. Al parecer, nunca había faltado a un servicio antes, ha sido un custodio modélico de la iglesia y, en general, un ser humano jodidamente increíble.

El desdén que se desprendía de su tono resultaba inconfundible.

Jamie echó la cabeza hacia atrás.

—Eriksson era buen amigo de Sjöberg, que tenía experiencia militar. ¿Quizá le enseñó a disparar? Tendremos que preguntarle a Eva Sjöberg si iban de caza juntos. De hecho, deberíamos comprobar si Hans Sjöberg tenía un rifle. Quizá la carta no fue lo único que Eriksson se llevó de la casa de Sjöberg.

A Wiik pareció gustarle aquella idea. Asintió lentamente.

—Buena idea.

¿Café y un cumplido? Desde luego esa mañana estaba de buen humor. Aunque su ceño fruncido no decía lo mismo. Quizá haber rozado la muerte había servido para poner en perspectiva sus sentimientos hacia Jamie. O quizá todo eran imaginaciones suyas.

—¿Cómo vamos con la identificación de la víctima? —preguntó Jamie—. ¿Algún resultado?

—De momento, no —respondió Wiik—. Pero volverá a salir en las noticias esta mañana. Con un poco de suerte, daremos con una identificación positiva.

—¿Y si no?

Wiik la miró y luego volvió a fijar la vista en la carretera.

—Lo haremos —dijo.

Aunque no parecía muy seguro.

El abogado de Gunnarson era, como era de esperar, un pitbull.

Jamie y Wiik lo habían esperado hasta poco después de las ocho, momento en el que irrumpió en el edificio envuelto en un remolino de lana italiana y cuero. Entró con paso decidido en la sede central, igual que lo haría un león en su territorio.

Debía de tener unos cincuenta años, muy posiblemente la misma edad que Gunnarson, lucía una abundante cabellera, que a Jamie le pareció fruto de implantes y tintes, y una mandíbula tan cincelada que podría utilizarse en un torno. Sus hombros se movían hacia adelante y hacia atrás mientras caminaba, haciendo que el maletín se balancease a su lado.

El abogado, un hombre llamado Lassen, entró en la sala de interrogatorios 1 sin decir una sola palabra, rodeó la mesa para situarse donde estaba Mikael Gunnarson, se sentó junto a él y colocó su maletín sobre la mesa.

Lo abrió sin mirar ni a Jamie ni a Wiik, sacó unos papeles y, pasado un momento, lo cerró. A continuación, Lassen los giró y los colocó delante de Wiik, sacó un bolígrafo de su chaqueta y lo dejó encima de los papeles.

—Firme esto —dijo con una sonrisa como las de las figuras de cera y juntó las manos delante de él.

Wiik miró aquellas hojas.

—¿Y qué es esto?

—Documentos vinculantes, en ellos afirma que no se acusa a mi cliente de nada, que no tiene intención de presentar acusaciones en el futuro y que, por lo tanto, va a ser liberado de inmediato. Él es la víctima de un delito, no el autor, y usted no tiene motivo alguno para retenerlo o para interrogarlo. Por lo tanto, le recomiendo encarecidamente que sea liberado de inmediato. Sobre todo si se tienen en cuenta sus circunstancias personales y la terrible pérdida que acaba de sufrir…

Wiik levantó la mano para hacer callar al hombre.

—Cállese —dijo con un suspiro—. Está en lo cierto, no vamos a acusar de ningún delito al señor Gunnarson.

—Entonces debería…

Wiik volvió a levantar la mano, esta vez cerró los ojos. La vena de su sien se había hinchado, pero mantuvo la calma. Al menos de

momento.

—Si dejamos que su cliente se vaya, la persona que ha intentado matarlo podría volver a intentarlo.

—Mi cliente ha sufrido una gran pérdida personal —dijo Lassen.

Gunnarson no apartaba la vista de la mesa que tenía delante, su cara y cuello aún tenían las salpicaduras de la sangre de su esposa. Le habían quitado la ropa para analizarla y llevaba unos pantalones de chándal y un jersey grises. Pero no parecía especialmente afligido. No parecía nada en especial. Solo ausente. Debía de tener unos sesenta años, pero se le veía bien conservado para su edad. Sano. Salvo por la falta de afeitado, las ojeras y el pelo revuelto.

Jamie lo observó con atención mientras Wiik y Lassen se enfrentaban.

—Lo entiendo —dijo Wiik—. Y créanos, no queremos estar aquí más tiempo del estrictamente necesario.

—Entonces déjenlo marchar. —Lassen se burló y negó con la cabeza antes de recostarse en la silla—. No veo ninguna razón por la que las preguntas no puedan ser respondidas donde mi cliente se encuentre más a gusto, en un lugar de su elección y en un momento más adecuado.

La mano de Wiik comenzó a temblar sobre la mesa, amenazaba con cerrarse en un puño.

—Esté o no su cliente directamente involucrado en un caso cuya investigación está en curso, mi colega, la detective Johansson, se dirigía a hablar con él anoche cuando interceptó a la persona que intentaba asesinarlo. Y, como su abogado, espero que usted se preocupe por su bienestar. Entendemos y somos conscientes de la situación en la que se encuentra su cliente y, si quiere sacarlo de aquí, le aconsejo que le aconseje a él que responda a nuestras preguntas rápidamente y con sinceridad. Entonces podrá marcharse.

Jamie quedó impresionada por el temperamento de Wiik. Nunca hubiera pensado que fuera capaz de controlarse así. Aún más si se tenía en cuenta que Lassen tenía toda la pinta de ser un imbécil de tomo y lomo. Los abogados así eran una pesadilla para los detectives. Pero Wiik era inteligente, conocía sus derechos y, mientras se mantuviera firme y no torturara a Gunnarson, podrían

retenerlo durante un tiempo.

—A menos, claro está —dijo Wiik y para dar énfasis se recostó en su silla—, que tenga motivos para no cooperar.

Lassen miró a Gunnarson, que negó ligeramente con la cabeza, pero no llegó a levantar la vista. El abogado tamborileó con los dedos sobre su maletín.

—Bien. Adelante.

Wiik exhaló con alivio.

Los tipos como Lassen podían discutir todo el día. Para ellos, aquel tira y afloja era como respirar. Y llevaban tanto tiempo dándose testarazos como carneros que habían perdido el sentido común por completo. Solo tenían un objetivo: sacar a su cliente de donde estuviera, costara lo que costara. Y, por supuesto, una tarifa por hora exorbitante para hacer compañía a esa perseverancia.

Jamie observó a Lassen a través de la mesa y se preguntó por qué Gunnarson lo había llamado. ¿Por qué recurrir a un abogado? No tenía sentido que hubiera llamado a alguien que haría todo lo posible para sacarlo de la custodia policial.

Wiik no perdió más tiempo.

—Señor Gunnarson, ¿sabe por qué alguien intentaría atentar contra su vida?

Lassen chasqueó la lengua.

—Para hacer esas preguntas, mejor firme los papeles ahora mismo.

Wiik lo ignoró y se centró en el hombre que todavía tenía la sangre de su esposa en la cara.

—Estoy seguro de que un prominente hombre de negocios como usted se ha ganado algunos enemigos a lo largo de los años —dijo Wiik—. Las energías renovables suponen un motivo de preocupación para mucha gente poderosa que está desesperada por mantener sus intereses empresariales.

Gunnarson levantó la vista y lo miró a los ojos.

—Pero no creo que esto tenga que ver con su negocio. Esto tiene que ver con Tilde.

—¿Tilde? —preguntó Gunnarson con voz débil y los ojos muy abiertos y tristes—. Lleva muerta veinticinco años.

—Lo sé —dijo Wiik, que avanzaba con cuidado. Sabía que no podía revelar demasiado sobre el caso en curso—. Pero han asesinado a otra chica. Y estamos investigando posibles conexiones entre este caso y el de Tilde.

—El Guardián de Ángeles.

Las palabras de Gunnarson resonaron en la sala insonorizada y Jamie se agitó incómoda en su silla, su mente había vuelto al claro del bosque. Aquella primera noche en Suecia. La chica, postrada de rodillas, con las ramas clavadas en la espalda.

—Lo atraparon —dijo Gunnarson, ahora con más firmeza—. Lo encarcelaron.

Wiik asintió.

—Así fue. Pero ahora ha salido a la luz más información. Otras muertes han sido relacionadas con ese caso.

—¿Otras muertes?

Lassen suspiró ruidosamente.

—¿Va a hacer alguna pregunta?

Wiik tenía toda la atención de Gunnarson.

—Parece que, además de las chicas que fueron asesinadas, los padres también fueron objeto de ataques.

Gunnarson permaneció en silencio.

Jamie trataba de interpretar su rostro, pero lo único que encontró fue confusión.

—¿Alguna vez Åsa o usted tuvieron la impresión o la creencia de que sus vidas estaban en peligro? ¿En aquel momento o más tarde?

Gunnarson miró fijamente a Wiik y luego negó lentamente con la cabeza.

—No, hasta que…

Se calló y su mandíbula tembló más todavía, se pasó el pulgar por los ojos.

Wiik asintió.

—Anoche. De acuerdo. —Respiró hondo y cambió de táctica—. Ahora mismo solo nos interesa atar cabos, buscar más pistas. ¿Qué nos puede decir de Tilde?

—¿Tilde? —El nombre de su hija se le atragantó—. Era una chica encantadora. Amable, guapa.

—¿Usted y su esposa no tuvieron más hijos?

—No habíamos planeado tener a Tilde, pero Åsa era… —También le costaba pronunciar su nombre. Había perdido a su hija y ahora a su esposa. A Jamie le sorprendía el mero hecho de que pudiera mantener la compostura—. Tenía treinta y seis años cuando descubrimos que estaba embarazada.

Wiik y Jamie siguieron escuchando.

—Siempre nos habíamos dedicado al trabajo, no teníamos tiempo para pensar en hijos. Pero entonces, de repente, íbamos a tener uno. Fuimos al médico y nos dijeron que si esperábamos más reduciríamos las posibilidades de que naciese sano. Que cuanto más mayor se hiciera Åsa…

Wiik asintió con la cabeza para que continuara.

—Pero con el trabajo era muy complicado. Siempre teníamos niñeras y *au pairs* para que la cuidaran. No tenía muchos amigos, ¿saben? —Gunnarson miró por encima de la cabeza de Wiik—. Así que… —retomó la palabra, con la voz entrecortada—, nos recomendaron un grupo, un grupo relacionado con la iglesia.

Jamie sintió que su pulso se aceleraba.

—Era algo parecido a una escuela dominical. No era demasiado religioso y al parecer había otras niñas de la edad de Tilde. Muchas. Se reunían varias veces a la semana. Pensamos que sería bueno para ella, ya saben. Conocer gente nueva…

Entonces sollozó y pareció derrumbarse.

Lassen miró a Wiik lleno de ira, pero mantuvo la boca cerrada. Sabía que interrumpir la conversación solo prolongaría el tiempo que pasarían en esa habitación.

Jamie observaba a Gunnarson, incapaz de imaginar lo que estaría sintiendo en aquel momento. La culpa que debía atormentarlo. Su mujer y él no tenían tiempo para Tilde, así que la habían enviado a un grupo de la iglesia para que hiciera amigos. Y dio la casualidad de que era el grupo de la iglesia dirigido por Hans y Eva Sjöberg. Aquel que la iba a violar, secuestrar y, en última instancia, asesinar.

Jamie tragó saliva y se enderezó en la silla.

—¿Quién les recomendó el grupo parroquial?

Gunnarson se sintió un poco desconcertado por la pregunta, pero

miró a Jamie de todos modos.

—Eh —dijo entre sollozos—. No lo sé, creo que la niñera. Era de la ciudad. Iba a aquella iglesia.

Wiik ya tenía un bloc de notas a mano, miró a Jamie y la animó con un gesto a continuar.

—¿Recuerda su nombre? —preguntó Jamie.

Gunnarson negó con la cabeza.

—No, no lo recuerdo. Había muchas, trabajábamos con una agencia. Ellos se encargaban de organizar todo.

¿Muchas? Esa palabra despertó algo en la mente de Jamie.

—¿Por qué había muchas niñeras?

—No lo sé, Åsa era quien se encargaba de eso. Algunas no le parecían adecuadas, otras solo habían venido de intercambio o lo hacían para ganar un poco de dinero mientras estudiaban. Tuvimos niñeras desde que nació hasta…

Jamie asintió.

—La niñera que les recomendó el grupo de la iglesia, ¿estuvo con ustedes mucho tiempo?

Gunnarson negó con la cabeza.

—No, no mucho. Unos meses, eso fue todo.

Lanzó una mirada de reojo a Lassen.

Jamie y Wiik se dieron cuenta e intercambiaron una mirada, aquella mirada fue suficiente para ponerlos alerta.

Jamie tragó saliva.

—¿Por qué estuvo con ustedes tan poco tiempo?

Gunnarson volvió a mirar a Lassen y el pitbull asintió ligeramente con la cabeza para indicarle que podía continuar.

Jamie no sabía si el abogado conocía en realidad lo que Gunnarson estaba a punto de decir, pero se sentó un poco más erguida, lista para intervenir si fuera necesario.

Gunnarson comenzó a frotarse las manos.

—Tilde, eh… A ella no le gustaba la niñera, creo.

Añadió lo último rápidamente, luego tosió un poco y bajó la mirada hacia la mesa.

Jamie no quería alejarse demasiado de la línea original de preguntas, pero decidió no soltar la presa.

—¿No le gustaba? ¿Por qué no?

Él negó con la cabeza y luego miró a Lassen, cuyos ojos se habían entrecerrado mientras observaba a su cliente. Era consciente de que caminaba una fina línea.

—¿Señor Gunnarson? —preguntó Jamie para presionarle a responder.

Apretó los dientes y luego exhaló entre temblores.

—No lo sé, simplemente no le gustaba. No recuerdo por qué. Y, de todos modos, no veo por qué es relevante…

—No lo es —Lassen interrumpió a su cliente—. No tiene nada que ver con nada y le agradecería que se ciñera al tema en lugar de intentar sacar a relucir información irrelevante de hace décadas que no es razonable que usted espere que mi cliente recuerde.

—De acuerdo —asintió Jamie.

Aquello no llevaba a ninguna parte. Pero la reacción de Gunnarson y su abogado le indicaba que debían investigar el asunto. Y eso ya era algo. Podían conseguir el nombre de la agencia, buscar las fechas previas a la muerte de Tilde y localizar a la niñera. Interrogarla también.

—¿Recuerda al menos su nombre? —preguntó Jamie, debía intentarlo por última vez.

Gunnarson negó con la cabeza, se negaba a mirar a Jamie a los ojos, y luego miró a Lassen con la esperanza de que hiciera algo.

—Esto no nos va a llevar mucho más tiempo —dijo Jamie, y sintió que el ambiente cambiaba un poco—. La última niñera —Lassen abrió la boca, pero Jamie levantó la mano para indicar que no iba a insistir en la misma pregunta—, ¿iba a la iglesia asiduamente?

Lassen no lo miró, pero tocó el brazo de Gunnarson de una manera que probablemente había hecho cientos de veces antes.

Gunnarson pareció relajarse un poco, una señal inequívoca.

—No lo sé —dijo Gunnarson, ahora parecía más seguro—. Fue hace veinticinco años.

Wiik también pareció percibir que se había levantado un muro de forma repentina, así que se recolocó en su silla, dejó que Jamie continuara con el interrogatorio y se limitó a observar a Gunnarson como lo haría un halcón.

—¿Conocía Tilde a alguna de las otras víctimas, o las conoció usted? ¿Eran amigas, o…?

—Lo siento, no lo sé.

Jamie estaba cada vez más inquieta.

—¿Sabe cuántas chicas había en ese grupo de la iglesia?

—No.

—¿Alguna vez fue usted a la iglesia?

—No.

—¿Es usted religioso?

—No.

Lassen intervino entonces.

—Este interrogatorio no lleva a ninguna parte y estas preguntas no tienen sentido. No creo que el señor Gunnarson o su esposa fueran atacados por sus creencias religiosas.

Jamie lo ignoró.

—Señor Gunnarson, me resulta difícil imaginar que, sin más, dejara a su hija al cuidado de esa niñera y le permitiera llevarla a un grupo parroquial al que usted nunca había asistido y del que no sabía nada.

Había decidido presionar, solo un poco, solo para ver qué pasaba.

La tristeza de Gunnarson se convirtió en ira.

—¿No cree que ya me siento lo suficientemente culpable?

—¿Diría usted —preguntó Jamie con mucho cuidado— que descuidó a Tilde o que simplemente la ignoraba?

Lassen dio un golpe en su maletín y se apartó de la mesa mientras se abrochaba la chaqueta.

—Este interrogatorio ha terminado —dijo con tono gélido—. Mikael, nos vamos. Si tienen más preguntas, pueden dirigirse a mí y el señor Gunnarson les responderá lo antes posible. No hay ninguna acusación por presentar ni motivos para mantener a mi cliente bajo custodia y él ha sido más que complaciente. Así que no vamos a quedarnos aquí sentados y permitir que se difame su capacidad como padre sin motivo alguno la noche después de que su esposa haya sido asesinada y, por lo que parece, todo debido a la habitual negligencia de la policía.

Lanzó una mirada desdeñosa a Jamie y luego a Wiik, y sacó a

Gunnarson de la habitación a la fuerza.

Wiik no dijo ni una palabra y no se movió. La puerta se cerró detrás de Gunnarson y su perro de presa, y entonces Wiik soltó un largo suspiro y golpeó con el bolígrafo su bloc de notas en blanco.

—Lo siento —dijo Jamie—. No debería haber insistido tanto.

Wiik reflexionó un momento.

—No, hiciste bien. Yo también intuía que algo no cuadraba. Y ahora lo sabemos.

—¿Qué sabemos?

Wiik dejó de tamborilear con el bolígrafo y la miró.

—Que Mikael Gunnarson sabe más de lo que dice sobre la muerte de su hija.

33

Wiik estaba de pie detrás de Jamie, con los brazos cruzados y los ojos fijos en la pantalla que tenían delante. Su pantalla, en realidad. La de su escritorio.

—¿Sabes? —dijo y apretó los labios hasta que sus mejillas se hincharon un poco—. Hallberg es muy buena para estas cosas.

Jamie, sin volverse, deslizó hacia abajo la página que leía.

—Me gusta investigar por mi cuenta —dijo, mientras ojeaba una columna de texto. Le resultaba difícil concentrarse al tener en la nuca, literalmente, la respiración de Wiik.

Había comenzado a buscar información sobre Mikael Gunnarson para ver exactamente a qué se dedicaba en el momento de la muerte de su hija, pero lo único que había encontrado era que su empresa estaba negociando una gran inversión por parte de una de las primeras corporaciones interesadas en las energías renovables. Åsa, por su parte, estaba inmersa en la gestión de un enorme caso que había desbordado a todo su bufete. Pero, por lo demás, no parecía haber nada digno de mención, aunque Jamie tampoco sabía a ciencia cierta qué estaba buscando. Sí sabía, sin embargo, que Mikael Gunnarson les ocultaba algo. Y que, fuera lo que fuera, debía de ser incriminatorio, ya que, de lo contrario, no se habría negado a hablar sin la presencia de su abogado.

Jamie suspiró y se apoyó en el respaldo de la silla para buscar otra vez la declaración que había hecho la noche anterior en la escena del crimen.

—No vas a encontrar nada que no hayas encontrado las primeras diez veces que la leíste —Wiik remató su comentario con un suspiro.

Ella exhaló por la nariz y levantó la hoja para colocarla ante los ojos de él.

—Podrías ayudar en lugar de quedarte ahí de pie leyendo por

encima de mi hombro.

La verdad era que estaban en un callejón sin salida. Y ninguno de los dos quería admitirlo. En cuanto Gunnarson salió de la habitación, comenzaron a trabajar en una serie de solicitudes de información, con la certeza de que él no la habría proporcionado jamás durante el interrogatorio. El nombre de la agencia de niñeras, el nombre de la propia niñera. Una lista de posibles enemigos o personas que pudieran haber tenido algo en contra de Åsa y él. Aunque Jamie y Wiik estaban casi seguros de que el tiroteo y la muerte de Tilde estaban relacionados, tampoco podían descartar que fuera una mera coincidencia. Aunque ninguno lo creía.

Y, con Eriksson todavía en paradero desconocido, no habían avanzado nada en la resolución del caso.

Jamie miró su reloj. Ya era casi mediodía. Las noticias estaban a punto de volver a difundir la foto de la chica. Pero, si aún no habían tenido ninguna noticia sobre su identidad, cada hora que pasaba era más improbable que surgieran novedades.

—¿Café? —preguntó Wiik, probablemente al darse cuenta de que llevaba varios minutos con la vista fija en la misma página del informe de Gunnarson. Decía que habían comenzado a cenar mientras esperaban la llegada de los detectives de Estocolmo y en ese momento vio un destello al otro lado del valle, entre la niebla. Entonces sintió el chorro caliente de sangre en la cara y se cayó de la silla en estado de shock, entre gritos, con el único objetivo de buscar refugio mientras el tirador seguía disparando contra la casa.

Pero Jamie no había oído ningún grito y estaba lo suficientemente cerca de la casa como para haberlos oído.

Y, aunque la silla de Mikael Gunnarson estaba apartada de la mesa, no parecía que nadie se hubiera caído de ella.

De todos modos, nada de eso era concluyente. Quizá solo había chillado un poco, no gritado fuerte. Quizá se cayó de la silla de lado. Quizá ni siquiera hubiera gritado y se hubiera lanzado a cubrirse en el momento en que el pecho de su esposa había estallado en su cara.

Hubiera pasado lo que hubiera pasado, Jamie tenía la sensación de que había más de lo que parecía a primera vista. La pregunta

era, sin embargo, cuánto podrían sonsacarle con Lassen como custodio y defensor.

Wiik le puso una mano en el hombro y ella giró la cabeza.

—¿Café? —volvió a preguntar él y subrayó el ofrecimiento con una ceja levantada.

—Claro —dijo Jamie, y dejó caer la declaración sobre su escritorio antes de frotarse los ojos.

Wiik desapareció hacia la cafetera y Jamie lo vio alejarse. Aunque el caso iba de mal en peor, las pistas se agotaban y los sospechosos desaparecían, Wiik parecía estar de buen humor.

Jamie pensó en lo que le había dicho Falk: Wiik era temperamental y la pérdida de su compañera lo había afectado mucho. Pero ahora parecía más él mismo. Teniendo en cuenta lo poco que Jamie lo conocía, claro. Solo esperaba que no pensara que iba a quedarse.

Apartó la mirada de él y se asustó al darse cuenta de que Hallberg estaba de pie en la esquina del escritorio, con un trozo de papel en la mano.

—Dios mío —dijo Jamie como sacudiéndose el susto de encima—. Me has dado un susto de muerte.

—Lo siento —dijo Hallberg sin aliento. Parecía que había venido corriendo—. ¿Dónde está Wiik?

—Ha ido a por café, ¿qué pasa? —preguntó Jamie, que advirtió la urgencia en su voz.

—Nada malo —dijo Hallberg y le entregó el papel—. Acabamos de recibir una llamada: identificación positiva de nuestra víctima.

Jamie le quitó la hoja de las manos y miró la fotografía de la víctima en la mesa del patólogo. Debajo había una fotografía de una niña. En aquella foto era más o menos un año más joven y aparecía de pie junto a una mujer en lo que parecía una fiesta de cumpleaños. Se abrazaban la una a la otra. La mujer sonreía. La niña no. Parecía incómoda y llevaba un distintivo con el número 13 que, a juicio de Jamie, no parecía haber elegido ella misma.

Wiik apareció justo en ese momento, con una taza de café en la mano. Se la entregó a Jamie y, al mismo tiempo, le quitó el papel de las manos. Debía de haber visto la llegada de Hallberg desde las

máquinas y había acudido cuanto antes.

Ella bajó la mirada hacia el líquido marrón. Parece que no había tenido tiempo de sacar dos.

Jamie dio un largo y abrasador sorbo, luego se puso de pie y se acercó todo lo posible a Wiik para ver el papel.

—Emmy Berg —leyó Jamie—. Trece años.

—La llamada la hizo… —dijo Wiik como si escanease las palabras —… Anna Hansen, ¿es correcto?

Miró a Hallberg.

Ella asintió.

—¿Qué relación tiene esta Hansen con Emmy Berg? —preguntó.

—Madre de acogida —respondió Hallberg con rapidez. Emmy Berg era huérfana y había estado con varias familias. Anna Hansen dijo que tenía la costumbre de fugarse. De las familias anteriores y también de la suya. Su marido Jan y ella la habían acogido en su casa hacía algo más de diez meses. Anna dijo que creía que la niña era feliz. Quería denunciar su desaparición, pero Jan insistió en que volvería cuando quisiera o que recibirían una llamada de la policía diciendo que la habían encontrado. Parecía muy afectada.

Wiik negó con la cabeza, disgustado.

—¿Quién dejaría a una niña de trece años suelta por la ciudad sin preocuparse?

Pareció que Hallberg iba a aventurar una respuesta, pero luego se lo pensó mejor y no dijo nada.

Jamie asintió con la cabeza para indicarle que había tomado la decisión correcta y ella apartó la mirada con timidez.

—Bien —dijo Wiik de repente, mientras golpeaba el papel con los nudillos de la otra mano—. Tenemos una identificación positiva. Por fin. —Miró a Hallberg, como si fuera a tomar una decisión, y luego fijó su vista en Jamie—. ¿Estás lista? Quiero hablar en persona con ellos lo antes posible. Por si acaso nuestro francotirador vuelve a tener ideas descabelladas.

Jamie se mordió el labio y miró a Hallberg.

—Podrías venir con nosotros…

—No —dijo Wiik, mirándola—. Hallberg puede quedarse aquí para seguir con tu investigación sobre Mikael Gunnarson. A ti se te da

fatal de todos modos.

Jamie se quedó desconcertada ante la crudeza del insulto.

—Mi modo de investigar es…

Pero Wiik no la escuchaba ya o no le importaba lo que dijese. Acaso ambas cosas. Ya había comenzado a avanzar por el pasillo, lo que dejó a Jamie y Hallberg pasmadas.

Pasado un segundo, Jamie resopló y la miró.

—Hace eso a muy menudo, ¿no?

—¿Insultarte, interrumpirte y luego marcharse? —Hallberg levantó una ceja—. Más de lo que te puedes imaginar.

—Genial —dijo Jamie antes de recoger su chaqueta y su café—. Buen trabajo con la identificación —dijo—. Vas a ser una gran detective.

Le sonrió, dio otro sorbo a su café y luego, repentinamente llena de energía, fue tras Wiik.

No sabía si era porque en Suecia hacían el café más fuerte o porque por fin habían avanzado en el caso, pero, de cualquier manera, se movía rápido y no tenía intención de reducir la velocidad.

34

Wiik conducía rápido.

Jamie no sabía si era porque pensaba que tenían que adelantarse a otro francotirador o acaso simplemente porque estaba enfadado y no prestaba atención al velocímetro. En cualquier caso, iba casi al doble de la velocidad permitida. Y además el asfalto de la carretera estaba resbaladizo.

El teléfono de Wiik vibró en su bolsillo y lo sacó con dificultad. Apenas pudo echó un vistazo rápido a la pantalla.

—Mierda —murmuró.

Luego levantó la vista y esquivó un coche que giraba a la izquierda hacia una calle lateral. Tocó el claxon cuando el coche terminó la maniobra y se alejó para adentrarse en la ciudad.

—¿Qué pasa? —preguntó Jamie al ver la expresión de frustración en el rostro de Wiik.

—Acaban de llegar los informes forenses de Eriksson, Eva Sjöberg y tu casa.

¿Su casa? Wiik se refería a la casa de su padre. Pero sí, supuso que ahora era suya. Le resultaba extraño y sorprendente oírlo decir a otra persona.

No tuvo mucho tiempo para asimilarlo, ya que Wiik continuó.

—La casa de Eriksson estaba limpia. Si hizo cualquier cosa enfermiza con Emmy Berg antes de asesinarla, desde luego no fue allí.

Jamie emitió un sonido de desaprobación ante la conjetura de Wiik, pero eso no le hizo detenerse.

—No hay huellas, ni ADN, nada. Y su ordenador también ha desaparecido.

Dio un hondo suspiro, frenó bruscamente cuando se acercaron demasiado rápido al coche que iba delante y luego empezó a

zigzaguear entre carriles, en busca de cualquier espacio para adelantar.

Jamie nunca lo había visto conducir así. Las veces anteriores no le había parecido un conductor lento, pero al menos siempre había sido prudente. Ahora rozaba lo irresponsable. Por la mañana estaba de buen humor, le había traído café. Pero ahora… Era como si la identificación de Emmy Berg le hubiera afectado. Había vuelto a prender la llama. El hombre frío y distante que había conocido había sido sustituido por un padre resentido, con las manos crispadas y aferradas al volante.

¿Tenía una hija? Había mencionado que tenía hijos, pero Jamie no recordaba si le había dicho si era un niño o una niña. Estaba divorciado, ¿verdad? Apenas le había prestado atención. Y aunque habían pasado los últimos cuatro días casi como siameses, no sabía absolutamente nada de él. De todas formas, si en su matrimonio era tan difícil de tratar como en el trabajo, no le extrañaba nada que estuviera divorciado.

Contempló a aquel hombre y observó que su mandíbula, habitualmente bien afeitada, dejaba ver ahora una incipiente barba de un día.

Por otra parte, tampoco es que ella estuviera lista para un desfile de moda. No se había lavado el pelo desde que había llegado y su camiseta de manga larga estaba arrugada porque la noche anterior la había lavado apresuradamente en el lavabo. Eso, combinado con las escasas dieciséis horas de sueño que había logrado acumular en los últimos cuatro días, hacían que muy probablemente su aspecto fuera el de alguien que acabara de salir de un canalón de desagüe.

Había notado un ligero olor a sudor en el aire y había asumido que provenía de Wiik. Pero al mirarlo ahora, sin afeitar pero duchado, con una camisa perfectamente planchada, llegó a la conclusión de que seguramente provenía de su pelo o de su propia ropa.

Jamie carraspeó y se concentró en la tarea que tenían entre manos.

—Así que Eriksson sigue fugado —dijo—. No hay ninguna novedad por ese lado. ¿Qué hay de la casa de Sjöberg?

Wiik volvió a mirar su teléfono.

—Las huellas en la nieve indican que una sola persona entró por una ventana abierta del dormitorio y luego salió por el mismo sitio. Avanzó sobre sus propias huellas para eliminar cualquier rastro de marcas y hacer imposible determinar el tamaño o sacar un molde. ¿Te suena?

Jamie miró al frente, agradecida de que Wiik se encontrara con un atasco y un semáforo en rojo. Apretó el freno y redujo la velocidad. Solo entonces se dio cuenta de que ella tenía la mano aferrada al apoyabrazos de la puerta.

—Sí, claro que me suena. —Jamie recordó el escenario del nuevo crimen. El asesino había caminado sobre sus huellas por la misma razón. Y supuso que en la casa de su padre había obrado del mismo modo—. ¿Y ADN, fibras, partículas…?

—Nada. Han peinado todo el lugar, encontraron muchas muestras de piel y cabello que han dado positivo al contrastarlas con el ADN de Eva Sjöberg, pero nada más. Es más que probable que el asesino llevase guantes, un gorro…

—Como todo el mundo en esta ciudad en mitad de enero —comentó Jamie sacudiendo la cabeza—. Mierda. Y… —comenzó, pero le era difícil decirlo en voz alta—. ¿Y qué hay de mi casa?

Wiik tenía ahora la vista puesta en la carretera, pero incluso solo echando un vistazo rápido a lo que Jamie supuso que era un correo electrónico resumen de Hallberg, había memorizado todos los detalles.

—No hay señales de que se haya forzado la entrada, las huellas se han desvanecido. Tampoco había humedad en la casa, ni huellas de nieve en el suelo, por lo que la gente de criminalística supone que debió ocurrir en algún momento del día anterior. Es difícil determinar la hora exacta. Lo que hace casi imposible buscar cámaras de seguridad cercanas. O, al menos, requiere mucho más tiempo del que tenemos.

Jamie apretó los dientes. Maldición. Si hubiera dado parte cuando llegó allí la noche anterior, ¿habrían encontrado huellas? ¿Alguna otra prueba que luego se hubiera degradado durante la noche? ¿Pruebas que había pisoteado con sus propios zapatos y destruido al salir por la puerta principal? Jamie tragó saliva e intentó cambiar de

tema lo más rápido posible.

—¿Faltaba algo?

Ella ya había retirado ciertos objetos, aquellos que no quería que fueran embolsados, etiquetados y guardados en un armario de pruebas durante años.

—En apariencia nada, pero llevará un tiempo catalogarlo todo. Y estoy seguro de que también te harán algunas preguntas, solo para confirmar detalles.

Jamie asintió con la cabeza, contenta de que Wiik no hubiera mencionado nada que diera a entender que estaban al tanto de que doce horas antes de llamar a los forenses ella ya había estado en la casa.

—Entonces, repasemos la cronología de los hechos —comenzó, levantando las manos—. Visitamos a Eriksson, en el momento en que salimos por la puerta principal, él sale por la parte de atrás, en el… ¿autobús de la iglesia? Va lo más rápido que puede a casa de Eva Sjöberg, entra por la ventana, recupera la carta que envió a Hans para impedir que la utilizáramos como prueba, quizá se lleva consigo el rifle de caza de Hans, en caso de que tuviera uno, y luego se escabulle.

Wiik hizo un ruido en tono de burla.

—Por lo que sabemos, pudo llamar al timbre de la puerta principal y pedírselos directamente a Eva Sjöberg. Esa mujer será completamente inútil como testigo cuando toque ir a juicio. Tendría más sentido pintar una cara en la urna de Hans y hacerle las preguntas antes que a ella.

Jamie no estaba segura de si eso pretendía ser una broma. Llegó a la conclusión de que Wiik era aún menos gracioso que ella. Y eso era mucho decir. Una vez alguien le pidió que contara un chiste, pero el único que sabía, y que aún recordaba, incluía las palabras «toc, toc» y un búho. Y, sin que aún supiera cómo, la única vez que lo había contado había conseguido estropear la gracia. En cualquier caso, Jamie decidió seguir adelante.

—¿Así que sale de casa de Eva Sjöberg con la carta y luego va a casa de mi padre? Fuerza la cerradura para entrar, echa un vistazo dentro, ¿es posible que se llevase un cuaderno o se limitó a arrancar

una página de uno de ellos?

—Y luego te sigue hasta Rättvik —añadió Wiik—. Deja una nota en tu parabrisas para intentar asustarte y que abandones la investigación.

—Y cuando no capto el mensaje y aparezco en casa de los Gunnarson…

—Tiene el rifle en la mano y la oportunidad de matar dos pájaros de un tiro. Literalmente.

Jamie frunció los labios, algo no terminaba de cuadrar.

—Pero ¿por qué entrar a robar? No podía esperar que no ataramos cabos. Después de ir a verlo y de que hiciera un comentario sobre mi cuaderno, y de que luego apareciese una nota de amenaza bajo el limpiaparabrisas de mi coche ¿Cómo podía imaginar que no íbamos a sospechar de inmediato que había sido él?

—Quizá era eso lo que quería. Si no pensaba que fuésemos a regresar a su casa a por él, ¿por qué huir? Utilizar una página del cuaderno de tu padre era mucho más amenazante que el mensaje en sí.

Jamie asintió. También fue lo primero que pensó cuando lo encontró.

—Sin duda, también estaba buscando esto.

Sacó el cuaderno rojo que llevaba en el bolsillo. No era el cuaderno con las anotaciones sobre el Guardián de Ángeles, ese todavía estaba en su hotel. Pero Wiik ni conocía la diferencia ni habría sabido distinguirlos.

—Lo más probable es que buscase todas las pruebas del caso original, cualquier cosa que pudiera eliminar para reducir las posibles pruebas en su contra. Excepto que no lo encontró.

—Así que cambia de plan, arranca una página de cualquier otro de los cuadernos de tu padre y te escribe una pequeña nota para intentar intimidarte.

Wiik entrecerró los ojos.

Jamie observó cómo las piezas del rompecabezas encajaban en su cabeza.

—Y luego te sigue hasta Rättvik, con la nota en la mano. —Wiik la miró—. Pero ¿cómo habría podido seguirte la pista?

Jamie ya había pensado en eso.

—Conocía a Annika Liljedahl —dijo y recordó de nuevo su conversación—. Me habló de ella, sabía que iría hasta allí. Fue él quien me informó de su existencia. Podría haber ocultado esa información, hacerse el tonto. Yo nunca habría notado la diferencia.

—¿Y qué gana él con involucrar a Annika Liljedahl en todo esto?

Jamie se mordió el labio.

—La historia de Annika sobre Hans Sjöberg fue la razón por la que mi padre se convenció de su culpabilidad. —Jamie hizo una mueca de burla y sacudió la cabeza—. Y esa fue, al mismo tiempo, la razón por la que en mi mente puse en duda su culpabilidad… La historia no implica a Sjöberg en el caso del Guardián de Ángeles, solo despierta dudas en torno al carácter de Sjöberg.

—Y Eriksson lo sabe —dijo Wiik—. Así que te envía allí para poner en duda la condena original… De ese modo sales de allí con la sospecha de que Sjöberg fue condenado injustamente… Y todo conduce de nuevo a Eriksson.

—Mierda —dijo Jamie, que en ese momento lo comprendió todo —. No hace más que jugar con nosotros. Para él todo es un gran juego y nos tiene aquí como pescadillas que se muerden la cola.

Wiik gruñó, era su manera de aprobar aquella hipótesis y también de mostrar su creciente desdén por Eriksson.

Todavía quedaba una cosa que Jamie no conseguía entender.

—Pero ¿qué gana con matar a los padres? ¿Con meterle una bala entre los hombros a Åsa Gunnarson e intentar volarle la cabeza a Mikael Gunnarson?

Wiik respiró lentamente. Eso también se le escapaba a él.

—No lo sé. Las transcripciones del juicio no dicen mucho al respecto: Sjöberg se declaró inocente, al menos en principio, pero no llegó a impugnar la confesión que había firmado. La transcripción no menciona que él alegara que la confesión se obtuvo con coacciones, como dijo Eva Sjöberg.

Jamie pensó que ahora la miraba tratando de calibrar su reacción ante aquel detalle.

Ella intentó no mostrar reacción alguna. Solo tenía a una persona que afirmaba que su padre había maltratado a Hans Sjöberg para

obtener la confesión y, por otro lado, en su contra existía una evidente falta de confirmación. Pero la falta de confirmación no era necesariamente disconformidad.

—Las pruebas eran abrumadoras y, cuando presentaron todo lo que tenían sobre la tercera víctima, Hans Sjöberg cambió de opinión y se declaró culpable de los siete asesinatos.

—Dios —dijo Jamie.

Wiik no había perdido el tiempo durante la ausencia de Jamie. Había hecho los deberes mientras ella viajaba a Rättvik y visitaba a los Gunnarson.

—¿Así que se declara culpable de los siete asesinatos para encubrir los asesinatos de los padres? Pero no tiene sentido si todo el tiempo se trató de Eriksson.

—Las pruebas eran irrebatibles. ¿Quizá pensó que una declaración de culpabilidad iba a suponer una sentencia más benévola? —sugirió Wiik.

—Si fueras inocente, ¿te declararías culpable de la violación y el asesinato de siete adolescentes para conseguir una condena más corta?

—No lo sé —dijo Wiik y suspiró—. Pero, en cualquier caso, no podemos descartarlo sin más. Había pruebas sólidas aparte de su confesión… Lo que significa que hay muchas posibilidades de que él fuera de veras el Guardián de Ángeles. —Miró a Jamie con expresión solemne—. O al menos uno de ellos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jamie mirándole a los ojos.

Wiik sacudió la cabeza.

—¿Siete chicas y sus padres? ¿Doce víctimas en total en el espacio de un año, casi trece si se incluye a Leif Lundgren? A eso le llamo ser prolífico.

—¿Crees que Sjöberg y Eriksson estaban compinchados?

Jamie no lo había pensado.

—¿Quién sabe? Ambos eran hombres religiosos, ambos creían en la misma retorcida versión de Dios y de la fe que lleva a los hombres a violar y asesinar a niñas. Sjöberg tenía conocimientos médicos y entrenamiento militar, Eriksson sabía manejar un hacha. Quizá uno se encargaba de las niñas y el otro de los padres. Es posible que se

turnaran con las niñas…

Jamie lo interrumpió. Ya había oído suficiente.

—¿Así que se juntan, traman el plan mientras se bajan una botella de güisqui, como un par de amiguetes, y luego qué, empieza la masacre?

—He pensado teorías más descabelladas que al final se han corroborado.

Jamie soltó aire con fuerza, sentía que la cabeza le daba vueltas.

—Y luego, cuando detienen a Sjöberg, él asume también toda la culpa para salvar a Eriksson. Se separan, mantienen un pertinaz silencio para guardar las apariencias y Eriksson entra en la iglesia para ocultar su rastro.

Wiik asintió.

—Piensan que se reunirán cuando Sjöberg salga, tal vez se decidan a hacer uno más por los viejos tiempos.

—Pero entonces Sjöberg enferma. Se pone en contacto con su viejo amigo, le dice que no va a mejorar…

—Eriksson va a visitarlo, tienen una agradable charla privada. Tal y como solían hacer, planean otro asesinato. Planifican todo para salirse con la suya, todo lo que hay que hacer: Nyström, el expediente del caso…

—Y cuando Sjöberg muere… —dijo Wiik mientras giraba la cabeza a izquierda y derecha en busca de una oportunidad para adelantar de nuevo.

—Eriksson elige a una chica y se pone manos a la obra. Rinde homenaje a su amigo y a aquellos buenos tiempos de antaño…

—Y también siembra dudas sobre la investigación original, lo que podría exonerar a su amigo. Enturbia las aguas. Divide nuestra atención.

—O como mínimo le da un poco de paz a Eva Sjöberg. —Jamie se mordió el labio—. Parece que sí se preocupaba por ella.

—Todo mentira —dijo Wiik con frialdad—. No es más que un pedazo de mierda y todo esto es un juego. Esa anciana confundida es tan solo una pieza más. Es un retorcido asesino de niñas, un violador, y se cree mucho más inteligente de lo que es. Como sucede con todos ellos. Y con Nyström en el bolsillo y el expediente del caso

extraviado, cree que ya se ha salido con la suya.

—Excepto que no cuenta con que yo aparezca —dijo Jamie, que sentía cómo la ira de Wiik se le comenzaba a contagiar.

—Exacto. Y, cuando apareces con preguntas sobre Sjöberg y Annika Liljedahl, saltan las alarmas. Él sabe que estamos cerca, así que huye, intenta limpiar el desastre. Debe ir a buscar la carta a Hans, localizar a los Gunnarson para pulir los detalles. Va a Rättvik, porque cuenta con que estarás allí, e intenta asustarte para que abandones el caso.

—¿Y por qué no intenta matarme sin más? —preguntó Jamie. Tenía que hacer de abogado del diablo. Era su trabajo.

—Secuestrar a un detective ya viejo y a punto de jubilarse es una cosa. Sobre todo si se tiene en cuenta que necesitaba a Nyström. Pero él también es ahora más mayor. ¿Recuerdas su mueca de dolor cuando se apoyó en el escritorio de su dormitorio? —Wiik la miró en busca de confirmación.

Maldita sea, realmente no se le escapaba nada.

—Claro que lo recuerdo. ¿No crees que no estaba más que actuando?

—Quién sabe. Pero, de todos modos, eres varias décadas más joven que él y basta con echarte un vistazo para saber que no te irías sin oponer resistencia.

Jamie contuvo una tímida sonrisa.

—Quizá pensó que se iba a meter en un lío si te atacaba cara a cara.

—Pero un rifle desde el otro lado del valle…. —Jamie soltó un suspiro—. Maldita sea —dijo con cansancio.

—¿Qué pasa? —preguntó Wiik, puso el intermitente en el último momento y decidió girar hacia otra calle.

Jamie rebotó en su asiento, pero ahora le daba completamente igual cómo conducía Wiik.

—Maldita sea, todo encaja.

—Sí.

—Entonces, ¿crees que Eriksson es nuestro hombre? —preguntó Jamie, con la vista atenta a los edificios junto a los que pasaban. Ahora las oficinas y bloques de apartamentos del centro de la ciudad

habían pasado a ser casas independientes y adosados de los barrios de las afueras.

—Sí —dijo Wiik—. Aunque todavía no tengo claro si Sjöberg también estaba involucrado o si Eriksson lo dejó colgado. Pero si sé una cosa: los hombres inocentes no huyen. —Wiik aminoró bruscamente la velocidad—. La pregunta principal ahora es cómo eligió a Emmy Berg y, más concretamente, si se va a detener ahí.

Los frenos chirriaron al detenerse por completo y la inercia empujó a Jamie hacia delante, luego se desplomó sobre el respaldo. Echó un vistazo a las bonitas casas adosadas que tenía a su izquierda. Altas, estrechas, de tres pisos. Pintorescas.

—Vamos —dijo Wiik y salió del coche—. Vamos a interrogar a Jan y Anna Hansen. —Cerró la puerta y se abrochó el abrigo para protegerse del relente—. Y, si tenemos un poco de suerte —dijo mientras buscaba los ojos de Jamie por encima del coche—, es posible que todavía no sea demasiado tarde.

35

Jan Hansen trabajaba como gerente de cuentas de una empresa de desarrollo de software de la ciudad. Y ganaba mucho dinero. Su esposa, Anna Hansen, había podido jubilarse a los cuarenta y tres años para dedicarse a tiempo completo al cuidado de niños en acogida.

Llevaban casados más de veinticinco años y tenían un hijo propio. Anna se quedó embarazada con solo diecisiete años y se casaron tan pronto como tuvieron la edad legal. Ahora que su hijo había abandonado el nido, Anna quería llenar ese vacío.

Actualmente acogían a dos niños. Un niño, William Martinsson. Y la víctima, Emmy Berg.

Según todos los indicios, eran buenas personas, íntegras y generosas. Ninguno de los dos tenía antecedentes penales ni nada que sugiriera lo contrario. Excepto por el hecho de que tanto Wiik como Jamie coincidían en que Jan Hansen era una de las personas más indiferentes y groseras que habían conocido.

—No es culpa nuestra —dijo con tono seco, los brazos cruzados, recostado en la esquina del sofá de su salón.

La casa era grande: tres plantas, cuatro dormitorios. El de su mujer y el suyo estaban en la primera planta, junto al que Jan había convertido en despacho, y los de los niños en la segunda.

Jamie se dio cuenta de que, para Wiik, la manera en la que Jan se comportaba era como escuchar el sonido que hacen las uñas sobre una pizarra. La vena de su sien reapareció. Así que decidió tomar la iniciativa.

—Nadie ha dicho que sea culpa suya, señor Hansen —dijo Jamie diplomáticamente.

Anna Hansen intervino entonces.

—Emmy era una chica tan dulce…

Jan Hansen la interrumpió en aquel momento y debía ser la quinta vez en otros tantos minutos.

—Era una adolescente revoltosa e incontrolable. Era una fugitiva. Y una ladrona —dijo con acritud.

A su esposa le temblaba el labio.

—¡Por el amor de Dios, Jan! —dijo. Luego bajó las manos sin quitar la vista del suelo. No se atrevía a gritarle—. ¡Solo era una niña! Una niña inocente. Había ido de casa en casa, de familia en familia… Vivía asustada y pensaba que nadie llegaría a quererla jamás.

Jan empleó un tono burlón.

—No sabía la suerte que tenía.

—¡No, no lo sabía! —Anna casi gritó esta vez—. Pero poco a poco estábamos consiguiendo que lo supiese. Lo habría entendido. Si hubieras sido un poco…

Jan se inclinó hacia delante en el sofá.

—¿Un poco qué? —espetó—. ¿Más amable? —Ahora se reía, sus palabras estaban llenas de rencor—. Tenía una cama caliente, comida en el estómago y un techo sobre su cabeza. ¿Y qué nos dio ella? Nada más que hoscos gruñidos, silencios airados y sufrimiento.

Miró a Jamie y a Wiik.

—¿Alguno de ustedes ha sido padre de acogida?

Ambos negaron con la cabeza.

—Pues no se metan en ello. Da más problemas que otra cosa. Y ahora la agencia va a intentar decir que fue culpa nuestra. ¿Saben cuántas veces se escapó esa chica?

Volvieron a negar con la cabeza.

—Seis veces. Seis veces en diez meses. —Sacudió la cabeza y volvió a sonreír con desdén—. Esperaba la oportunidad y entonces… ¡Zas! —Dio una sonora palmada y levantó la mano derecha—. Salía por la puerta con todo lo que podía meter en los bolsillos.

Jamie apretó los dientes.

—No parece que le guste acoger niños, señor Hansen —dijo lentamente, mirando el techo.

—Hasta esta —dijo Jan, de nuevo entre risas—, todo fue como un sueño. ¿Pero Emmy? —lo remató con un chasquido de lengua.

Anna permaneció en silencio. En actitud claramente sumisa. Jamie supuso que era Anna quien quería acoger a los niños y que Jan simplemente lo sobrellevaba. Aunque Jamie no entendía por qué. Era obvio que Anna no era la dominante en esa pareja.

Wiik hizo una pregunta.

—¿Qué tipo de cosas se llevó?

—La pregunta sería qué no robó —dijo Jan.

Jamie reparó en la elección de la palabra «robar» frente al «llevarse» que había usado Wiik. Jamie no sabía si eso significaba algo, pero le pareció duro escucharlo. Tenía sin duda un afán acusatorio. Jan se colocaba en el papel de víctima. O al menos lo intentaba. Aunque no parecía serlo. En realidad, no parecía gran cosa, salvo un gilipollas gigantesco. Ella lo oía sin escucharlo mientras se dedicaba a enumerar con los dedos las cosas que Emmy se había llevado, y percibió en él un aire casi animado. Captó las palabras «adornos», «cubertería», «un iPad», antes de apagar su voz por completo en su mente. Jamie se alegró de que fuera fácil ignorarlo y, en su lugar, se centró en la «amorosa» pareja que tenía ante sus ojos.

Anna era delgada, tenía el pelo castaño y había optado por un práctico corte *pixie*. Tenía el mentón puntiagudo y la nariz pequeña, los ojos hundidos y los pómulos prominentes. Llevaba un largo vestido de cuello alto que le llegaba hasta las pantorrillas. Sobre él vestía un cárdigan marrón y en los pies unas zapatillas de andar por casa.

Jan, por su parte, era grande, en torno al metro ochenta, y tenía algo de sobrepeso. Tenía el cuello grueso y la cabeza estrecha, como si alguien hubiera pintado una cara en un dedo. Recordó lo que Wiik había dicho sobre la urna de Sjöberg e intentó no sonreír para sus adentros. Las orejas de Jan Hansen le sobresalían de la cabeza calva y afilada, y sostenían unas gafas finas que, estaba segura, había comprado solo porque el óptico le había convencido de que eran «modernas». Se le ajustaban a la cara y le cubrían los ojos pequeños y brillantes. Observó cómo la piel se le movía bajo la barbilla retraída, luego bajó la mirada hacia la camisa blanca y abierta, de manga corta, que dejaba ver unos antebrazos peludos, y

luego, poco a poco, subió el volumen para volver a escuchar su voz, justo cuando él llegaba al final de lo que parecía ser una lista exhaustiva.

—… por eso empezamos a esconder los aparatos electrónicos —dijo y terminó con un gesto grandilocuente de los brazos.

Jamie volvió a centrarse en Anna.

—Anna —dijo y esperó a que la mujer levantara la vista—. ¿Puede contarnos cómo era Emmy?

—La chica era… —comenzó Jan antes de que Wiik le lanzara una mirada asesina.

—La inspectora Johansson se ha dirigido a su esposa —dijo con frialdad, aguantándole la mirada al tipo.

Jan, como todos los matones, se encogió ante la primera señal de que alguien le plantaba cara.

—Anna —repitió Jamie.

—Pensaba… pensaba que era feliz —dijo Anna Hansen en voz baja —. Era dulce.

Jan gruñó a sus espaldas a modo de protesta, y luego se recostó en el asiento, enfurruñado, con sus peludos brazos cruzados sobre el vientre.

Anna continuó después de unos segundos, una vez se dio cuenta de que Jan no volvería a hablar. Él sabía que era mejor no hacerlo porque Wiik no había dejado de vigilarlo.

—Estaba… Estaba asustada, creo.

—¿Y de qué tenía miedo? —preguntó Jamie, tratando de no parecer demasiado expectante.

—Miedo de ser amada.

Jamie sintió que su mandíbula se tensaba. No era la respuesta que quería, pero le tocaba la fibra sensible. Mucho. Anna estaba angustiada por ello. Jamie lo veía.

—¿A cuántos niños han acogido? —preguntó, quería cambiar la manera de abordar el tema.

—Emmy era nuestra… ¿cuarta? Quinta —se corrigió—. Normalmente intentamos acoger a un adolescente y a un niño más pequeño. Suele ser difícil encontrar un hogar para los adolescentes, ya que no hay muchas familias que los quieran. Y a menudo resultan

más complicados que los niños pequeños.

Aunque Jan parecía querer intervenir, Wiik no parecía dispuesto a permitírselo, así que se mantuvo callado y se resignó a mostrar un gesto de enfado.

—Me lo imagino —dijo Jamie—. El otro niño que vive ahora con ustedes, ¿lleva mucho tiempo en casa?

—¿William? —preguntó Anna—. Sí, unos dos años. Quizá un poco más.

—¿Y cuántos años tiene William?

—Tiene ocho —dijo Anna.

—Bien.

Jamie le dedicó una cálida sonrisa. La mujer parecía de veras agradable. El motivo por el que estaba con un tipo como Jan era un misterio. Aunque Hallberg había dicho que ella no tenía trabajo y la casa no era barata. Jan debía de ganar mucho para poder permitírsela. Podía imaginar que él se lo recordaba a Anna a menudo.

—¿Y antes de William?

—Elias, estuvo con nosotros siete años. Desde los once hasta los dieciocho.

—Tuvo suerte de contar con ustedes —dijo Jamie.

Jan no pudo evitarlo esta vez.

—El chico también se daba cuenta de ello.

Wiik gruñó y se levantó.

—Señor Hansen, ¿podría mostrarme la habitación de Emmy, por favor? Nos gustaría echarle un vistazo.

Miró a Wiik y luego a Jamie.

—¿Por qué? Nunca estaba allí. Siempre andaba fuera, haciendo quién sabe qué con quién sabe quién.

Wiik se colocó la chaqueta.

—Todo es importante para la investigación —dijo, y esbozó una sonrisa forzada—. ¿Le importaría?

Jan Hansen miró a su esposa como si temiera dejarla a solas con Jamie.

—Ahora, señor Hansen.

El hombre se sonrojó ostensiblemente y se levantó del sofá.

—Bien —concedió—. En la planta de arriba. Usted primero.

Salió detrás de Wiik, no sin mirar atrás una docena de veces antes de desaparecer por las escaleras. Jamie respiró un poco más tranquila, pero Anna parecía más recelosa que antes.

—¿Está bien, señora Hansen? —preguntó Jamie.

—Sí —respondió enseguida—. Es solo que…

—¿Qué?

—Jan no quería que les llamara —susurró.

—¿Por qué no? —preguntó Jamie sin perder tiempo, consciente de que lo más probable era que Jan hiciera todo lo que estaba en su mano para meterle prisa a Wiik y volver allí.

—No lo sé, dijo que a nadie le iba a importar que se hubiera largado. Que sería más fácil para todos si dejábamos las cosas como estaban.

Jamie evaluó a aquella mujer, consciente de que debía andar con cuidado.

—El señor Hansen dijo que Emmy se había escapado antes, seis veces.

—Así es.

—¿Siempre volvía?

—Sí, al final regresaba. Sabía dónde guardábamos la llave de repuesto del portón y de la puerta trasera. Normalmente se colaba cuando era de noche y me la encontraba en la cama por la mañana.

—¿Y qué aspecto tenía cuando regresaba?

—¿Qué quiere decir?

—Los niños que se fugan no suelen intentar volver, a menos que les haya pasado algo o…

—Oh, no. No creo que fuera nada de eso —dijo Anna, que parecía desechar esa idea—. Creo que simplemente se dio cuenta de que aquí estaba más segura que fuera, ¿sabe? Para una chica de su edad. No me decía adónde iba ni por qué se marchaba… Pero yo confiaba en que ya me lo contaría cuando estuviera preparada para hacerlo. Pero nunca… tuvo la…

Anna Hansen rompió a llorar en silencio.

Jamie se armó de valor. Tenía que mantener la distancia. Se aclaró la garganta, bajó la mirada, ordenó sus pensamientos y volvió a

hablar.

—Acoger a niños puede ser una tarea muy difícil. Puede consolarse con el hecho de que le proporcionó un entorno sólido, fiable y seguro. Pero las chicas como Emmy, una vez han pasado mucho tiempo en el sistema, deben vencer muchos obstáculos para confiar en los demás.

Anna asintió sin dejar de llorar.

—¿Por casualidad Emmy tenía teléfono? ¿Intentó ponerse en contacto con ella mientras estaba fuera de casa?

Anna negó con la cabeza.

—No, le di un teléfono —dijo con voz entrecortada—. Pero Jan dijo que lo había vendido…

Jamie maldijo para sus adentros, pero decidió seguir adelante, consciente de que no le sobraba tiempo.

—¿Sabe adónde podría haber ido? ¿Tenía amigos o contactos en la ciudad?

Anna volvió a negar con la cabeza.

—No, William es… Tiene amigos, ya me entiende, pero a Emmy… le costaba relacionarse con la gente. Era una persona nerviosa. Callada. Le gustaba estar sola.

—Sé lo que se siente. La vida puede ser dura a esa edad —dijo Jamie con sinceridad. Su infancia había sido mejor que la de algunos y peor que la de otros. Sin embargo, en comparación con la de chicas como Emmy, había sido coser y cantar.

Anna asintió con la cabeza.

—Después de lo del teléfono, Jan dijo que no podíamos darle ni portátil ni tele ni nada de nada, así que Emmy se dedicaba sobre todo a leer cuando estaba aquí.

Jamie tragó saliva.

—El señor Hansen dijo que salía a menudo, ¿sabe dónde iba? ¿Lo hacía de día, también de noche?

—De noche, sobre todo. Salía antes de que Jan llegara a casa y volvía después de que él se hubiera acostado. Él siempre cerraba la puerta con llave, decía que así aprendería a controlar la hora. Pero yo siempre dejaba una llave fuera.

—Tuvo suerte de contar con usted —dijo Jamie, trataba de

mantener la voz firme—. ¿Alguna vez dijo adónde iba?

Anna volvió a negar con la cabeza, reprimiendo los sollozos.

—No. No me contaba gran cosa.

Jamie apretó los dientes. No hacían más que dar vueltas en círculos. Ningún teléfono, ningún ordenador. Nada. Sin amigos. Sin contactos. Tosió en su puño para deshacerse del nudo que tenía en la garganta y le hizo la pregunta que necesitaba hacer.

—¿Emmy era religiosa? ¿Cree que podría haber ido a una iglesia, o…?

—¿A una iglesia? —Anna levantó la vista, parecía perpleja. —No, no creo… Ella era… Le gustaba la ciencia y nunca la oí hablar de ello. Jan y yo tampoco somos religiosos. No leí nada al respecto en su expediente y siempre incluyen ese tipo de cosas. Cualquier requisito o creencia, alergias, religiones, cosas que les gustan y les disgustan. Lo que se pueda hacer para facilitarles la estancia, ¿sabe?

Jamie asintió e intentó asimilar esa información. ¿Cuál era la relación con Eriksson entonces?

—Gracias —dijo Jamie—. Siento que haya pasado esto.

Anna se calló y bajó la mirada hacia sus manos.

—Solo quería ayudar, ¿sabe?

—Lo sé —dijo Jamie, tenía en mente su propia juventud, aquellos años de formación. Recordaba con tanta claridad todo lo que pasaba entre su madre y su padre. Las discusiones, las lágrimas, los gritos —. Pero a veces los niños no quieren que los ayuden. Por mucho que lo necesiten.

—No se trata de ayudarles, basta con quererlos.

Jamie dejó que aquellas palabras quedaran en el aire durante unos segundos, y entonces escuchó los pasos que resonaban arriba.

—¿Está William? —preguntó Jamie pasado un momento.

—Sí, está en su habitación —dijo Anna.

—¿Cómo era su relación con Emmy?

Emmy no hablaba con Anna y, desde luego, tampoco con Jan, pero los niños a menudo hablan entre ellos. Aunque William solo tenía ocho años, Jamie no tenía muchas esperanzas, pero aun así debía intentarlo. Todo lo que sabían hasta ahora era que Emmy se ausentaba de casa durante largos periodos de tiempo, que robaba y

vendía lo que podía para sobrevivir, y que la habían secuestrado mientras estaba fuera de casa. Estaba claro que intentaba reunir dinero, seguramente para comprar un billete de tren o autobús. O para alguna otra cosa. ¿Acaso para empezar de cero?, ¿tal vez para escapar? Jamie no lo sabía. Pero solo volvía cuando se quedaba sin dinero o se daba cuenta de que no iba a poder hacerlo. Excepto la última vez. Iba a algún sitio. Iba a encontrarse con alguien.

El *modus operandi* del Guardián de Ángeles no se reducía a secuestrar chicas en la calle sin más. Habían sido elegidas. Preparaba su captura o las coaccionaba. Habían entrado voluntariamente en los coches. No había indicios de que ninguna de las víctimas hubiera sufrido daños físicos, salvo las agresiones sexuales, lo que significaba que, o bien conocían a sus agresores o, al menos, se sentían lo suficientemente seguras como para ir con ellos de modo voluntario. Los informes, tanto de los casos antiguos como del nuevo, eran coincidentes. Las chicas eran agredidas y, después, aunque no inmediatamente, morían asfixiadas y poco después sus cuerpos eran manipulados para ser expuestos como parte de las escenografías. Poco a poco iba haciéndose una imagen más clara: bien Sjöberg o bien Eriksson habían elegido a las chicas en ese grupo de la iglesia, luego abusaron de ellas y, cuando se aburrieron, las mataron. O bien había sido un esfuerzo conjunto desde el principio, acaso uno disfrutaba con la violación y el otro con el asesinato. Pero, en cualquier caso, había una conexión entre Emmy Berg y Per Eriksson. Solo tenían que encontrarla.

De alguna manera, ese maldito enfermo había conseguido echarle el guante a aquella chica y ahora estaba muerta.

Anna habló entonces.

—Creo que tenían una buena relación. A William le gustaba ella, le gustaba tener una hermana mayor.

—Necesitaremos hablar con William, si no le importa.

Anna pareció inquieta.

—¿Es realmente necesario?

—Me temo que sí. Puede que él no se haya dado cuenta, pero es posible que sepa algo importante. —Sonrió a Anna—. No se preocupe, podemos hacerlo aquí si lo prefiere. No ahora, pero

vendremos cuando le venga bien a William y a usted, y vendrá con nosotros un asistente social especializado en menores.

—¿Un asistente social? Tratamos a William como a uno más de la familia…

—No, no es por nada de eso —dijo Jamie y negó con la cabeza—. Es solo para asegurarnos de que William no se sienta angustiado por las preguntas y de que no le presionamos demasiado. Es solo un procedimiento estándar. No hay nada de qué preocuparse.

Anna asintió lentamente.

—No creo que sepa nada, solo tiene ocho años. Emmy no le contaba nada. —Anna clavó la mirada en el vacío—. William era más comunicativo, siempre le pedía que se sentara con él para verlo jugar.

Anna sonrió débilmente.

—¿A qué jugaba? —preguntó Jamie con amabilidad, trataba de hacerse una idea más clara de la situación.

—No lo sé, a algo en el iPad, consiste en construir cosas con bloques, ¿lo conoce?

—¿Minecraft? —preguntó Jamie.

—Creo que sí, eso me suena —confirmó Anna—. Siempre está jugando a eso.

—Es un juego muy popular —dijo Jamie.

—Siempre quería enseñarle a Emmy lo que había construido y ella también le ayudaba cuando él no sabía hacer algo. A mí me supera, claro. Jan lo entiende mejor que yo. Él dice que no deberían jugar a eso y que es muy probable que Emmy termine por robarle la tableta a William para sacar dinero, como ya hizo con la suya.

Sin embargo, Jamie ya no la escuchaba. Algo le había llamado la atención.

—¿Ha dicho que Emmy ayudaba a William con sus juegos?

—Sí, Jan no quería que lo hiciera, pero yo pensaba que era una buena forma de que pasaran más tiempo juntos.

Jamie se inclinó hacia delante.

—Ha dicho que Emmy vendió su tableta, ¿no? ¿Y su teléfono también?

—Eso es lo que dijo Jan.

Anna la miró con expresión confundida.

—¿Cómo lo supo él?

Algo no cuadraba.

Anna sacó el labio inferior y negó con la cabeza.

—No entiendo la pregunta.

Jamie respiró hondo lentamente.

—No pasa nada, no hay de qué preocuparse. ¿Podría hacerme un favor?

—¿De qué se trata?

Anna estaba inquieta y no dejaba de frotarse las manos.

—¿Nos daría permiso para registrar la casa? Y realizar un examen rutinario de cualquier ordenador, tableta o teléfono que encontremos.

Jamie lo dijo con toda naturalidad, como si fuera una simple petición. Intentó que no se percibiera que quizá todo dependía de aquel registro.

—¿Nuestros ordenadores y teléfonos? —preguntó Anna—. ¿Por qué?

—Es tan solo para comprobar si Emmy se puso en contacto con alguien. Es un procedimiento habitual, nada de qué preocuparse, estoy segura. Pero podría ayudarnos a descubrir quién se la llevó. Es eso lo que quiere, ¿no?

Anna miró las escaleras vacías, el lugar donde había estado Jan antes de que Wiik se lo llevara.

—¿Anna? —dijo Jamie con voz un poco más severa.

La mujer comenzó a mirar a su alrededor.

—Quiere ayudarnos a encontrar al asesino de Emmy, ¿verdad?

Tragó saliva y luego asintió con la cabeza, apenas la movía.

—Sí —dijo en un susurro.

—Bien —dijo Jamie y al fin sintió que la tensión abandonaba sus hombros—. Así todo será mucho más fácil. —Sonrió a la mujer—. Está haciendo lo correcto.

Ella no dijo nada, pero el temblor de su labio le indicó a Jamie que estaba convencida de que Jan se enfadaría al saberlo.

Sin embargo, a los ojos de Jamie, aquella era justo una razón más para descubrir lo que él ocultaba.

36

La voz de Jan Hansen llegaba desde el interior hasta la calle donde Jamie estaba esperando. Gritaba a los agentes que entraban por la puerta y subían las escaleras, protestaba y les decía que se marcharan. Pero tenían un consentimiento por escrito para estar allí, cortesía de su esposa, y, fuera él una mierda de marido controlador o no, el nombre de ella también figuraba en la escritura de la propiedad, así que eso era todo lo que necesitaban.

El último de los agentes entró para hacer el registro y, entonces, Jamie miró a Wiik. Él no le había quitado ojo.

—Excelente trabajo —dijo.

—¿Crees que encontraremos algo?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero Hansen nunca se apartó de mi lado, y cada vez que abría un cajón, me decía: «Ahí no hay nada».

—¿Como si lo supiera a ciencia cierta?

—Como si ya se hubiera encargado de vaciar la habitación.

Wiik frunció el ceño al mirar la bonita casa adosada.

—La pregunta es si fue lo suficientemente inteligente como para deshacerse de todo o simplemente pensó que bastaba con esconderlo.

Wiik esbozó una esquiva sonrisa.

—Tengo más curiosidad por saber en primer lugar por qué quitó u ocultó algo. Y, si lo hizo, cómo sabía que Emmy no iba a volver.

Jamie apretó los dientes. La diatriba de Jan Hansen contra los agentes que registraban su casa llegaba hasta ella transportada por el gélido viento. Tembló y se ciñó el abrigo alrededor del cuerpo.

—¿Hay alguna noticia de Hallberg sobre el asunto de Gunnarson?

Wiik hizo crujir su cuello, se alisó el pelo con la mano y volvió a meter las manos en los bolsillos.

—Hallberg se ha puesto en contacto con el abogado de Gunnarson, pero no ha obtenido ninguna respuesta. Al parecer, Gunnarson está demasiado afligido para responder a nuestras preguntas. También ha conseguido hacer una lista de las agencias de la ciudad que les proporcionaron niñeras y *au pairs* entre 1995 y 1996. Aunque la mayoría de ellas ya no operan. Hoy se pondrá en contacto con los propietarios para ver si alguno de ellos tenía a Mikael y Åsa Gunnarson en su lista de clientes. Entonces intentaremos localizar a la niñera en cuestión y hacerla hablar. —Suspiró—. Como puedes ver, hay demasiados condicionantes.

—Mierda —dijo Jamie—. Mientras tanto, deberíamos vigilar a Leif Lundgren, es posible que el asesino quiera volver a atacarlo.

—Ya está hecho —dijo Wiik, tras lo cual la miró a los ojos y le sonrió.

—Por tu cara, supongo que no le ha hecho ninguna gracia.

—No. Pero solo había dos opciones: o bien lo dejábamos expuesto e indefenso o bien tenía que tragar con llevar pegado al culo un coche de policía. Eligió el mal menor.

Aquello pareció divertir a Wiik. Jamie recordó haberle escuchado decir que Leif Lundgren era un poco gilipollas.

—Leif Lundgren y Jan Hansen —musitó Jamie pasados unos segundos.

—¿Qué has dicho?

—Es raro, ¿no? Ni Hanna Lundgren ni Emmy Berg eran hijas biológicas de Lundgren y Hansen. Hanna Lundgren era adoptada y Emmy Berg estaba en acogida. Dile a Hallberg que lo repase y compruebe la relación de los padres fallecidos con las víctimas originales.

—¿Qué tienes en mente?

Jamie negó con la cabeza.

—No estoy segura. Es solo un pálpito. Pero apostaría a que no son padres biológicos. No todos al menos. Padrastros, padres de acogida…

—De acuerdo, le diré que se ponga con ello.

Wiik asintió, parecía que ahora confiaba más en su instinto. Sacó su teléfono y empezó a teclear.

Jamie se volvió para mirar el mar de coches de policía que tenían delante y se preguntó qué pensarían los vecinos. Había que encargar a un agente que también les tomara declaración. A ver si sabían algo sobre Emmy Berg.

Se había hecho tarde y el color del cielo se había oscurecido hasta convertirse en un gris apagado y sin vida. Las farolas se encenderían en cualquier momento.

Tenían concertada una entrevista para la mañana siguiente con William Martinsson, el chico que Anna y Jan tenían en acogida. Ella lo llevaría a la sede central de la policía a las nueve y allí realizarían la entrevista. Cuando Jan bajó las escaleras y se enteró de que los agentes iban a entrar en masa a registrar la casa, casi se le había salido el corazón por la boca. De ninguna manera iban a hacer una entrevista en la casa con Jan cerca. Si Emmy lo evitaba como a la peste era muy probable que al chico tampoco le cayera muy bien. Y necesitaban que hablara. Y si eso significaba que debía estar lo más lejos posible de Jan Hansen, estarían encantados de complacerlo.

Jamie oyó el zumbido del teléfono de Wiik en su mano y se volvió hacia él.

—Ha sido rápido, incluso para Hallberg —dijo Jamie, tratando de distender el ambiente.

Pero la expresión de Wiik le indicó que no lo había conseguido.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

Él maldijo entre dientes y bajó el teléfono para mirarla.

—Acaban de encontrar a Tomas Lindvall.

—Eso es bueno, ¿no? —preguntó Jamie, aunque ya sabía que no lo era.

—No, no lo es. Está muerto.

—¿Muerto? —Jamie se sorprendió—. ¿Cómo?

—Se tiró desde un puente. —Wiik parecía enfadado por la noticia.

Jamie tampoco estaba contenta.

—Dios mío —dijo—. ¿Cuándo?

—Hace una hora —respondió Wiik, la ira iba desapareciendo poco a poco de su rostro. Ahora tenía la cabeza gacha—. Acabo de recibir un correo electrónico de *Avdelningen för Särskilda Utredningar*. Quieren interrogarme. Inmediatamente.

División de Investigaciones Especiales. El equivalente dentro de la policía sueca al Departamento de Asuntos Internos.

—Han abierto una investigación sobre mi conducta en la detención e interrogatorio de Lindvall. —Wiik se pasó la mano por la cabeza y exhaló con fuerza—. Al parecer llamó por teléfono a su hermana, con la que no tenía relación, mientras estaba en el puente, y le dijo que lamentaba lo que había hecho y que se había dado cuenta de quién era realmente. Que el mundo estaría mejor sin él. Ella intentó convencerlo de que no lo hiciera, pero no le hizo caso. Y también dice que las últimas palabras que le dijo antes de saltar fueron: «El detective tenía razón».

Jamie tragó saliva y fijó su atención en Wiik. Era lo último que necesitaban.

—Yo, eh… —dijo Wiik y comenzó a frotarse la nuca y dar rápidos vistazos a su alrededor—. Tengo que ir a ocuparme de esto.

Ella extendió la mano y se la puso en el hombro, le dio un fuerte apretón.

—Todo irá bien.

Él la miró unos segundos, pero no dijo nada.

—No hiciste nada malo: Lindvall era inestable, no tomaba la medicación, consumía drogas. No estaba en su sano juicio. Fue un brote psicótico —Jamie intentaba tranquilizarlo.

—Sí —dijo Wiik y apartó la mano de su hombro—. Y sucedió porque yo lo presioné. —Exhaló con fuerza de nuevo y empezó a caminar—. ¿Te las apañarás tú sola?

Se alejó dando pasos hacia atrás, sin detenerse.

—Claro —dijo Jamie—. Buena suerte.

Él le dedicó una débil sonrisa y luego le dio la espalda, ya muy cerca de su coche. Un segundo después había entrado en él y se desgajaba del grupo de coches patrulla amontonados frente a la casa de los Hansen.

Las ruedas chirriaron, giraron sobre el asfalto húmedo y luego traccionaron desde el suelo, el coche salió lanzado en la distancia y Jamie se quedó sola en la calle, con el viento cortante y el cielo oscureciéndose como única compañía.

37

Jamie volvió a la central y luego se dirigió al aparcamiento subterráneo para recoger su coche.

No había ni rastro del Volvo de Wiik y tampoco había sabido nada de él en la última hora.

El sol ya se había puesto y la oscuridad era intensa. Pensó en llamarlo, pero decidió no hacerlo. Sin duda estaba en medio de una conversación muy seria con Falk, y tal vez, incluso con los de Asuntos Internos. A Jamie le había preocupado que Wiik se hubiera pasado con Lindvall y se había demostrado que su corazonada era correcta. Ojalá hubiera intervenido antes.

A la División de Investigaciones Especiales, si se parecía en algo al Departamento de Comportamiento Profesional de la Policía Metropolitana de Londres, no le importaría un carajo la investigación en curso y se pondría a meter las narices en la vida de Wiik. Por la forma en que se había escabullido, tenía toda la pinta de que ya estaban en ello.

Jamie no se inmiscuiría. No era solo que no fuera su compañero, es que ni siquiera pertenecía a ese cuerpo de policía. Tampoco era este su país. Se quedó junto a su coche, reflexionando. Durante el arresto de Lindvall ella le había hecho tropezar y luego lo había noqueado. ¿Algo de todo esto la salpicaría? No, no había hecho más que defenderse. Él se había abalanzado sobre ella. Estaba a salvo. Al menos así lo esperaba.

Jamie se subió al coche, arrancó el motor y puso la calefacción al máximo. Había estado demasiado tiempo dando vueltas en la intemperie y sentía que se le había metido el frío en los huesos.

La pregunta ahora era: ¿qué demonios iba a hacer el resto de la tarde? La investigación estaba estancada. Gunnarson se había cerrado en banda. Leif Lundgren estaba bajo vigilancia. Hallberg

estaba ocupada poniéndose en contacto con los padres de las víctimas originales para tomarles declaración. Per Eriksson seguía en paradero desconocido. Y aunque Jan Hansen era un gilipollas integral, eso no constituía un delito. Los técnicos tendrían que revisar los dispositivos electrónicos de los Hansen e informarles a Wiik y a ella de los resultados. Con suerte, sería antes de que llevaran a William a la comisaría la mañana siguiente. Sospechaba que Jan Hansen ya habría contratado a un abogado para entonces. Pero Anna había firmado el formulario y accedido a que se interrogase a William. Jan Hansen no tenía motivos para impedirlo, a menos que tuviera algo que ocultar.

Ella se reservaba su opinión hasta que los técnicos revisaran su ordenador, pero solo pensar en aquel cabrón le ponía los pelos de punta.

Solo le quedaba Robert Nyström para ocupar su cabeza. Era la única pieza que faltaba en el rompecabezas, el único delito que todo el mundo parecía pasar por alto.

El primer delito de aquella enredada trama.

Alguien había secuestrado a un antiguo policía y a nadie parecía importarle.

Pensó en él mientras esperaba a que se desempañara el parabrisas.

Había sido un buen amigo de su padre. Y también suyo. La escena había sucedido incontables veces: un coche se paraba en la puerta de casa y Robert Nyström entraba por la puerta con su padre en brazos, borracho perdido, apenas consciente, y lo dejaba acostado en el sofá.

O todas las veces que había sacado a su padre de una situación comprometida: había defendido en el trabajo que estaba sobrio cuando estaba borracho perdido, o había mentido a la madre de Jamie sobre dónde se encontraba su marido. También le traía chocolate caliente cuando su padre la dejaba en su escritorio para ir a emborracharse o a drogarse en mitad del día.

Siempre le revolvía el pelo y le decía: «Oye, ¿quieres jugar con mi pistola?» y luego se la quitaba en el último momento. «Quizá cuando seas mayor», añadía y le volvía a revolver el pelo.

Ella siempre había odiado que lo hiciera. Pero era un buen tipo.

Jamie se sentía triste por él porque trabajaba hasta muy tarde, se quedaba en su escritorio después del horario laboral, cuando todos los demás detectives se habían ido a casa. Mucho más tarde se dio cuenta de que lo hacía por ella. Se quedaba para vigilarla cuando su padre desaparecía. Sin decir nada, sin esperar que alguien se lo agradeciese. Simplemente porque era un buen hombre. Dios, era el mejor. Y ahora se lo habían llevado.

Jamie se apartó el pelo de la frente, sentía un apretado nudo en el estómago.

Diablos, seguramente estaba muerto en alguna zanja. Enterrado en una tumba poco profunda.

Pero ella podía encontrarlo.

Y no tenía nada más que hacer.

Jamie soltó el freno de mano, metió primera, salió del aparcamiento y avanzó sigilosa a través de la helada ciudad de Estocolmo.

Su ciudad.

A través de las calles heladas.

Sus calles.

Hacia una casa helada.

La suya.

38

Jamie accedió al lóbrego interior, el denso olor a polvo aún flotaba en el aire.

Todo el lugar parecía haber sido profanado. Los forenses lo habían registrado todo. Láminas de plástico se extendían en cada habitación y formaban pasarelas por las que habían caminado. Había polvo para localizar huellas esparcido por todas las superficies y las pequeñas pegatinas de papel blanco que marcaban los objetos que debían revisarse en busca de huellas o bien ser fotografiados antes de dejarlo todo catalogado, estaban distribuidas por toda la casa.

Tal vez aquella fuera ahora su casa, pero nunca se había sentido tan lejos de ella como en aquel momento.

—Muy bien, Robert —murmuró Jamie tras cerrar la puerta una vez estuvo dentro—. ¿Dónde estás?

Jamie sacó su teléfono del bolsillo y encendió la linterna. De camino le había enviado un mensaje a Hallberg para pedirle cualquier información útil que tuvieran sobre Nyström. Pero parecía que llevaba una vida austera. Su apartamento estaba libre de hipotecas, su coche estaba pagado y se las arreglaba con su pensión y algún que otro trabajo ocasional como consultor para la policía.

Los forenses habían registrado su apartamento, pero no habían encontrado nada útil. Ni partículas, ni fibras, ni huellas, ni ADN. Aunque no se sorprendió, porque conocía las circunstancias de los otros secuestros. Eriksson era hábil, inteligente y tenía mucha experiencia. Y, quizá lo peor de todo, carecía de toda pretenciosidad, siempre era amistoso. Un condenado sacerdote, por el amor de Dios. El disfraz perfecto. Por si eso no fuera suficiente, tampoco había cámaras de seguridad dentro del edificio de Nyström. Había dos salidas, varias direcciones por las que podrían haber escapado y tampoco se sabía nada sobre la hora exacta del secuestro. Los

vecinos dijeron no haber oído nada fuera de lo normal y tampoco nadie había visto nada. Era como si Nyström se hubiera desvanecido en el aire.

Todo lo que tenían era la borrosa fotografía de la cabina de peaje, que solo servía para saber a qué hora había pasado por allí el coche. Lo cual podría haber sido una hora o un día después del secuestro de Nyström. Probablemente lo segundo, porque no se había registrado su paso en sentido contrario y disponía de al menos otras cuatro rutas para salir de la ciudad sin ningún peaje. La foto les indicaba que el conductor quería que su paso quedara registrado. Y eso les hacía pensar que su intención era obviamente desorientarlos. O tal vez no, tal vez no era tan obvio. Acaso se tratase de un doble, triple o cuádruple engaño.

En resumen: no significaba nada. Solo un elemento más para asegurarse de que no supieran qué camino seguir en esta investigación.

Y con el caso del Guardián de Ángeles ya en los noticieros de todo el país, el asesinato de Åsa Gunnarson en todas las portadas de los periódicos, la foto de Emmy Berg en todos los tabloides, Leif Lundgren bajo protección policial, todos los agentes de criminalística de la ciudad rebotando de escena del crimen en escena del crimen como bolas de un *pinball*, el principal sospechoso fugado con todos los coches patrulla de aquí a Svalbard en su busca, y ahora Asuntos Internos pisándole los talones al investigador principal, el caso estaba a punto de hacer estallar las costuras de la Policía de Estocolmo como no había sucedido nunca.

Per Eriksson no hacía más que dar vueltas a su alrededor y Jamie no podía evitar sentir que les estaba haciendo caminar en círculos a propósito. Cada pista parecía perderlos todavía más en aquel laberinto, y cada hipótesis que planteaban solo servía para abrir un nuevo abanico de posibilidades que se sumaban a las existentes.

Habían sido cuatro días agotadores, difíciles y peligrosos, y Jamie no creía que las cosas fueran a mejorar.

Robert Nyström había quedado perdido en todo aquel torbellino. Un hombre que había dedicado su vida a atrapar a bastardos como Per Eriksson. Un hombre que había trabajado junto a su padre para

meter a Sjöberg entre rejas. Un hombre al que todo el mundo parecía haber olvidado.

Jamie se detuvo ante la puerta abierta del despacho de su padre, respiró hondo y entró.

Dentro estaba oscuro. El despacho no tenía ventanas, su padre se había asegurado de que así fuese. Quería un lugar completamente inaccesible. La puerta era pesada y también tenía un cerrojo. Por si acaso.

Jamie iluminó con su teléfono el espacio que la rodeaba, su pálida luz proyectaba un resplandor fantasmal, y luego se detuvo al ver un pequeño foco led a pilas que había sido fijado en la parte superior de la puerta. Estaba colgado de su parte trasera. Sin duda, los forenses lo habían colocado allí mientras hacían su trabajo y se les había pasado por alto a la hora de recoger. A Jamie no le molestó el descuido. Empujó la puerta y se estiró para llegar al interruptor, que la dejó cegada cuando al fin lo encendió.

Proyectaba un resplandor intenso y carente de sombras que alcanzaba todo, por lo que ella apenas atinó a maldecir antes de apartarse de la luz y apretar las palmas de las manos contra las cuencas de los ojos. «Hijo de la gran puta», murmuró hasta que dejó de ver resplandores que parecían estrellas y pudo regresar a la habitación.

Ahora todo estaba iluminado.

Suspiró, sin saber qué buscaba exactamente ni por dónde empezar. Su infancia era difusa para ella: se reducía a unas instantáneas repetitivas de sus padres entre discusiones, o bien ella sentada en el escritorio de su padre en el trabajo, de su padre dormido en el sofá, de su madre cuando daba un portazo y salía furiosa de la casa, de ella parada en lo alto de las escaleras mientras ellos se movían por la casa inmersos en un torbellino de palabrotas y lágrimas. Jamie se sacudió aquellos recuerdos de la cabeza y decidió continuar.

Con cada lomo de libro que leía, cada superficie que acariciaba con la mano y cada cajón que abría, su infancia se partía en dos y revelaba los secretos que ocultaba. Con cada minuto que pasaba en suelo sueco, la coraza se agrietaba poco a poco y, muy pronto, todo

quedaría al descubierto.

Se preguntaba si bajo aquella coraza lograría encontrar recuerdos de Robert Nyström y el caso del Guardián de Ángeles. O si tan solo le serviría para descubrir nuevos motivos por los que había reprimido la primera década de su vida.

Jamie revisó de un vistazo la habitación antes de acercarse al escritorio de su padre. No parecía que los forenses se hubieran llevado nada durante el registro, y todo lo que habían tocado y movido había sido colocado de nuevo en su sitio.

Aun así, se sentía violada.

Jamie se sentó en el escritorio de su padre, la vieja silla chirrió de modo horrible mientras ella trataba de retrotraerse al pasado para imaginar a Robert Nyström. Pero no tuvo que esforzarse demasiado. Se fijó en que, detrás del escritorio, debajo de las estanterías, había unas fotografías clavadas en la pared. Dejó que sus ojos se posaran en la foto de dos hombres con equipo de pesca que sostenían un pez entre ellos. Era un lucio de río de un metro de largo. Un *gädda.* A la derecha estaba su padre: casi uno noventa, corpulento, rubio y con los ojos azul pálido, con la cara enorme y los dientes anchos que a Jamie siempre le recordaron a los de un caballo de tiro. A la izquierda estaba Robert Nyström. Era dos centímetros y medio más alto que su padre, pero la mitad de ancho. Tenía los hombros estrechos y la cabeza apepinada. Su barbilla estaba muy marcada y llevaba el pelo corto. En aquella foto el pelo estaba ya casi blanco, aunque solo tendría unos cuarenta años. Jamie no recordaba haberle visto con otro aspecto. Pero eso probablemente se debía a que ella se fijaba más en las cejas. Los pómulos prominentes, junto a las grandes cejas, oscuras y tupidas, de las que un búho real se sentiría orgulloso, hacían que sus ojos parecieran hundidos. En la foto estaba sonriendo. Al igual que su padre.

Jamie extendió la mano y descolgó la foto de la pared, sin preocuparse por el sonido de la alcayata al caer detrás del escritorio.

La estudió de cerca.

Su padre y Nyström hacían muchos viajes como ese. Para pescar o cazar. Cada invierno viajaban al norte para pescar en el hielo cerca de un pequeño pueblo llamado… Jamie se recostó en la silla,

tratando de recordar su nombre. Pero, por más que lo intentaba, no daba con él. Empezaba por «V», pensó.

Suspiró y se recostó, luego le dio la vuelta a la foto y se rio de sí misma. En el reverso estaban escritas las palabras «Vemdalen, 1992». Jamie tendría nueve años.

Se acercó a las otras fotos y las examinó. Sintió un nudo en la garganta al verse a sí misma junto a su padre. En una era apenas un bebé, en otra ya una niña pequeña, de unos cinco o seis años, y en una tercera aparecía convertida en una adolescente. Su madre brillaba por su ausencia en todas ellas.

Jamie se detuvo en la última y la miró. Ella y su padre estaban de pie en un peñasco que se levantaba sobre un lago. Tendría unos trece años. Dios, eso debió de ser durante la investigación de los crímenes del Guardián de Ángeles.

Jamie entrecerró los ojos, esforzándose por recordarlo todo.

Estaba allí de pie, sostenía el Remington Modelo 700 de su padre, sonreía. Su padre no podía parecer más feliz. Ella siempre odió la caza. Nunca le gustó la idea de matar por deporte. A su padre tampoco. Todo lo que cazaban era para comérselo más tarde. Su padre destripaba la presa allí mismo, en el bosque, con su cuchillo, un hermoso cuchillo de caza con mango de cuerno de ciervo que llevaba en una funda en la parte trasera del cinturón. Lo llevaba tanto cuando trabajaba como cuando iba de caza. Nunca se separaba de él.

Jamie no sabía dónde podía estar ahora. No lo había encontrado cuando revisó el despacho por primera vez. Probablemente su madre lo tenía con el resto de las cosas de su padre. Las debió recoger en la oficina del forense cuando identificó el cuerpo antes del funeral. Jamie nunca vio lo que había en aquella bolsa. Su madre se lo había ocultado y luego le dijo que lo había tirado todo.

—No había nada que quisieras conservar —le dijo.

Jamie se dio cuenta ahora de que su madre probablemente también había mentido sobre eso.

Exhaló con fuerza, la vista puesta en su padre.

El ciervo era su animal favorito. A veces acechaban una presa durante días. Se trataba de abatirlo de un disparo certero solo

cuando estaba garantizado darle al objetivo. «En el corazón», decía, y señalaba a su pecho. «O en la cabeza». Y entonces se llevaba a la sien la mano como si fuera un arma.

Ella no pudo evitar reír con sarcasmo al imaginar aquello, ante la cruel ironía de estar sentada a tres metros de la pared manchada de sangre, y luego sintió que los ojos le ardían por las lágrimas. Se los secó y volvió a observar la foto, a evocar aquel fin de semana. Rescatarlo del tumulto de su infancia.

Él tenía un brazo alrededor de ella y el otro cruzado sobre el cuerpo, apoyado en su hombro. Miró la imagen más de cerca y se fijó en el anillo de su padre. A su madre siempre le había molestado que lo llevase, ya que él siempre se negó a llevar un anillo de matrimonio.

Era una tradición familiar, lo había llevado su padre antes que él. Grande, de metal, con un sello. A menudo bromeaba con que aquel anillo era un excelente recordatorio para que los malos no volvieran a pasarse de la raya.

A ella aquello siempre le pareció genial. Divertido. Valiente. Emocionante.

Ahora entendía lo que significaba en realidad.

Pero aquello formaba parte de su padre, para bien o para mal.

Sobre todo para mal.

La foto permaneció entre sus dedos y entonces se dio cuenta de que en aquella foto no solo estaban su padre y ella. Aquella foto implicaba la existencia de una tercera persona: Nyström. El hombre detrás de la cámara.

La escudriñó en busca de cualquier otra cosa que pudiera reconocer y vio la tierra que se desdibujaba detrás de ella y su padre, el lago al fondo, la débil luz bloqueada por las nubes que se reflejaban en la superficie. Parecía estar en un valle ondulado plagado de alerces, con una estrecha franja de agua que se extendía hacia el horizonte.

Una pequeña cabaña se alzaba en la orilla más cercana del lago, de cuya chimenea salía una columna de humo. Jamie apenas distinguía la pequeña silueta del coche de su padre en la grava que había delante.

Jamie frunció el ceño, tenía que esforzarse para recordar la cabaña. Y, de repente, el recuerdo se aclaró. Era una vieja cabaña de caza, húmeda y austera. La savia rezumaba de las paredes y las superficies interiores eran rugosas, la corteza estaba sin desbastar. Las juntas habían sido selladas con resina y el techo inclinado estaba siempre cubierto de telarañas. Jamie recordaba estar tumbada en la litera superior, boca arriba, atenta al correteo de las arañas a lo largo de sus telas plateadas bajo la luz de la lámpara, fascinada y sin el menor miedo.

La cabaña no tenía electricidad, tampoco agua corriente. Nyström y su padre llenaban jarras de plástico con agua del lago y la hervían cada mañana sobre el fuego que crepitaba en la chimenea de piedra.

La cabaña no tenía dueño. Había sido construida hacía mucho tiempo por quienes pasaban por allí y la mantenían quienes pernoctaban en ella. No le costaba imaginar a Nyström y a su padre haciendo reparaciones durante el verano para eliminar las goteras del techo de madera mientras ella lanzaba piedras al lago.

Una idea brotó entonces en la cabeza de Jamie. Metió la mano en el bolsillo para sacar el cuaderno de su padre.

Pasó rápido algunas páginas, sin soltar la fotografía, y se detuvo en la entrada que buscaba, para releer la nota que le había escrito a ella. Las palabras decían: «Hay cosas que quiero que tengas. Que es posible que te quitasen. Cosas que solo tú puedes encontrar. Sé que lo harás. Algún día».

Jamie volvió a revisar la fotografía y analizó aquella pequeña cabaña. Estuvieron allí una vez, hacía frío. Jamie lo recordaba. Solos su padre y ella. La nieve había golpeado las ventanas. Es posible que fuera Navidad, Jamie no lo sabía con certeza. El fuego era escaso y se acurrucaban junto a él. Su padre había apoyado los finos colchones de las literas contra la ventana y la puerta para impedir que entrara el viento.

Habían preparado sopa y bebido chocolate caliente, y durante casi dos días se dedicaron a conversar. Sobre la vida de su padre, sobre lo que Jamie quería hacer cuando fuera mayor. Sobre todas las cosas que ella quería ser. Él le había dicho que hiciera una lista, que

escribiera una carta a su yo futuro. Que en ella le contase a ese yo por llegar todas las cosas que quería hacer. Recordaba algunas de ellas: quería ser patinadora artística, no, jugadora de hockey. Era su madre quien quería que hiciera patinaje artístico y no hockey. Ella quería ser cuidadora de zoológico o guardabosques en África. Alguien que protegiera a los elefantes y rinocerontes de los furtivos.

Jamie se mordió el labio, rebuscaba en lo más profundo de su mente.

Quería ser detective, como su padre, por supuesto.

Y quería participar en los Juegos Olímpicos, sí, eso era. Biatlón, esquí y tiro. A su padre le encantaba el biatlón. Ella había entrenado muy duro durante los últimos años en Suecia. Después de mudarse a Inglaterra, su madre se había negado a dejarla continuar.

Jamie sintió cómo la ira, la tristeza y luego el arrepentimiento brotaban en su interior.

Al dejar atrás a su padre también se había dejado atrás a sí misma.

Jamie dejó escapar un suspiro entrecortado y reunió la fuerza necesaria para volver a aquella cabaña, a los dedos temblorosos y helados de una niña de once años que garabateaba en aquel papel mugriento.

¿Qué había hecho con él?

Su padre también había escrito una carta, pero no le dejó leerla. Porque ella no le dejó leer la suya.

Ahora se reía de todo aquello. Dios, podrían haberse congelado hasta morir allí dentro. El lago se congeló en cuestión de horas, la temperatura había descendido rápidamente con la llegada de la tormenta, una de las más feroces que había azotado el país. En aquel momento ni siquiera había pensado en el peligro. Allí, con su padre, nada podía hacerle daño.

Cerró los ojos para revivir esos momentos.

Cuando terminaron, él recogió ambos papeles, dobló aquellas cartas, las metió dentro de un trozo de cuero y lo enrolló todo. Luego lo ciñó con una cuerda y le pidió que pusiera el dedo en el nudo mientras él ataba el lazo. A continuación, levantó una de las tablas del suelo con su cuchillo de cuerno de ciervo y colocó el

paquete debajo.

—Volveremos aquí dentro de veinte años y encontraremos estas cartas. Y veremos en quién te has convertido. Quién sabe, quizá incluso traigamos aquí a tu hija —dijo.

Jamie había emitido un sonoro y prolongado «aggggh» para expresar su disgusto ante la idea de tener sus propios hijos. El ruido que haría ahora al pensar en ello no sería muy diferente.

Bajó la foto lentamente.

—Hay cosas que quiero que tengas. Que es posible que te quitasen. Cosas que solo tú puedes encontrar. Sé que lo harás. Algún día —dijo en voz alta para sí misma.

Giró la silla para mirar la mancha casi negra en la pared y contuvo las lágrimas.

—¿Qué cosas, papá? ¿Qué cosas?

39

Jamie se levantó de la silla, exhausta.

La foto solo tenía una fecha en la parte posterior. Decía: «Diciembre de 1995», pero no mencionaba dónde estaba la cabaña.

Sin embargo, Jamie tenía que encontrarla. La nota que le había dejado su padre decía que había dejado cosas para ella.

Y si estaban en algún sitio, debía ser allí.

Simplemente estaba segura de ello.

Él no se arriesgaría a dejar nada en la casa por si era su madre quien lo encontraba. Pero a su madre nunca se le ocurriría irse de acampada.

Asentía con la cabeza, bañada por la luz cegadora de la lámpara.

Hacía que le doliesen los ojos.

Jamie miró su reloj: eran ya casi las seis de la tarde y, una vez más, tenía el estómago vacío. Suspiró, se frotó los ojos y se puso a pensar en qué cenar. Suecia tenía casi cien mil lagos y visitarlos uno por uno hasta encontrar la cabaña no era la solución.

Pero no se le ocurría nada mejor en aquel momento, aunque tampoco lo necesitaba.

La cabaña podía esperar.

Eriksson seguía ahí fuera y el caso estaba lejos de estar cerrado. Cada minuto que pasaba era un minuto más cerca del siguiente cadáver. La siguiente víctima. La siguiente chica.

Y, sin tener ninguna nueva pista sobre Nyström, tampoco estaba más cerca de encontrarlo.

En cuanto al paquete de su padre, había esperado veinte años. Podía esperar unas semanas más.

Por ahora se limitaría a volver al hotel y comer algo. Se daría un baño caliente y dormiría a pierna suelta. O al menos tan bien como fuera posible. Cerrar los ojos solo significaba estar sola con las cosas

que habitaban en su cabeza. Las cosas que había hecho.

Tenía que admitir, por mucho que le disgustara, que volver a trabajar en un caso le permitía concentrarse. Tener un propósito. Así conseguía bloquear los pensamientos intrusivos mientras estaba despierta, pero no podía hacer gran cosa cuando dormía.

Jamie guardó las fotos en el cuaderno, tanto la de su padre y Robert Nyström como la otra donde estaban solos ella y su padre, junto con algunas otras que no quería dejar tampoco allí, y se dirigió a la puerta.

Apagó la lámpara que tenía sobre la cabeza, constató que un profundo y punzante dolor le crecía detrás de los ojos, y abrió la puerta del despacho de su padre.

Jamie sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo y le erizó la nuca. Y no se debía tan solo a la temperatura cercana a los cero grados que había en la casa.

Contuvo la respiración y miró fijamente hacia el comedor a oscuras. La mesa era solo una losa negra frente a ella, el aparador con las ventanas acristaladas, los estantes de vidrio y las jarras habían adquirido un contorno fantasmal, debido a que los rayos de luz más tenues resaltaban los bordes de las botellas.

Pero era la ventana lo que tenía a Jamie paralizada. Estaba encajada entre el arco que daba a la cocina y el mueble y debía medir unos sesenta centímetros de ancho por noventa de alto. Tenía las contraventanas cerradas. Jamie apenas podía distinguir las pálidas líneas de sus lamas. Apenas dejaban pasar la luz naranja de las farolas de la calle, que trazaba rayos que atravesaban el polvo.

Solo podía ver a través de ellas desde ese ángulo y tan solo uno o dos milímetros entre cada lama. Apenas nada. Nada, de hecho. Y, sin embargo, su cerebro le decía que no moviera ni uno solo de sus malditos músculos.

Era oscuridad sobre oscuridad y apenas un ligero toque amarillo. Sombra en ausencia de luz. Vacío que apenas percibía la vista. Pero algo reclamaba su atención casi a gritos. Algo que le helaba la sangre, tensaba sus músculos y los llenaba de sangre debido a la aceleración del corazón, que le inducía a clavar los talones en el suelo para ganar tracción y cerrar los puños.

Jamie entrecerró los ojos y se obligó a tomar aire, sin atreverse a apartar la mirada.

Y en ese momento la oscuridad se movió.

Fue tan solo una ondulación más allá de las contraventanas en el velo de la noche. El aleteo de una capucha o el revoloteo de unos cabellos. No importaba qué era exactamente. Pero era alguien a la carrera.

Y ahora también Jamie había salido disparada.

Se lanzó hacia delante por instinto y luego giró a la izquierda para entrar en la cocina, lo que le obligó a apartar una de las sillas mientras se deslizaba por el suelo de baldosas hasta alcanzar el pasillo.

El sonido de los pasos que chapoteaban en la nieve resonó a través de las ventanas cerradas, y llegó hasta Jamie desde la ventana derecha de la cocina, luego desde la ventana delantera y a continuación a través de la puerta principal cuando hubo llegado al porche.

Jamie abrió la puerta de un empellón y se pegó a la pared interior por si la figura iba armada. Pudo observar cómo la sombra se tambaleaba camino de la valla en el límite del jardín delantero, sin dejar de salpicar todo de nieve mientras avanzaba a grandes zancadas.

Toda la valla, podrida por el paso del tiempo, se balanceó violentamente cuando la persona se apoyó en ella, saltó por encima y cayó del otro lado, lo que le hizo tropezar antes de conseguir recuperar el equilibrio.

Jamie se impulsó hacia delante, a toda velocidad, por el camino helado, las suelas de sus botas luchaban por agarrarse al suelo mientras salía lanzada hacia la calle.

Se deslizó hasta el bordillo, entrecerró los ojos para ver mejor en la oscuridad, pero no había ni rastro de la figura.

Mierda.

Jamie se dio la vuelta y rodeó uno de los coches de los vecinos, y entonces vio el extremo de un abrigo entre dos parachoques, a unos veinte metros de distancia.

Llenó sus pulmones de aire y echó a correr por la calle a toda

velocidad para recuperar terreno.

La figura se dirigía hacia la ciudad. Había acaso un kilómetro más o menos antes de que las casas y los jardines dieran paso a bloques de apartamentos y oficinas, y el tipo se movía rápido.

Jamie resbaló, se abrió paso entre los dos coches y cruzó a la acera de enfrente.

Miró a izquierda y derecha, en busca de algún indicio. ¿Era la misma persona que había visto merodear en el callejón frente al hotel? ¿Quizá la misma persona que la había disparado en casa de los Gunnarson? ¿Per Eriksson, el sacerdote de unos cincuenta años con problemas de espalda? Por cómo se movía no podía ser él. Aunque ya se había equivocado antes.

Jamie se detuvo y aguzó el oído en busca de cualquier sonido o señal de movimiento. Los coches pasaban ahora lentamente, volviendo del trabajo. Las ventanas de las casas estaban iluminadas y proyectaban destellos sobre los jardines. Las voces se propagaban junto al sonido de los televisores y las familias que se reunían para cenar.

Mierda, iba a perderlo.

Algo resonó y ella giró la cabeza con un movimiento brusco: dos casas más arriba, vio bajo las farolas el destello del metal de una puerta cerrándose.

Jamie echó a correr de nuevo.

Saltó una valla baja y entró en el jardín de alguien, con la confianza de que sus pies tendrían más agarre sobre la nieve que en el pavimento helado.

Levantaba mucho las rodillas y los talones casi le rozaban las corvas mientras corría por el barro, cegada por la espesa nube de vapor que soltaba en cada exhalación.

Estaba en forma, más que la mayoría, pero correr con esas temperaturas era complicado. El aire era como una cuchilla en los pulmones, tenía la sensación de que le desgarraba la garganta. Sintió una presión en el pecho, como si fuera a cerrarse.

Jamie ignoró todo aquello, saltó una valla divisoria y su cadera rozó la malla metálica al pasar por encima.

Esta crujió y se tambaleó sin control mientras ella ajustaba su

rumbo y se acercaba a la puerta.

Sus pies se liberaron de la nieve y atravesó la puerta, que golpeó la pared y se cerró detrás de ella. Cuando quiso darse cuenta se encontró en el lateral de una casa, pero no dejó de correr, con los puños se impulsaba en el aire gélido.

Sonó un golpe y luego, más adelante, resonó el eco, y Jamie dobló la esquina y entró en el jardín trasero, momento en que vio cómo la figura se ponía en pie a toda prisa y volvía a salir corriendo. Un balancín de plástico con forma de triceratops había quedado volcado del revés sobre la hierba, pero el hueco en la nieve del suelo le indicó a Jamie que alguien se había caído de bruces al tropezar con el obstáculo.

Sin perder tiempo, acortó distancias y atropelló al tipo justo cuando una luz de seguridad se encendió sobre sus cabezas e iluminó todo el jardín.

La figura resbaló, buscó una salida y luego se encaminó hacia la valla trasera.

Se agachó entre unos columpios infantiles y luego saltó sobre la valla de listones de la parte trasera, luchando con los dedos de los pies para trepar por ella.

Pero Jamie estaba demasiado cerca y era demasiado rápida.

Rodeó los columpios y dio tres grandes zancadas, como dando patadas al aire.

Sus puños alcanzaron la parte trasera de la chaqueta de la figura, justo a la altura de los hombros, y el repentino aumento del peso arrancó la valla de sus goznes.

Jamie y el hombre cayeron hacia atrás, golpearon en el suelo y quedaron tendidos de espaldas.

La figura reaccionó con rapidez, tras echar un vistazo de reojo, con el rostro oculto por una máscara que le cubría los ojos y un gorro negro que le cubría la frente, y levantó el brazo derecho.

Levantó el puño sobre Jamie y, como un mazo, lo descargó hacia su cara.

Ella se protegió y recibió el golpe en los antebrazos. Luego rodó mientras la figura intentaba ponerse en pie de nuevo, entre resbalones y piruetas sobre la nieve, con las manos y los talones

dejando profundos hoyos en la tierra, lo que salpicaba todo de barro.

Pero Jamie fue más rápida y ya estaba de pie.

Volvió a avanzar y placó al hombre para devolverlo al suelo, le golpeó con el hombro en medio de la espalda y le obligó a quedar boca abajo.

Sus piernas se agitaban y sus brazos se movían buscando liberarse, pero fue en vano. Jamie le presionó con la rodilla derecha en la parte baja de la columna y le agarró las manos. Dio un tirón a la mano derecha del hombre hasta sacarla de la oscuridad y se la dobló detrás de la espalda, luego lo inclinó hacia la izquierda al mismo tiempo para que su otro brazo no pudiera hacer nada más que doblarse torpemente contra la tierra.

Gritaba de dolor, pero el grito quedó amortiguado cuando Jamie empujó su mano libre contra la nuca y le presionó la cara contra la nieve. De su frente caían gotas de sudor mientras lo reducía.

Jadeaba con dificultad y luchaba por mantenerse encima de él, hasta que un rápido giro de la muñeca capturada le hizo detenerse y al fin comprendió que no podía escapar.

Una voz se alzó desde la nieve.

—¡No me mates! —gritó, a lo que siguió un gemido lastimero.

Pero no era la voz de un hombre.

Jamie liberó un poco la muñeca y la desdobló, al tiempo que se alzaba lo justo para poder dar la vuelta a la mujer que tenía debajo.

Antes de que pudiera intentar nada, Jamie le tiró del brazo hacia abajo y se lo inmovilizó bajo la rodilla, sentada a horcajadas sobre el abdomen de la mujer.

—No puedo… no puedo respirar —dijo sin aliento y se llevó la mano libre a la cara para bajar el pasamontañas hasta la barbilla.

Tenía los ojos cerrados y su pecho subía y bajaba bajo la pesada parka. Tenía la piel pálida, enrojecida por el aire helado, y el cabello oscuro y rizado le sobresalía por debajo del borde del gorro. Jadeaba con violencia, sin dejar de toser y balbucear. Aun así, Jamie no aflojó la presión. Simplemente esperó hasta haber recuperado el aliento y mantuvo los puños preparados en una posición de ataque por encima de la cabeza de la mujer.

—¿Quién eres? —instó Jamie, que sentía el frío helado de sus vaqueros empapados hasta las rodillas.

Ambas estaban inmersas en un mar de vapor. Se desprendía de su piel expuesta al frío, brotaba de sus narices y bocas.

—Yo… yo… —comenzó la mujer, entre tartamudeos.

Jamie se inclinó sobre la muñeca de la mujer, y la aplastó bajo su rodilla.

Ella chilló de dolor.

—¡Suéltame!

—¿Quién eres? —volvió a preguntar Jamie.

—Me llamo… ¡Me llamo Rachel, Rachel Engerman! —casi lo gritó, sus dientes apretados por el dolor.

—¿Y quién eres tú, Rachel Engerman? Y, lo que es más importante —dijo Jamie en voz baja pero aun así áspera y le clavó más incluso la rodilla—, ¿por qué me sigues?

Las lágrimas inundaban los ojos de Rachel, que sollozaba de dolor mientras agitaba la mano libre con violencia, sin saber qué más hacer.

Ahora parecía que no tenía intención de hacer daño a Jamie.

—Es por Hanna —dijo, entre sollozos—. Yo maté a Hanna Lundgren.

40

Jamie soltó a la mujer y se levantó, dio un paso atrás, tal vez dos, mientras procesaba lo que acababa de escuchar.

—¿Qué has dicho?

Rachel Engerman, una mujer de más o menos su edad, quizá uno o dos años mayor, se acurrucó de lado, con la espalda empapada de nieve, y se acarició la muñeca derecha, tenía la mano cerrada como una garra. Se la tocaba con la izquierda y gimoteaba al mover los dedos.

Jamie miró a su alrededor, echó un vistazo a la casa, y pudo ver a un hombre y una mujer de pie junto a la puerta del patio, con dos niñas pequeñas aferradas a sus piernas.

—No pasa nada —dijo Jamie y sacó su acreditación policial del bolsillo. La mostró—. Soy de la Policía de Estocolmo —dijo con tono autoritario y luego miró a la mujer que yacía en el suelo, que ya parecía no tener ninguna intención de huir—. No hay nada de qué preocuparse —repitió con una sonrisa—. Siento lo de su… jardín —concluyó, sin dejar de mirar alrededor para comprobar el desastre que habían causado.

Dio un paso atrás hacia Engerman, se agachó, la agarró por el brazo y la ayudó a levantarse.

—Vamos —le dijo—. No está roto.

Jamie no dejó de sujetar con fuerza el brazo de la mujer y, entre empujones y tirones, la sacó del jardín hacia la puerta lateral, y mostró su acreditación a la familia que se asomaba a la ventana al pasar.

—Todo está en orden —repitió—. Perdón por las molestias.

Salieron a la esquina para ver cómo se alejaban la desconocida y Jamie hasta donde les fue posible, pero, en cuanto desaparecieron de su vista, ocultas por el lateral de la casa, Jamie se detuvo y

empujó a Engerman contra los paneles de madera.

—Empieza a hablar —le dijo con un dedo levantado hacia su cara —. Ahora.

La mujer parecía realmente asustada y negó con la cabeza para recalcar su inocencia, incapaz de articular palabra.

—¿Por qué me has estado siguiendo? —exigió Jamie.

La desconocida ahora tenía las manos levantadas junto a los hombros.

—No te he seguido —respondió rápidamente.

—¡Y una mierda! Te vi al otro lado de la calle desde mi hotel. —Jamie ató cabos—. ¿Estabas en mi casa también?

—¿Qué? ¡No! —dijo la mujer.

Jamie cerró la mano de repente y estrelló el puño contra el panel que estaba junto a su cabeza.

—¡No me mientas, joder!

—¡Que no te he seguido!

Empezó a llorar de nuevo.

Jamie soltó aire y retiró la mano. Le dolían los nudillos. Estaba empapada, helada, no dejaba de temblar y se sentía agotada.

—¿Estuviste en mi casa hace unos días? —preguntó, ahora con más calma.

La mujer asintió lentamente, no se atrevía a moverse.

—¿Pero no entraste?

Ella negó con la cabeza.

—¿Por qué estabas allí?

—Te estaba buscando.

—¿A mí? ¿Por qué? —Jamie entrecerró los ojos.

—Yo… Necesitaba hablar contigo.

—¿Sobre qué? ¿Sobre Hanna Lundgren?

Ella asintió, los dientes le castañeteaban.

—Entonces, ¿por qué huiste?

—No estaba segura de que fueras realmente tú.

—¿Quién más podría ser?

Engerman se encogió de hombros.

—No lo sé.

Parecía asustada, lo que le dio a Jamie una idea. Pero aquel no

era el lugar para tener aquella conversación.

—Sabes que no soy policía, ¿verdad? Al menos, no policía sueca.

Rachel Engerman asintió.

—Lo suponía.

—Entonces, ¿por qué no intentaste contactar con mi compañero o…?

—No te estaba buscando a ti.

—¿A quién entonces?

—A Jörgen Johansson. El detective que llevó el antiguo caso. Busqué en Internet cuando leí la noticia, para encontrar información sobre el Guardián de Ángeles, había vuelto a actuar y quise contactar con él… Para poner las cosas en su sitio.

—Jörgen Johansson era mi padre —dijo Jamie—. Está muerto.

—Oh —dijo Rachel, mirando al suelo—. No lo sabía, lo siento.

—Pero estoy ayudando con este caso —añadió Jamie rápidamente. Si Rachel Engerman tenía algo importante que decirle a su padre, ella era la persona adecuada para oírlo. Jamie la observó durante un segundo y luego suspiró—. ¿Vas a intentar huir otra vez?

Ella negó con la cabeza.

—Entonces baja las manos y acércate. —Jamie las apartó con un manotazo y le indicó a la mujer que la siguiera—. Aquí fuera hace mucho frío.

Jamie aparcó el coche frente a una cafetería cercana y entró en aquel local demasiado iluminado.

Las dos mujeres entraron, empapadas y desaliñadas, y se dirigieron a una de las mesas de la esquina. El sitio estaba tranquilo. Los únicos clientes eran un hombre sentado al otro lado de la cafetería que tecleaba en un ordenador portátil y una pareja joven inclinada sobre una mesita, que reía y susurraba vete a saber qué. Algo inocente y divertido, sin duda. Jamie hizo una mueca y apartó la mirada de ellos, para volver a concentrarse en Rachel Engerman.

Se miraron en silencio, se evaluaron mutuamente y, entonces, apareció una camarera.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó mientras las miraba

alternativamente, con todas las ganas de preguntar por qué tenían ese aspecto, pero demasiado asustada para hacerlo.

—Té negro —dijo Jamie, sin apartar la mirada de Engerman.

—Lo mismo —respondió ella, incapaz de resistir el impulso de mirar a la camarera y sonreír—. Gracias.

Jamie se mordió el labio. Era educada, hablaba bien. Parecía agradable. Desde luego, no tenía el aspecto de una asesina. Pero aquellas palabras se le habían quedado grabadas. «Yo maté a Hanna Lundgren». Jamie no creía que la hubiera violado, asfixiado y luego le hubiera clavado varias ramas de abedul en la espalda. Pero no se podía ignorar sin más una declaración como aquella.

—Empieza a hablar —dijo Jamie en cuanto la camarera se alejó lo suficiente como para no oírla.

Rachel Engerman tragó saliva y se aclaró la garganta.

—Hanna Lundgren era mi amiga —dijo sin prisa, elegía cada palabra—. Creía que la estaba ayudando.

Jamie tenía los dedos entumecidos y, a causa del frío, sentía un pinchazo en la parte posterior de las piernas.

—Ve al grano.

—Éramos amigas desde la infancia, vecinas. Ella era dos años más joven que yo, pero crecimos juntas.

—Dijiste que la mataste —dijo Jamie sin más—. Así que o me explicas qué demonios querías decir, o te empotraré contra la mesa y te esposaré las manos a la espalda.

Rachel Engerman miró la mesa y exhaló un largo suspiro, como reuniendo fuerzas para decir lo que tenía que decir.

—Hanna Lundgren fue violada.

La camarera se acercó a la mesa y dejó los dos tés. Esperó a ver si decían algo más, pero Jamie y Rachel se limitaron a mirarse en silencio hasta que se marchó.

Jamie esperó hasta estar segura de que nadie la oía y luego se inclinó, se aferraba a la taza con sus frías manos.

—Todas las víctimas del Guardián de Ángeles fueron violadas —dijo—. Era parte de su…

—No —dijo Rachel y lo enfatizó con un movimiento de cabeza—. Lo hizo Leif Lundgren.

Prácticamente escupió el nombre y la mirada de disgusto en su rostro le dejó claro a Jamie lo que pensaba de aquel hombre.

—¿El padre de Hanna Lundgren?

Aquello era una novedad para ella, pero trató de no mostrar su sorpresa.

—Leif no era su padre biológico. Hanna era adoptada.

Jamie ya lo sabía, pero aquello no era un atenuante.

—Hanna era una chica guapa y, cuando cumplió trece años, empezó a… desarrollarse.

Jamie no le quitaba ojo a Rachel.

—Sus padres, Helena y Leif, no podían tener hijos propios. Y, según todos los indicios, eran buenos padres, ya sabes.

Jamie se reservó su opinión, pero miró a Rachel con comprensión mientras ella la observaba de vuelta. No serviría de nada intentar meterle prisa. Solo tenía que escuchar.

—Pero entonces, a medida que Hanna crecía, Leif empezó a cambiar. Se volvió… extraño. Callado, enfurruñado. Creo… Creo que sabía que algo andaba mal. Se odiaba a sí mismo por ello. Pero no podía evitarlo. Al principio no fue así. Pero Hanna dijo que con el tiempo había ido a peor y entonces una noche… —Desvió la vista hacia la ventana, con los ojos llenos de lágrimas, y luego tomó un sorbo de té—. Al principio no quería decírmelo, pero luego me contó que Leif estaba cada vez más asustado. Que la llegó a amenazar.

—¿La había amenazado? —preguntó Jamie en voz baja, casi volcada sobre la mesa para no perderse ni una palabra. Rachel prácticamente susurraba.

Ella asintió.

—Sí, dijo que, si se lo contaba a alguien, él… la mataría.

Dios, pensó Jamie. Pero se quedó callada y animó a Engerman a que continuase.

—Necesitaba ayuda —dijo con voz quebrada.

—¿Y tú la ayudaste? —preguntó Jamie con cautela.

Rachel Engerman asintió.

—Sí, le hablé de la iglesia.

Jamie se tensó y su corazón se aceleró un poco.

—Mi familia iba allí y yo asistía a un grupo que ellos organizaban.

Era como un grupo infantil, pero admitía chicos de todas las edades. Hacíamos estudios bíblicos y cosas por el estilo, y sobre todo… Más que nada era un lugar al que ir, ¿sabes? Donde podías hablar con la gente. Donde te sentías a salvo.

Los labios de Rachel comenzaron a temblar.

Jamie necesitaba mantenerla centrada.

—¿Y llevaste a Hanna allí? ¿Se la presentaste a Hans y Eva Sjöberg?

Rachel la miró a los ojos y asintió.

—Sí, eso hice. Eva era tan dulce. Tan cariñosa. Y Hans también era muy amable. Gente realmente afectuosa. Y pensé, ya sabes, que si Hanna quería contárselo, ellos podrían, en fin, protegerla de Leif. —Apenas podía contener el llanto—. Todos sabíamos que Hans estaba en el ejército. Así que pensé que… Y…

Se calló. Sus hombros comenzaron a temblar y luego vinieron los sollozos. Jamie se quedó allí sentada, apretando los dientes.

La camarera apareció al lado de la mesa.

—¿Va todo bien? —preguntó la joven.

No debía de tener más de dieciocho años. Jamie le lanzó una mirada que valía más que mil palabras y la chica se alejó de la mesa tan rápido como había llegado.

Jamie extendió la mano y tomó una de las manos de Rachel.

—No pasa nada —dijo—. Tú no lo sabías. —Dejó pasar un segundo y luego volvió a hablar, deseosa de que Rachel continuara —. ¿Qué pasó luego?

—Hanna vino… unas cuantas veces… —dijo entre sollozos contenidos—. Y luego, de repente, dejó de aparecer. Fui a su… casa… y, eh, no estaba allí. —Tragó saliva y miró a Jamie—. Leif me dijo que volviera a mi casa, parecía asustado. Pensé… pensé que la había matado.

Mi padre también lo pensó, quiso decir Jamie, pero, una vez más, se limitó a observar, esperar y escuchar.

—Pero entonces, cuando arrestaron a Hans Sjöberg… Yo conocía a esas otras chicas. A todas. Éramos todas amigas. Y una por una… Pensé, quiero decir… Yo estaba convencida de que se habían marchado. Que sencillamente no querían volver. Todo el asunto de la

Biblia a veces podía resultar un poco pesado. Algunas personas pensaban que no era especialmente divertido, otras iban y venían, sin más. Aquello era sobre todo para niños que no tenían otro sitio al que ir. Pero era muy popular, muchos niños iban allí. —Se tomó un segundo para ordenar sus pensamientos—. Nunca pensé que Hans pudiera…

Jamie procesaba todo aquello, trataba de entender qué significaba. Qué significaba para el caso original. Qué significaba para este caso. ¿Conocía su padre aquella información? ¿Hubiera cambiado algo?

—¿Le contaste a alguien lo de Hanna en aquel momento? —preguntó Jamie, con voz repentinamente apagada.

Rachel negó con la cabeza.

—No, pensé que si lo hacía, Leif también me mataría a mí.

—¿Por qué no le dijiste a nadie que creías que Leif había matado a Hanna?

—Se lo conté —dijo Rachel, levantando la cabeza.

—¿A quién?

—A Hans Sjöberg.

Jamie apretó los dientes.

—¿Después de que Hanna desapareciera?

Rachel asintió.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo… Me dijo que no me preocupara. Que… Que los hombres como él siempre acababan recibiendo su merecido. —Soltó un par de irónicos gruñidos y negó con la cabeza—. Unas cuantas tonterías sobre el cielo y el infierno, ¿puedes creerlo? Eso fue todo. Sobre el perdón. Poner la otra mejilla, toda esa mierda.

Rachel la miró, pero Jamie aún le daba vueltas a lo último que había dicho. «Los hombres como él siempre acababan recibiendo su merecido…».

Justo en ese momento el teléfono de Jamie empezó a vibrar en el bolsillo. Lo sacó y vio el número de Hallberg en la pantalla.

—Discúlpame un momento —le dijo a Rachel, se levantó de la mesa para contestar la llamada—. ¿Hola?

—Jamie —dijo enseguida Hallberg—. ¿Está Wiik contigo?

—No, aquí no está.

—¿Y sabes dónde puede estar?

Parecía estresada.

—No, ¿por qué? ¿Qué pasa?

—Acabamos de recibir un correo electrónico de los de Tecnología: parece que una de las tabletas recuperadas de la casa de los Hansen no tenía contraseña. La tableta del hijo.

—¿William?

—Sí, acaban de extraer el historial y…

—Y han encontrado pruebas de que Emmy Berg sufría abusos sexuales por parte de Jan Hansen.

Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera detenerlas.

—Sí —dijo Hallberg, sorprendida—. ¿Cómo lo sabías?

—No lo sabía.

Jamie exhaló un largo y tembloroso suspiro y se volvió para mirar a la mujer que seguía sentada en la mesa. La mujer que acababa de cambiar todo el caso.

«No lo entiendes».

Jamie apretó los dientes.

Empezaba a entenderlo.

41

—Emmy entraba a un foro de apoyo para víctimas de abuso sexual desde la tableta de su hermano —dijo Hallberg—. Y, por lo que parece, fue así como el asesino la identificó como objetivo.

Jamie removía su té sin prisas, atenta a lo que decía Hallberg, que no hacía sino confirmar sus sospechas, con el teléfono pegado a la oreja. Al mismo tiempo miraba fijamente el asiento vacío frente a ella. Rachel Engerman se había ido, al igual que la pareja empalagosa y el hombre del ordenador portátil. Solo quedaban Jamie y las dos chicas detrás del mostrador. Se dedicaban a hablar entre ellas y mirarla de reojo, seguramente tratando de discernir si Jamie era una sintecho o solo lo parecía.

—Si Hansen lo sabía —dijo Jamie—, eso explica por qué le quitó el teléfono y el ordenador.

—O incluso que tuviera miedo de que se lo contara a alguien —añadió Hallberg.

—Exacto. ¿Tenemos datos de los otros niños que han acogido?

—He enviado un correo electrónico a la agencia, pero hoy ya han cerrado. No tendremos respuesta hasta mañana por la mañana.

Jamie le dio un sorbo a su té, paladeaba el líquido amargo.

—¿Qué encontraron en el foro?

—Parece que Emmy publicaba con el nombre de usuario EBStockholm06. Los técnicos han rastreado todo el sitio y han encontrado algunos mensajes publicados por ella. Inició dos hilos: uno titulado «Ayuda» y otro titulado «Necesito hablar». En el primero decía que creía que un hombre mayor de su entorno intentaba iniciar algún tipo de relación física, pero que no estaba segura de que no fuese un malentendido. A continuación, enumeraba las cosas que hacía este hombre: tocarle el brazo, acariciarle la espalda, cosas así.

A Jamie se le revolvió el estómago y sintió cómo le subía la ira.

—¿Menciona algún nombre?

—No —respondió Hallberg, tan decepcionada como Jamie—. Pero, por las respuestas que dio a las personas que comentaban y respondían, está bastante claro que se trata de Jan Hansen.

—¿Hay evidencias suficientes como para utilizarlo en un tribunal?

Hallberg carraspeó.

—No me corresponde a mí… Eh, quiero decir que no lo sé.

«En otras palabras: no», pensó Jamie.

Hallberg continuó.

—Fue en septiembre, lo que significa que sucedió unos seis meses después de que comenzara su periodo de acogida. Parece que las insinuaciones de Jan llevaban tiempo produciéndose, pero no hay una fecha exacta.

—¿Y el otro hilo?

—«Necesito hablar» —dijo Hallberg—. Se publicó hace unas dos semanas y media.

Jamie se enderezó un poco más.

—Por tanto, fue una semana antes de que mataran a Emmy.

—Ocho días, sí.

—¿Qué decía?

—No abundan los detalles, pero da a entender que fue violada.

—Dios mío —dijo Jamie, sabiendo que tendría que obtener toda la información posible—. ¿Y las respuestas?

—Todas eran de apoyo, amables. La gente ofrecía los números de las líneas de ayuda locales a las que podía llamar, se ofrecían a ponerse en contacto con las autoridades en su nombre. Algunos incluso ofrecían lugares a los que Emmy podía ir si necesitaba escapar.

Jamie reaccionó al oír eso.

—¿Lugares a los que podía ir?

—Sí, parece que dos de los que respondieron eran de Estocolmo y ambos dijeron que estarían encantados de proteger a Emmy si ella quería irse de casa.

—¿Tenemos sus nombres?

—Los nombres de usuario, sí. Los nombres reales… Eso podría

llevar algo de tiempo. El foro funciona con un sistema bastante nuevo y, si se tiene en cuenta la naturaleza de lo que allí debaten, el anonimato es una prioridad para ellos. Según dicen los técnicos, no tienen un mal sistema de seguridad. Tendrán que ponerse en contacto con el proveedor del alojamiento para obtener acceso. Intentar jaquearlo puede llevar mucho tiempo y necesitaríamos una orden judicial solo para intentarlo, así que…

—¿Qué respondió Emmy? ¿Aceptó el ofrecimiento de alguno de ellos?

Jamie no tenía tiempo para discutir los detalles de la ley de protección de datos. Lo que necesitaba era información.

—Eso es lo extraño —dijo Hallberg—. Emmy no parecía querer aceptar el ofrecimiento. Les dio las gracias, pero dijo que buscaría otra solución.

—¿Otra solución? ¿Como qué? —Jamie frunció el ceño.

—No lo sé, pero hay treinta y siete respuestas a su publicación, todas ofrecen cosas diferentes. Cuando Tecnología consiga los datos del foro podremos entrar en la cuenta de Emmy, así veremos la actividad relacionada con ella y, a partir de ahí, con suerte, sabremos más. Quizá alguien le envió un mensaje, o borró su respuesta, o… algo… No lo sé. —Hallberg suspiró.

Jamie asimiló aquello.

—Esto es bueno —dijo.

—¿Bueno?

—Estamos cada vez más cerca. Siempre estuvo pendiente esa pregunta: ¿por qué Emmy Berg? Sjöberg elegía a las chicas dentro del grupo de la iglesia. Por lo que Engerman acaba de contarme, ellas confiaban en él. Así es como las elegía.

—¿Elegía a víctimas de abusos?

Jamie asintió con la cabeza en primer lugar.

—Sí.

—¿Y luego las violaba?

—No —dijo Jamie dubitativa—. No lo creo. —Se tomó un momento para reorganizar la información en su cabeza—. Creo que eso es lo que mi padre siempre entendió mal. Pensaba que Sjöberg las violaba, luego las asfixiaba y montaba el escenario en el que

aparecían. Creía que todo era una especie de extraño acto de expiación y redención. Las presentaba como ángeles para restaurar su pureza después de habérsela quitado. Y creo que cuando habló con Annika Liljedahl y descubrió que Hans Sjöberg se había acostado con ella cuando tenía catorce años, esas dos piezas se superpusieron, descubrió que encajaban y ahí acabó todo. —Jamie respiró hondo, le costaba decir la siguiente parte—. Entonces se enfrentó a Sjöberg y, cuando este no confesó, porque en realidad él no había abusado de esas chicas, al menos no de esa manera, mi padre intentó sacarle a golpes una confesión.

Hallberg guardó silencio.

—Pero se equivocó —continuó Jamie—. El Guardián de Ángeles no violaba a sus víctimas. Creía que las salvaba. —Jamie exhaló un largo y tembloroso suspiro—. No sé si era solo Sjöberg, o Sjöberg con Eriksson, o Eriksson por su cuenta. Pero las autopsias lo confirman, ¿no? En todos los casos los exámenes mostraron pruebas de agresión sexual, pero en ninguno de ellos había sido antes de morir. Se dio por sentado que Sjöberg abusaba de ellas durante una temporada y, una vez que había terminado con sus retorcidas intenciones, las asfixiaba, para luego llevar sus cuerpos al bosque y presentarlas como ángeles. Pero no era eso lo que hacía. Se había ganado su confianza. Las llevaba a dar una vuelta en coche —Jamie se lo iba imaginando mientras lo narraba—. Les decía que las llevaba a un lugar seguro. Seguramente era de noche. Estarían cansadas. —Recordó su propia infancia, los largos viajes en el asiento trasero del coche. El hipnótico parpadeo de las farolas a su paso—. Se quedarían dormidas allí, pensando que todo había terminado. Y entonces él se detendría en algún lugar e introduciría una manguera conectada al tubo de escape mientras dormían. Bajaría al bosque que estuviese al lado de la carretera y dispondría todo el escenario donde la exhibiría. Cortaría las ramas, buscaría el lugar adecuado. Mientras tanto las niñas se asfixiaban lentamente, sin siquiera despertarse. —Jamie dio otro sorbo, la mano no dejaba de temblarle, y luego dejó la taza, mirando el brillo de la superficie negra del líquido—. Se irían en silencio, sin dolor, sin siquiera darse cuenta. Sus últimos pensamientos eran felices: alguien las salvaba. Y

entonces… —Jamie carraspeó para deshacer el nudo que tenía en la garganta. No había manera de conseguirlo—. Luego, una vez fallecidas, las llevaría al bosque y las convertiría en ángeles. Las presentaba como los ángeles que eran. Un modo de devolverles aquello que les habían arrebatado.

Jamie oyó a Hallberg tragar saliva al otro lado de la línea y luego dos sollozos. Apartó la boca del auricular para toser y luego habló, con la voz quebrada.

—Eso es, eh… Eso quiere decir que…

—Pero eso no era todo —continuó Jamie, las palabras salían ya solas de sus labios—. Eso era solo la mitad. Lo primero era salvar a las niñas. Pero también tenía que hacer que las personas que les habían hecho daño pagaran por lo que habían hecho. Se lo había prometido. A Hanna Lundgren se lo prometió. Ella no lo sabía en ese momento, pero Sjöberg sí. Y creo… —Se detuvo, sintió el germen de una duda—. Creo que él sentía que era algo necesario. Un mal necesario. Un deber. No disfrutaba el acto de matar. En el caso de las chicas, los asesinatos están llenos de remordimiento. Aunque pensase que era lo correcto para ellas. Y luego, cuando mataba a los padres… Había un… distanciamiento. A uno de ellos lo sacó de la carretera, otro supuestamente se suicidó. ¿Es posible que los convenciera para que lo hicieran ellos? ¿Quizá se enfrentó a ellos y los obligó a hacerlo por sí mismos con la amenaza de llevarlos ante la justicia? Les ofrecía una escapatoria. ¿Las demás… desapariciones? No sabemos cómo lo hizo, pero no creo que disfrutara.

—¿Y Lundgren? —preguntó Hallberg en voz baja—. Lo asfixiaron. Eso no parece distante.

Jamie negó con la cabeza y exhaló un largo suspiro.

—No lo sé, Hallberg —dijo—. La única respuesta honesta que tengo es un no lo sé. Fue hace veinticinco años y el hombre está muerto. Lo negó todo en el juicio y luego se declaró culpable. Pero nunca llegó a aclararlo, nunca explicó nada. Se podría pensar que, si en su mente todo lo que hizo era algo honorable, querría decirlo, ¿no? ¿No querría gritarlo a los cuatro vientos?

—A menos que no hubiera sido él.

Jamie se pellizcó el puente de la nariz.

—Sí. Existe esa posibilidad.

—Si no fue él, entonces es normal que no explicara nada. Podría habérselo confiado a Eriksson al final y Eriksson podría haber sido el verdadero asesino todo el tiempo.

Jamie tocó su taza y notó su frío contra la piel.

—Podríamos pasarnos toda la noche aquí entre teorías —dijo Jamie—, pero nada de eso importará si no atrapamos al tipo que está matando ahora. Tanto si Sjöberg tenía intenciones justas entonces, por muy enfermizas que fueran, como si lo hizo él solo o con Eriksson, al final se trataba de tomarse la justicia por su mano, y eso es asesinato. Lo mires como lo mires. Y lo de ahora, ya sea porque Eriksson ha retomado esta puñetera noble cruzada o porque simplemente le encanta matar, es algo que no sé a ciencia cierta. Pero lo que sí sé es esto: siete chicas fueron asesinadas. Y luego mataron a cinco padres. Ahora, Åsa Gunnarson también está muerta. Al igual que Emmy Berg. Y el patrón permite pensar que Jan Hansen es el siguiente en la lista. Y, lo merezca o no, nuestro trabajo es evitar que la gente se mate entre sí. Si Jan Hansen es culpable debe caer en manos de la justicia. La verdadera justicia. Así es como tiene que ser. ¿Si no para qué demonios hacemos esto?

—De acuerdo —dijo Hallberg y su voz recuperó poco a poco la firmeza.

—Pero el asesino es inteligente, sabe lo que hace. Si cree que Jan Hansen va a ser un objetivo difícil, no creo que lo intente. Tiene paciencia. Tanta paciencia como un santo. —La imagen de Per Eriksson con su alzacuellos le vino a la mente—. Esperar más de dos décadas para ir a por Mikael y Åsa Gunnarson lo demuestra. Si tiene que esperar para actuar contra Hansen, esperará. Pero eso no significa que vaya a dejar de matar. Apuesto a que ya ha comenzado a buscar a la próxima chica.

Jamie apartó la taza de té ya frío y se levantó, por la ventana veía la ciudad que una vez había sido su hogar.

—Si es que no la ha encontrado ya —dijo mientras caminaba hacia la puerta.

42

Jamie,

Ahora tengo momentos fugaces de lucidez. Pero están llenos de remordimientos. Cuando suceden, lo que me resulta más fácil es tomar otra copa, aunque solo sea para ahogarlos.

Tengo miedo. De quién soy. De en quién me he convertido. Me miro en el espejo y no reconozco a la persona que me devuelve la mirada.

Mi único consuelo es que no tendré que ser él por mucho más tiempo.

No tendré que ser *absolutamente nada*.

43

A la mañana siguiente Jamie entró en la sede de la Policía poco después de las ocho.

Falk le había enviado un mensaje de texto pidiéndole que fuera y, mientras caminaba entre los escritorios vacíos de aquella planta, vio a Hallberg levantarse detrás de la pantalla de un ordenador.

—Jamie —dijo, con aire de cierta sorpresa.

—Hallberg —respondió Jamie y aminoró el paso—. ¿También has recibido un mensaje de Falk?

La mujer la miró con curiosidad.

—No, no lo he recibido.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Siempre vengo antes de las ocho —dijo alegre, con una sonrisa, incluso en medio de todo aquello.

Jamie resistió el impulso de hacer una broma. Se te pasará pronto, tuvo ganas de decir.

—Hay que adelantar papeleo, ¿no? —dijo en su lugar, esforzándose por encontrar algo de entusiasmo en toda la situación.

—Claro —dijo Hallberg y se rio.

Jamie detectó en ella cierto nerviosismo y sabía por qué. Reconocía mucho de sí misma en Hallberg. Deseosa de complacer, con una energía ilimitada y sin nada más en la vida que el trabajo. Al despertarse cada mañana comenzaba a pensar en ella y volvía a casa por la noche para echarlo de menos. Se acostaba temprano porque no tenía nada más que hacer, se levantaba temprano porque llevaba en la cama desde las nueve. Aparecía en el trabajo antes de las ocho porque quedarse sentada en su piso con la ropa puesta durante otra hora le parecía la peor tortura posible.

Jamie no sabía si informarla del futuro que le esperaba o dejar que lo descubriera por sí misma. Lo más triste de todo era que la

chica aspiraba a convertirse en alguien como ella. Como si pensara que Jamie lo tenía todo bajo control. Que una serie de casos resueltos y las cicatrices de batalla que lo demostraban valían la pena, a pesar de toda la mierda que había que aguantar por todo ello.

No era así. Pero, cuando habías llegado tan lejos, no había ningún otro sitio al que ir. Una vida normal, un trabajo normal… Era lo único que parecía aún menos atractivo que dejarlo. No era más que otra adicción más. A algunos les gustaba la botella, a otros las pastillas. Algunas personas se movían por el sexo. Pero para Jamie, y para aquella pobre chica que tenía delante, era el trabajo. Lo único que las mantenía en pie era la idea de clavar a otro pedazo de mierda en la maldita pared.

Esa dosis.

Por fugaz que fuera.

Jamie carraspeó y miró hacia el despacho de Falk. Estaba sentada detrás de su escritorio, no le quitaba la vista de encima a Jamie.

Captó la indirecta, le hizo un gesto con la cabeza a Hallberg y se dirigió hacia la habitación acristalada.

Jamie estaba a medio camino de la puerta cuando Falk levantó la mano.

—No, ven con Hallberg —dijo en tono seco.

—Dijo que no tenía ningún mensaje —respondió Jamie de modo automático, un poco desconcertada.

—Eso es porque sabía que estaría aquí —añadió Falk con una ceja levantada.

Jamie esbozó una sonrisa de disculpa y asintió. Bastó con una mirada por encima del hombro para que Hallberg se pusiera en pie y se dirigiera hacia allí.

Jamie avanzó hacia la mesa y Hallberg se quedó junto a la puerta, con aire expectante. Falk señaló las sillas frente a su escritorio y ambas se sentaron.

Miró a Jamie, luego a Hallberg, se apoyó en los codos, entrelazó las manos en la nuca e inclinó la cabeza. Respiró hondo y luego se enderezó, dejó caer las manos sobre el escritorio y las entrelazó.

—No tiene sentido andarse con rodeos. Wiik está siendo

investigado por Asuntos Internos por conducta indebida. Lo que significa que el caso queda en suspenso hasta que yo diga lo contrario, ¿de acuerdo? Le he dicho a Wiik que se tome unos días libres para prepararse. No quiero que trabaje mientras los de Asuntos Internos husmean. Solo empeoraría las cosas.

Jamie se quedó en silencio. Había estado en la oficina de un oficial superior suficientes veces como para saber cuándo era el momento de hablar y cuándo era el momento de escuchar. Hallberg, obviamente, no lo sabía.

—¿Una investigación? —preguntó incrédula—. ¿Por qué?

Lealtad inquebrantable a un hombre que la trataba como a un felpudo. Jamie pensó que eso era algo digno de respeto. Pero es eso lo que hace el amor por el trabajo. Hallberg estaba inmersa en esa concepción del mundo donde aquello era un rito de paso. Debía ganarse el respeto de Wiik. Lo irónico era que solo lo conseguiría cuando dejara de esforzarse tanto.

Falk se tomó un segundo para responder, con la esperanza de que Hallberg se disculpara por preguntar y se retractara. No lo hizo.

—Tras la muerte de Tomas Lindvall, la División de Investigaciones Especiales ha decidido aclarar si existe una relación sólida entre el trato que recibió mientras estuvo bajo custodia policial y su suicidio.

Hallberg negó con la cabeza.

—Lindvall estaba drogado. A juzgar por las drogas que se encontraron en su piso las mezclaba de forma habitual. Le habrán hecho un análisis de sangre cuando ingresó en el hospital —dijo con seguridad—. Eso revelará lo que había tomado y si lo mezclaba con su medicación antipsicótica o había dejado de tomarla. No se nos puede responsabilizar si…

—No nos están haciendo responsables —dijo Falk con serenidad y levantó la mano para silenciar a Hallberg—. Wiik es quien está bajo la lupa. Lindvall claramente no estaba en su sano juicio y, conociendo su historial antes de entrar en la sala de interrogatorios, debería haber actuado con moderación. La investigación analiza si hizo uso de un exceso de fuerza o provocó el brote psicótico de Lindvall. Por suerte, Johansson —Falk miró a Jamie cuando dijo esto —, pareció calmarlo antes de que hiciera ninguna estupidez de

verdad. Así que tengo la esperanza de que, como bien has señalado, los de Asuntos Internos se convenzan de que Lindvall tenía un largo historial de violencia y autolesiones, agravado por la mezcla habitual de su medicación con drogas ilegales, y que fue la negligencia del hospital lo que provocó su muerte. A Lindvall no se le inmovilizó, a pesar de que ingresó mientras estaba bajo custodia. Parece que le hicieron una serie de pruebas mientras estaba inconsciente y después no lo inmovilizaron.

—Entonces es culpa suya —asintió Hallberg con firmeza.

Falk se recostó y abrió las manos.

—Eso no nos corresponde decidirlo a nosotros. En un asunto como este, todo el mundo echará la culpa a los demás. Detuvimos a Lindvall de acuerdo a unas pruebas que no pueden ser consideradas ni siquiera circunstanciales…

Jamie intervino, incapaz de resistirse.

—Huyó de nosotros.

—Y según el informe de Wiik, tú lo empujaste al suelo y luego le diste una patada en el estómago —replicó Falk.

Hallberg se mostró sorprendida.

—Bueno, no mientras estaba en el suelo —dijo Jamie en su defensa—. Y él intentó darme un puñetazo en la cara. ¿Qué hubieras preferido que hiciera? ¿Dejar que me golpeara?

—Hubiera preferido que lo hubiera detenido sin el uso innecesario de la fuerza —Falk no cedió.

—Pensé que era necesario —Jamie tampoco cedió.

—Genial. Significa mucho para mí viniendo de una detective británica que trabaja bajo mi autoridad como consultora civil y que, además, está actualmente de baja administrativa por haber disparado a un sospechoso.

La mirada fría de Falk atravesó el pecho de Jamie.

Se calló. Se acababa de dar cuenta de que se había pasado de la raya. Le sorprendió que Falk no la hubiera subido ya a un avión. De hecho, ¿por qué no lo había hecho?

Falk soltó aire lentamente.

—A ver, habrá muchas acusaciones. La familia de Lindvall busca un cabeza de turco. Y, por lo que a ellos respecta, tanto la Policía

como el Servicio de Salud tienen mucho dinero. Estamos a la defensiva y el hospital intentará que la responsabilidad caiga en nosotros.

Jamie se dio cuenta de que estaba negando con la cabeza.

—No puede ser cierto que quieran echarnos la culpa de la muerte de Lindvall.

—¿Quién crees que avisó a Asuntos Internos?

Jamie se quedó sin palabras.

—Mira —dijo Falk y suavizó el tono—. Quería veros temprano a las dos para poneros al tanto de la situación. Wiik se reunirá con el departamento jurídico esta mañana para repasar algunas cosas. Pero tenemos las manos atadas. Asuntos Internos tiene ahora el control. Lo único que podemos hacer es esperar a ver qué dicen.

Sus palabras flotaron en el aire durante unos segundos. Fue Hallberg quien habló.

—¿Entonces abandonamos el caso? —preguntó como recriminándole a Falk que no le importara o que no supiera el alcance de los hechos.

—El caso queda en suspenso, por ahora.

Falk lo reiteró con cuidado, pero también con un tono lo suficientemente severo como para que Jamie no repitiera la pregunta.

Una vez más, Hallberg hizo gala de lo que ella consideraba tenacidad, pero que Falk interpretó sin duda como casi insubordinación.

—Pero sabes que acabamos de obtener pruebas que sugieren que Emmy Berg sufrió abusos de Jan Hansen. Y que William Martinsson va a ser interrogado esta mañana. Y que anoche contactó con Jamie una posible testigo del caso original que afirma que Leif Lundgren abusó de Hanna Lundgren. No podemos dejar que estos tipos…

En lugar de volver a levantar la mano, Falk simplemente se recostó y giró en su silla para darles la espalda.

Hallberg dejó de hablar y miró a Jamie en busca de una explicación. Jamie le hizo un gesto con la cabeza que decía de forma clara: «Cállate». Falk podía ser una burócrata, pero era inteligente y Jamie no tenía ninguna duda de que ya había pensado en todo. Las

ojeras que su maquillaje intentaba ocultar a toda costa le indicaron a Jamie que Falk había tenido una noche larga o que había madrugado, posiblemente ambas cosas, y sin duda se había devanado los sesos para decidir qué plan seguir.

Hallberg suspiró, incapaz de contenerse.

—Estos hombres son objetivos de la investigación. Jamie dijo que la testigo, Rachel Engerman, afirmó que Hans Sjöberg dijo —golpeaba una mano contra la otra con cada dato que recitaba— que los hombres como ellos acaban recibiendo su merecido. Aún no podemos demostrar el abuso con ninguna de las otras víctimas, pero, si hay un patrón aquí, entonces podríamos estar ante un posible justiciero. —No daba señales de ceder, aunque Falk no parecía muy interesada—. Tenemos que aumentar la protección de Lundgren y Hansen, traerlos aquí para interrogarlos. Hacer que hablen. Demostrarle al asesino que vamos por delante de él. Si no lo hacemos, entonces…

La voz de Falk llegó desde su posición, de espaldas.

—Entonces, tal vez el asesino no sepa que sabemos todo eso.

Eso pareció desconcertar a Hallberg, pero Jamie estaba de acuerdo con Falk.

—Los estás utilizando como cebo —dijo Jamie una vez todo cobró sentido.

—Recibí una llamada de un abogado que representa a Jan Hansen hace unos treinta minutos. William no va a ser interrogado. Y cualquier pregunta que tengamos para Jan Hansen debemos hacerla llegar a través de su asesor legal. De la misma manera que cualquier pregunta que tengamos para Mikael Gunnarson. Y en cuanto a Leif Lundgren… Esta investigación parece estar asustando a todo el mundo. Pero nos mantendremos cerca.

—Eso es… —comenzó Hallberg—. ¿Estás… esperando a que el asesino vaya a por ellos?

Falk se giró en su silla.

—¿Y condenar a muerte a esos hombres? —Su rostro era impasible—. Por supuesto que no. Eso sería poco ético.

Jamie observó a Falk con atención y puso la mano sobre la rodilla de Hallberg, la apretó con suficiente fuerza como para que al fin

entendiera el mensaje.

Falk zanjó el asunto de una vez por todas.

—Tenemos un coche camuflado aparcado frente a las casas de Hansen y Lundgren. Llevan allí desde que me contaste lo de las pruebas encontradas en la tableta de William Martinsson y el testimonio de Rachel Engerman. En cuanto a Mikael Gunnarson, parece haber decidido pasar una temporada en su ático de la ciudad, pero tiene suficientes contactos como para cuidarse solito. No creo que el asesino vuelva a atentar contra él tan pronto. En cuanto a Hansen y Lundgren, si el asesino decide seguir con su patrón, estaremos allí para interceptarlo.

Hallberg no sabía qué pensar. Jamie podía verlo en su rostro. Tenía razón en que no advertirles de que sus vidas corrían peligro no era del todo ético. Pero Falk también tenía razón al decir que para la investigación lo mejor era no ponerles al tanto de todo lo que sabían.

Y, de todos modos, aunque pudieran interrogar a Lundgren gracias a la revelación de una testigo oculta durante dos décadas, que en aquel momento era poco más que una niña, no tenían pruebas para acusarlo a menos que confesara. Y Jamie no creía que fuera a hacerlo. En cuanto a Jan Hansen, lo único que tenían eran algunas pruebas circunstanciales extraídas de la tableta de un niño. Algo que, si iban a juicio, cualquier abogado que se preciara habría desactivado en un santiamén.

No tenían nada sólido para presentar una acusación y traerlos aquí solo serviría para entorpecer la investigación.

No, por muy difícil que resultase, por ahora lo único que podían hacer era no hacer nada. Tenían todos los dispositivos de la casa de Hansen. Los técnicos los examinarían y catalogarían todo lo que encontrasen. Pero iba a llevarles un tiempo vencer las medidas de seguridad y extraer lo que se escondía en su interior. Un hombre inocente proporcionaría las contraseñas para acelerar el proceso. Pero Jan Hansen no era un inocente. Y, cuanto más tiempo tardaran, más tiempo tendría él para inventarse alguna mierda con la que cubrirse las espaldas.

Ahora la partida entraba en un compás de espera.

Y eso era lo peor de todo.

Jamie había trabajado en suficientes casos como este para tener una certeza irrebatible.

Si se espera lo suficiente, todo el mundo muere.

44

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Hallberg mientras se balanceaba en su silla.

Jamie se había sentado en su escritorio. Aún no eran ni las nueve y la oficina seguía vacía.

Falk les había dicho que podían tomarse el día libre. Que les informaría si había alguna novedad. Pero Jamie no tenía ganas de dar vueltas en el hotel. Tenía mucho que hacer.

Se apartó del escritorio, estiró el cuello y sacudió las piernas. Le dolían un poco por el esfuerzo de la noche anterior.

—Haz lo que quieras —dijo Jamie—. Tómate el día libre.

Levantó una mano por encima del hombro y se despidió rápidamente de Hallberg, camino del escritorio de Wiik.

Estaba segura de que Falk le daría un nombre de usuario temporal si se lo pedía, pero no era necesario. Ahora sabía la contraseña de Wiik: Lucas110708. El nombre de su hijo seguido de su fecha de nacimiento al revés. Un técnico digital de la Metropolitana de Londres le había dicho una vez que cualquier contraseña que contuviera nombres y fechas relacionados con seres queridos podía ser jaqueada sin problema. Lo cual quedó demostrado cuando consiguió las contraseñas de acceso de Jamie. Y luego las de su compañero.

Jamie se había tomado aquello como una seria advertencia.

Pero Wiik no tenía noticia del asunto, como era obvio.

Ella le había visto escribirla por encima de su hombro el día anterior.

Jamie llegó a su escritorio y apartó la taza con el *Min pappa är en superhjälte*, que ahora contenía una mancha peluda y gris que nadaba sobre los restos de café que quedaban en el fondo.

Se sentó e inició sesión rápidamente. Sacó la fotografía de ella y

su padre del bolsillo de la chaqueta. La colocó debajo de la pantalla y la inspeccionó de nuevo a la luz del día: se devanó los sesos tratando de recordar dónde estaba. Buscando la más mínima pista en el paisaje que le ofreciera algún dato identificativo.

No encontró nada.

Jamie suspiró y cerró los ojos. Esto podría ser más difícil de lo que pensaba.

Pero tenía que encontrarlo. Encontrar lo que su padre le había dejado.

Jamie abrió los ojos y se sobresaltó en su asiento.

Hallberg merodeaba en la esquina del escritorio como una niña.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Estoy, eh… —comenzó Jamie, luego se inclinó hacia delante con la vista fija en el buscador en medio de la pantalla blanca.

—Estoy buscando un lago.

—¿Un lago? —Hallberg no lo entendía—. ¿Por qué?

Jamie miró la fotografía sopesando qué quería contarle.

—Mi padre y yo dejamos algunas cosas en una cabaña de caza hace años. Quiero ver si todavía está allí.

—¿Qué tipo de cosas?

—Cosas personales —dijo ella para restarle importancia, con el deseo de que Hallberg captara la indirecta.

Ella asintió con la cabeza, pero no dio el menor signo de que fuera a marcharse. Se quedó allí, entretenida con unos bolígrafos en un estuche junto al escritorio de Wiik.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó al cabo de unos segundos.

—¿No tienes nada más que hacer? —preguntó Jamie con una ceja levantada.

—Wiik nos relevó de todos los demás casos cuando nos hicimos cargo del Guardián de Ángeles.

—¿Nada de papeleo?

—Hecho.

—¿Los informes forenses?

—Todos catalogados, archivados y marcados.

—¿Las preguntas para Gunnarson?

—Enviadas a su abogado. Hace unos minutos le envié otro correo

electrónico para asegurarme de que las había recibido.

—¿Los padres de las víctimas originales?

—He enviado formularios de solicitud a la Agencia de Matriculación de Vehículos para obtener sus direcciones y datos de contacto actualizados. Podría llevar un tiempo.

—¿La agencia a la que recurrieron para contratar a la niñera?

—Había cinco empresas que funcionaban en Estocolmo en el momento de la muerte de Tilde Gunnarson. Me he puesto en contacto con las dos que siguen en activo para obtener sus registros, y he sacado los nombres y direcciones de los propietarios de las otras tres del Registro Mercantil Nacional, y he realizado un seguimiento con la Agencia de Matriculación de Vehículos para obtener también sus datos de contacto actualizados. Cruzo los dedos para que consigan reunirlo todo. Espero que podamos localizar a la niñera a partir de ahí, pero si los propietarios no han conservado los registros durante tanto tiempo… Y, como no hay pruebas de ninguna actividad delictiva, no conseguiremos una orden de registro y confiscación de los archivos personales de los Gunnarson. Si Mikael no tiene los registros o no está dispuesto a entregarlos, entonces nos encontramos en un callejón sin salida con este caso.

A Jamie no le gustó esa expresión, pero aceptó la posibilidad. Le impresionaba una y otra vez la capacidad de Hallberg para hacer su trabajo. Era eficiente y centrada, Wiik tenía suerte de contar con ella.

—¿Entonces no tienes nada más que hacer?

Quizá podría aprovechar sus virtudes.

Hallberg sonrió y se encogió de hombros.

—¿Necesitas ayuda?

—Claro —dijo Jamie y le dio la foto que estaba sobre el escritorio.

—¿Eres tú? —dijo Hallberg tras examinarla—. Y tu padre.

—Así es.

—¿Y necesitas averiguar dónde está este lago?

—Si es posible.

—¿Esa es la cabaña de caza?

—Sí.

—Y este coche, ¿cuál es? —Hallberg miró a Jamie.

—No lo sé. Un Volvo, de principios de los noventa.

Respondió con la entonación de una pregunta. Nunca se había fijado en qué coche era. Tan solo era una niña.

Hallberg asintió, como si eso fuera suficiente.

—¿Y no tienes ni idea de en qué zona está?

—Mi padre solía ir a pescar a un lago cerca de Vemdalen, pero no creo que sea este.

—Hay muchos lagos por allí.

—Sí —dijo Jamie con un suspiro—. Ese es el problema.

Hallberg asintió.

—Déjamelo a mí. ¿Te importa si me la llevo prestada un momento? Puedo hacer una copia y devolverte la foto si…

—No —dijo Jamie enseguida, sin saber muy bien por qué le molestaba tanto la idea—. No hagas una copia. Solo… cuídala, ¿vale?

Hallberg la colocó junto a su pecho.

—Por supuesto —dijo—. Te avisaré si encuentro algo.

Le dedicó una amplia sonrisa a Jamie, como si se sintiera aliviada por tener algo que hacer. Como si hubiera logrado al fin rascar una molesta picazón. Como si le sirviese para saciar una adicción, aunque solo fuera por un rato.

Jamie la observó alejarse durante un segundo y luego volvió a su propia pantalla. A la barra de búsqueda vacía.

—De acuerdo —se dijo—. Vamos allá.

Treinta minutos más tarde, Jamie estaba en la página diecisiete del buscador de imágenes, con las palabras «lagos en Suecia» en la barra de búsqueda. No había hecho más que revisar fotos sin cesar, a la busca de cualquiera que se pareciera a la suya.

Hasta ahora, había apuntado dos. Una en la página tres de resultados y otra en la página once. Ninguna era la que buscaba. Pero realmente no sabía qué más hacer. Quizá Wiik tenía razón y se había vuelto pésima investigando fuentes. Supuso que le faltaba un poco de práctica.

Hallberg se acercó a ella sonriendo, con un papel y la fotografía en

las manos.

Se detuvo junto al escritorio de Jamie, con aire orgulloso, y lo dejó todo sobre la mesa.

Jamie recogió la foto, que había dejado encima del papel y la guardó en su abrigo sin decir nada. Luego echó un vistazo a lo que tenía delante. Era una lista de ocho lagos separados en columnas. Tenía sus nombres, sus coordenadas, sus tamaños, volúmenes y si se encontraban o no dentro de parques nacionales.

Sabía que Hallberg era buena, pero se quedó boquiabierta.

—¿Qué…? ¿Cómo los has encontrado?

—Oh —dijo Hallberg, desconcertada por la pregunta. Probablemente Wiik nunca le había preguntado ni le había dado las gracias. Simplemente esperaba que lo hiciera—. Busqué las dimensiones de ese modelo de Volvo y luego utilicé un software de modelado 3D para calcular el tamaño aproximado de la cabaña. Con eso, determiné la altura del valle circundante y luego calculé su anchura, y lo crucé con mapas topográficos para encontrar prominencias y tamaños similares. A continuación, comprobé cuáles de esos valles contenían masas de agua. No veo ningún afluente que alimente el lago, así que descarté todos los que recibían agua de ríos. Luego comprobé cuáles de esos lagos se encontraban dentro de las zonas donde se permitía la caza durante los años noventa y, para terminar, saqué imágenes de satélite y comparé los lagos restantes con la forma de este para eliminar los valores atípicos —lo dijo con la mayor naturalidad y terminó con un suspiro—. Siento no haber podido reducir más la búsqueda. Pero en los últimos veinte años el tamaño y la forma del lago podrían haber disminuido o aumentado, así que no quería descartar ninguna coincidencia potencial.

—No, si esto ya es increíble —dijo Jamie, aún impresionada por la lista que tenía delante. Ahora sentía un dolor en la garganta y le ardían un poco los ojos.

—Al principio intenté obtener las medidas del lago para calcular su volumen relativo, pero eso puede ser poco fiable porque no sabemos qué profundidad tiene, tampoco variables como la fluctuación estacional o el clima, el deshielo glacial si está cerca de un…

—Hallberg —la interrumpió Jamie—. Es un trabajo excepcional. Gracias.

La mujer se sonrojó de modo patente.

—Con un poco más de tiempo, podría…

Jamie no quería oír nada más. Sentía que ya estaban perdiendo tiempo.

—¿Cuánto tardarías en calcular una ruta que recorra los ocho?

—¿A qué te refieres?

—Conduciendo desde aquí, ¿cuál es el más cercano? ¿Puedo visitar todos en un día?

—¿Quieres ir hasta allí? —preguntó Hallberg, sorprendida—. Oh, eh, sí. Dame un minuto.

Sacó su teléfono y empezó a teclear los nombres de los lagos. Jamie esperó. Por lo que parecía, Hallberg no tenía intención de apartarse de su escritorio.

—Vale, este es el más cercano —dijo mientras le mostraba la pantalla de su teléfono—. Hay dos más a media hora de distancia. Y luego hay algunos más al norte. Los tres últimos están demasiado lejos para ir en coche en un día.

—Entonces podemos tacharlos de la lista. —Jamie asintió con firmeza—. Mi padre iba allí en coche y nunca tardaba más de un día. Un par de horas. Quizá cuatro o cinco como mucho, creo. No lo sé, pero no tardábamos mucho. Llegábamos a primera hora de la tarde.

Esto pareció animar a Hallberg. Miró su reloj, corrió de vuelta a su escritorio y recogió su chaqueta. En cuestión de segundos estaba de vuelta en el escritorio de Jamie.

—Si salimos ahora, deberíamos llegar al primero sobre las once.

Jamie levantó las cejas.

—¿Quieres venir conmigo?

—Por supuesto —dijo Hallberg—. ¿Por qué no iba a ir?

—No lo sé.

Jamie no tenía una respuesta. Pero si alguien le hubiera ofrecido conducir sin rumbo fijo por la campiña sueca durante todo el día, en busca de un lago perdido que podría tener o no una cabaña de caza junto a él, y que acaso contuviese o no un paquete dejado allí dos décadas antes, probablemente habría rechazado la invitación con

toda la educación posible.

—Vamos —dijo Hallberg y se encaminó hacia la puerta con paso firme.

A Jamie se le escapó una breve risa al verla marcharse. Aquellos andares delataban a otra Wiik en ciernes. Y sin duda él había servido de modelo.

Jamie se levantó y se echó la chaqueta sobre los hombros.

Supuso que había detectives peores en los que inspirarse.

Pero, de nuevo, no sabía si el mundo podría soportar a otro Anders Wiik.

Ella, desde luego, no podría.

45

Las nubes eran espesas y densas, y la luz comenzaba a desvanecerse. Y eso que eran apenas las dos de la tarde.

Esta vez, Jamie había decidido conducir. Recordaba que el camino que llevaba a la cabaña era accidentado y estaba lleno de baches, que era poco más que un camino antiguo para caballos y luego pasaba a ser un lecho de piedra por el que apenas se podía pasar. El Mercedes de Hallberg llevaba neumáticos de perfil bajo y llantas de aleación caras. El viaje no sería especialmente cómodo ya que el coche estaba muy cerca del suelo. Por otro lado, el coche de alquiler de Jamie tenía unas ruedas delgadas con mucha holgura, llantas de acero y una suspensión blanda que absorbía los baches. No era un todoterreno ni mucho menos, pero en esa época del año todos los coches de alquiler venían con cadenas para la nieve, y su pequeño y valiente motor híbrido de gasolina no tendría ningún problema para llevar a Jamie y Hallberg de un lado a otro.

Ya habían visitado los cuatro lagos que encabezaban la lista de Hallberg, tras descartar los que estaban a más de un día en coche. El quinto estaba justo después de la siguiente curva.

Jamie redujo la velocidad y, de acuerdo con las indicaciones de Hallberg, salió de la carretera principal y entró en un apartadero pedregoso, para avanzar luego por un estrecho camino bordeado de nieve. En aquellas latitudes el suelo estaba ya completamente cubierto de nieve. Pero el apartadero parecía muy transitado y dos profundas huellas de neumáticos habían horadado la nieve, lo que dejaba al descubierto las piedras que había debajo. Debido al contraste con la nieve virgen, parecían casi negras bajo la débil luz del atardecer.

Hallberg y Jamie se balanceaban como si estuvieran en un barco. No abrían la boca.

Ambas estaban ya cansadas y tenían frío.

Varias veces habían conducido por caminos como aquel, se habían quedado atascadas en la nieve y no les había quedado otro remedio que poner las cadenas. El problema era que, incluso después de haber conseguido desenterrar el coche y colocarlas, una vez llegaban al final de la pista se daban cuenta de que estaban en el lugar equivocado y tenían que desandar el camino. Entonces, al llegar a la carretera, tocaba quitar las cadenas.

Por lo tanto, ninguna de las dos sentía ya las manos y ambas tenían ganas de dar por terminada la jornada.

La radio emitía ahora interferencias y ruido blanco, ya que las laderas del valle que las rodeaban bloqueaban cualquier señal.

Jamie encendió las luces largas, que atravesaron el aire fresco e iluminaron la nieve.

Continuaron alejándose de la carretera hacia una brecha en la pared del valle. El camino comenzó a ascender, como si se dirigiera hacia una cima que, una vez traspasada, las llevaría a la inaccesible cuenca que albergaba el lago.

Hallberg le había dicho cómo se llamaba, pero no le sonaba. Tampoco recordaba haber pasado por la carretera. Y aquella pista forestal le era tan extraña como todas las demás.

Nunca había prestado mucha atención en los viajes cuando era niña, pero pensaba que habría sido capaz de reconocer algo.

Jamie suspiró y trató de concentrarse. Llevaban seis horas en marcha y ambas estaban agotadas. Aquel iba a ser el último de los lagos. Ninguna de las dos lo dijo, pero ambas lo sabían.

Los neumáticos del coche luchaban por ceñirse al terreno mientras Jamie subía la pendiente con lentitud, atenta al sonido de las ruedas, que primero resbalaban y luego se agarraban a las rocas y el hielo. El coche temblaba y se aceleraba cuando las ruedas comenzaban a deslizarse, y a continuación daba un tirón hacia adelante cuando encontraba el agarre necesario.

Subían y subían a paso de tortuga, el cielo no dejaba de oscurecerse y la carretera quedaba atrás como una leve pincelada.

La ciudad estaba a horas de distancia, al igual que cualquier tipo de rescate. Si Jamie perdía el control y el coche patinaba hasta lo

que ella suponía que era una zanja llena de nieve, se quedarían varadas allí.

Pero no se lo dijo a Hallberg. Simplemente mantuvo la vista fija en huellas de rueda que tenía frente a ella y rezó para que no tuvieran que poner las cadenas de nuevo. La temperatura había bajado ya a nueve grados bajo cero, las ventanillas se empañaban por todos lados y ellas respiraban con dificultad. La tensión aumentaba a cada segundo.

El motor chirrió cuando el coche superó la última cresta. Se encontraron en terreno llano y el cielo se aclaró ante ellas. Tenían el sol a la altura de los ojos, que luchaba por atravesar la densa capa de nubes a medida que se hundía en el horizonte.

Entonces el morro del coche volvió a descender y se adentraron en el umbrío valle. El lago, con forma de pez muerto, se extendía ante ellas. Los alerces se distribuían alrededor de las paredes del valle, sombrío y escarpado. La nieve se había acumulado junto a la carretera, protegida del viento por las laderas del valle. Había alcanzado la altura del coche, Jamie intentaba mantener las ruedas rectas y pisaba y soltaba el freno para que no se bloqueara.

Los frenos chirriaron en señal de protesta.

El coche serpenteaba hacia el valle y una fina niebla comenzaba a envolverlo a medida que el sol se desvanecía.

A lo lejos, Jamie podía distinguir una pequeña cabaña enclavada entre los árboles. Las embarradas huellas de neumáticos llegaban hasta ella y le indicaban que el lugar no estaba vacío.

Podía distinguir la silueta de dos vehículos, pero desde aquella distancia era difícil adivinar cuáles.

De todos modos, tenía que concentrarse en la pista. El terreno era más que traicionero. Solo esperaba que pudieran salir de allí si resultaba ser el lago equivocado.

Aquello no le despertaba ningún recuerdo.

Todos los lagos de la lista de Hallberg podrían haber sido aquel.

Pero no le abandonaba el miedo ante la posibilidad de que ninguno lo fuera.

Jamie exhaló y aflojó el volante, tenía los dedos doloridos.

Mientras seguían descendiendo, Hallberg se inclinó hacia delante y

entrecerró los ojos para ver a lo lejos, pero la niebla no dejaba de espesarse a cada metro.

Llegaron al fondo y el coche se estabilizó. El parachoques rozaba la nieve. Una roca arañó los bajos y Jamie se retorció en el asiento, notaba cómo las ruedas se hundían en el barro.

Subió una marcha para mantener bajas las revoluciones y aceleró un poco, apretando el embrague para limitar la potencia.

El coche zigzagueó y luego ganó velocidad, rebotando sobre la superficie irregular.

Jamie suspiró aliviada, con la mirada fija en el suelo que había delante de ella.

Echó un vistazo a Hallberg, que estaba prácticamente pegada al parabrisas.

—¿Es eso…? —comenzó a decir—. ¿Es eso…?

Jamie siguió su mirada y se esforzó en distinguir lo que ella parecía ver. Delante, a unos cien metros, los faros se reflejaban en el lateral de lo que parecía…

—El minibús de la iglesia —dijo Jamie, su voz adquirió una repentina tensión. Por instinto, dejó de pisar el acelerador y todo el cansancio desapareció de su mente.

—Eriksson —dijo Hallberg, con un susurro apenas audible—. ¿Qué demonios está haciendo tan lejos…?

Pero no llegó a terminar la frase. Un destello irrumpió en la oscuridad delante de ellas, desde algún lugar cercano a la cabina. Una pequeña columna de humo blanco.

El cerebro de Jamie apenas lo percibió antes de que la bala perforara el parabrisas, atravesara la cabina y reventara la luneta trasera.

El cristal se hizo añicos detrás de ellas y cayó sobre la bandeja del maletero. En la parte delantera, una red de grietas se extendió en todas direcciones, lo que les impedía ver nada.

Hallberg se agachó hacia delante para protegerse la cabeza.

Jamie maldijo sin saber cómo reaccionar, la bala le había pasado a pocos centímetros de la cara, solo atinó a dar un volantazo a un lado y pisar el freno.

Las ruedas delanteras se bloquearon y el coche comenzó a

patinar, lo que dejó el lado del pasajero expuesto hacia el tirador.

A Jamie no le dio tiempo de pensar antes de que otra bala atravesara la ventanilla trasera del lado del pasajero y se incrustara en el pilar de la puerta del lado opuesto. El ruido del impacto contra el marco metálico del coche hizo que todo vibrara como una campana.

Las ruedas se hundieron en el barro reblandecido del centro de la pista, la parte delantera se sumergió en la zanja de la izquierda y la nieve cubrió el capó.

El vehículo amenazó con volcarse por un momento y luego se detuvo sobre sus ruedas.

Hallberg maldecía sin parar. Estaban atrapadas, a la intemperie. Y el tirador tenía una línea de visión diáfana.

El cerebro de Jamie volvió a un estadio primitivo. Abrió la puerta del conductor para lanzarse a la nieve.

Aterrizó con fuerza sobre su pecho y rodó, se puso de rodillas pese al escozor de los dedos al contacto con el hielo. Se arrastró de vuelta hasta el coche, jadeaba con fuerza, el vapor del aliento se elevaba frente a ella como si fuera humo.

Hallberg seguía dentro, con la cabeza entre las rodillas, maldiciendo.

Se oyó otro disparo, una bala rebotó en el techo del coche y levantó chispazos que refulgieron en el cielo ennegrecido.

El eco resonó en la distancia cuando la bala rebotó, un aullido mortal en medio de la silenciosa naturaleza salvaje.

Jamie apretó los dientes y rodó hacia la puerta abierta, procuró mantenerse agachada mientras se estiraba para desabrochar el cinturón de Hallberg y agarrar su mano.

La chica la apartó, se protegía la nuca con la mano, pero Jamie la agarró de nuevo y tiró con fuerza.

Hallberg la miró con los ojos desorbitados.

—Vamos —dijo Jamie, arrastrándola sobre el salpicadero—. ¡Tienes que salir del coche!

Hallberg asintió rápidamente, rozó con su vientre el freno de mano al deslizarse y se impulsó con una patada para caer en la nieve junto a Jamie.

Una vez fuera, Jamie cerró la puerta del conductor y evaluó la situación.

—¿Te has hecho daño? ¿Te han dado? —preguntó mientras con las manos tanteaba a toda prisa el cuerpo de Hallberg.

—No, no, creo que no —dijo ella apresuradamente. Parecía a punto de vomitar. Era obvio que nunca antes le habían disparado.

A Jamie le hubiera gustado decir que uno se acostumbra, pero no era así. El corazón le latía con tanta fuerza que pensó que iba a estallar.

—¿Qué hacemos? —preguntó Hallberg, frenética.

Jamie llenó sus pulmones de aire y apoyó los talones en el suelo. Comenzó a levantarse, no sin antes girar la cabeza para mirar por la ventana trasera.

—¿Qué haces? —siseó Hallberg, como si el tirador pudiera oírla.

Jamie se incorporó un poco más, trataba de ver bien lo que había delante.

El terreno era llano desde allí hasta la cabaña. La furgoneta de la iglesia, con las pegatinas de un crucifijo y las palabras *Jesus Räddar* (Jesús te salva), estaba aparcada a la izquierda, el capó estaba orientado hacia el lago helado. Más allá se alzaba la cabaña, apenas un cuadrado oscuro. No había luces encendidas en el interior, ni salía humo de la chimenea. Nada que sugiriera vida.

Jamie entrecerró los ojos, trataba de distinguir algo más en el monocromático paisaje.

Otro destello se propagó desde encima de la cabaña, en la línea de árboles, Jamie se echó hacia atrás y en su rostro apareció una mueca de dolor cuando la ventana que estaba sobre ella estalló y la salpicó de cristales.

—Joder —dijo entre dientes mientras se protegía la cabeza.

—¿Qué hacemos? —preguntó de nuevo Hallberg.

—No lo sé —respondió Jamie y sintieron las vibraciones en el metal tras el impacto de otra bala al costado del coche.

Una cosa era correr en perpendicular al tirador, moviéndose de un parapeto a otro; pero con este ángulo, de frente, con tanto espacio abierto, sin ningún sitio donde refugiarse… No había posibilidad de salir viva de allí.

Eriksson no era un tirador experto, pero había que subir cien metros por una pendiente nevada antes de tener alguna posibilidad de ponerse a salvo. A la derecha había una profunda capa de nieve que se elevaba hasta una empinada pared del valle. Y a la izquierda estaba el lago. Quinientos metros de hielo resbaladizo y ningún lugar para cubrirse.

Gruñó ante la falta de opciones y apoyó la cabeza en el metal helado.

—¿Qué hacemos? —volvió a preguntar Hallberg, sus dedos se hundían en el brazo de Jamie.

—¡No lo sé! —casi le gritó y de un empellón la apartó de ella.

Los ojos de Hallberg comenzaron a llenarse de lágrimas. Estaba aterrorizada.

Jamie también lo estaba.

Pero ahora tenía que pensar. Tenía que haber una forma de salir de allí. ¿Podría entrar en el coche? ¿Dar la vuelta y salir de allí? No, imposible. La pista era estrecha y el coche ya estaba medio fuera de ella. Tendrían que poner las cadenas para tener alguna posibilidad de moverlo y no había forma de llegar al otro lado sin recibir una bala.

No podían escapar a pie y tampoco en coche.

¿Podían pedir ayuda? ¿Cuánto tardarían en llegar allí? Jamie no podía saberlo.

Demasiado.

Se obligó a respirar. A pensar.

El tirador se había detenido. Ahorraba munición, elegía sus disparos.

Disparos.

Eso era.

—Hallberg —dijo Jamie y se volvió hacia ella—. Tu pistola.

Los ojos de Hallberg se iluminaron tenuemente. La sacó de la funda que llevaba bajo la axila y la levantó en alto como si fuera la solución a sus problemas.

—¿Sabes disparar? —preguntó Jamie.

—¿Disparar? ¿A qué? ¡Ni siquiera sé dónde está!

—No importa —dijo Jamie, su cerebro empezaba a funcionar de

nuevo. El miedo seguía ahí, pero un plan impreciso estaba cobrando forma en su mente—. Solo necesito que atraigas sus disparos.

—¿Atraer sus disparos? ¡No voy a salir ahí fuera! —protestó.

Jamie se volvió hacia ella y la agarró de los hombros.

—No necesito que lo hagas. Solo necesito que lo mantengas ocupado el tiempo suficiente.

—¿El tiempo suficiente para qué?

Jamie la miró a los ojos, notaba que una extraña frialdad se apoderaba de ella.

—El tiempo suficiente para que yo pueda dispararle.

Hallberg parecía confundida. Eso a Jamie no la sorprendió.

—Mira —dijo y la llevó hacia la parte trasera del coche.

—Está apostado en algún lugar de la línea de árboles, justo encima de la cabaña. No espero que le des, probablemente sea imposible desde esta distancia con una pistola.

—Soy buena tiradora —dijo Hallberg intentando parecer confiada. Pero la confianza abandonó su rostro como un velo de seda.

—Bien. Entonces eso le hará agacharse.

—No entiendo qué vamos…

—Cuando te dé la señal, quiero que te levantes y dispares… —Jamie se interrumpió al ver la pistola que Hallberg tenía en la mano —. ¿Qué es eso, una P226?

—Sí —dijo Hallberg, aparentemente desconcertada por el profundo conocimiento que Jamie tenía de las armas.

—¿Cargador de trece balas?

—Sí —confirmó ella.

—Bien. Entonces dispara seis tiros, contándolos, cada pocos segundos, a intervalos regulares. Necesito que sean quince, no, veinte segundos.

—¿Para qué? —preguntó Hallberg sin dejar de sacudir la cabeza.

—¿Lista?

—¡No!

Jamie estaba ahora en la parte trasera del coche y no iba a esperar.

—¡Ahora, Hallberg! ¡Vamos!

Situada cerca del parachoques, Jamie se asomó al exterior.

Hallberg no tenía otra opción. O seguía el plan o veía cómo Jamie volaba por los aires. Exhaló un largo y tembloroso suspiro y luego se movió. Se irguió por encima del capó y apretó el gatillo antes de tiempo, por lo que la primera bala salió disparada hacia el cielo. La siguiente alcanzó un punto más cercano al objetivo. La tercera estuvo bastante cerca.

Jamie solo tenía que confiar en Hallberg y concentrarse en su tarea.

Recorrió con los dedos el metal del maletero y encontró el cierre. Lo abrió y procuró mantenerse lo más pegada posible a la parte trasera del coche. Dentro había una manta vieja. La agarró y tiró de ella hacia sí. Comprobó que su contenido era pesado.

Jamie escuchó el cuarto disparo de Hallberg en la oscuridad y desdobló la manta: dejó al descubierto el rifle de caza Remington Modelo 700 de su padre. Lo miró con atención durante un segundo antes de agarrarlo por el cañón, junto con la pequeña caja de munición que también se había llevado de su casa, y volvió a ponerse a cubierto.

No quería que los forenses lo descubrieran. Cualquier arma de fuego encontrada en un registro debía pasar los controles de titularidad y registro, por lo que, al no saber dónde estaban los documentos del rifle, Jamie no quiso arriesgarse a que se lo confiscaran. No estaba segura de qué pensaba hacer con él. No podía llevárselo consigo a Gran Bretaña, pero tampoco quería que terminase en algún almacén policial.

Y ahora estaba más que contenta de haberlo guardado.

Porque iba a servirle para salvar su vida.

Hallberg se arrodilló a su lado, respiraba con dificultad y sostenía entre temblores la pistola con ambas manos. Tenía los ojos cerrados y a Jamie le pareció ver su corazón bombeando sangre a través del abrigo.

Cuando la primera bala se deslizó en el cargador del rifle, Hallberg abrió los ojos de par en par, sorprendida.

—¡Dios mío! —exclamó y se echó hacia atrás—. ¿De dónde demonios has sacado eso?

—Estaba en el maletero —dijo Jamie con calma sin dejar de

introducir más balas en el cargador. Cada una encajó en su sitio. Cinco. Seis. Lleno.

Jamie soltó aire con fuerza, colocó de nuevo el cargador en el rifle y luego ajustó el cerrojo. El metal soltó un chirrido apagado. Llevaba veinticinco años sin usarse, pero su padre siempre lo había mantenido en estado de revista. No tenía ninguna duda de que estaba listo para ser usado.

Miró a Hallberg.

—¿Lista? Lo mismo de antes.

—Espera, ¿qué vas a…?

—A mi señal, ¿vale?

—Jamie, espera…

—Ahora.

Jamie se lanzó antes de que el valor la abandonase, se giró sobre una rodilla y abandonó el parapeto que proporcionaba el coche. Se colocó el rifle en el hombro y lo ajustó contra su cuerpo de un fuerte tirón, cerró el ojo izquierdo y colocó el derecho en la mirilla. No había viento en el valle y, con el objetivo a tan solo cien metros, no necesitó tener en cuenta la caída de la bala. Pero primero necesitaba ver quién les estaba disparando.

Jamie parpadeó con fuerza y escudriñó el paisaje, forzando la vista en la menguante luz.

El sonido de los disparos de Hallberg resonó en el valle, las ondas rebotaban en la capa de hielo del lago y reverberaban en el cielo.

La mira estaba sucia y el polvo de la lente le picaba en los ojos. Notaba cómo le hacía cosquillas en las pestañas.

Jamie entrecerró los ojos para mirar por ella, con los latidos del corazón tan fuertes que le hacían temblar las manos.

Contó los disparos de Hallberg mientras trataba de distinguir alguna forma entre los árboles oscuros.

Uno, dos, tres.

Jamie apretó los dientes y contuvo la respiración, se apoyaba en la esquina trasera del coche para mantener el equilibrio.

«Mierda. Vamos, ¿dónde estás?».

Cuatro. Cinco.

Jamie gruñó, repasó la zona sumida en la oscuridad por tercera

vez. Estaba allí. En algún lugar, de eso estaba segura. Pero no lograba verlo.

Seis.

Solo quedaba una bala en el cargador de Hallberg.

Y ella no tenía otra.

Algo parecido a una rosa blanca brotó entre los árboles. Un destello instantáneo de aliento que desapareció tan repentinamente como había aparecido.

Jamie fijó la vista en ese punto.

El choque del metal con el metal resonó detrás de ella cuando la bala de Eriksson impactó en el capó del coche de alquiler.

Hallberg gritó.

Y después cayó al suelo, un golpe seco.

¿La había alcanzado?

Jamie no podía pensar en eso ahora.

Los últimos restos de aire salieron de sus pulmones, la mira se desplazó justo a la derecha del destello.

Apretó el gatillo.

El retroceso del rifle hizo que le golpease en el hombro, los oídos le zumbaron y ni siquiera pudo registrar si había dado en el blanco.

Jamie se quedó ciega por un momento, luego volvió a recuperar la vista.

No veía nada.

¿Le había dado?

Jamie bajó el rifle y se agachó detrás del coche. Le picaban los dedos por el frío, tenía las rodillas heladas y mojadas por la nieve.

Se volvió rápidamente hacia Hallberg, que yacía boca arriba, agarrándose la cara.

—Dios mío —dijo Jamie, dejó caer el rifle en la nieve y se acercó hacia ella.

Se arrastró por el barro, lo que hizo que salpicara nieve y barro por todas partes, y alargó la mano.

—¿Estás bien?

Le quitó las manos de la cara a Hallberg y vio la sangre carmesí sobre su pálida piel.

A Jamie se le encogió el corazón en la garganta al mirar el rostro

de Hallberg. Lo tenía contraído y por las comisuras de los ojos le brotaban lágrimas.

Jamie pudo ver cortes en su mejilla derecha y en la oreja, pequeñas marcas que recorrían su piel hasta la línea del cabello. El disparo de Eriksson debió de haber impactado justo delante de ella, en el capó del coche. El disparo había fallado, pero había hecho saltar metralla. Pintura, esquirlas de metal, fragmentos de bala. Jamie no lo sabía a ciencia cierta, pero la cara de Hallberg estaba hecha un desastre. Los fragmentos no le habían dado en el ojo por poco, pese a ello Jamie contó a la carrera una docena de cortes, algunos más profundos que otros.

La sangre había empezado a mojarle el pelo.

Gimió y tiró de sus manos para volver a ponérselas sobre la cara.

—Escucha —dijo Jamie en voz baja—. Necesito que me mires, ¿vale? ¿Hallberg?

Los ojos de la chica parpadearon y luego se abrieron con fuerza.

Entornó los ojos para ver el cielo tormentoso y luego miró a Jamie a los ojos.

Ambos ojos abiertos de par en par.

No veía nada grave.

Todo un alivio.

Se pondría bien.

Jamie suspiró de alivio y ayudó a Hallberg a sentarse, y le sacudió la nieve de los hombros.

—Estás bien —le dijo y asintió con la cabeza para tranquilizarla—. Lo has hecho bien. Aguanta.

Jamie se movió hacia atrás y abrió la puerta del coche, buscó con la mano en el estrecho asiento trasero el gorro y la bufanda qua había dejado allí el día anterior. Agarró ambos, dobló la bufanda y se la entregó a Hallberg. Guio su mano hasta su cara y la colocó para que hiciera una leve presión. Hallberg bufó y una mueca de dolor se dibujó en su rostro.

Pero Jamie ya no le prestaba atención. Ahora sus oídos permanecían atentos a cualquier sonido más allá del parapeto que les ofrecía el coche.

Hallberg se pondría bien, aunque ahora sintiera dolor. La principal

preocupación de Jamie era el tirador. ¿Le había dado? De no ser así se había quedado sin opciones.

Jamie volvió al coche, sacó el Remington de la nieve y lo sacudió para limpiarlo. Colocó el gorro de lana sobre la culata, lo que le permitía mantenerlo en posición vertical y en equilibrio como si fuera un sombrero que alguien llevaba.

Se pegó a la rueda delantera y levantó el rifle poco a poco, tras indicarle a Hallberg con la otra mano que se quedara agachada.

La parte superior del gorro sobresalía del coche y se mantenía allí.

Jamie lo observaba y llevaba la cuenta.

Llegó a los diez segundos.

Nada.

Veinte.

Nada.

Intentó relajarse.

¿Cuánto tiempo debería esperar? ¿Cuánto tiempo podría esperar el tirador? ¿Había visto el gorro? ¿Mordería el anzuelo? Aún no le había hecho un agujero, ni siquiera había intentado disparar de nuevo.

Quizá Jamie lo había asustado.

Levantó un poco la cabeza hasta la altura del retrovisor. Echó un vistazo a Hallberg, que no dejaba de observarla con su ojo descubierto, y luego asintió con la cabeza para tranquilizarla.

Jamie exhaló con fuerza, se asomó por el umbral de la puerta y entrecerró los ojos para ver a lo lejos.

No vio nada moverse.

Desde la cabaña no llegaba ningún ruido.

Jamie tragó saliva y se incorporó sin dejar de estar agachada.

—Espera aquí —le dijo a Hallberg y se dirigió hacia la parte trasera del coche.

—¿Adónde vas? —le preguntó ella—. ¿Jamie?

Pero ella ya se había ido.

Si tenía algo bueno, era su rapidez. Jamie Johansson sabía correr. Estaba hecha para ello.

Con el rifle en la mano, se puso en pie y echó a correr, moviéndose tan rápido como le permitía el terreno.

Se mantuvo al borde de la pista. Avanzaba con dificultad sobre la nieve recién caída, con el pecho agitado y dolorido bajo la chaqueta. Se dijo a sí misma que si notaba algún indicio de disparos o un destello del cañón, se lanzaría a la maleza. Tan solo debía arrojarse a los densos helechos y la nieve junto a la carretera. Era lo único que podía hacer.

Pero, mientras corría, con la mirada fija en los árboles, no hubo ningún disparo.

La cabaña apareció enseguida y Jamie reprimió una oleada de recuerdos. El olor de la savia de los alerces, el pescado colgado en un armazón. Las brasas ya negras de un fuego apagado. Eran cosas familiares que estaban grabadas en lo más profundo de su mente.

Jamie parpadeó varias veces, su cerebro no terminaba de comprender la situación.

Pasó junto a la furgoneta de la iglesia, que dejó a su izquierda, sucia y silenciosa.

También reconoció el vehículo que había junto a ella. Era…

Se agachó por instinto: un ruido.

Jamie se quedó paralizada por un momento, con el rifle de nuevo en el hombro.

Aguzó el oído, el corazón le reventaba el pecho.

Gemidos.

Podía oír gemidos.

Graves y sollozantes.

Jamie estaba al descubierto. Tenía que moverse.

Se dio la vuelta y se fue por el otro lado. Rodeó la cabaña. No sabía si era un truco, una trampa… o es que Eriksson tenía más armas. ¿Lo había herido? Estaba vivo. Eso sí lo sabía.

La nieve se hacía más profunda y le llegaba hasta los muslos. Avanzó por la parte trasera de la cabaña y subió la pendiente hacia los árboles.

Respiraba con dificultad, tenía los dedos entumecidos y la cabeza y el cuello cubiertos de sudor.

La noche caía a toda velocidad y bajo los árboles todo estaba ya oscuro.

Escuchó de nuevo los gemidos, que ahora eran más fuertes.

Estaba cada vez más cerca.

Jamie dejó la cabaña atrás y continuó por un sendero que atravesaba la nieve, una pista desgastada que iba desde la puerta hasta el bosque.

Miró hacia atrás, hacia la oscura cabaña, atenta a cualquier sonido, cualquier indicio de la presencia de otra persona.

No escuchó nada, así que siguió los gritos de dolor con la esperanza de encontrar el lugar desde donde las había disparado.

Siguió el sendero acelerando el paso y al final distinguió la silueta de un cuerpo bajo la luz menguante.

Allí, en la línea donde los helechos se unían con los árboles, pudo ver una sección de nieve que había sido pisoteada. Habían colocado una alfombra sobre ella, parecían ser pieles de animales, y habían distribuido algunas ramas alrededor de los bordes para ocultar el improvisado parapeto. Ramas grandes, matojos, helechos, todo cubierto de nieve.

Vio que entre las ramas asomaba el cañón de un rifle y que la culata estaba apoyada sobre una manta enrollada. Le echó un breve vistazo, tal vez era un Sauer 202, no estaba segura. Pero seguro que era un rifle de caza de ciervos con cerrojo. Y con mira telescópica de largo alcance. Quizá un modelo táctico o modificado para disparar las terroríficas balas que les había disparado. Fuera lo que fuera, tenía una potencia increíble.

Sus ojos se desplazaron rápidamente del rifle que casi la había matado dos veces al hombre que lo había disparado.

Yacía sobre el lado derecho, se agarraba las costillas con la mano derecha, mientras con la izquierda intentaba alcanzar el arma que había quedado fuera de su alcance. Jamie pudo ver cómo la sangre brotaba entre sus dedos; parecía que le había dado en el costado.

Llevaba un chaleco acolchado negro, bajo él lo que parecía una chaqueta, unos vaqueros viejos y raídos y un pasamontañas que le abrigaba toda la cara. Gemía. A través de la abertura vio que tenía los labios apretados, rosados y manchados de sangre.

Tenía los ojos entrecerrados, apretados por el dolor.

Daba patadas sueltas con las piernas, removía la tierra y la nieve que tenía a su alrededor.

No podía ver la herida de salida, no sabía en qué ángulo le había disparado. O si aún tenía la bala dentro.

Pero cuando se acercó para alejar el rifle de una patada, su bota se hundió en un charco de sangre. Había empapado la alfombra y seguía goteando de los dedos del tirador.

—Dios —dijo Jamie cuando miró hacia sus pies. Levantó la cabeza hacia el coche en la distancia y bajó su rifle. Hallberg seguía allí. Escondida.

El cerebro de Jamie comenzó a funcionar. Esa cantidad de sangre, la forma en que la bala le había alcanzado… Tragó saliva. No le quedaba mucho tiempo.

Pero ¿quién podría decir que no lo encontró ya muerto cuando llegó allí?

Jamie lo observó en el suelo, ahora tosía, su sangre salpicaba la inmaculada nieve.

Abrió los ojos, hundidos y de un verde lechoso, y la miró fijamente.

—¿J… Jamie? —dijo en apenas un susurro.

Jamie miró al hombre en el suelo y se le heló la sangre.

Apretó la mandíbula con fuerza para intentar que dejara de temblarle y se arrodilló en el charco de sangre, al tiempo que de repente sintió que se alejaba de su propio cuerpo. Alargó la mano hacia el pasamontañas, la cerró cuando la tuvo sobre la coronilla del hombre, y su nombre se formó en sus labios incluso antes de tirar hacia arriba para arrancárselo.

—Robert Nyström —dijo, cuando su cara quedó al descubierto.

El hombre mustio que había conocido de niña la miró: el mismo pelo blanco, la misma cara delgada, las mismas cejas pobladas.

La confusión se apoderó de su rostro y una gota de sangre comenzó a deslizarse desde la comisura de los labios. Sacudió la cabeza. Apenas podía mantenerla erguida.

—Yo… no quería…

—Shhh —ordenó Jamie tras recuperar la compostura y avanzar hacia él—. No hables.

Le apartó la mano que tenía en el costado, se quitó la chaqueta y la colocó sobre su cuerpo.

Gimió de dolor cuando Jamie la presionó con fuerza contra la herida, mientras sacaba el teléfono del bolsillo.

Robert Nyström contempló en silencio cómo marcaba el número de emergencias.

Sonó una vez y luego atendieron.

Jamie habló rápido, sin apartar la mirada del hombre que había sido como un hermano para su padre, que había ayudado a atrapar al hombre que había matado a aquellas chicas. Que había estado ahí para ella cientos de veces, y se preguntó ansiosa cuánto tiempo tardaría en llegar el helicóptero.

Jamie observó cómo la sangre de Nyström empapaba el abrigo que sujetaba entre sus dedos y se dio cuenta de que, tardara lo que tardara, lo más probable es que fuera demasiado tiempo.

Nyström agonizaba delante de ella.

Y, aunque su cerebro repasaba todas las combinaciones posibles con la información que tenía, no conseguía encontrarle sentido.

Pero había una cosa de la que estaba segura, por muy doloroso que fuera aceptarlo.

Robert Nyström era el Guardián de Ángeles.

Lo que no sabía era simplemente el porqué.

46

Cuando el lejano ruido de los rotores rompió el silencio por primera vez, Jamie no sabía si habían pasado minutos u horas.

Temblaba de frío, sentía un hormigueo en la piel y tenía los dedos completamente entumecidos. La nieve y la sangre le habían empapado los vaqueros y la humedad ya le llegaba a las caderas. No sentía nada por debajo de la cintura.

Sus manos se habían teñido completamente de rojo con la sangre de Nyström, que ahora había comenzado a cristalizarse alrededor de sus dedos.

Su abrigo estaba empapado.

El hombre había perdido el conocimiento en algún momento y Jamie tampoco estaba muy lejos de hacerlo. Hallberg había llegado en algún momento indeterminado, se había arrodillado junto a Jamie y la había rodeado con el brazo. No había servido de nada.

Luego había ido a la cabaña y había vuelto con una especie de manta. Se la había puesto a Jamie sobre los hombros, pero ella ya no sentía ni frío ni calor. Su cerebro no funcionaba como debería.

Empezó a nevar con fuerza. Los copos le golpeaban la piel como agujas. Luces brillantes. Un rugido ensordecedor. Hombres con monos rojos.

Se acercaron con rapidez, apartaron a Jamie del hombre que yacía en el suelo y la sentaron en la nieve.

Fue entonces cuando vio un hombre muy cerca de su a cara: tenía una enorme cabeza blanca abombada y unos ojos extraños del tamaño de platillos.

Jamie se dio cuenta al cabo de unos segundos de que era un casco.

Su boca se movía, pero Jamie no llegaba a escuchar sus palabras.

Ella asintió con aire abstraído y Hallberg, que había estado

sosteniéndola por los hombros, lo sustituyó. Ella le gritaba, pero para Jamie era como si alguien hubiera apagado el sonido del mundo.

Las dos criaturas con cabeza abovedada y vestidas de rojo subieron a Nyström a una camilla y luego lo levantaron, tras lo cual comenzaron a caminar rápido hacia la fuente de luz y ruido.

Jamie miró hacia allí, sabía que había visto uno igual antes. Pero no podía recordar cómo se llamaban.

Los rotores golpeaban el aire gélido como tambores. Lo sentía en los huesos.

Sus ojos se desviaron entonces, se alejaron de la extraña máquina hacia la pequeña cabaña.

Una chica rubia apareció en la puerta durante unos instantes, con el pelo largo y trenzado, brillaba bajo el resplandor de los focos.

Sus ojos brillaban como pequeños ópalos. Resplandecientes.

Una silueta se alzaba detrás de ella, grande e imponente.

Jamie contuvo la respiración, asustada por un momento y entonces avanzó hacia la luz.

Sus ojos. Iguales a los de la chica. Su amable rostro.

Le puso las grandes manos sobre los hombros y luego le hizo a Jamie un gesto de asentimiento.

Tragó saliva y trató de levantarse.

Hallberg intentó sujetarla, pero Jamie la apartó.

Se puso de pie y corrió hacia la pareja.

Parecían desvanecerse a medida que se acercaba, su visión se cerraba como un túnel.

La puerta pareció acercarse hacia ella y levantó las manos por instinto.

Rebotó contra el marco y sintió que algo afilado se le clavaba en la palma de la mano.

Y antes de darse cuenta estaba dentro.

El interior estaba oscuro, había un intenso olor a humo en el aire. Tosió, sintió en las mejillas los últimos rescoldos de calor que emanaban de las brasas de la chimenea al pasar junto a ella.

Las llamas se habían apagado hacía tiempo.

Jamie se giró sobre unos pies que no eran los suyos, buscaba al

hombre y a la chica.

No alcanzaba a ver nada.

En ese momento vio un destello en la oscuridad. Como los ojos de un gato.

Y volvió a desaparecer.

Se movió hacia allí y tuvo que apartar una silla de su camino, que golpeó una mesa, que se volcó.

Jamie se echó hacia delante, estaba en la esquina de la cabaña, y se hincó de rodillas, comenzó a utilizar las manos como palas.

Apartó un viejo taburete. Un cubo de metal, que estaba encima de él, cayó y rebotó detrás de ella.

Apenas podía ver, la única luz era la que entraba por la puerta desde la máquina que estaba fuera.

Jamie recorrió con los dedos las rugosas tablas del suelo, en busca de una unión que no tuviera resina, y al no dar con ella clavó las uñas en una de las juntas.

Respiraba con dificultad, con dolor incluso.

Le ardían los ojos y notaba la garganta cerrada.

Jamie pensó que se le iban a desgarrar las uñas.

Gritó, o eso creyó, pero no podía estar segura.

El polvo la ahogaba.

Y entonces la tabla comenzó a moverse.

Cedió hacia arriba, tras haber estado congelada durante años, y de repente se soltó.

Jamie la apartó de un golpe y hundió las manos en el oscuro hueco que había debajo. No llegaba a sentir nada, sus dedos seguían entumecidos, empapados con la sangre de un hombre al que había conocido toda su vida.

Una voz detrás de ella dijo un nombre. *Jamie*. Su nombre. Ese era su nombre.

Miró a su alrededor y volvió a ver a la mujer de fuera. Hallberg. Sí, esa era. Había puesto sus manos sobre los hombros de Jamie. La agarraba del brazo. Tiraba de ella.

Jamie intentó zafarse.

No. Todavía no.

Pero no la soltaba. La arrastraba, gritaba algo.

Jamie solo podía oír un latido lejano. Un agudo silbido. No estaba segura de que viniera del exterior o de si estaba en su cabeza.

Entonces la movieron, la levantaron del suelo.

Sus manos se aferraron a lo que había en el agujero. No perdía detalle de lo que acariciaba con sus yemas.

Algo suave.

Lo apretó contra su pecho y lo agarró con fuerza mientras la llevaban hacia la puerta.

Afuera, el torbellino de nieve las azotó a ambas.

Jamie temblaba sin control, aún aferrada al paquete que tenía en las manos.

El hombre del mono rojo con el casco abovedado hacía señas de modo frenético, gritaba algo.

Jamie resbaló y patinó por la nieve, y entonces el hombre que le hacía señas la agarró por el brazo.

Uno a cada lado, la mujer y el hombre, la arrastraron hasta la máquina con las luces brillantes y la empujaron hacia la puerta.

Alguien le puso una mano en la nuca para que se agachase y luego la colocó en un asiento.

Le abrocharon un cinturón alrededor de la cintura y sintió que su estómago daba un vuelco.

Con gran rapidez, el suelo debajo de ellos se alejó y la cabaña se hizo muy pequeña.

El lago, con su tenue fulgor plateado, giró sobre sí mismo y luego se perdió en la distancia.

Se encogió y enrolló en la ventana de la máquina, y fue entonces cuando Jamie finalmente miró hacia abajo.

A sus pies estaba la cabeza del hombre de las cejas pobladas.

Tenía los ojos cerrados y una máscara de oxígeno en la cara.

Le habían cubierto el vientre con vendajes blancos y los dos hombres con cascos estaban arrodillados a ambos lados, le colocaban un tubo en el brazo y pegaban pequeñas almohadillas adhesivas en el pecho peludo que habían dejado al descubierto.

Jamie se quedó allí sentada, mirándolo, se preguntaba qué le había pasado, observaba ausente cómo aquellos dos hombres realizaban una extraña danza.

Todo el tiempo estuvo aferrada al paquete que tenía en las manos, con la única certeza de que, pasara lo que pasara, no podía soltarlo.

47

Era casi medianoche cuando le dieron el alta a Jamie y la dejaron salir del hospital.

La habían tratado por hipotermia moderada y, aunque no recordaba gran cosa, como cuando intentas recordar un sueño que tu mente se empeña en borrar, sabía lo que había pasado.

Había disparado a Robert Nyström.

El médico le entregó un formulario y le pidió que lo firmara. Ella accedió, de mala gana, con el estómago revuelto por todo el té caliente y azucarado que le habían obligado a tomar, y garabateó su nombre. El médico se retiró sin más y le dijo que regresase de inmediato si las náuseas y la desorientación no habían desaparecido por la mañana.

Salió de la pequeña sala, corrió la cortina hacia un lado y la dejó así. Cuando Jamie levantó la vista, vio a Wiik. Tenía los brazos cruzados.

No llevaba su habitual combinación de camisa blanca planchada y jersey. Tenía un aspecto más informal, aunque no demasiado. Vestía vaqueros, camisa azul oscuro a cuadros y, aunque, como siempre, estaba perfectamente peinado, su rostro exhibía una barba de dos días. Aquel día tampoco se había afeitado.

No había expresión alguna en su rostro y sus ojos estaban fijos en ella. No sabía si la estaba juzgando o no. Y, en caso de que lo hiciera, por qué.

Jamie abandonó su inexpresividad y bajó la vista, luego se sentó en el borde de la cama. Sus botas estaban en el suelo, cubiertas de sangre. Se había limpiado las manos y los brazos, y se había quitado la empapada camiseta de manga larga, tan solo llevaba la interior. Le habían dado un par de pantalones quirúrgicos para que se los pusiera y por eso no paraban de picarle las piernas desnudas.

Sus vaqueros y su camiseta, ambos calados de sangre, estaban en una bolsa de plástico junto a sus botas, y también el paquete que había recuperado de la cabaña.

Había pensado en abrirlo mil veces, pero quería cierta intimidad para hacerlo. Una intimidad que una sala de hospital no le proporcionaba.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Wiik, sin avanzar. No se movía en absoluto. Parecía flotar en el borde del cubículo con cortinas, con los brazos cruzados sobre el pecho y las mangas remangadas hasta los codos.

Jamie ladeó la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro.

—He estado mejor —dijo, y no mentía—. ¿Cómo está Nyström?

Wiik se pasó la lengua por los dientes, como si no le gustara la respuesta antes de darla.

—Está en coma —dijo cansado—. Ha perdido mucha sangre. Hipotermia severa. Además, la bala le perforó el intestino delgado antes de alojarse en la pelvis. Hace tiempo que salió del quirófano, pero los médicos dicen que estará entre la vida y la muerte durante unos días. No están seguros de si recuperará la conciencia y, en el caso de que lo haga, de si tendrá algún daño cerebral permanente. Probablemente no volverá a caminar bien, eso como mínimo.

Una mueca se dibujó en el rostro de Jamie, pero se alegró de que él no lo hubiera dicho.

Y entonces lo hizo.

—Lo has dejado para el arrastre.

Jamie tragó saliva y levantó la vista.

—¿Y qué demonios se supone que debía hacer? —espetó.

Wiik suspiró, dejó que la tensión entre ellos se disipara.

—Falk está furiosa.

—No lo hice a propósito.

—¿Disparar a Nyström?

—Encontrarlo. O encontrar a alguien, en realidad.

—Entonces, ¿qué demonios hacías allí?

—Estaba… —Jamie se calló. Ya no tenía sentido intentar ocultarlo —. Buscaba algo que mi padre me dejó. O que escondió para que lo encontrara. O… No lo sé.

—¿En una cabaña de caza en medio de la nada? —Wiik no se creía el cuento.

—Sí. Solíamos ir allí cuando era pequeña.

—¿Y no tenías ni idea de que Nyström estaría allí?

—Creía que estaba muerto —dijo Jamie—. En todo caso, pensaba que lo que perseguíamos era un cadáver. —Se frotó la sien, los brillantes halógenos del techo le daban dolor de cabeza—. ¿Todavía no sabemos nada de Eriksson? El autobús de la iglesia estaba…

—Nada —cortó seco Wiik—. Los de criminalística están peinando toda la zona, pero hasta ahora no hay rastro de él. Parece que Nyström estaba solo.

—Dios —murmuró Jamie. No entendía nada—. ¿Cómo demonios un hombre como Nyström, un maldito detective, *el* maldito detective que metió al Guardián de Ángeles entre rejas, ha resultado ser su sucesor?

Miró a Wiik, era una pregunta sincera.

—Quizá Sjöberg era inocente —sugirió Wiik— y siempre fue Nyström.

—No —dijo Jamie, no podía aceptar esa idea—. Conozco a Robert Nyström. Él no lo habría hecho. Y, de todos modos, era el compañero de mi padre. Es imposible que lo hubiera hecho sin que mi padre lo supiera. Imposible.

—Bueno, tal vez tu padre era…

—No.

Jamie levantó el dedo índice para callarlo, su voz destilaba ácido.

Wiik levantó las manos para mostrar que iba en son de paz.

—Lo único que digo —continuó— es que puede que hayamos pillado a Nyström desprevenido, pero este caso está lejos de estar cerrado. Todavía faltan muchas piezas. Lo hayamos atrapado o no. Cuando él…, si es que despierta… —dijo Wiik tras bajar las manos y dar un paso adelante—. Le interrogaremos y obtendremos nuestras respuestas. Por ahora, tómatelo con calma. Los forenses registrarán todo: revisarán el coche de Nyström y el autobús, desmontarán la cabaña y obtendremos más respuestas. Por ahora lo que necesitas es descansar.

Jamie suspiró, los hombros le pesaban demasiado y sentía la

hinchazón y el escozor del cansancio en los ojos.

—¿Has hablado con Hallberg? —preguntó Jamie mientras se levantaba de la cama y se agachaba para recoger sus botas.

Wiik se acercó un poco, como para ayudarla, pero luego se detuvo y retrocedió.

Jamie caminó descalza por el suelo de baldosas hacia el radiador que había junto a la cama. Allí había puesto los calcetines a secar. Esperaba que ya estuvieran listos.

—Sí —respondió Wiik.

—¿Cómo está?

—Sobrevivirá. Las lesiones son superficiales. Aunque ha dicho algunas cosas interesantes sobre la experiencia.

Jamie recogió sus calcetines y miró a Wiik atenta. Él la miraba fijamente.

—Ah, ¿sí? —preguntó Jamie de regreso a la cama—. ¿Como qué?

Wiik se encogió de hombros.

—Agradecía que estuvieras allí —dijo, aquello era lo más parecido a un cumplido que se le ocurría a Wiik—. Por lo que parece, la salvaste.

Jamie recordó el tiroteo.

—Algo así.

—Aunque le pidieras que asomara la cabeza por encima del parapeto para hacerlo.

Jamie se detuvo, con un calcetín a medio poner, y levantó la vista.

—Y disparaste a nuestro principal sospechoso en el proceso —añadió.

Se calzó el calcetín de un tirón y apretó la mandíbula.

—¿Necesitabas algo en concreto o has venido hasta aquí solo para torturarme?

Wiik observó cómo luchaba con los calcetines y las botas, con el cuerpo rígido y dolorido por lo vivido aquel día. A lo largo de la semana, más bien. No abrió la boca para responder.

—Hallberg me puso al corriente de los detalles en torno a Hansen y Lundgren, acerca de Rachel Engerman, Emmy Berg y el asunto del foro. Sobre tu teoría del justiciero.

Jamie detectó un toque de desdén en esa última palabra.

—¿No estás de acuerdo?

—Es algo atrevida.

—Mi padre siempre decía que una suposición y una convicción eran primas hermanas.

Intentó darle un toque de humor, pero fracasó estrepitosamente. Sonó cansada y amargada, incluso a sus propios oídos.

Wiik volvió a cruzar los brazos y dio un paso atrás.

—Bueno, fueran cuales fueran las intenciones de Nyström, ahora lo tenemos. Está tumbado en una cama de hospital, esposado, con un agente en la puerta. Se despierte o no, no va a ir a ninguna parte. Y la ciudad puede dormir un poco más tranquila.

Se quedó allí, con los ojos puestos en Jamie, aunque ella no sabía qué pretendía.

Jamie se calzó las botas y se puso de pie, tambaleándose.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Wiik con prisa.

—Volver al hotel, dormir. —Jamie negó con la cabeza—. Ducharme. Comer. Esperar que este dolor de cabeza se me pase.

—¿Y luego?

A Jamie se le escapó una risilla.

—Sinceramente, no había pensado en eso. Desayunar probablemente.

—No, me refería a… —Wiik cambió el peso de un pie a otro—. ¿Vas a volver a casa?

Ella lo miró a los ojos.

—¿Sin electricidad ni calefacción? Lo dudo.

—Me refería al Reino Unido.

—Ah. —A Jamie le sorprendió la pregunta. Y más incluso la mirada llena de incertidumbre de Wiik—. Yo… no lo sé. De momento aquí me he limitado a vivir día a día. Cuando termine el caso…

—Pero el caso ya ha terminado —insistió Wiik, que se mordía el labio—. Lo has atrapado.

Jamie pensó que lo había dicho con cierta amargura, como si Wiik estuviera molesto por haberse perdido la acción otra vez. O enfadado porque Jamie había estado en peligro y él no había estado a su lado. O acaso solo fuera por la idea de que ella se marchara ahora que el caso había terminado.

Recogió la bolsa de plástico que contenía sus pertenencias y apretó los labios.

—Es tarde.

—Sí —dijo Wiik, sin moverse ni dejarla pasar.

—Aún no sé qué voy a hacer. No he hablado con Falk, pero creo que estará loca de ganas de perderme de vista.

—Puedo hablar con Falk.

—Wiik, no se trata de eso… Es… Es…

Tuvo que apartar la mirada. Los ojos de él eran los de un perro viejo y abandonado al borde de la carretera.

Jamie se recompuso y apretó con fuerza la bolsa de plástico. Levantó la cabeza, dispuesta a responder la pregunta que ninguno de los dos había formulado, pero que flotaba entre ellos.

Pero no llegó a hacerlo.

Detrás de Wiik, Jamie vio gente corriendo por el pasillo.

Se inclinó hacia él y vio a un médico pasar a toda velocidad, seguido de una enfermera que empujaba a la carrera un carro de traumatología.

Gritaban.

Jamie y Wiik se quedaron paralizados, contemplaban todo con los pelos de punta y la respiración contenida.

En ese momento un policía uniformado pasó veloz gritando a la gente que se apartara.

Wiik y Jamie no necesitaron ningún otro incentivo.

Ya habían comenzado ya a correr.

48

La alarma del monitor cardíaco, furiosa, no dejaba de pitar.

Salieron detrás del médico y la enfermera que empujaban la camilla de traumatología, siguiendo el ruido. Jamie esperaba que no se dirigieran a la habitación de Robert Nyström, pero sabía que iba a ser así.

El agente, que iba justo delante, se apresuraba para regresar al puesto que parecía haber abandonado, aunque ya era demasiado tarde.

Era un hombre alto, delgado, con una mata de pelo oscuro. Llegó primero a la puerta y la ocupó por completo, con las manos apoyadas en el marco.

—Mierda —dijo antes de quedarse paralizado.

Wiik llegó un segundo después y casi lo tiró al suelo de un empujón.

—¡Apártate! —ordenó y desplazó con el hombro a la enfermera para entrar en la habitación.

Otra enfermera estaba ya al lado de Nyström. El médico, inclinado sobre él, le examinó las pupilas con un puntero y miró el monitor cardíaco.

No dejaba de pitar.

La enfermera con el carro de traumatología se movía frenéticamente: sacaba gasas de los paquetes mientras el médico daba órdenes a gritos.

Jamie se puso delante de Wiik para ver mejor y no pudo evitar dar un grito ahogado.

El médico tenía las manos en la garganta de Robert Nyström.

Jamie no podía quitarle ojo, sus propios recuerdos se mezclaban con lo que veía.

La sangre brotaba entre los dedos del médico.

Nyström estaba completamente inmóvil, pero todos los demás se movían como un torbellino a su alrededor.

Jamie y Wiik observaban inmóviles. Sin palabras.

El monitor no dejaba de sonar y las cifras de la pantalla descendían con rapidez.

La enfermera con las gasas avanzó e intentó colocarlas en la garganta de Nyström.

El médico se apartó y se sacudió las manos para quitarse la sangre.

Salpicó toda la pared, luego volvió al cuello de Nyström y le ordenó a la enfermera colocar bolsas de sangre. Traer coagulantes. Comenzar las compresiones. Preparar el desfibrilador.

Pero, a pesar de todos los gritos, de todo el movimiento, de todo el frenesí y de todos los esfuerzos, ya era demasiado tarde.

Jamie vio cómo los números de la pantalla detrás del médico fluctuaron, pasaron a un tono rojo durante unos instantes y luego llegaron a cero.

La errática línea se aplanó y el pitido intermitente se volvió constante y sordo.

Robert Nyström había muerto.

49

Jamie podía oír a Wiik despotricando contra el agente que había abandonado su puesto en la puerta. A juzgar por el volumen y la intensidad de la diatriba de Wiik ya podía ir buscándose otro empleo.

Ella seguía en la habitación. No podía dejar de mirar el cadáver de Robert Nyström.

Yacía allí, empapado en su propia sangre. Pálido. Un fantasma de sí mismo.

Su bata era ahora carmesí, del mismo color que las sábanas. Y el suelo estaba negro.

El charco de sangre se extendía bajo la cama como un agujero que conducía hacia la nada.

Se había desangrado por completo y no podían hacer nada por él.

Pero no había sido por la herida de bala, sino por otro motivo.

Cuando el médico y las enfermeras lo declararon muerto a las 12:02 a. m., abandonaron la habitación. No había nada más que hacer allí salvo limpiar y atender a los pacientes que sí podían salvar. Brutal, así era su trabajo.

De todos modos, ya no era una habitación de hospital. Ahora era el escenario de un crimen.

Porque, en el tiempo que el agente había abandonado su puesto en la puerta, alguien había entrado en la habitación de Robert Nyström y le había degollado con una navaja.

Jamie miraba ahora la garganta abierta. La piel estaba despegada y llena de abrasiones, era algo espantoso. Debajo, la carne roja de Nyström refulgía. El esófago estaba cortado en dos. Los tendones, seccionados. Los músculos, cortados.

Alguien se había colocado sobre él, le había puesto una navaja en el cuello y lo había cercenado. Con fuerza.

No había duda.

Alguien quería a Nyström muerto y no iba a dejarlo al azar.

Wiik volvió a entrar en la habitación, colocándose el cabello. No dejaba de soltar aire, sus mejillas estaban hinchadas.

—Menudo desastre —dijo y se detuvo al lado de Jamie.

Ella bajó la cabeza.

—Los forenses están de camino. También los agentes. Cerraremos el hospital, reuniremos al personal y obtendremos las imágenes de las cámaras de seguridad. Descubriremos quién ha hecho esto.

Jamie no tenía ganas de hablar. Simplemente no se sentía capaz.

En lugar de eso, dio un paso atrás y rodeó a Wiik camino de la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó él mientras salía al pasillo tras ella.

Jamie no se molestó en girarse.

—Ha sido un día largo, Wiik. Me voy a la cama.

50

14 de diciembre de 1993

Querida Jamie:

Eres tan pequeña y, sin embargo, también más grande de lo que jamás imaginé que podrías ser. Cuando te cogí en mis brazos el día que naciste, pensé que podía romperte. No podía concebir que algo tan pequeño, tan frágil, pudiera haber surgido de mí.

Y ahora, te miro y veo a la niña fuerte, obstinada e inteligente en la que te has convertido. Y pensar que aquella cosita ha crecido hasta convertirse en lo que veo ahora me llena de orgullo y esperanza.

Eres muchas cosas. Pero, sobre todo, eres intrépida. Ahora estamos aquí sentados, acurrucados alrededor de un fuego que no sé si durará hasta mañana, la nieve se acumula al otro lado de las puertas y ventanas, el lago está completamente helado, el coche atrapado… y, sin embargo, tú no te inmutas. No sé si recordarás esta noche dentro de unos años. Ojalá esta carta te sirva de recordatorio. Que sirva para recordarte que ahora no estoy seguro de si aguantaremos aquí. ¿Por qué hemos venido? Por mi egoísmo. Tu madre es tu madre. Y estoy seguro de que sabes que tenemos nuestras diferencias. Pero lo único que lamento es que estés atrapada en medio de nuestras discrepancias. Y si te he traído aquí es porque no quería estar solo. Porque, cuando lo estoy, me convierto en un hombre diferente. En un hombre peor.

Contigo, sin embargo, siento ganas de ser mejor.

Si alguna vez te perdiera, no sé qué haría.

Cuando lo importante somos tú y yo es fácil olvidarse del trabajo. Es fácil olvidarse de todo. Nunca soy más feliz que cuando salimos de viaje en coche lejos de la ciudad. Cuando dejamos atrás esa vida.

Y cada vez que llega el momento de irnos de aquí, de volver, pienso en lo que pasaría si nos quedáramos. Si lo dejáramos todo.

Lo único que me impide decirlo en voz alta es que tú, Jamie, tú, pequeño diablo vivaz y revoltoso, querrías que lo hiciéramos. Querrías vivir aquí como un animal. Cazar y pescar y dormir bajo las estrellas y recoger leña y explorar el mundo que aún crees salvaje e indómito. Un mundo libre de los humanos y de su maldad infernal. Lo único que me detiene es saber que te alejaría de tu madre.

A pesar de todos sus defectos, ella te quiere, Jamie.

Igual que yo.

Recuerda eso siempre.

Ahora estás aquí sentada, a mi lado, con un lápiz en la mano, inmersa en la luz de esta pequeña hoguera, en esta cabaña apestosa, húmeda y helada en medio de la nada, rodeados por una tormenta que bien podría matarnos, y le escribes una carta a tu futuro yo. Le cuentas a la mujer que serás lo que siempre quisiste ser cuando te hagas mayor.

Tú también me has hecho escribir esta carta. Y me has hecho prometer que no te la enseñaré si prometo no leer la tuya. Son cartas secretas. Y, aunque pensaba que iba a limitarme a estar aquí sentado y fingir que escribo algo, me he dado cuenta de que hay muchas cosas que sí quiero escribir. Cosas que quiero decirte aunque no me atrevo a hacerlo.

Jamie, lo eres todo para mí. Y si tengo un deseo en este mundo tan terrible es que crezcas y seas feliz.

Yo no sé cómo ser feliz. Y la razón es por lo que he hecho con mi vida.

Las decisiones que he tomado. Las cosas que he hecho. Las personas a las que he hecho daño.

Hay gente buena y hay gente mala. Y luego hay gente como yo, que se coloca en medio por su propia voluntad. Que intenta convencerse a sí misma de que es una cosa, cuando en realidad es la otra.

No seas como yo cuando crezcas, Jamie. No seas infeliz cuando crezcas.

Fui lo suficientemente egoísta, lo suficientemente estúpido, como

para engañarme a mí mismo y pensar que podía tener ambas cosas. Que podía ser ambas cosas. Que estaba a mi alcance hacer lo que hago y también tener una vida normal.

No se puede.

No podemos dividirnos.

Solo podemos dar hasta cierto punto y yo le he dado demasiado a este trabajo. Dejé que me consumiera del mismo modo que las llamas consumen ahora el poco combustible que nos queda, he dejado que las llamas de este mundo calcinasen toda la bondad que había en mí.

Si hay una cosa, Jamie, por la que lucharé cuanto me sea posible, mientras tenga aliento en el cuerpo y amor en el corazón, es por que no te conviertas en alguien como yo cuando crezcas.

Me temo que no sabes quién soy de verdad.

He hecho todo lo posible por ocultártelo.

Si lo supieras, tendrías otra opinión de mí.

Me tendrías miedo, te avergonzarías de mí. No tengo ninguna duda.

Y puede que lo hagas algún día. Es posible que sientas esas cosas.

Por eso atesoro estos momentos que pasamos juntos.

Porque sé que, haga lo que haga, pueden ser efímeros.

Te quiero, Jamie.

Y siempre te querré.

Pase lo que pase.

Papá

51

Jamie estaba tumbada en la cama de su habitación de hotel, no hacía más que leer y releer la carta. Eran casi las tres de la madrugada.

Había estado escondida dentro del paquete bajo las tablas del suelo de la cabaña. Junto con el cuchillo de caza con mango de cuerno de ciervo de su padre, su anillo familiar, su placa, las escrituras de su casa y una fotografía de su padre sosteniendo a Jamie recién nacida en el hospital. Él aparece sonriente.

Jamie contuvo las lágrimas, se secó con gestos bruscos las que ya se le habían acumulado en las comisuras de los ojos y se giró sobre su costado.

Contempló la colección de objetos que tenía delante, sobre la cama, y se abrazó las rodillas para acunarse, para protegerse. Dejó la carta y cogió el anillo de oro, se lo puso en el pulgar —el único dedo en el que le quedaba más o menos bien— y lo giró muy lentamente.

Jamie cerró los ojos y exhaló un largo y lento suspiro. Esta vez no se secó las lágrimas. Simplemente dejó que cayeran.

Y, lentamente, pero con seguridad, dejó que el sueño la invadiera.

52

Eran poco más de las siete cuando el teléfono de Jamie empezó a vibrar en la mesita de noche.

Se incorporó lentamente, levantó la cabeza de la almohada y se estiró para alcanzarlo. Al hacerlo tiró al suelo la carta, la fotografía y el cuchillo.

—Mierda —murmuró Jamie y se despertó al instante.

Se giró hacia el borde de la cama, agarró el teléfono y respondió mientras se agachaba para recoger las cosas que habían caído a sus pies.

—¿Sí?

Era la voz de Hallberg.

—Hola, ¿cuánto tardas en estar lista?

—Eh —dijo Jamie, recolectó los objetos que tenía en la mano y los dejó sobre la cama—. No lo sé. Diez minutos o así. ¿Por qué?

—Criminalística ha entregado los resultados preliminares de la cabaña y Tecnología ha recibido respuesta del foro. Falk quiere que nos pongamos todos al día antes de confirmar las conclusiones.

—¿Conclusiones?

Jamie detectó cierta incertidumbre en la voz de Hallberg. No era nerviosismo en sí, más bien decepción.

Hallberg no respondió a la pregunta.

—Pasaré a recogerte.

La llamada se cortó y Jamie se quedó sentada en la cama, sin saber qué demonios había pasado.

Después del día que había tenido ayer, lo último que Jamie quería era tener que esperar en la acera. Y, sin embargo, allí estaba.

Hallberg llegó en su Mercedes unos cinco minutos más tarde de lo acordado. Y, aunque normalmente a Jamie ese tipo de cosas no le importaban lo más mínimo, había dormido muy poco y la última

semana había sido un infierno.

El coche frenó bruscamente y se detuvo delante de Jamie. No perdió el tiempo y subió.

—¿Qué pasa?

Hallberg arrancó sin mirar. Tenía la cara salpicada de pequeños cortes. Uno, justo en la mejilla, había sido cerrado con una sutura de mariposa. Parecía tensa.

—Falk está en pie de guerra.

Jamie se burló.

—Tampoco me sorprende.

—Nos quieren quitar el caso. El ministro de Justicia ha ordenado al Nationella Operativa Avdelningen que intervenga y se haga cargo de la búsqueda de Eriksson.

Jamie levantó una ceja.

—¿A Operaciones Especiales?

Hallberg asintió.

—Esta tarde haremos el traspaso a la Nationella Insatsstyrkan.

La Fuerza Nacional de Intervención era una unidad antiterrorista y de intervención de alto riesgo que se encargaba de gestionar los casos más graves. Situaciones con rehenes, amenazas terroristas, tiroteos masivos, asesinos en serie… Los cadáveres se acumulaban y Jamie sospechaba que Falk estaría encantada de deshacerse del caso de una vez por todas. Su mejor detective estaba siendo investigado por Asuntos Internos por conducta indebida, un exdetective y actual consultor de la Policía era por lo visto cómplice y responsable de varios asesinatos, y un agente bajo su mando había abandonado su puesto y permitido que un fugitivo degollara a dicho exdetective mientras estaba ingresado en un hospital público. Por no mencionar a la detective visitante de la Policía Metropolitana de Londres que había disparado a su principal sospechoso. Jamie tragó saliva.

—¿Por qué abandonó el agente su puesto fuera de la habitación de Nyström? —preguntó Jamie.

—Al parecer fue al baño.

Jamie podía oír el desdén en su voz.

—Dios —murmuró con cierta incredulidad—. ¿En serio?

—Dijo que era tarde, que no había nadie alrededor y nadie sabía que Nyström estaba allí. Y el baño estaba al final del pasillo…

Jamie negó con la cabeza.

—No sé qué es peor. Que abandonara su puesto para ir a mear o que no viera a Eriksson, que debía estar a seis metros de distancia.

Hallberg la miró.

—¿Qué?

—Bueno, piénsalo. Si partimos de la hipótesis de que se trata de un trabajo hecho por dos personas, que Eriksson y Sjöberg lo hicieron juntos hace veinticinco años, y ahora Eriksson había reclutado a Nyström para ocupar el lugar de Sjöberg, tendría razones más que evidentes para intentar asegurarse de que Nyström no se despertara, ¿verdad?

—Cierto.

—Y no fue una mera casualidad que se colase en la habitación justo cuando el oficial había ido al baño, ¿verdad?

—Es poco probable.

—Así que debió de esperar, con la habitación de Nyström a la vista, hasta tener la oportunidad. Y entonces…

El ceño fruncido de Hallberg se convirtió en un gesto de enfado.

—¿Cómo pudo no verlo?

Jamie negó con la cabeza.

—Eso es lo que no sé —dijo con un suspiro—. Pero sospecho que le va a tocar pagar por ello durante un tiempo.

Jamie, Wiik y Hallberg estaban en el despacho de Falk. El resto de la planta estaba desierta. Wiik llevaba vaqueros y unas botas marrones, una camiseta descolorida y una gruesa parka gris oscuro. De nuevo no se había afeitado y estaba despeinado.

Parecía estar tomándose muy en serio lo de que le hubieran dado un descanso al apartarle del caso. ¿Cómo iba la investigación interna? Ella no había llegado a preguntárselo.

—Johansson —dijo Falk.

Jamie levantó la vista de las botas de Wiik.

—Sí.

—¿Estás atendiendo?

Falk parecía aún más cansada que antes, con las ojeras más oscuras y la boca ahora fruncida hasta formar un amargo círculo.

Jamie asintió.

Falk se llevó los dedos a la frente y echó un vistazo a los documentos que tenía delante.

—Operaciones Especiales estará aquí a media mañana y quieren un resumen completo de lo que sabemos del caso hasta ahora, así como todos nuestros informes forenses, notas y cualquier otra información que tengamos que les ayude a localizar a Eriksson. Se nos ha escapado ya dos veces.

Levantó dos dedos para dar mayor énfasis.

«Tres veces», pensó decir Jamie, si se tenía en cuenta el caso original. Pero prefirió ahorrárselo.

—Han llegado los informes preliminares de la cabaña de caza. Han encontrado los archivos originales del caso, o lo que quedaba de ellos. Los técnicos forenses han hecho todo lo posible por recuperar fragmentos que había en la chimenea, pero estaban prácticamente incinerados. —Volvió a mirar los papeles que tenía ante ella—. También recuperaron un teléfono móvil desechable, varias prendas de ropa y dos rifles de caza de la escena del crimen: un Sauer 202 y un Remington Modelo 700. —Ahora dirigió la mirada a Jamie—. ¿He de suponer que el segundo es el tuyo?

Jamie asintió de modo discreto.

—¿Y estoy en lo cierto al suponer que es el arma que utilizaste para disparar al sospechoso?

Jamie asintió de nuevo, sin mantener contacto visual.

Falk no le quitaba los ojos de encima.

—¿Y estoy en lo cierto al suponer que pertenecía a tu padre?

Otra vez asintió.

—¿Y que no tienes ningún documento que lo demuestre?

Jamie dejó de asentir, pero Falk no dejó de hablar.

—¿Ni ningún documento que demuestre que ahora tú eres su propietaria?

Jamie la miró a los ojos, pero mantuvo una expresión impasible.

—Y, dado que no figuraba en el catálogo de bienes muebles que

los técnicos elaboraron cuando registraron tu casa, ni siquiera te preguntaré cuándo tomaste posesión de él, dónde lo has tenido guardado y por qué llevabas contigo munición real.

Jamie carraspeó. Dicho así, sonaba mal. Ella no había pensado en nada más que en asegurarse de que los forenses no se lo llevaran. Un arma de fuego sin licencia como aquella debía confiscarse. Jamie no tenía intención de usarla y solo había cogido la munición porque, si los de criminalística la hubieran encontrado, le habrían preguntado para qué arma era. El hecho de que hubiera salvado la vida de Hallberg y la suya parecía que fuera un detalle irrelevante.

Falk le sonrió, lo que apenas atenuó su amarga decepción.

—Esperemos que Operaciones Especiales no examine todo esto con muchos escrúpulos. De lo contrario, todos estaremos en problemas. ¿De acuerdo?

Jamie apretó los dientes y bajó la mirada. Podía ver a Wiik mirándola de reojo.

Falk pasó la página con énfasis y sacudió la cabeza antes de volver a centrar su mirada.

—La cabaña estaba llena del ADN de Nyström y Eriksson. Y eso, junto con la furgoneta de la iglesia, convierte a Eriksson en nuestra máxima prioridad. Al menos durante las próximas horas. Está suelto, es peligroso y no va a cejar en su empeño. De acuerdo al patrón original, sabemos que tiene intención de secuestrar a Jan Hansen. Y no me cabe duda de que Mikael Gunnarson también estará en su punto de mira. ¿Hemos tenido alguna respuesta del abogado de Gunnarson o de las agencias de cuidado infantil?

Miró a Hallberg.

—Todavía no he podido localizar a la niñera que contrataron los Gunnarson. La mayoría de las empresas que operaban entonces ya no existen y las que me han respondido no tienen ni a Mikael ni a Åsa Gunnarson en su archivo de clientes. No pinta bien.

—Pero creo que es lógico suponer que si Eriksson quería matarlos —Wiik intervino—, fue por lo que le hicieron a Tilde. Gunnarson afirmó que a Tilde no le gustaba la niñera antes de coserse la boca. Que esa fue la razón por la que se deshicieron de ella… Así que, si fue ella quien maltrató a Tilde, o fueron los padres… —Se calló,

suspiró y se llevó las manos a la nuca—. No lo sé. Pero Eriksson quería matarlos y creo que eso lo dice todo.

Falk miró a Wiik.

—Operaciones Especiales va a continuar la investigación sobre Gunnarson. Y tengo curiosidad por ver qué hace entonces su abogado. Tienen mucho más peso que nosotros y no les gusta que les digan que no. Aun así, debemos atar todos los cabos sueltos que podamos esta misma mañana. No quiero que los de Especiales tengan nada que echarnos en cara. ¿Hallberg?

Casi saltó de la silla.

—Voy a insistir. Tengo otras personas pendientes de localizar, así que contactaré con la Agencia de Matriculación de Vehículos para obtener datos de contacto actualizados y volveré a hablar con el abogado de Gunnarson.

—Bien —dijo Falk—. Wiik asegúrate de que el correo electrónico indique de modo explícito que Operaciónes Especiales se hace cargo del caso y que, si quiere seguir tratando con la muy amable y cordial Policía de Estocolmo, tiene que hacerlo con la mayor celeridad.

Wiik suspiró y luego bajó la barbilla: aunque no le gustase, estaba de acuerdo.

Falk continuó, decidida a cubrir cada detalle de la investigación.

—Los forenses ya están transportando los vehículos desde el lugar de los hechos, incluido tu coche de alquiler. —Falk miró a Jamie antes de devolver la vista al informe. Parecía que Falk ya había terminado de regañarla y Jamie no podía decir que no estuviera agradecida—. Por lo visto Nyström utilizó su propio coche para asfixiar a la chica. Los técnicos encontraron restos de adhesivo en el techo. Tienen la hipótesis de que pegó algún tipo de película o una pantalla para separar los asientos delanteros de los traseros. Realizarán una investigación exhaustiva del coche cuando esté en el taller y ya han comenzado a comparar el pelo encontrado en el asiento trasero con las muestras de Emmy Berg. Deberíamos tener los resultados en la próxima hora más o menos para confirmarlo. —Cerró la carpeta con el expediente de la cabaña y sacó otra que tenía delante de ella—. Nuestros técnicos informáticos pudieron ponerse en contacto con los administradores del foro que utilizaba

Emmy Berg y recuperaron una serie de mensajes privados que vinculan a Nyström con el secuestro. —Tosió en su puño y luego rebuscó en el expediente para empezar a leer—. Mensaje enviado desde el nombre de usuario WeCanHelp*:* «Hola, cariño, he leído tu mensaje y quería decirte que no estás sola. Sé que las cosas parecen sombrías, pero no te preocupes, podemos ayudarte».

Falk los miró a todos.

Los tres estaban pendientes de sus palabras.

—Hay más —dijo Falk—. «Hemos ayudado a muchas chicas como tú. Mi amigo y yo llevamos mucho tiempo dedicándonos a esto. Por todas partes hay hombres como el que te hizo daño, y puede parecer que no hay salida, pero sí la hay. Lo primero que tenemos que hacer es llevarte a un lugar seguro. Mi amigo es policía. Puede recogerte donde tú quieras y llevarte a un sitio donde estés resguardada. Luego nos ocuparemos del hombre que te hizo daño. Haremos que se arrepienta de lo que ha hecho. Y nos aseguraremos de que nunca más vuelva a hacer daño a nadie».

Falk dejó los papeles sobre la mesa.

—Había un número de teléfono al final del mensaje. Emmy no respondió a través del servicio de mensajería del foro, pero sospechamos que llamó al número que figuraba en el listado de llamadas.

Wiik tomó la palabra.

—¿Coincide con el teléfono recuperado en la cabaña?

Falk negó con la cabeza.

—No, no coincide. Pero el teléfono de Nyström solo tiene un número guardado.

—Y es el mismo que el del mensaje —dijo Jamie, que había atado cabos mientras Falk hablaba.

—Exacto.

Wiik se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas.

—Entonces ¿podemos rastrear el teléfono? Eriksson debe de ser esa persona siempre disponible para echar una mano. Entra en los foros, encuentra a las chicas y se acerca a ellas. Luego utiliza la profesión de Nyström para que se sientan seguras. —Wiik dio de

repente una palmada, lo que hizo que el resto diera un respingo—. Y así es como las atrapa.

Hallberg asintió.

—Eso explica por qué eligió a Nyström para que le ayudara.

—Sí —dijo Falk—. Pero no explica por qué Nyström se prestó a hacerlo. Y, para responder a tu pregunta, no, no podemos rastrear el teléfono. La última conexión a la red está registrada hace tres días en una torre de datos a las afueras de la ciudad. Desde entonces ha estado apagado. Y si Eriksson es tan inteligente como creemos lo habrá destruido ya y ahora estará usando otro teléfono desechable.

—¿Y el foro? —preguntó Wiik, ya desesperado—. ¿Ha enviado mensajes a alguien más? ¿Ha respondido a otras publicaciones?

Falk negó lentamente con la cabeza.

—No, esa cuenta fue desactivada y luego eliminada menos de veinte minutos después de que se enviara el mensaje. Los técnicos han rastreado la dirección IP utilizada para registrarla y enviar el mensaje: pertenece a un popular cibercafé de la ciudad.

—¿Cámaras de seguridad? —preguntó Wiik esperanzado.

—Eso es lo que lo hace popular —dijo Falk con tono cansado—. No hay ninguna. También ofrecen el uso gratuito de VPN. Los técnicos pasaron cuarenta minutos tratando de averiguar por qué la cuenta parecía estar registrada en Turkmenistán antes de caer en la cuenta. El lugar es propiedad de un izquierdista declarado que siempre se manifiesta a favor de la privacidad y la libertad en el mundo virtual, la protección de datos, etcétera, etcétera. —Hizo un gesto con la mano—. Eso lo convierte en un lugar popular entre hackers de sombrero blanco y similares.

—Hijo de puta —murmuró Wiik.

Jamie asimiló todas esas novedades. Eriksson era inteligentede verdad. Y lo tenía todo planeado. Necesitaba a alguien que hiciera el trabajo pesado por él: secuestrar a las chicas, matarlas y exhibirlas. E ir a por los padres. Alguien con habilidades muy concretas. Sjöberg era perfecto: con experiencia militar e inteligente. Nyström era un sustituto idóneo. Estaba entrenado en el uso de armas, tenía conocimientos tácticos y estratégicos. Era policía, lo que le daba a Eriksson algo con lo que hacer que las chicas se sintieran seguras. Y,

lo que es más importante, había matado antes, Jamie estaba segura de eso. Si buscaba el historial de servicio de Nyström, sabía que descubriría que había disparado a alguien en acto de servicio. Y la primera vez siempre es la más difícil.

Ella misma podía dar fe de ello.

A Jamie esbozó una mueca.

—¿Cuál es la conexión entre Nyström y Eriksson? ¿Cómo lo encontró después de todos estos años? Lo habría conocido por el caso original, pero ¿contactarlo después de dos décadas?

Falk, que ya se había adelantado a la pregunta, se dirigió directamente a Jamie.

—Hemos comenzado a investigar a Nyström. Tengo a técnicos y forenses repasando su vida, les he pedido que busquen cualquier cosa que Eriksson pudiera usar. Deudas, problemas médicos, cualquier cosa por el estilo.

Jamie frunció los labios.

—A Eriksson no le hizo falta.

—¿Qué quieres decir?

—Es un maestro de la manipulación. Un camaleón. Imita, refleja. Y es bueno en ello. Uno de los mejores que he conocido. Y, créeme, he conocido a muchos. Pero no me hizo sospechar nada. No activó ni una sola alarma. Era encantador, tranquilo, divertido.

—A mí no me gustaba —intervino Wiik.

Falk lo ignoró y se centró en Jamie, que continuó.

—No intentaría chantajear o sobornar a Nyström. El Guardián de Ángeles siempre ha sido un planificador y un manipulador. Consiguió primero que Hans Sjöberg matara por él y luego fuera a la cárcel. Hans Sjöberg podría haber delatado a Eriksson en un abrir y cerrar de ojos a cambio de una reducción de la pena. Habría vuelto a casa con su mujer en lugar de morir entre rejas. Pero no lo hizo. Y esa lealtad no se puede comprar ni conseguir con amenazas. Se gana, tanto si la víctima se da cuenta de que es de mentira como si no. No, Eriksson no presionó a Nyström. Lo eligió, lo estudió todo de él y luego se acercó a él. ¿Nyström se sentía solo?

—¿Perdón?

Falk pareció desconcertada por la pregunta.

—¿Se sentía solo?

—No… No lo sé.

—¿Familia? ¿Esposa?

—Viudo, sin hijos.

—¿Hermanos o hermanas?

—Hijo único —confirmó Falk.

—Y estaba jubilado.

—Semijubilado.

—Él mismo se ofreció a colaborar como consultor, ¿verdad? Porque no tenía nada más en la vida que su trabajo. ¿Y amigos?

Falk no supo qué responder.

—Sé que su mejor amigo murió hace diecinueve años —dijo Jamie.

A Falk le temblaba un poco el ojo.

—Estaba solo, era vulnerable y era un blanco fácil —concluyó Jamie—. Si investigamos a Nyström es lo que descubriremos. Ese es el vínculo. Una amistad en apariencia inocua que dio lugar a una pregunta importante: ¿te gustaría volver a marcar la diferencia en este mundo? Así lo convirtió en su cómplice.

Falk miró a Jamie y esbozó algo parecido a una sonrisa. Bajó la mirada antes de que se hiciera evidente y luego retomó la palabra.

—Bueno, podamos o no deducir el motivo por el que Nyström se involucró en todo esto, nuestra prioridad principal es encontrar a Eriksson. Ya he pedido a los técnicos que revisen las cámaras de seguridad del hospital en busca de cualquier rastro de él, pero parece que taparon la cámara del pasillo frente a la puerta de Nyström antes del ataque. Los técnicos forenses encontraron un guante de látex colocado sobre la lente. —Sacudió la cabeza con incredulidad—. Parece que, en el momento en que el guardia abandonó su puesto, Eriksson tapó la cámara y luego mató a Nyström. —Suspiró—. Los técnicos van a revisar las otras cámaras en busca de cualquier rastro de Eriksson, pero hasta el momento no hay nada. Ese hombre es un maldito fantasma.

—Lo atraparemos —dijo Wiik con algo parecido a la confianza en su voz.

—Bueno, parece que no va a ser ya tarea nuestra. O al menos no

tendremos la oportunidad. Hallberg, ¿puedes asegurarte de que todo esto quede reflejado en el informe de traspaso para Operaciones Especiales? Quiero que todo esté resumido, detallado y ordenado. Wiik, asegúrate de que tu papeleo esté en regla y recuerda estar disponible para responder cualquier pregunta. También los forenses y los técnicos traerán todo distribuido en cajas esta misma mañana, para que Especiales lo tenga ya todo, tanto en formato físico como digital. Hoy este lugar va a ser un zoológico. —Miró con cierta nostalgia la oficina vacía y luego miró de nuevo a Wiik—. Quiero que esto salga bien y que beneficie a la relación entre la Policía y Operaciones Especiales. Desde su perspectiva van a intervenir para salvarnos el pellejo y no quiero que piensen ni por un segundo que nosotros no lo vemos de la misma manera. ¿Entendido?

Se lo repitió específicamente a Wiik.

Jamie miró de reojo y vio que la vena de la sien se había hecho de nuevo visible y latía ligeramente. Tenía la mandíbula tensa. Estaba sentado en la silla con los puños cerrados entre las rodillas.

—Entendido —gruñó.

A ningún detective le gustaba que le relevaran de un caso, especialmente cuando la resolución estaba a la vuelta de la esquina. Operaciones Especiales intervendría, encontrarían a Eriksson y se llevarían todo el mérito por atrapar al Guardián de Ángeles. Algo que la Policía de Estocolmo no había sido capaz de lograr. Ninguna de las dos veces.

Y, fuera culpa de Wiik o no, aquello dejaba en todo caso un mal sabor de boca.

—Muy bien —dijo Falk—. Tenéis trabajo que hacer. En marcha.

Jamie notó que Falk había evitado mirarla a los ojos.

—¿Y yo? —preguntó antes de que nadie pudiera levantarse de su asiento.

—¿Tú? —a Falk pareció divertirle la pregunta—. Ya hiciste tu parte. Y en unas… —Miró la hora en la pantalla de su teléfono, ya que sus delgadas muñecas no llevaban reloj—… Dos horas este ya no será nuestro caso. Por lo tanto, Jamie, por muy agradecidos que estemos por tu ayuda, creo que es hora de que regreses a casa.

53

Wiik salió del despacho de Falk dando grandes zancadas, cruzó la sala y desapareció sin mirar atrás. Estaba claramente descontento con aquellas palabras de despedida.

Jamie no sabía cómo se sentía.

Lo vio doblar la esquina, se preguntaba si era la última vez que iba a ver a Anders Wiik. Y también pensaba en cómo se sentía ante aquel hecho.

—Será una lástima —dijo Hallberg, lo que atrajo la atención de Jamie—. Que te vayas, quiero decir.

—Sí —respondió Jamie—. Pero tú tienes todo bajo control. —Sonrió—. Wiik al final pasará por el aro, no te preocupes. Basta con que dejes de esforzarte tanto por agradarle. Lo haces muy bien.

Su rostro se sonrojó.

—Gracias —dijo y asintió con la cabeza—. Significa mucho viniendo de ti.

Jamie soltó una tímida risa. «¿De mí?».

—Eres una gran detective —dijo Hallberg—. Espero que yo…

Jamie se giró y le puso una mano en el hombro.

—Hallberg, no acabes como yo o como Wiik. Hay más cosas ahí fuera que asesinos y estas cuatro paredes. Yo me di cuenta demasiado tarde.

Hallberg tragó saliva y asintió con la cabeza.

Jamie no sabía qué más decir. Tampoco creía que hubiera que decir nada.

—¿Te irás pronto? —preguntó Hallberg pasado un segundo.

—No lo sé —respondió Jamie con total sinceridad—. Todavía tengo un par de cosas que hacer en la casa, y también tendré que arreglar las cosas con la empresa de alquiler de coches. Espero que su seguro cubra los agujeros de bala. Luego tendré que dejar el hotel y

reservar un vuelo. —Suspiró—. Estaré por aquí un tiempo.

Miró hacia la esquina por la que había desaparecido Wiik. A pesar de su mal humor adolescente y de sus molestas manías, Jamie pensó que quizá lo echaría de menos. O al menos trabajar con él. Y, aunque él fuera tan mezquino como para marcharse sin despedirse, ella no.

Pero, más allá de esas formalidades, había algo más. Algo que la inquietaba y que no conseguía identificar. Algún cabo suelto que el papeleo no podía atar. Que no estaba en los informes forenses.

—De acuerdo —dijo Hallberg, parecía animada por la noticia—. Nos vemos antes de que te vayas.

Extendió la mano y le dio un leve toque a Jamie en la espalda antes de desvanecerse, de dejarla sola en medio de la oficina desierta.

Jamie se quedó allí un momento, dándole vueltas en la cabeza a todo el meollo, y luego se preguntó si todo eso seguía siendo su problema. Falk había dicho, de forma bastante inequívoca, que ya no.

Y, sin embargo, Jamie no era el tipo de persona que dejaba pasar las cosas así como así.

Sobre todo cuando estaba bastante segura de que, fuera lo que fuera lo que se le escapaba, parecía que a todos los demás también se les estaba escapando.

Jamie estaba sentada en un escritorio, situado en un rincón de la oficina, que habían utilizado para acumular las cajas y archivos que Operaciones Especiales no quería revisar. Se había recostado, con los pies apoyados en una pila formada por dos de las cajas, y se entretenía haciendo girar el anillo de su padre alrededor del pulgar.

Toda la planta estaba repleta de gente. Debían haber llegado por lo menos veinte tipos de Operaciones Especiales ataviados con sus chaquetas de siglas estampadas, que ahora se dedicaban a clasificar expedientes, transportar cajas de un lado a otro, catalogar todo y comenzar a elaborar sus propios informes y suposiciones sobre el caso.

Hallberg apareció y agitó la mano delante de la cara de Jamie para llamar su atención.

Jamie reparó en su presencia y la miró.

—Hola —dijo.

Hallberg sostenía un papel en la mano.

—Toma. —Hallberg se lo entregó sin explicarle qué era.

Jamie se hizo con aquella hoja, le dio la vuelta y leyó lo que decía.

—Es una declaración de que me habías contado lo del rifle de tu padre y que yo lo confisqué antes de que fuésemos a la cabaña —dijo Hallberg antes de que Jamie tuviera tiempo de leerlo.

Jamie la miró, sorprendida.

—Lo habías encontrado en tu casa, lo denunciaste al agente más cercano, que era yo, y luego yo me hice responsable de su costudia. Iba a registrarlo oficialmente cuando volviéramos. —Sonrió a Jamie —. Por eso estaba en el coche.

Jamie frunció el ceño.

—Hallberg… Esto es… No tienes por qué hacerlo. Podrías meterte en un buen lío.

Ella se encogió de hombros.

—Me salvaste la vida. Si ese rifle no hubiera estado en el coche… —Dejó la frase en el aire—. Es mi forma de darte las gracias, ¿vale?

—¿Y los de criminalística? Revisaron todo lo que había en la casa. Esta declaración básicamente afirma que no vieron el rifle.

Jamie no pudo evitar que la duda se reflejara en su voz.

Hallberg esbozó una sonrisa.

—Pues no lo vieron. Después de todo, ¿quién puede ser más eficaz para esconder un arma de la policía que uno de los mejores detectives que ha tenido la ciudad?

Jamie no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—Tienes razón. Mi padre habría odiado que alguien tocara sus cosas.

—Y si surge algo que pueda invalidar mi testimonio, mantendré mi palabra.

Jamie levantó el papel.

—Esto significa mucho para mí. Gracias, Hallberg.

—No hay de qué. —Pero no se movió de allí—. ¿Has arreglado

todo con la empresa de alquiler? ¿Has conseguido encontrar un vuelo?

Jamie asintió lentamente y volvió a parecer ausente.

—Sí.

—¿Entonces te vas?

Asintió de nuevo, muy despacio.

—Supongo que sí.

—¿Has visto a Wiik?

—No. Creo que me evita.

—No me extraña.

—No —dijo Jamie y soltó una risa—. Supongo que no. —Miró de nuevo a los ojos de Hallberg—. ¿Podrías hacerme un favor?

—Claro. ¿Qué necesitas?

—¿Todavía tienes acceso a los archivos?

—¿Del caso? —preguntó Hallberg y levantó una ceja—. Claro, ¿por?

—Seguro que no es nada. Solo quiero confirmar algo para quedarme tranquila. ¿Podrías conseguirme algunas cosas?

—Dime.

—La transcripción judicial del expediente de Hans Sjöberg, además de una copia de la nota que estaba debajo del limpiaparabrisas de mi coche. Y creo que voy a necesitar acceder al apartamento de Robert Nyström.

—¿El apartamento de Nyström? —Hallberg se mostró insegura—. ¿Para qué?

—Es solo una corazonada.

—¿Una corazonada?

Jamie asintió.

—De acuerdo —dijo Hallberg pasados unos segundos—. Aunque técnicamente no ha dejado de ser el escenario de un crimen. No puedes ir allí tú sola.

—Entonces será mejor que vayas a por tu chaqueta.

Salieron sin que Falk las viera. Y, a pesar de que los dos últimos viajes que habían hecho juntas habían terminado con disparos y

muertes, Hallberg no parecía demasiado tensa por sentarse junto a Jamie.

—Entonces —preguntó ella con curiosidad, dando golpecitos con los dedos en el volante—. ¿Qué buscamos en casa de Nyström?

Jamie leía la transcripción del juicio de Sjöberg.

—Papeles, notas, cosas así. —No le quitaba ojo a las palabras que tenía delante y jugaba con un bolígrafo que hacía girar entre los dedos de una mano—. Un diario sería idóneo. Pero una lista de la compra también nos vale en caso de apuro.

—No lo entiendo —dijo Hallberg—. ¿Qué es lo que buscamos?

—Probablemente nada —dijo Jamie—. En realidad, se trata tan solo de que mi cerebro me dice que hay algo que estamos pasando por alto. Y, si me voy ahora, no voy a poder sacármelo de la cabeza durante todo el camino a casa.

Hallberg la miró.

Jamie intentaba parecer despreocupada, pero, en el fondo de su mente, la sensación de inquietud había pasado a ser tan molesta como un perro encadenado que se muerde su propia pata. Y no desaparecía.

Unos minutos más tarde llegaron a casa de Nyström y subieron las escaleras hasta el modesto apartamento del tercer piso.

La cinta policial seguía atravesada a lo largo de la puerta. Hallberg la desató por un lado con cuidado. Se puso un par de guantes de látex y le dio otro par a Jamie. Luego abrió la puerta y entraron.

El interior olía a humedad, tal y como Jamie esperaba.

Nyström siempre había sido un hombre estudioso y su apartamento así lo reflejaba. Estaba limpio, ordenado y decorado de modo austero, aunque un poco anticuado. Había un pequeño sofá pegado a la pared derecha y un sillón orejero con tapizado de terciopelo marrón frente al televisor. Entre ambos había una mesa plegable.

Jamie lo observó todo durante unos instantes y luego siguió adelante hasta trazar un lento círculo por la habitación.

En la pared había colgadas algunas fotos. Nyström con su difunta esposa… Nyström con su difunta esposa… Nyström acompañado de su difunta esposa. Nyström y el padre de Jamie. Otra excursión de

pesca.

—¿Cuándo murió la esposa de Nyström? —le preguntó Jamie a Hallberg, que ya había comenzado a buscar las notas y las listas de la compra.

—Eh… hace seis o siete años, creo —respondió Hallberg desde el dormitorio.

Jamie siguió adelante, asimilando aquella información. No dejaba de indignarse al pensar que él hubiera sido capaz de hacer algo así. En la práctica él era una de las personas que la había criado. Y, aunque fuera muy amigo de su padre, sin duda la había cuidado más de lo que le correspondía. Y siempre había sido cariñoso, caballeroso y, sobre todo, paternal.

Se detuvo al llegar al final de la galería de fotos y se alejó de la pared camino de la cocina.

Jamie abrió la nevera y la golpeó el olor a leche agria. Hizo una mueca y la volvió a cerrar, justo cuando Hallberg reapareció detrás de ella.

—¿Servirá esto? —preguntó mientras sostenía una pequeña libreta con un agujero en la parte superior.

Jamie se la quitó de las manos y la hojeó, había muchas notas escritas en ella. Pequeños recordatorios de cosas por hacer o comprar. Miró por encima del hombro de Hallberg hacia un teléfono fijo que había en la pared junto al dormitorio. Al lado había un corcho con un clavo. Ahí había estado colgado el bloc.

—Sí, esto servirá —dijo Jamie.

Hallberg la miró fijamente durante un momento y entonces lo entendió.

—La nota que había debajo de tu parabrisas —dijo—. Quieres comparar la letra.

Jamie la miró.

—Supongo que a los forenses no les meterán mucha prisa para que encuentren una coincidencia positiva ahora que Nyström está muerto, ¿verdad?

Hallberg frunció los labios.

—¿Crees que coincidirán?

Jamie lo pensó durante un instante.

—No lo sé —miraba a Hallberg a los ojos—. Simplemente, no lo sé.

Oscurecía cuando volvieron a la sede central.

Jamie y Hallberg salieron del hueco de la escalera con la esperanza de que todo estuviera ya más tranquilo, que los de Operaciones Especiales se hubieran marchado y la situación estuviera mucho más calmada.

Pero era justo lo contrario.

Aquello era un trasiego constante. Los teléfonos no paraban de sonar. La gente se movía con gran agitación. Y en medio de todo eso, Falk y Wiik estaban de pie frente a un tipo de Especiales al que escuchaban atentamente.

Falk y Wiik las vieron al mismo tiempo. Falk les hizo señas para que se acercaran.

El tipo de Operaciones Especiales se volvió para mirar. Medía alrededor de 1,75 m, tenía el pelo rubio, ojos azul oscuro y una barba que era una combinación retro de barba incipiente y bigote.

Falk hizo las presentaciones.

—Este es el *Polisöverintendent* Dahlvig. —«Superintendente de policía»—. Está al mando de esta operación.

Asintió secamente, miró primero a Hallberg y luego a Jamie, y decidió mantener la mirada fija en ella.

—¿Eres tú quien disparó a Nyström? —preguntó con un tono casi acusatorio.

Jamie lo miró a los ojos y asintió.

—Y, según tengo entendido, no formas parte del cuerpo de policía sueco, ¿verdad?

—No.

—¿Trabajas en la Policía Metropolitana de Londres?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

Sorprendentemente, fue Wiik quien salió en su defensa.

—Está aquí a petición mía —dijo con audacia—. Le pedí que colaborara en el caso, ya que tiene una visión y un conocimiento

únicos sobre…

Dahlvig le lanzó una mirada fría a Wiik.

—No se lo he preguntado a usted.

Falk intentó participar de modo diplomático, con una amplia sonrisa.

—Por favor, *Polisöverintendent*, hasta ahora la participación de la inspectora Johansson en el caso ha sido en calidad de asesora. El incidente relacionado con Robert Nyström fue un hecho desafortunado, una mera coincidencia, debo añadir, pero le aseguro que ella solo actuó en defensa propia y para proteger a una de nuestras propias detectives, la *Polisassistent* Julia Hallberg. —Falk señaló entonces a Hallberg—. Pero ahora que Operaciones Especiales está involucrada, los servicios de la inspectora Johansson ya no son necesarios. Y estará en un avión de vuelta al Reino Unido al final del día. ¿No es así? —Miró a Jamie.

Jamie sabía que, si decía que no, se arrepentiría.

—Así es —confirmó Jamie.

Esto pareció molestar a Wiik, pero situado entre Falk y Dahlvig, sabía cuál era su lugar. Y hablar ahora solo empeoraría aún más su posición.

—Si no lo está —dijo Dahlvig con voz gélida—, le haré personalmente responsable, Falk. No hay sitio para turistas en la Policía de Estocolmo y menos aún para los que disparan a mis sospechosos.

Le echó a Jamie una mirada llena de ira para que todos los presentes supieran exactamente cuál era su lugar en la jerarquía.

—Ahora, usted es Hallberg, ¿no?

Ella levantó la vista hacia Dahlvig.

—Falk me ha dicho que eres buena con el papeleo. ¿Es cierto?

Ella levantó la barbilla para mostrar entusiasmo. Aunque fuera fingido.

—Bien. Entonces, supongo que ya has elaborado una lista de los contactos de Eriksson, sus familiares, amigos… Cualquiera que pueda ayudarle en una situación como esta.

—Sí —respondió como si le arrancasen las palabras. Jamie pensó que era la primera vez que veía a Hallberg enfadada.

—Bien. Entonces vienes conmigo. —Asintió con decisión—. Y tú —dijo al volverse hacia Wiik.

—Has conocido a Eriksson, ¿verdad?

—Sí —respondió fríamente.

—Entonces tú también vienes. Falk me ha informado del lío que has montado con… Lindvall, ¿verdad? —Miró a Falk en busca de confirmación y ella asintió con evidente displicencia—. Pero nada de eso importa ahora. Así que considera tus vacaciones oficialmente terminadas. Vamos a visitar todas las direcciones de la lista de Hallberg: incursión con todo el equipo, perros, táctica. —Hizo un gesto con la mano como si cortara el aire—. Hallberg y tú tendréis que estar allí para proporcionar información y una identificación positiva de Eriksson si lo vemos. Ahora se trata de una operación que puede terminar con disparos mortales. ¿Entendido?

Hallberg y Wiik aceptaron, aunque a ninguno de los dos parecía gustarles que les pusieran un collar en el cuello.

—Bien —dijo Dahlvig—. Una vez esté resuelto, los de Asuntos Internos podrán hacer lo que estimen oportuno. —Se volvió hacia Jamie y se acercó un poco más—. Y respecto a ti. —La miraba a los ojos—. No quiero volver a verte. Ya has hecho suficiente para fastidiar esta investigación, no harás nada más. ¿Entendido?

—Perfectamente —dijo Jamie, pero se mantuvo firme.

Dahlvig chasqueó los dedos por encima del hombro hacia Hallberg y Wiik, y luego pasó como una exhalación junto a Jamie, rozándola con el codo para desequilibrarla como un matón de colegio.

Jamie tuvo que sonreír ante aquello, pensó que podría girar sobre su pie izquierdo en medio segundo y lanzarle un gancho a la cabeza antes de que él pudiera siquiera reaccionar.

Pero no lo hizo. Simplemente dejó que Dahlvig se marchara, con su pene, sin duda pequeño, balanceándose.

Hallberg le dirigió a Jamie un último y solemne gesto con la cabeza.

—Ha sido un placer trabajar contigo —dijo con voz un poco temblorosa, y luego bajó la cabeza y siguió a Dahlvig.

Falk le tendió la mano a Jamie y ella la tomó.

—Gracias, Jamie —dijo con una sonrisa—. Tu padre estaría

orgulloso de la mujer en la que te has convertido. No tengo ninguna duda.

Le soltó la mano y se dio la vuelta, camino de su despacho.

Jamie la miró con la voz atascada en la garganta.

Wiik carraspeó y se acercó a ella. Parecía menos preocupado por la autoridad que se le imponía.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó.

—Ya has oído a Dahlvig: aunque quisiera, no podría quedarme.

—¿Quieres quedarte? —Todavía había esperanza en sus ojos.

—No es decisión mía.

—¿Y si lo fuera?

Jamie giró la cabeza y miró a Dahlvig, que ladraba las órdenes a sus hombres. Se preparaban para marcharse. Para cazar a Eriksson hasta hacerlo desaparecer, como al animal que creían que era.

—¿Crees que es él? —preguntó Jamie después de un momento.

—¿Quién?

—Eriksson.

—¿Si creo que es él?

Wiik se inclinó un poco, buscaba los ojos de Jamie.

Ella no se lo permitió.

—¿Crees que Per Eriksson es el Guardián de Ángeles?

El rostro de Wiik adquirió un gesto preocupado.

—No puede ser nadie más. Eriksson era uno de los sospechosos originales. Tenía los medios y la oportunidad. Conocía a las chicas. Tenía acceso a los vestidos con los que las encontraron. Conocía a Sjöberg. Eran grandes amigos. Sjöberg se puso en contacto con él antes de morir, intercambiaron cartas. Sabía que Sjöberg agonizaba y de ese modo el crimen coincidiría con su muerte. También conocía a Nyström desde la época de la investigación original. ¿Y qué mejor manera de fastidiarnos que manipular al mismo detective que trabajó en el caso para que cometiera el crimen por el que había condenado a un hombre años atrás?

Wiik se pasó la mano por la cabeza para alisarse el pelo.

Jamie se dio cuenta entonces de que se había afeitado desde la reunión de aquella mañana. Y también se había arreglado el pelo.

Wiik comenzó a repasar los dedos de una mano con la otra, uno

por uno, mientras enumeraba las pruebas que se acumulaban.

—Eriksson sabía que buscábamos las cartas para comparar la letra, por eso se nos adelantó en casa de Eva Sjöberg y las robó antes de que llegáramos. Y luego huyó. Se largó de la ciudad justo antes de que se cerrara el cerco. De acuerdo con mi experiencia, los inocentes no huyen.

Jamie inhaló pausadamente hasta llenar sus pulmones, sin quitarse a Tomas Lindvall de la cabeza. Pero Wiik aún no había terminado.

—Nos ha llevado ventaja en todo momento, siempre fuera de nuestro alcance. Y todavía nos mantiene a distancia. Fue pura casualidad que tropezáramos con la cabaña de caza. De no haber sido porque la buscaste por tu cuenta, nunca habríamos dado con ella. Nyström era la única persona en el mundo que sabía de su existencia, aparte de tu padre y de ti misma. Y con él muerto desde hacía casi veinte años y tú con la vida hecha en otro país, estaban a salvo. Y sabemos que ambos estaban allí, porque tenemos el autobús de Eriksson, su ropa y su ADN por toda la cabaña. Él simuló el secuestro de Nyström para despistarnos, lo utilizó para conseguir el expediente del caso, llevarse a las niñas y encontrar un lugar seguro donde esconderse. Hizo todo eso. Pero lo pillamos desprevenido. Y, por mucho que me duela admitirlo, Dahlvig tiene razón. Ahora que Eriksson se ha visto acorralado, va a tener que pensar sobre la marcha, algo a lo que no está acostumbrado. Se le da bien planificar, no dejar nada al azar. ¿Matar a Nyström? Eso fue una reacción. Tuvo que adaptarse a una situación que cambiaba a toda velocidad y corrió un gran riesgo al ir al hospital. Todavía lo buscan entre las grabaciones de seguridad, y lo encontrarán. Nadie es invisible. Nadie puede permanecer oculto para siempre. Ahora solo le queda huir, buscar una salida. Lo tenemos controlado, Jamie —dijo Wiik, que trataba de captar su atención de nuevo—. Y no escapará. Lo atraparán, lo sacarán de su escondite si es necesario. Y, cuando esté al descubierto, lo matarán. Ya no tiene adónde ir. Su cara está en todas partes y no hay un solo agente en todo el país que no esté ahora mismo dedicado a atraparlo.

Jamie escuchó a Wiik, sin dejar de absorber y catalogar cada

prueba, cada hipótesis. Las sopesaba, las evaluaba, las encajaba en el rompecabezas.

Y no podía discutir el razonamiento. Todo encajaba.

Perfectamente.

Jamie bajó la cabeza y suspiró.

—¿No crees que sea él? —preguntó Wiik, que se había cruzado de brazos y se mordía el labio inferior.

Jamie lo miró por primera vez.

—Tú mismo lo has dicho, Wiik: en realidad, no puede ser ninguna otra persona. ¿Verdad?

54

Jamie se detuvo frente a la casa y la miró fijamente.

«No puede ser ninguna otra persona».

Esas fueron las últimas palabras que le había dicho a Wiik antes de que él se alejara para reunirse con Dahlvig. Caminaba con determinación, como siempre, pero esta vez redujo el paso, se detuvo un momento y miró hacia atrás.

Jamie se quitó aquella imagen de la cabeza, se subió la cremallera de la chaqueta, abrió la puerta del coche y salió a la helada noche.

Las nubes se habían disipado en lo alto y dejaban al descubierto un cielo negro como la tinta, salpicado de estrellas. La luna brillaba, proyectando una pálida luz sobre la nieve, que parecía brillar con un tono azulado, a ambos lados de la carretera.

La temperatura estaba muy por debajo de cero. A Jamie le pareció que el aire nunca había estado tan quieto, claro y frío como aquella noche. Le arañaba las mejillas mientras caminaba. La calle estaba en silencio. Las casas a oscuras.

Se había hecho tarde y los que habían desafiado el clima a primera hora del día ya se habían retirado a la seguridad de sus hogares.

Cerró la puerta del coche que Falk le había prestado para ir al aeropuerto —después de hacer tan solo esta parada rápida, le había prometido— y miró a su alrededor.

La calle estaba desierta.

Jamie suspiró y se metió las manos en los bolsillos. En realidad, no estaba allí, ¿verdad? En realidad, no creía…

Y, sin embargo, el perro que se había alojado en la parte posterior de su cabeza, sin dejar de roer su propia pata, había llegado ya hasta el hueso. La herida estaba en carne viva y manchaba todo el suelo de sangre.

Había que ocuparse de ella y había que hacerlo ahora.

Jamie se puso en marcha, cruzó la calle y subió los escalones que llevaban a la puerta.

No había luces encendidas en el interior.

Levantó la mano y llamó con energía.

No se oyó nada.

Jamie volvió a llamar. Se le puso la piel de gallina.

Apretó los puños y dio un paso atrás, miró a su alrededor.

Le costaba respirar. Se dijo a sí misma que era solo por el frío. Pero los latidos del corazón, acelerados y ligeros en la garganta, le decían que no era así.

Jamie miró a su alrededor en busca de algún signo de vida y vio algo a los lados del camino. Huellas en la nieve que se dirigían hacia la verja.

Bajó de nuevo a las losas heladas y siguió el rastro hasta la calle, miró a la izquierda y luego a la derecha.

Sus ojos se fijaron en un edificio que había más adelante y comenzó a caminar hacia él.

El camino terminaba de pronto. Jamie se detuvo y vio que las huellas volvían a aparecer en la nieve y se adentraban en la oscuridad.

Sus músculos se tensaron y sus ojos buscaron en medio de la penumbra cualquier indicio de lo que había más adelante.

No veía nada.

Pero ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

Siguió adelante, pisaba con cuidado para no alterar las huellas, seguía aquel rastro y estaba cada vez más lejos del coche.

A sus espaldas, las luces de la calle se hacían cada vez más tenues.

Jamie sintió un escalofrío, se le formaban gotas de sudor alrededor de la mandíbula, sus ojos se movían rápidamente de izquierda a derecha y contenía la respiración entre los apretados dientes.

Y entonces se detuvo: una forma apareció en la penumbra.

Parpadeó para asegurarse de que realmente veía lo que creía ver y luego se acercó con cautela. Las huellas ante ella habían

desaparecido.

Dos líneas profundamente marcadas en la nieve virgen conducían a una silla de ruedas abandonada.

Jamie la rodeó lentamente, con la mirada fija en el suelo.

Delante de ella, en dirección a la vieja iglesia quemada, había de nuevo huellas.

Exhaló un suspiro entrecortado y siguió adelante, dejó la silla de ruedas abandonada donde estaba, fuera del alcance de la luz de las farolas y de las miradas indiscretas.

La iglesia se alzaba delante de ella, con los escalones de ladrillo rojo que conducían al viejo porche. Había permanecido intacta, y las puertas, que en su día fueron blancas, se mantenían firmes frente al paso de los años. Habían colocado unas cadenas para impedir que nadie entrara, pero ahora yacían en el suelo, enroscadas como una serpiente dormida.

Jamie las miró y luego levantó la vista hacia las puertas, en las que se leía la palabra «asesino» pintada con espray.

Extendió las manos, las posó sobre la fría madera y empujó.

Se abrieron hacia el interior de las ruinas, con un triste chirrido.

Las tablas cubiertas de nieve crujieron cuando Jamie, dando pasos llenos de cautela, entró.

A su alrededor, los pilares que habían soportado la cubierta se elevaban desde los cimientos como las costillas de una gran ballena varada, con las puntas carbonizadas y afiladas. A ellos se aferraban paneles de madera ennegrecidos, los últimos restos de carne en este espantoso esqueleto.

Aquello eran sin duda las entrañas de la bestia.

A ambos lados del pasillo los viejos bancos estaban distribuidos al azar, destruidos, podridos y abandonados.

Al fondo, Jamie vio un crucifijo fijado al puntal central que en otro tiempo debió sostener el campanario.

Tenía unos dos metros y medio de altura y miraba desde arriba a todos los pecadores.

Pero estos hacía tiempo que se habían marchado de aquel lugar.

Todos excepto uno, claro está.

Jamie reunió fuerzas para hablar.

—Eva Sjöberg —gritó, el eco multiplicó las palabras a su alrededor.

La mujer estaba de rodillas ante la cruz, con las manos juntas en señal de oración.

Levantó la cabeza lentamente, colocó sus largos y huesudos dedos sobre la madera cubierta de nieve a ambos lados de ella y se puso en pie.

Eva Sjöberg se enderezó y luego se volvió hacia Jamie. Su expresión, antes ausente, era ahora aguda como una navaja, ensombrecida por las marcas negras de la luz de la luna. Ya no llevaba gafas, y su largo y quebradizo cabello gris, antes recogido en una coleta suelta, le caía ahora por la espalda.

Era un poco más baja que Jamie y también delgada. En su silla de ruedas parecía mustia como una flor moribunda. Pero ahora recordaba a una víbora serena.

—Me has encontrado —dijo, con una voz que era apenas un susurro, pero que se propagaba hasta llenar el espacio que las separaba—. Me preguntaba cuánto tiempo tardarías.

La anciana frágil y marchita que Jamie había conocido había desaparecido y, en su lugar, se encontraba la verdadera Eva Sjöberg. Una mujer a la que nada se le escapaba. Que lo planeaba todo, hasta el más mínimo detalle. Que había evadido su captura veinticinco años antes tras orquestar el secuestro y sacrificio de ocho niñas, el asesinato de seis padres y la manipulación de dos hombres para que cometieran algunos de los crímenes más brutales y malvados que Jamie había presenciado.

Jamie se esforzó para llenar sus pulmones de aire, echó los hombros hacia atrás y recuperó la voz.

—¿Está muerto Per Eriksson? —preguntó.

Eva Sjöberg no dijo nada, pero levantó las comisuras de la boca hasta dibujar una sonrisa que mostró sus dientes amarillentos como colmillos en la oscuridad.

—Fuiste tú —dijo Jamie entonces—. Siempre fuiste tú.

Eva Sjöberg avanzó un paso.

—No te muevas —ordenó Jamie y sacó los puños de los bolsillos.

—Tengo curiosidad —dijo Eva Sjöberg, levantando la barbilla para escuchar el aire—. ¿Has venido sola?

Jamie entrecerró los ojos y miró las manos de la mujer. Le colgaban relajadas a los lados, los hombros sueltos y las rodillas flexionadas. No se dejaría engañar por su edad. Ya no se dejaría engañar por nada.

—¿Cómo me has encontrado?

—No fuiste tan cuidadosa como creías —dijo Jamie, que deslizaba los talones hacia atrás sobre la nieve, para ganar terreno y mantener la distancia con Eva Sjöberg.

—¿No? —Dio un nuevo paso adelante.

—No —dijo Jamie—. Engañaste a todos los demás. Eriksson fue un buen chivo expiatorio. Pero no lo suficientemente bueno.

—¿Cómo lo descubriste?

Eva parecía divertirse con la conversación. Como si casi le emocionara la idea de haber sido descubierta.

—Pequeñas cosas —respondió Jamie y echó un vistazo detrás de ella. Ahora estaba muy cerca del umbral. Tenía que vigilar dónde pisaba—. Eriksson era el sospechoso perfecto. Demasiado perfecto. Las pruebas eran abrumadoras. La carta que Hans le envió, la carta que él le devolvió. El secuestro de Nyström. El asesinato coincidiendo con la muerte de Hans. Todo estaba cuidadosamente preparado. Convertían a Eriksson en el villano perfecto, las piezas del rompecabezas eran lo suficientemente difíciles de encajar como para que fuera verosímil. Pero he conocido a más hombres que eran como se suponía que debía ser Eriksson. Y él no era así. En realidad, era un buen tipo, ¿no?

Eva Sjöberg se burló.

—¿Bueno? Era débil. Se suponía que era amigo de Hans. Y le dio la espalda. Se lo merecía. Como todos los demás.

—¿Se lo merecía? —repitió Jamie—. ¿Esas pobres chicas se lo merecían?

Eva levantó la barbilla, con los finos labios temblorosos por la repentina ira.

—Las salvamos —espetó—. Lo que les hicieron, lo que habían sufrido, ningún niño se merece eso. Lo sé. Cargarían con aquello el resto de sus vidas. Con ese dolor. Nunca escaparían de él. Nunca. Las perseguiría para siempre. Hicimos lo único humano. Las

salvamos. Las liberamos de esa vida de sufrimiento. Las convertimos en…

—Ángeles —dijo Jamie y tragó saliva. Interpretó la expresión del rostro de Eva Sjöberg. La ira, la confusión. No era una psicópata fría y calculadora. Solo era una mujer destrozada, cuya visión del mundo estaba distorsionada y sesgada por sus propias experiencias. Podías preguntarle un millón de veces y un millón de veces obtendrías la misma respuesta. Creía que estaba haciendo lo correcto. Estaba convencida de que no había crueldad en sus acciones. Solo bondad.

—Les devolvimos su inocencia. —Eva miró por encima de la cabeza de Jamie y luego volvió a mirarla a los ojos, su arrugada boca se había fruncido hasta trocarse en una mueca amarga—. Y luego nos encargamos de que los hombres y mujeres responsables de ello pagasen por lo que habían hecho. Hicimos más de lo que tú o los de tu clase jamás haréis.

Jamie pensó en Jan Hansen, en Leif Lundgren. En lo que hicieron. Y odiaba que Eva Sjöberg tuviera razón. Bajo el amparo de la ley, nunca sufrirían lo suficiente por lo que habían hecho.

—¿Así fue como convenciste a Nyström? —preguntó Jamie—. ¿Con el viejo discurso del bien supremo y el mal menor? ¿O tal vez solo le dijiste que podía ser el hombre que siempre había querido ser?

—Los hombres son fáciles —dijo Eva con frialdad—. Solo quieren a alguien que les susurre al oído lo que quieren oír. Que les digan que todo va a salir bien. Que alguien los abrace, les acaricie el pelo y les asegure que son hombres buenos, fuertes y justos. —Ahora torció la boca en otra sonrisa malvada—. Eso es lo que quería tu padre también. Supe verlo desde el momento en que lo conocí.

—Cállate —dijo Jamie con aspereza.

Eva Sjöberg la ignoró.

—Él era a quien realmente quería a mi lado. Grande, fuerte, sin miedo a ejercer un poco de… violencia.

—Cállate. —La voz de Jamie resonó más fuerte.

—Lo observé. Vi cómo el caso le destrozaba. Era débil, se enfadaba con facilidad. Se dejaba llevar por sus emociones, atormentado por su propia oscuridad. Habría sido… —Se detuvo por

un momento y luego miró fijamente a Jamie, con los ojos brillando a la luz de la luna—. Habría sido perfecto. Pero entonces se suicidó. Antes de que pudiera llegar a él. Antes de que pudiera devolverle el sentido a su vida.

Jamie apretó los puños con tanta fuerza que se clavó las uñas en las palmas de las manos y la piel de los nudillos amenazó con romperse por la tensión.

—Nyström al principio se resistió —dijo Eva, que giraba la cabeza hacia izquierda y derecha y doblaba los dedos—. Pero no tardó mucho en ceder. Se lo pusieron fácil. La Policía era todo lo que tenía y ellos también le dieron la espalda. Le dieron de lado. Lo único que quería era ser importante. Volver a hacer algo. Salvar solo una… —Eva Sjöberg volvió a dar un paso adelante—. Vida. —Otro paso—. Más.

Jamie estaba ya en la puerta, se mantenía firme.

Eva Sjöberg estaba cada vez más cerca.

—Ahora bien —dijo antes de bajar la cabeza. Su mano se movió a un lado y dejó ver una navaja. La giró lentamente para que su hoja reflejara la luz de la luna y refulgiese. Una navaja pequeña de filo sencillo, muy afilada. Fácil de ocultar; una navaja con forma de gancho. Perfecta para cortar neumáticos. Y gargantas—. ¿Qué vamos a hacer contigo…?

Jamie golpeó el umbral con el talón, lo levantó y retrocedió por encima de las cadenas para pasar al atrio de entrada.

Eva Sjöberg avanzaba sin prisa. Sus pasos eran ligeros y seguros. Jamie estaba ahora sobre los ladrillos y se dirigía hacia los escalones.

—No puedes huir —dijo Eva colocando el cuchillo delante de ella —. Tu padre no habría huido. —Sonrió a Jamie y atravesó el umbral —. Tu padre se habría quedado y se habría enfrentado a mí.

Jamie ya había bajado los escalones, sus tacones crujían sobre la nieve recién caída. Miró fijamente a la mujer que tenía delante y sonrió levemente.

—Mi padre tampoco habría venido solo.

Eva Sjöberg se quedó paralizada, un leve clic a su derecha la detuvo en seco.

Anders Wiik salió de la sombra de la pared, con el cañón de su pistola a unos quince centímetros de la sien de ella.

En el aire helado, sus dedos apretaban la empuñadura con mano firme.

—Suelta el cuchillo —ordenó.

Eva Sjöberg volvió a sonreír.

—Eres más inteligente de lo que pensaba —dijo, sin apartar la mirada de Jamie.

Jamie amplió su sonrisa, al fin la tensión abandonaba sus hombros.

—Pero tú, Eva Sjöberg —dijo y se volvió para mirar la ciudad que una vez había sido su hogar—, no lo eres.

55

La calle frente a la modesta casa de una planta de Eva Sjöberg estaba inundada de luces azules intermitentes.

Tres de los coches eran patrullas de la policía, otras dos unidades caninas y el último el Volvo de Wiik, rodeados de toda una flota de agentes.

Eva Sjöberg estaba sentada como una estatua en el asiento trasero de uno de los coches patrulla, y no dejaba de mirar fijamente la jaula metálica que tenía delante.

«Tendrás que acostumbrarte a ello —pensó Jamie—. Vas a pasar mucho tiempo viendo el mundo a través de unos barrotes».

Wiik estaba de pie con los brazos cruzados, no le quitaba ojo, con el labio inferior torcido en señal de desdén.

—Hey —dijo Jamie al acercarse a él.

Él le echó un vistazo a Jamie y luego volvió a fruncir el ceño.

Ella estaba a punto de empezar a hablar cuando Hallberg apareció entre la jungla de luces azules.

—Resulta —dijo Hallberg, que negaba con la cabeza—, que Eva Sjöberg sufrió un accidente de coche en 1993 que le dañó la pelvis y la columna vertebral. Los registros del hospital muestran que fue necesario practicarle una operación que le habría impedido tener hijos, como ella dijo, pero la lesión de columna fue leve. Según las notas, necesitó la silla de ruedas de ocho a doce semanas, pero luego se recuperó por completo. Así lo indicaba la consulta de seguimiento. Desde entonces, todo fue una tapadera. —Hallberg bajó la cabeza—. Si se nos hubiera ocurrido comprobarlo…

Wiik la miró.

Jamie se dio cuenta de que quería decir algo alentador, pero no se atrevía.

Así que lo hizo ella.

—No podías saberlo. Nadie podía saberlo. No había ninguna razón para que pensáramos en confirmarlo. —Jamie se esforzó por sonreírle—. Lo importante es que la hemos capturado.

—Pero ¿cómo lo sabías? —preguntó Hallberg mirando a Jamie con admiración.

Jamie se retorció bajo su mirada. Se sentía incómoda y desde luego no se creía merecedora de esa admiración. Solo hacía su trabajo. Y, la mayor parte del tiempo, su trabajo era hacer de abogado del diablo.

—Había demasiadas pruebas —dijo rápidamente—. Todo indicaba que debía ser Eriksson. Todo lo que sabíamos apuntaba en la misma dirección. El ADN, las circunstancias, los medios, la oportunidad. Todo.

Hallberg no parecía seguir el hilo de sus pensamientos.

—Pero ¿y si no era él? —Jamie se encogió de hombros—. No existen las certezas en este juego. De no haber sido Eriksson, ¿quién más podía haber sido?

—¿Y pensaste en Eva Sjöberg?

—Al principio, no. —Antes de empezar a explicarse, Jamie ya sintió el cansancio de tener que dar una explicación—. Pero, aparte de lo que creíamos saber, no tenía sentido que él fuera el asesino. ¿Cómo puede un sacerdote de más de metro ochenta esconderse a plena vista frente a una habitación de hospital y un agente durante horas sin llamar la atención? ¿Cómo puede evadir las cámaras de seguridad, entrar y salir sin ser visto? ¿Cómo puede pasar desapercibido cuando pone un guante de látex sobre una cámara?

—No puede. Pero una anciana en silla de ruedas…

—… puede moverse libremente por un hospital sin llamar la atención. —Jamie asintió.

—Y podía subirse a su silla y alcanzar el techo sin problema —dijo Hallberg. Al darse cuenta resopló.

—Exacto. Eriksson no aparecía en las cámaras de seguridad porque no estaba. Pero vuelve a revisarlas ahora y apuesto a que verás a Eva Sjöberg por los pasillos, tan tranquila.

Hallberg chasqueó la lengua y luego miró a la mujer en el coche, su rostro amable mostró todo el disgusto que podía expresar.

—¿Y la transcripción del juicio? ¿El apartamento de Nyström?

—Bastaba tirar del hilo. La transcripción decía que Sjöberg se declaró inocente al principio, pero luego dio un giro de 180 grados y se declaró culpable sin dar ninguna explicación. Al principio pensé que lo hacía para proteger a Eriksson; al fin y al cabo, eran grandes amigos. Pero Eriksson dijo que le había dado la espalda a Sjöberg. No se habían hablado en veinticinco años. Y después de todo ese tiempo, me pareció extraño que Sjöberg siguiera protegiéndolo. Todo dependía de quién decía la verdad: Eva Sjöberg o Eriksson. Y si Eriksson no mentía…

—Entonces Eva Sjöberg, sí.

—Hans fue a la cárcel por ella. Asumió toda la culpa. Y la protegió hasta su último aliento.

—¿Y la casa de Nyström?

—Tenía fotos de su esposa por todas partes, años después de su muerte. Se sentía solo, en eso teníamos razón. Pero echaba más de menos a su mujer que a mi padre. Era más probable que Eva Sjöberg hubiera podido manipularlo y no Per Eriksson. —Jamie observó a la mujer que les había mareado y esquivado durante dos décadas a través de la ventanilla del coche patrulla—. Cuando comparé la letra de la nota de Nyström con la de la nota que encontré bajo el limpiaparabrisas, vi que coincidían. Sabía que el asesino no sería tan descuidado como para dejar una pista así, pero Nyström lo hizo porque esa pista era para mí. Él me conocía. No quería matarme. Pero eso dejó un rastro. Un rastro que Eva Sjöberg tuvo que borrar. Si hubiéramos encontrado la carta de Eriksson en la casa de Sjöberg, habríamos podido descartarlo como autor de la nota del parabrisas. Pero ella necesitaba mantener ese engaño, obligarnos a cazar a un fantasma. Y eso era todo. Fue ella quien movió los hilos desde el principio. Quería que estuviéramos convencidos de que, para protegerse, Eriksson había huido tras robar su carta. Pero para él no habría sido necesario. Si Eva estaba tan enferma como él decía, podría haber entrado por la puerta principal. ¿Por qué arriesgarse a entrar a plena luz del día? ¿Y por qué dejarla viva si era una testigo potencial? No, de haber sido Eriksson se habría llevado a Eva junto con la carta. No habría dejado

cabos sueltos. —Jamie dejó de mirar a aquella mujer y buscó los ojos de Hallberg—. Las huellas dobles para ocultar el tamaño, las pistas falsas, la lealtad que Hans Sjöberg mostró en el juicio, la conexión con Nyström a través de la investigación original… Cada pieza por sí sola podía ser ignorada. Pero todas juntas…

—Tenía que ser ella.

—Descartado Eriksson, no había nadie más.

Hallberg lo asimiló todo. Los ojos le brillaban como a una niña.

Jamie carraspeó y cruzó los brazos, luego miró a Wiik y vio que él también los tenía cruzados. Descruzó los suyos rápidamente.

—Eva siempre planeó inculpar a Eriksson. Y deshacerse de él era parte de su plan. Ella lo atrajo a su casa con el pretexto de aceptar su oferta de recogerla para ir a la iglesia. Cuando él llegó, ella lo mató, recogió la carta y las pertenencias de Hans, condujo su autobús hasta la cabaña y dejó todo allí. Luego, Nyström y ella se deshicieron del cadáver y él la llevó de vuelta. Está ahí fuera, en algún lugar, enterrado en la tierra o bajo el hielo de ese lago. —Jamie hizo una mueca al pensarlo—. Matar a Nyström fue la guinda del pastel. El acto público de brutalidad que enfurecería a todo el cuerpo de policía. Operaciones Especiales mordió el anzuelo, llegó con todos los efectivos del mundo y la única intención de acabar con Eriksson. Y lo habrían hecho de haber podido. Todo el tiempo en busca de la persona equivocada. Fue un plan perfecto. Lo había pensado todo.

—Todo excepto que aparecieras tú —dijo Hallberg y le dedicó una sonrisa a Jamie.

—Sí —dijo Jamie encogiéndose de hombros. No se tomaba bien los elogios—. Si tú lo dices.

—Entonces tu padre tenía razón. Sobre Hans Sjöberg.

Jamie asintió.

—La tenía. Pero solo descubrió la mitad de la trama.

Hallberg puso la mano en el hombro de Jamie y lo apretó. Fue un gesto incómodo y extraño.

—Está bien que hayas venido a terminar lo que él empezó.

Jamie sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—Sí, supongo que sí.

Sus ojos se desviaron hacia Wiik, que seguía de pie, sin quitarle ojo a la discreta mujer responsable de todo, que permanecía en la parte trasera del coche de policía.

Hallberg percibió el frío silencio entre ellos y se excusó con tacto.

—Tengo que hablar con algunos agentes —dijo, y señaló con el pulgar por encima del hombro antes de dejarlos solos.

Tras unos segundos de silencio, Wiik habló, pero sin mirar a su alrededor.

—Con un poco de suerte su testimonio nos ayudará a ir tras Lundgren y Hansen.

—Supongo que al menos hay un lado positivo entonces.

—Y tal vez ella pueda arrojar algo de luz sobre lo que Mikael Gunnarson le hizo a Tilde.

Jamie tragó saliva, no terminaba de estar segura de querer saberlo.

Wiik no dijo nada durante un rato, permaneció con la mirada fija en Eva Sjöberg.

—¿Cómo sabías que vendría contigo? —preguntó.

Jamie se acercó un poco más y se metió las manos en los bolsillos. Le dio un empujoncito con el hombro.

—¿Y perderte la fiesta por tercera vez?

Él giró la cabeza y la miró, tenía los ojos entrecerrados.

—Volviste la cabeza —dijo Jamie.

—¿Cuándo?

—En la central. Después de preguntarte si creías que había sido Eriksson.

—¿Condujiste hasta aquí sola, con la única esperanza de que me arrepintiera de lo de Dahlvig y viniera a la carrera detrás de ti basándote tan solo en una mirada?

Jamie soltó una risita.

—Una mirada puede decir mucho, Wiik.

Él negó levemente con la cabeza.

—Sabía que mi pregunta te incomodaría. Y también que no podrías dejarlo pasar. Que lo comprobarías con Falk. Y que cuando ella te dijera adónde iba, encajarías las piezas y vendrías corriendo.

—Yo no diría que corriendo.

—Me alegro de que lo hicieras. Por un momento pensé que tendría que enfrentarme a ella yo sola.

—Podrías haberla derrotado —dijo Wiik y cambió el peso de un pie a otro.

—Sí, tal vez. —Ella lo miró y él le devolvió la mirada—. Pero me alegro de no haber tenido que hacerlo.

Dejaron que aquellas palabras permanecieran entre ellos por un segundo y luego él siguió hablando.

—¿A qué hora te vas? —preguntó, las luces azules se reflejaban en su inexpresivo rostro.

Jamie mantuvo fija la vista en la lejanía durante un rato, para hacerlo sufrir.

—Sabes —dijo lentamente—, en realidad no he comprado el billete.

Él se estremeció, trataba de no parecer ansioso.

—¿No?

—Ni he pedido la cuenta en mi hotel.

Él carraspeó.

—¿Por qué no?

Jamie intentó ocultar la sonrisa de su rostro.

—No tengo ningún sitio al que volver en realidad. La Metropolitana de Londres no me echa de menos y todas mis cosas están guardadas en un trastero. El lugar donde me alojaba en Escocia era… —Se quedó callada—. Era bonito. Pero no tengo prisa por volver. Creo que estoy lista para dejar atrás esa parte de mi vida. Y, de todos modos, siento que tengo algunas cosas que resolver aquí. Habrá facturas pendientes de la casa que habrá que pagar antes de que pueda hacer algo con ella. Y necesita algunas reformas si la idea es usarla para vivir.

—¿Estás pensando en vivir allí? —preguntó Wiik. Hacía todo lo posible por quitarle toda emoción a su voz.

—Vivir en ella, venderla… No estoy segura. Tengo muchos recuerdos allí. Algunos buenos. Muchos malos. —Se encogió de hombros—. Pero, sea como sea, no voy a dejar que se pudra.

—¿Y el trabajo? —preguntó él, esta vez sin intentar reprimir su curiosidad.

—No he tenido tiempo de pensarlo —dijo Jamie, mirándolo a los ojos al fin. Respondiendo a su pregunta al fin—. Supongo que no conoces a ningún detective que busque un nuevo compañero, ¿verdad?

Wiik bajó la mirada, sonrió y miró a Jamie.

—Oh, no te sé decir —lo dijo con timidez y se alisó el pelo con la mano—. Seguro que se me ocurre alguien.

EPÍLOGO

Jamie se sentó sobre los talones, tenía las rodillas doloridas, y se secó el sudor de la frente.

Era principios de marzo y la nieve se derretía en la ciudad. Una racha de días cálidos había animado a Jamie para empezar la limpieza que tanto había pospuesto. Eva Sjöberg llevaba casi seis semanas detenida y estaba a la espera de juicio.

Ahora ya no estaba en sus manos.

El teléfono de Jamie vibró en su bolsillo. Lo sacó mientras retiraba con la mano libre el correo acumulado junto al televisor.

—*Hallä* —dijo Jamie sin mirar el número.

Tan poca gente la llamaba que solo podía tratarse de Wiik o Hallberg, quizá Falk. Pero esta última llamaba en raras ocasiones y aún no le habían asignado ningún caso. No hasta que el papeleo estuviera completo y su préstamo a la Policía de Estocolmo comenzara de modo oficial.

—Johansson. —Era Wiik—. ¿Cómo va todo?

Jamie suspiró y sacudió la bolsa negra para que el montón de sobres y papeles viejos se asentara. Miró a su alrededor, al salón, en el que revoloteba un mar de polvo.

—Ya casi está. ¿Qué pasa? La idea de un día libre consiste en descansar de tu compañero. Lo sabes, ¿verdad?

Él chascó la lengua y eso produjo un ruido en el oído de Jamie. Wiik no era muy dado a reír. Ella tampoco, en realidad. Pero eso era lo más parecido a una charla ligera entre ellos.

—Acabo de recibir la declaración y la confesión de Sjöberg por escrito.

—Ah, genial —dijo Jamie y decidió incorporarse para poder concentrarse en la conversación—. No me digas que va a intentar llegar a un acuerdo.

—No, se declara culpable —dijo Wiik con algo parecido al alivio en la voz—. No de todos los asesinatos, parece que no quiere restarle mérito a Hans, claro.

—Claro.

—Pero sí de los suficientes como para que la encierren de por vida.

—Bien —dijo Jamie y esbozó una pequeña sonrisa—. ¿Solo me llamabas para decirme eso?

—No, pensé que te interesaría saber que también detalla sus experiencias con Leif Lundgren y Jan Hansen, además de relatar las conversaciones con Hanna Lundgren y Emmy Berg. Está dispuesta declararse culpable. Supuestamente, Hans y ella seguían un diligente proceso, siempre hicieron todo lo posible para asegurarse de que no perseguían a un inocente.

Jamie no pudo evitar sonar burlona.

—Los asesinos en serie que tienen código ético son adorables…

Wiik carraspeó.

—Con los informes forenses originales que sitúan el ADN de Lundgren bajo las uñas de Hanna, junto a lo que le confesó a Rachel Engerman, que también está dispuesta a testificar en el juicio, podremos conseguir una condena.

—Si tenemos suerte —dijo Jamie, y tragó saliva. Por desgracia, ella sabía cómo iban estas cosas la mayor parte de las veces.

—Y con el testimonio de la esposa de Hansen, junto con lo que sacamos de la tableta, y la confirmación de William de que solo Emmy y él la usaban…

—Espero que tengas razón —dijo Jamie.

—Los atraparemos —respondió Wiik con determinación—. Antes o después.

Jamie se quedó callada, esperaba más.

Wiik carraspeó.

—Sjöberg también nos dio una explicación sobre los Gunnarson y por qué ambos estaban en el punto de mira.

Jamie no sabía si aquello era una metáfora, pero supuso que no, sobre todo al tener en cuenta el modo en que murió Åsa Gunnarson. No dijo nada.

—La niñera que contrataron maltrataba a Tilde. Se lo contó a Mikael y Åsa y, al parecer, la despidieron. Y, escucha esto. —Resopló incrédulo—. Eva dijo que en realidad le pagaron para que se callara.

—¿Qué? —dijo Jamie, sintiendo cómo se le arrugaba el ceño por la sorpresa—. ¿Le pagaron para qué?

—Por lo visto para que no dijera nada —Wiik sonaba enfadado—. Cuando Tilde se lo contó se enfrentaron a ella. Pero Mikael estaba en medio de una importante negociación con inversores interesados en su empresa y Åsa estaba ocupada en un caso muy importante. No querían arriesgarse a que se involucrara la policía o a que se produjera un escándalo, así que le pagaron algo de dinero para que se marchara y luego le dijeron a Tilde que la habían arrestado.

—Dios mío —murmuró Jamie—. Pagar a la mujer que le hizo eso a tu… —Tragó saliva para contener las náuseas que le subían por la garganta—. ¿Cómo sabe Eva Sjöberg todo eso?

—Al parecer, Hans y ella persiguieron a la mujer y luego la torturaron para…

—En realidad —dijo Jamie mientras negaba con la cabeza—, no quiero saberlo.

No le había gustado Mikael Gunnarson desde el principio, pero esto era ya demasiado. Qué tipo de personas serían capaces de hacer eso. No podía ni imaginarlo.

—Sjöberg dijo que Hans se encargó de ella, pero no sabe dónde está el cuerpo. Y como su testimonio es indirecto, el abogado de Gunnarson lo calificará de rumor y logrará que lo desestimen en un abrir y cerrar de ojos. —Respiró lentamente y exhaló—. No creo que podamos conseguir nada en referencia a eso.

Jamie apretó los dientes, se preguntaba si la culpa de tener que vivir con lo que había hecho, además de la pérdida de su hija y su esposa, sería suficiente castigo para ese hombre. Las palabras le salieron de los labios sin pensarlo.

—Los hombres así siempre reciben su merecido al final —dijo en voz baja.

—¿Qué has dicho? —preguntó Wiik porque no lo había entendido bien.

—Nada —respondió Jamie, negando con la cabeza—. Tan solo

algo que oí en alguna parte. —Tosió para expulsar el polvo que tenía agarrado a la garganta—. ¿Qué hay de los cuerpos de los otros padres desaparecidos? ¿Y de Eriksson?

—Sjöberg nos ha dado algunas pistas, pero fue hace más de dos décadas, así que no estamos seguros de cuántos podremos encontrar. En cuanto a Eriksson, está ahí fuera, en algún lugar del valle. Eso es todo lo que sabe. No sabe a ciencia cierta qué hizo Nyström con él. Ella dice que…

Su voz se desvaneció en su oído cuando ella giró la cabeza tras escuchar unos golpes en la puerta.

—Te llamaré más tarde —dijo ella, y él se quedó en silencio.

—*Hejdå* —dijo entonces, y colgó. Adiós.

Jamie se levantó, se sacudió el polvo y se dirigió a la puerta. Esperaba que no fuera Hallberg apareciendo «espontáneamente» para ayudar. La chica se le había enganchado en la oficina, le pedía ir a tomar un café al menos dos veces por semana, e incluso le había preguntado si podía acompañarla a correr por la mañana. Era dulce y quería aprender a ser una mejor detective, pero Jamie no era en absoluto un modelo a seguir. Y todavía no había encontrado la mejor manera de decirle que la dejara en paz sin herir demasiado sus sentimientos.

Abrió la puerta de par en par, con una sonrisa forzada. Pero esta se le borró cuando vio al hombre que tenía delante.

—Doctor Claesson —dijo Jamie sorprendida—. ¿Qué hace aquí?

Él retorció la gorra plana de lana que tenía en las manos y la miró nervioso.

—Inspectora Johansson —dijo y sonrió enseguida—. Me preguntaba si podría pasar.

Jamie retrocedió automáticamente y le dejó pasar, mientras su mente buscaba algún motivo para aquella visita.

—Perdón por el desorden —dijo y cerró la puerta una vez él hubo entrado—. Nadie ha vivido aquí desde…

Él asintió, le dedicó otra rápida sonrisa y luego le dio la espalda para echar un vistazo al salón y a la cocina. Al parecer no tenía intención de adentrarse más.

—¿Qué puedo, eh… —comenzó Jamie, con los brazos cruzados—,

hacer por usted, doctor?

Él tragó saliva.

—Quería hablar con usted sobre su padre.

Jamie se tensó un poco al vislumbrar la inquietud en el rostro del hombrecillo. Tenía la calva cubierta de pequeñas gotas de sudor y la piel del cuello le latía al ritmo del acelerado corazón.

—Supongo que Wiik le ha contado el… *incidente* entre su padre y yo.

Jamie asintió, incapaz de encontrar su voz.

—Sí, por lo que he oído fue la comidilla de la comisaría, pero… pero creo que mereces saber la verdad sobre lo que ocurrió.

Jamie se preparó, sin saber muy bien si quería saberlo. ¿Había sido peor de lo que ella creía? ¿Había sido su padre aún más brutal de lo que nadie era capaz de imaginar?

—Estaba inmerso en un caso cuando ocurrió —comenzó Claesson, quería soltarlo antes de que, por lo que parecía, los nervios le fallaran—. Un caso extraño… No sé si recuerdas que te mencioné que en ese momento yo era tan solo un patólogo recién contratado.

Jamie asintió brevemente, y se inclinó un poco hacia delante.

—El caso en el que él trabajaba… Yo no sabía nada al respecto. Pero tenía instrucciones estrictas de no archivar los informes de la autopsia y las pruebas que teníamos en nuestra base de datos.

—¿Es eso algo excepcional? —preguntó Jamie, aunque sabía que lo era.

—Sí, mucho —dijo él, de repente la miraba a los ojos —. Y lo que es aún más extraño es que el caso parecía requerir la responsabilidad de alguien muy por encima del nivel salarial de un patólogo junior. Al jefe de patología de entonces, un hombre llamado Svensson, lo mantuvieron al margen del asunto de modo intencionado por parte de la Policía. Los cadáveres se entregaban por la noche y los exámenes se realizaban en un laboratorio cerrado. Me exigieron confidencialidad y me dijeron que entregara los informes directamente a tu padre.

Jamie apretó los labios con fuerza. No le quitaba ojo a Claesson, necesitaba que continuara.

—El incidente ocurrió después de que se entregara el tercer

cadáver. Cada víctima fue asesinada de forma distinta, pero había elementos comunes en todos los casos. Las tres víctimas —levantó las manos y formó tres cuadrados delante de él— tenían marcas tenues de ligaduras en las muñecas, compatibles con haber estado suspendidas en posición vertical, todas presentaban daños en los tímpanos y todas parecían haberse suicidado.

El corazón de Jamie se aceleró y se mordió el labio inferior para evitar que le castañearan los dientes. Claesson continuó.

—La primera se había cortado las muñecas, la segunda se había tirado desde un edificio, la tercera se había ahogado…

Jamie no sabía si le gustaba el rumbo que aquella conversación estaba tomando. Es más, no le gustaba en absoluto el rumbo que estaba tomando.

—La tercera víctima, supuestamente, se había ahogado… Llamé a tu padre para contarle lo que había encontrado: restos de propofol en su organismo.

—¿Propofol? —preguntó Jamie, con la voz entrecortada—. ¿No es un anestésico?

Claesson asintió.

—Sí, pero es más que un simple anestésico, también tiene curiosos efectos barbitúricos. Reduce las inhibiciones, hace que la persona sea más dócil y, en esencia, induce a la amnesia. Los estudios realizados con el fármaco han evidenciado que los sujetos bajo su influencia son incapaces de recordar nada de lo que ocurre…

—Vale, vale —le interrumpió Jamie—. Lo entiendo. ¿Y qué pasó con mi padre?

Claesson se recompuso.

—Veía que no hacía más que empeorar. El caso, fuera lo que fuera, le estaba pasando factura. No éramos amigos… No del todo, pero habíamos trabajado juntos durante varios años y teníamos una relación informal, ¿sabes?

Ella deseaba que dijera de una vez lo que tuviera que decir.

—Aquella noche que le llamé para contarle lo del propofol, apenas había encontrado trazas, pensé que quizá el asesino había mantenido con vida a la víctima durante unos días para que la droga se dispersara en el cuerpo antes de… —Descubrió la expresión de

Jamie y cortó su propio relato—. Lo llamé y él acudió. Borracho.

Jamie tragó saliva. No le sorprendía, pero aun así le molestó escucharlo.

—Apenas se tenía en pie. Pero vino de todos modos. Me obligaban a estar allí hasta tarde, tenía que hacer todo aquello fuera de mi horario sin poder decírselo a nadie. Nadie me lo agradecía. Ni siquiera recibía un plus en el sueldo. Los superiores de la Policía me dijeron que, si no obedecía y mantenía la boca cerrada, me enviarían al laboratorio forense de Luleå. Así que cuando llegó, borracho, con las mejillas manchadas de pintalabios —dijo y luego señaló su cara —, la nariz blanca con… —Se detuvo de nuevo, sacudió la cabeza y volvió a mirar los ojos de Jamie—. En fin, estaba enfadado. Ahí estaba yo, confinado en mi laboratorio, mientras él estaba fuera, de fiesta, pasándoselo en grande.

A Jamie le daba vueltas la cabeza.

—Le hablé… con mucha aspereza —dijo Claesson—. No recuerdo la conversación con detalle, lo tengo todo bastante borroso. Pero sí recuerdo lo que le dije antes de que me agarrara por el cuello y me empujara contra una encimera llena de cristalería.

—¿Y qué le dijo? —preguntó Jamie en un susurro.

—Que con ese comportamiento no era de extrañar que su madre y tú lo hubierais dejado.

Jamie cerró los ojos, solo escuchar esas palabras era como recibir una puñalada en el corazón.

Lo que hizo su padre no estaba bien, pero no podía evitar entender por qué le había afectado tanto.

—Me dejó allí —dijo Claesson—. Ensangrentado, solo. No me encontraron hasta pasadas varias horas, inconsciente. El limpiador que me descubrió llamó a una ambulancia. Pasé por varias operaciones. Luego el tiempo de recuperación. Era imposible mantenerlo en secreto. Y yo seguía enfadado, pero sabía que estaba mal haberle dicho aquello. Había sido un golpe bajo. Y… Y… —Se atascaba al hablar—. Y pensé que podía ayudarle.

—¿Presentando una denuncia contra él? —Jamie intentó que su voz no sonara desdeñosa.

Claesson asintió.

—Sí. Pensé que iba a descarrilar, que quizá aquello le asustaría y sería un modo de hacerle entrar en razón, que se daría cuenta de lo que había hecho. Que haría un esfuerzo por buscar ayuda.

—Le suspendieron.

Jamie pensó que esta vez no había conseguido ocultar su desdén.

A juzgar por la expresión de Claesson, así había sido. Volvía a retorcer entre las manos su gorra.

—Lo sé. Pero me temo que fue más que eso. —Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos—. Una vez salí del hospital volví al laboratorio para ver qué había pasado en mi ausencia y lo encontré vacío.

—¿Qué quiere decir con «vacío»?

—Los cadáveres habían desaparecido. Los resultados de las pruebas habían desaparecido. Los archivos, los informes, todo… Ya no había nada. Era como si el caso nunca hubiera existido.

—Pero ¿por qué iban a…? Quiero decir, ¿quién iba a…?

Claesson negó con la cabeza.

—No lo sabía, pero ¿a quién podía contárselo? ¿O preguntárselo? Mis superiores no tenían conocimiento de ello. Tu padre me había hecho jurar que guardaría el secreto y yo no sabía a quién contactar en la Policía. Temía haber hecho algo que no debía al presentar esa denuncia. En ese momento no lo pensé, pero tuve que detallar lo que hacíamos en el laboratorio a altas horas de la noche y por qué estábamos allí…

Dios, Jamie necesitaba que dejara de divagar y se diera prisa.

—Y entonces, dos noches después, vino a verme. A mi casa.

—¿Mi padre?

Claesson asintió.

—Sí, era tarde, no recuerdo a qué hora, pero llamó a la puerta de mi piso.

—¿Y?

—Cuando abrí me asusté al verlo, como puedes imaginar. Sospeché que se había enterado de la denuncia y había venido a acabar conmigo.

Jamie tragó saliva al ver que el miedo volvía a aparecer en su rostro por momentos.

—Pero no era eso, para nada. Parecía cansado. Agotado. Pero estaba sobrio. Y arrepentido.

—¿Arrepentido?

—Sí. Dijo que lamentaba lo que había pasado, que no había sido su intención, pero que al decirle aquello… Simplemente había perdido los nervios. Dijo que no podía contarme en qué consistía el caso, pero que era algo importante. Pensó que debía saberlo. Todo era secreto. Estaba etiquetado como confidencial. Solo lo sabían unos pocos y él no podía decirme nada más. —Claesson echó la vista atrás—. En las semanas anteriores, cuando había venido a verme, vestía de forma diferente a lo habitual. No era su ropa de diario, ¿sabes?

Jamie asintió como si lo supiera, aunque no era así.

—Y esa noche, en el laboratorio, llevaba traje.

—¿Traje?

Su padre odiaba los trajes. La única vez que lo había visto llevar uno fue en las fotos de la boda de sus padres.

—Entonces supuse que debía de tratarse de una operación encubierta o…

Se calló por enésima vez, frunció el ceño. Parecía a punto de llorar.

Jamie lo entendió entonces.

—Y al presentar esa denuncia… —Cerró los ojos, le dolía incluso pronunciar esas palabras—. Puede ser que lo echase todo por la borda.

—No tenía ni idea.

—No, claro que no —dijo ella y bajó la voz—. No podías saberlo.

—Pero él dijo —continuó Claesson, ahora más decidido—, que casi había terminado, que estaba cerca de atrapar a los responsables y que, apenas lo hiciera, iba a enderezar su vida.

Jamie levantó la cabeza y lo miró.

—Que iba a dejar de beber, a arreglar la casa, ponerse al día con todo y… y… y que iba a recuperarte.

Jamie contuvo la respiración, escudriñaba a aquel hombre en busca de cualquier indicio de falsedad.

—¿Qué?

Claesson asintió.

—Eso es lo que dijo: que una vez que hubiera terminado con aquello, iba a recuperarte. Incluso si tenía que ir él mismo a Inglaterra para hacerlo.

A Jamie se le cerró la garganta y le ardieron los ojos.

—¿Por qué te diría eso?

—Creo que… Era para demostrar que hablaba en serio. No habría bromeado sobre algo así. Sabes que llevaba una foto de vosotros dos en la cartera. A todas partes.

—¿Cuándo?, eh… —Le temblaba la voz—. ¿Cuándo fue eso?

—Una semana antes…

—De que él…

Claesson asintió y Jamie bajó la cabeza, luego miró a su alrededor.

—Debió de arrepentirse de sus planes —dijo Jamie y las palabras le salieron con naturalidad—. No me extraña que…

—No —dijo Claesson, casi con autoridad—. No fue así.

Jamie lo miraba con cautela.

—Hablaba en serio. Y yo le creí. Pude ver que había cambiado en esos últimos meses. Aquel caso… Era mucha presión. Demasiada. Y él lo sabía. Pero iba a recuperarse. Nunca he visto a un hombre tan decidido.

—Pero no lo hizo.

Claesson siguió adelante, sin hacer caso al comentario.

—A la mañana siguiente retiré la denuncia contra él. La tramitación demoró unos días y, una vez quedó resuelto, intenté encontrarlo para decírselo. Pero no pude.

—¿No pudiste?

Sacudió la cabeza.

—No. No pude. Vine aquí, pero no estaba. Su coche no estaba en la entrada. No contestaba al teléfono. Nadie del trabajo lo había visto. Su compañero, Nyström, tampoco sabía nada de él. Incluso pregunté en los bares cercanos a la comisaría, los sitios que yo sabía que él frecuentaba. Su compañero se preocupó también un poco al verme buscarle y también intentó encontrarlo. Pero… no había ni rastro.

Jamie se había quedado sin palabras.

—Y los cadáveres —dijo Claesson, la mirada puesta en el suelo—. Los del caso, los tres hombres asesinados no eran unos don nadie. Eran personas importantes. Uno de ellos era juez, otro era un abogado de alto nivel. El tercero era un político. Quienquiera que los matara sabía cómo hacer las cosas. Era inteligente. Era limpio.

Jamie observó al hombre que tenía delante con más atención de la que le había dedicado a nadie en su vida. Escuchó con más interés de lo que había hecho nunca. Se sintió peor de lo que se había sentido jamás.

—Iba a rehacer su vida. En serio. Y entonces desapareció. Una semana después, leí en el periódico que…

Jamie contuvo la respiración.

—No sé qué le pasó —dijo Claesson lentamente, mientras se preparaba para decir algo que se había guardado durante dos décadas. Levantó la vista, la miró a los ojos y luego pronunció las palabras que iban a hacer añicos su mundo—: No se suicidó, Jamie. A tu padre lo asesinaron.

1. Acrónimo de *Scenes Of Crime Officer*, terminología de la policía británica para lo que en Estados Unidos se conoce como *Crime Scene Investigators* (CSI). En España son los forenses o criminalistas. Se conserva el acrónimo para mantener el malentendido del original. (*N. del e.*)